

APUESTA POR MÍ

Susan Donovan

se

Lectulandia

Para la psicóloga conductista de animales Emma Jenkins, el amor ha estado al final de su lista de tareas diarias desde que pasó por un terrible divorcio. Pero todo cambia el día que el apuesto Thomas Tobin entra en su consulta con un crestado chino tembloroso llamado *Hairy*, que parece una rata desnutrida más que un perro. Y la encantadora sonrisa de Thomas hace que se dispare el deseo sexual dormido de Emma.

Thomas no está buscando una aventura. De hecho, no quiere saber nada de mujeres. Sólo necesita averiguar si *Hairy* presenció el asesinato de su dueño. Pero algo le dice que pedir a Emma que le ayude sólo le traerá problemas... en forma de tentación. Sobre todo cuando esta atractiva mujer le hace creer que todo es posible, incluso el verdadero amor.

Lectulandia

Susan Donovan

Apuesta por mí

ePub r1.0

Titivillus 26.10.2018

Título original: *Take a chance on me*
Susan Donovan, 2003
Traducción: Elena Barrutia García
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Apuesta por mí

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Autora

Capítulo 1

Es sólo un minuto

Emma se quedó boquiabierta al entrar en la sala de reconocimiento, aunque no sabía cuál de las dos criaturas que había allí le alarmaba más.

¿El pequeño manojito tembloroso de piel y huesos que andaba por el linóleo soltando orina con las uñas largas y los ojos saltones, o el hombre de metro ochenta con un elegante traje que estaba girando su cabeza rubia con un ojo gris metálico entrecerrado como si estuviera apuntando directamente a sus glándulas hormonales?

—Buenos días, caballeros. Soy la doctora Emma Jenkins —sacó una mesa de reconocimiento portátil de la pared y tomó aire antes de volver a mirarlos—. Parece que tenemos algunos problemas.

—Así es —la voz del tipo era tan rígida como su postura—. Y me temo que son potencialmente graves.

Asintiendo, Emma miró del hombre al perro —sí, había sido la primera de su clase y estaba casi segura de que el animal que estaba en el suelo era un perro— y de nuevo al hombre.

Era la pareja canino-humana más grotesca que había visto en su vida, y había visto unas cuantas.

Esos dos eran como Butch Cassidy y St. Vitus' Dance Kid. Mod y Hairless. Batman y Robin.

—Me alegro de que hayan venido a verme. —Emma se dio la vuelta para lavarse las manos y sintió en su nuca los ojos del tipo, que siguió mirando mientras se agachaba para coger al perro, le ponía en la mesa de acero inoxidable y contemplaba su carita asustada.

—¿Qué ocurre, *Hairy*?

Ya tenía una idea aproximada. El cuestionario para nuevos pacientes decía que *Hairy* era un crestado chino adulto de edad desconocida, tres kilos temblorosos de ansiedad e incontinencia. Su dueño —un consultor empresarial llamado Thomas Tobin según el impreso— había sido remitido por un colega de Baltimore a su Clínica de Comportamiento Animal de Wit's End.

—Vamos a echar un vistazo, pequeñín —se inclinó un poco más y rascó al perro detrás de una oreja rizada como la de Yoda. Con un suspiro, Emma quitó el collar de afiladas púas de metal que tenía el perro alrededor del cuello y observó cómo los ojos oscuros de *Hairy* se llenaban de alivio.

Y se preguntó qué clase de idiota pondría un collar de púas a una criatura tan frágil y asustada como aquélla.

Al ponerse derecha sus ojos quedaron a la altura de la corbata roja del idiota.

—Señor Id... Tobin —dejó que su vista recorriera la barbilla bien afeitada y la boca pálida y severa. Examinó la leve curva de su nariz, que indicaba que estaba familiarizado con los puñetazos, y luego se fijó en sus penetrantes ojos plateados. Sobre la ceja derecha tenía una pequeña cicatriz con forma de punto y coma.

Eso la hizo vacilar.

¿Por qué se había puesto un traje un chico tan malo y tan grande como aquél? Tras otra inspección rápida Emma decidió que estaría mejor con una chaqueta de cuero negro y unos vaqueros raídos, y esa imagen hizo que le palpitara el corazón.

Tenía que mantenerse firme, así que levantó la ofensiva pieza de metal.

—Este collar de púas podría hacer daño a una raza enana, señor Tobin —lo echó a la papelería con un sonoro golpe—. E infligir dolor no es la mejor manera de conseguir que un perro camine a su lado, ni siquiera los más grandes y agresivos. Además... —le miró desde la punta de la nariz hasta las puntas de sus pestañas doradas y sonrió—. Yo diría que es capaz de controlar a *Hairy* sin la ayuda de unos pinchos de metal.

Thomas Tobin estaba muy tieso cerca de la mesa de reconocimiento, consciente de que le estaban examinando. Esa psiquiatra de animales había estado metiéndose con él desde que había entrado allí, y no le gustaba mucho.

¿Cómo diablos iba a saber qué tipo de collar debía comprar? Si se pasaba la vida planeando asesinatos sangrientos con adúlteros y psicópatas, no tenía exactamente tiempo para ocuparse del equipo del Club Canino de Traseros Feos.

—Gracias por esa información —dijo con tono categórico.

Después, por alguna extraña razón, Thomas sintió la necesidad de demostrar a aquella mujer que no era tan insensible. Y se acercó para acariciar la cabeza de *Hairy* como suponía que lo haría cualquiera que tuviese una mascota.

El perro se encogió con cada zarandeo.

—¡Señor Tobin! —Emma le agarró la muñeca, que resultó ser un sólido nudo de calor, músculo y hueso—. ¿No podría ser un poco más suave?

Entonces se miraron fijamente.

El latido de su pulso palpitó contra su dedo y bajó vibrando hasta la boca de su estómago. Y, mientras permanecían unidos y pasaban los segundos, todo dentro de ella —todas las células, los cromosomas y las mitocondrias— se puso en alerta.

Alerta sexual.

—¿Desde cuándo...? —parpadeó. El hombre tenía la cara ardiendo. Tragó saliva y volvió a intentarlo—. ¿Desde cuándo tiene este perro? ¿Es el primero que ha tenido?

—Desde hace diez días —dijo—. Y sí. Es mi primer perro.

Emma decidió que sus ojos no eran crueles; eran serios y poderosos y parecían diseccionarla sin su permiso. No le asustaban exactamente, pero hacían que se sintiera un poco desequilibrada.

Él se soltó la muñeca.

—*Hairy* es mío por casualidad, doctora Jenkins.

—Es una forma difícil de comenzar una relación, señor Tobin.

—¡No me diga! —inclinó la cabeza y sostuvo su mirada—. La cuestión es qué vamos a hacer al respecto.

Por un momento Emma dudó de qué estaban hablando. *Del perro*, se recordó a sí misma. *Estábamos hablando del perro*.

Con un suspiro de alivio desvió su atención del enigma de dos patas al de cuatro patas. Cogió a *Hairy* en brazos y le pasó los dedos por detrás de las orejas y por su cuello larguirucho.

Esas pequeñas razas exóticas sin pelo nunca habían sido sus favoritas; eran demasiado propensas a tener sarpullidos, problemas respiratorios, malformaciones dentales y muchos trastornos de comportamiento de los que ella culpaba a los criadores avariciosos. Y los crestados chinos eran cada vez más populares.

Pero mientras miraba los tristes ojos saltones de *Hairy* sintió un arrebató de ternura. Era un ser vivo. Estaba nervioso y asustado, y era tan feúcho que casi parecía bonito.

Le pasó los dedos por el lomo y examinó las manchas rosas y negras de su piel, que parecían pasas hinchadas flotando en charcos de Pepto-Bismol.

Este motivo estaba acentuado por una bola de pelo negro en la punta de su esquelética cola y una melena blanca sobre su cabeza y alrededor de las orejas. Su hocico era puntiagudo, como el de un hurón.

—Vamos a ver qué tienes ahí —murmuró a un lado de su cuello.

Emma sintió el calor de la mirada del señor Sexy. Al levantar la vista le pilló mirándola desconcertado, y volvió a preguntarse cómo el hombre más atractivo que había puesto el pie en su clínica había acabado con el perro más feo del mundo.

Luego sintió un chorro caliente que bajaba por su camiseta.

—A veces hacen pis —sonrió encogiéndose de hombros y estiró el brazo para coger una toallita de papel de la máquina que había sobre el lavabo. Thomas se le adelantó, y de repente una de sus grandes manos estaba rondando por su camiseta húmeda, frotando sus pechos con una toallita de papel de estraza.

Los pezones de Emma cobraron vida con su torpe asalto sin que pudiera evitarlo. Estaba tan excitada que temía que le salieran llamas por debajo de su ropa interior. Nunca lo había pasado tan mal.

Le agarró la mano.

—Lo haré yo.

—Claro —murmuró él retrocediendo y mirando al suelo—. Lo siento. El roce de la toallita de papel sobre el algodón sonaba en los oídos de Thomas como un tren de mercancías. Se miró los zapatos.

Muy bien; acababa de magrear a la veterinaria. Puede que Rollo tuviera razón; llevaba demasiado tiempo sin una mujer, por legítimas que fueran sus razones.

Thomas observó avergonzado mientras Emma echaba la toallita de papel a la basura y recuperaba su compostura profesional. Luego comenzó a examinar a su perro. Después de convivir diez días con *Hairy* mientras intentaba buscarle un verdadero hogar, puede que debiera afrontar la realidad.

Era un mentecato con un perro.

Thomas cambió de postura, se pasó una mano por la cara y gruñó para sus adentros, el único lugar en el que se permitía gruñir, gritar o reír últimamente.

Observó cómo la veterinaria acariciaba al perro suavemente, y se dio cuenta de que *Hairy* temblaba cada vez menos.

Vio que era posible.

La veterinaria era muy guapa con su estilo campestre. La piel cremosa de su rostro, su cuello y sus brazos parecía cálida y sedosa. Sus ojos francos tenían el mismo tono que sus pantalones vaqueros. Su dulce sonrisa era auténtica, y daba a su bonita cara una expresión acogedora.

No tenía sentido, por supuesto, pero Thomas se preguntó qué pasaría si agarrase esa gruesa trenza y la atrajera hacia él. Se preguntó cómo sería ese bonito pelo cuando lo soltara. ¿Sería liso como la madera pulida? ¿O sería ondulado y caería en su mano en espesos mechones?

Mientras la mujer se inclinaba sobre su perro dejó que sus ojos examinaran el resto de su cuerpo de forma sutil. Después de todo estaba muy bien entrenado en el arte de la observación encubierta.

Llenaba bien esos vaqueros raídos desde donde se estiraba la tela sobre sus caderas redondas y sus muslos curvados hasta donde acababan las perneras rectas en un par de zuecos desgastados de cuero. Era un bonito paquete de carne femenina, no todo huesos como algunas mujeres. Y debajo de esa camiseta de manga larga podía adivinar los hombros suaves pero firmes, el volumen de sus pechos, la curva interior de su cintura.

Era dolorosamente obvio que no había tocado todas esas teclas bajo la toallita de papel. La doctora Emma Jenkins era generosa para la vista y para las manos. Puede que la V de su título significara Voluptuosa además de Veterinaria.

Luego se detuvo, como siempre, y se preguntó cómo sería el lado oscuro de la doctora. Sin duda alguna era guapa, pero él sabía demasiado bien que incluso la gente guapa tenía lados feos, que podían ser muy desagradables.

Se preguntó a cuál de los cuatro grandes vicios habría sucumbido la encantadora Emma Jenkins. ¿Armas, drogas, sexo o dinero?

No parecía que le gustase disparar, pero después de pasar siete años en las Fuerzas Armadas ya no le sorprendía nada.

Tampoco parecía una drogadicta o una alcohólica, pero conocía a mucha gente que fingía muy bien: profesores, líderes deportivos, ministros...

No, según su experiencia normalmente era el dinero lo que llevaba a las mujeres a tomar decisiones estúpidas. El sexo era menos frecuente. Por lo tanto, la cuestión era

a cuál de esos dos males servía Emma Jenkins y lo bajo que había caído.

Si se trataba de dinero es posible que tuviera la costumbre de rechazar cheques. Puede que robara filetes en la carnicería del Super Fresh. O que, desesperada por conseguir prestigio y una vida cómoda, hubiera mentido en la solicitud de ingreso de la escuela veterinaria.

O puede que fuera más complicado aún, pensó Thomas, por ejemplo una mezcla de codicia y deseo de control sexual. Puede que la doctora Jenkins le hubiera dicho a un rico perdedor que estaba embarazada para que se casara con ella en contra de su voluntad.

Asintió en silencio mientras la veterinaria se inclinaba sobre el cuerpo tembloroso de *Hairy* y escuchaba a través del estetoscopio. Eso debía ser... ¡pobre bastardo! Pero no llevaba alianza, así que era posible que hubiera descubierto su engaño a tiempo y hubiera roto con ella. ¡Menos mal!

Thomas suspiró mientras pensaba que los hombres no podían permitirse el lujo de volver la espalda ni un solo minuto.

Lo cual le llevó de nuevo al sexo, posiblemente la mayor debilidad de todas. ¿A cuántos hombres había visto llorando y actuando como idiotas por una mujer? Demasiados para llevar la cuenta.

Había visto cómo el sexo convertía a brillantes hombres de negocios en cretinos. A hombres poderosos en marginados. A hombres honestos en criminales.

Había visto cómo arruinaba muchas vidas decentes.

Thomas miró su reloj y luego cruzó los brazos sobre su pecho. ¿Cuánto tiempo más podía tardar? ¿No era ya hora de que le diera unas anfetaminas para perros, cobrara sus honorarios y les echara por la puerta?

Pero la veterinaria estaba ahora mirando los ojos, la nariz, las orejas y la garganta de *Hairy*. Luego cerró los ojos para concentrarse y palpó las costillas y el abdomen del perro.

Resignado a esperar un poco más, Thomas se apoyó en los armarios y se permitió observar cómo trabajaba, cómo movía sus dedos esbeltos y seguros, cómo respiraba tranquilamente, cómo fruncía el ceño entre sus bonitas cejas. Entonces se dio cuenta de que se estaba tranquilizando.

Y se preguntó cómo se sentiría si le acariciara a él el abdomen mientras le rozaba la mejilla y aspiraba el suave aroma floral que emanaba de su pelo y de su piel.

Se preguntó lo estupendo que sería acomodarse para echar una siesta con la cara hundida en esos magníficos pechos, tan femeninos y acogedores, tan eróticos...

—¿Está comiendo bien?

—¿Qué? —exclamó Thomas.

—Comida. ¿Come *Hairy*?

Se puso derecho y se metió las manos en los bolsillos de los pantalones. ¿Por qué diablos estaba fantaseando con los pechos de una ladrona mentirosa que odiaba a los hombres?

—La verdad es que no come mucho. No parece tener hambre.

—¿Y qué le da de comer? —Emma se dio cuenta de que Thomas Tobin había dado un paso hacia ella y estaba frunciendo el ceño.

Thomas apenas se acordaba de su pregunta.

—Esto... comida para perros.

Ella hizo una mueca y continuó con el reconocimiento.

—¿Podría ser un poco más específico, por favor?

—Claro. Esas cosas duras crujientes. La bolsa de veinte kilos.

Emma se enderezó y puso las manos en las caderas.

—Ahorrar está bien, señor Tobin, y con veinte kilos *Hairy* debería vivir bastante tiempo, ¿pero de qué tamaño son los trozos? ¿Compra comida para razas pequeñas? ¿De qué marca? ¿Y empapa la comida en agua caliente antes de servirla?

Intentó no fijarse en cómo le colgaba el estetoscopio del cuello, separando las dos sensuales esferas naturales que cubría la tela mojada. Parecían dos tartas con guindas recién horneadas envueltas en celofán.

Su mirada perdida era la única respuesta que Emma necesitaba, y suspiró. ¿Quién diablos contrataría a ese tipo como asesor? Puede que fuese atractivo, pero era tan agudo como un cubo de barro.

—¿Ha intentado alguna vez masticar un balón de béisbol, señor Tobin? ¿Ha intentado, por ejemplo estando borracho en una fiesta, meterse un balón de béisbol en la boca y masticarlo?

Thomas parpadeó.

—No que yo recuerde.

—Bien —Emma apretó los labios—. *Hairy* necesita trozos de comida muy pequeños para una boca tan pequeña. Muchos crestados ni siquiera tienen una dentadura completa. Eche un vistazo.

Apartó un labio con manchas rosadas para mostrarle unos dientes diminutos dispuestos de forma irregular.

—Lo comprendo —dijo él.

Emma lo dudaba sinceramente.

—Ahora me vendría bien que me echara una mano. Por favor, sujételo con cuidado mientras le corto las uñas. ¿Hace cuanto tiempo que no le corta las uñas?

—No lo he hecho nunca —respondió.

Cogió un cortaúñas que había detrás de ella y luego inclinó la cabeza para comenzar con la tarea, acercándose tanto a Thomas que pudo oler el suave aroma del *after-shave* en la cálida piel masculina.

—No sabía que tenía que cortárselas —su voz era casi apologética, y Emma sintió su roce caliente en los pelillos de su nuca. Siguió cortando mientras intentaba mantener las manos firmes.

Una pata menos. Le quedaban tres.

—Algunos crestados necesitan que les corten las uñas todas las semanas, señor Tobin. Las uñas son muy frágiles, y si se rompen demasiado cerca de la arteria pueden sangrar. ¿Ve cómo...? —al girar la cabeza le encontró esperándola con la cara muy cerca, los labios un poco separados y el ojo derecho entrecerrado como si estuviera preparado para apretar el gatillo.

Luego se acercó aún más y bajó la mirada a su boca. Y durante el segundo más breve e increíble de su vida Emma pensó que ese hombre tan extraño y tan *sexy* iba a besarla.

¡Dios mío!

Volvió a centrarse en el cortaúñas.

—Y debería bañar a *Hairy* una vez a la semana con un jabón especial para que no tenga pústulas en la piel. Si quiere puedo anotarle la marca que prefiero.

Le latía el pulso como la cola de un labrador. ¿Era su imaginación o le estaba lanzando corrientes de calor que iban directas a sus ovarios? ¿Había dicho la palabra *pústula*?

Aquello era extraño. Él era extraño. Y ella era un desastre.

—Se lo agradecería mucho —dijo con una voz fuerte y cercana—. La verdad es que agradecería cualquier tipo de recomendación.

Tres patas. El corazón le seguía palpitando.

—Y los crestados siempre tienen frío, señor Tobin. ¿No ve cómo tiembla?

—Por supuesto.

—Cuando... adquirió el perro, ¿llevaba algún tipo de suéter o chaqueta? —acabó con la última pata y se levantó con un suspiro de alivio.

—Un traje de marinero —la miró con una ceja arqueada en lo que Emma pensó que podía ser el comienzo de un cambio de tono—. Azul marino con un ribete blanco. Y un gorro a juego.

Estaba a punto de sonreír, y en ese instante Emma se dio cuenta de que además de ser apuesto ese tipo era adorable. Al ver que tenía hoyuelos en las mejillas sintió un leve mareo.

—¿Un traje de marinero?

—Sí.

Pero entonces se puso derecho y todo rastro de humor y cordialidad desapareció de su cara, lo cual hizo que ella se sintiera inexplicablemente triste.

—Por lo visto el dueño anterior era un poco extravagante. Tenía mucha ropa para *Hairy*. Chándales. Un traje de duende. Conjuntos de noche.

Emma miró al hombre asombrada. Las cosas que decía eran divertidas, pero ni siquiera sonreía. ¿Cómo podía no reírse una persona normal? ¿Y por qué tenía la extraña sensación de que le estaba atrayendo hacia él a la vez que la apartaba? ¿Qué estaba pasando allí?

Por lo general hacía todo lo posible para no incomodar a los dueños de sus pacientes, porque no conocía a ningún perro que pudiera firmar un cheque. Pero con

Thomas Tobin no podía soportarlo más. Dejó que su boca se abriera y se rió a carcajadas con esa risa que hacía que la gente la mirara de reojo en los restaurantes.

El señor Tobin la miró desconcertado.

Emma se secó los ojos.

—Muy bien. La cuestión es que *Hairy* necesita llevar algo porque no tiene pelo.

—¡Ah! —Thomas se pasó una mano por la mandíbula—. No sabía que la ropa era para mantener el calor. Pensaba que era una declaración de moda, ya sabe —no se molestó en mencionar que el dueño de *Hairy* llevaba un traje de marinero idéntico en el momento de su muerte.

Emma cogió el historial y comenzó a tomar notas para sí misma riéndose aún.

—Vamos a ver qué podemos hacer para que Tom y *Hairy* se lleven un poco mejor.

—Thomas.

Ella levantó la vista.

—Me llamo Thomas. No Tom.

—Yo soy Emma —sostuvo el bolígrafo en el aire mientras se miraban el uno al otro. Enseguida quedó claro que él no tenía nada que añadir.

—Muy bien, Thomas. Vamos a revisar los problemas de comportamiento que ha observado. En el impreso dice que *Hairy* no lleva bien la adaptación doméstica, ¿es eso correcto?

Thomas asintió.

—Desgraciadamente es bastante habitual en los crestados machos. Pediré un análisis de orina y una ecografía para descartar cualquier trastorno médico, como piedras en la vejiga. ¿Cuándo ha sido castrado el perro, señor Tobin?

—¿Castrado?

—Sí. Le han extirpado los testículos quirúrgicamente. ¿Sabe cuántos años tenía en ese momento?

Thomas miró al perro horrorizado.

—No tengo ni idea —masculló.

Emma reprimió una sonrisa mientras miraba el historial.

—He oído que algunos dueños de crestados ponen una compresa sobre el pene del perro durante el periodo de adaptación. Dicen que es mucho más limpio.

Como el señor Tobin no hacía ningún comentario levantó la vista hacia él. Tenía la cara blanca y los ojos desorbitados.

—¿Que hacen qué? —susurró.

Emma intentó no reírse.

—Por lo visto resulta útil atar un calcetín alrededor de la cintura con la compresa por dentro. Asegúrese de comprar una marca con tira adhesiva para que no se mueva.

Él seguía mirando al perro.

Emma revisó el resto de la lista.

—¿Tiembla y aúlla cuando utiliza el secador de pelo, la aspiradora o el molinillo de café?

Thomas asintió mientras miraba con aire distraído por la ventana al aparcamiento.

—No le deja dormir por la noche con sus paseos y sus gemidos. Ha mordido el marco de la puerta principal, ha hecho agujeros en una alfombra y una pared. Los vecinos le dejan notas diciendo que cuando se va se pasa el día llorando y ladrando. ¿Algo más?

Thomas se metió las manos en el fondo de los bolsillos de sus pantalones.

—¿No es suficiente?

Emma abrazó el historial contra su pecho, le sonrió y luego miró al perro asustado. Lo primero que había que hacer era convencer a *Hairy* de que estaba seguro con Thomas, y eso iba a resultar difícil.

Ya había observado que el hombre no había conseguido establecer ningún vínculo con el animal en diez días. Apenas miraba al perro, que huía de él. Y cada vez que había un ligero toque de agitación o desaprobación en la voz de Thomas aumentaba el temblor de *Hairy*.

Sin embargo, Thomas parecía tener una mente abierta respecto a todo esto, que era más de lo que podía decir de otros dueños de perros. Mucha gente entraba allí con situaciones catastróficas tras haber tomado decisiones equivocadas sin atender a razones.

Al menos Thomas Tobin estaba escuchando.

Tenía los ojos clavados en ella, y durante un breve instante le pareció ver algo profundamente humano en su expresión. Luego apartó la vista.

¿Era soledad? ¿Nostalgia? Fuera lo que fuese, resultaba tan extraño en ese rostro masculino que lo más probable era que lo hubiese imaginado.

—¿Mostraba antes *Hairy* esos comportamientos, señor Tobin?

—No tengo ni idea.

Ella asintió.

—Muy bien. Ante todo el perro tiene problemas para adaptarse a su nuevo hogar. Yo creo que *Hairy* está sufriendo una ansiedad grave por la separación y ataques de pánico.

Thomas volvió a recordar la escena. Había encontrado a Scott Slick muerto en el suelo de su cocina, con ese feo perro a su lado temblando, hambriento y asustado. Era lo más lamentable que había visto en su vida.

Sí, lo de la ansiedad por la separación y los ataques de pánico parecía tener sentido.

—Los perros siempre hacen las cosas por un motivo —continuó Emma—. En la mente de *Hairy* esos comportamientos tienen una explicación lógica; para él son importantes. ¿Volverá con su dueño anterior en algún momento?

—Lo dudo mucho.

Emma esbozó una sonrisa reconfortante.

—Ya sé que *Hairy* es un reto ahora mismo, pero con ejercicios de relajación, un plan de adaptación coherente, medicamentos y un poco de tiempo yo creo que todo irá bien.

Thomas miró al perro tembloroso e hizo una mueca. ¿Qué había hecho? ¿Por qué se lo había llevado a casa? ¿Cuánto tiempo estaría con él? ¿Tendría que ponerle pañales? Empezó a sentirse mareado.

—¿Tiene alguna pregunta?

—No.

—¿Está bien?

—Perfectamente, gracias.

Emma pasó los siguientes cuarenta minutos enseñando a Thomas y a *Hairy* a hacer los ejercicios de relajación. Y se llevó una agradable sorpresa al ver que Thomas aprendía con rapidez.

Después de asegurarse de que los resultados del análisis de orina eran normales acompañó a Thomas y *Hairy* a la salida, donde les dio una serie de instrucciones, una lista de lo que debían comprar, un programa de seguimiento y varias recetas.

Luego volvió al pasillo, se apoyó contra la pared y cerró los ojos.

Se sentía como si la hubiera atropellado un camión.

¿Qué había pasado ahí dentro? Un lerdo con algún trastorno de personalidad había hecho que sus hormonas se dispararan, su piel se estremeciera y sus bragas ardieran. Era como si su cuerpo hubiera funcionado en piloto automático, respondiendo a feromonas y descargas eléctricas que no tenían nada que ver con una conducta correcta ni con el sentido común.

¿Era posible que un hombre demasiado frío para sonreír le hubiera puesto tan caliente por primera vez en no sabía cuánto tiempo?

¿Era posible que hubiera sentido una conexión con ese hombre? ¿E incluso un afecto inmediato? ¿Cómo había ocurrido?

—¡Menudo ejemplar! —Velvet Miki apoyó su pequeño cuerpo en la pared junto a Emma y se rió.

—Es un caso de locos —dijo Emma abriendo despacio los ojos.

—Cielo, no estaba hablando del perro. Me refería a ese pedazo de tío —luego su ayudante le dio el historial del siguiente paciente, y Emma leyó que *Harpo*, el loro que se automutilaba, había vuelto a lesionarse otra vez.

—Yo también, Velvet —dijo Emma con la mirada perdida—. Yo también.

—¡Maldito seas, Slick!

Thomas se sentó en el aparcamiento de Wit's End y golpeó la frente contra el volante del coche, sintiendo que un par de ojos compasivos seguían todos sus movimientos. Miró hacia el asiento del copiloto.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —le preguntó al perro—. Habla. Soy todo oídos.

¡Oh, oh!

No te gusto mucho, ¿verdad? Preferiría que me volvieras a llevar con la señora de las manos suaves.

—¿Sabes qué me gustaría a mí, *Hairy*? Que te recuperaras y siguieras con tu vida.

¿Seguir con mi vida? ¡Si hubieras oído la voz de ese hombre llena de ira! ¡Si hubieras visto cómo golpeaba la cabeza de Slick con la batidora!

Y el ruido. La batidora siguió zumbando y chirriando. ¡Odio la batidora! ¡Echo de menos a mi amo! ¡Echo de menos mi casa!

¡Oh, oh!

Me he vuelto a hacer pis.

—¡*Hairy*, por Dios!

Soy un perro muy malo.

Thomas limpió el asiento de cuero con la toalla que se había acostumbrado a llevar en el coche y luego suspiró mientras giraba la frente de un lado a otro del volante. Cuando sonó la bocina se sobresaltó y se volvió de nuevo hacia el perro.

—Mira, campeón. Siento que Slick esté muerto y que hayas acabado conmigo.

¡No me digas!

—Pero era o yo o el extremo de una tubería de gas, así que ¿por qué no te tomas tus pastillas hasta que pueda convencer a algún idiota para que se ocupe de ti? ¿No te parece un buen plan?

Hairy tembló un poco más y luego miró la cerradura de la puerta.

—No estoy hecho para tener un perro. No es nada personal. Tengo un horario de trabajo muy raro y mucho estrés en mi vida. Y no soy un tipo muy agradable, así que sólo estoy pensando en tu bienestar. Además, no me gustan los animales. Ni siquiera me gustan los seres humanos.

Entonces sonó el teléfono del coche.

—Tobin. Dígame.

—Buenas tardes, señor Sensible. ¿Cómo ha ido la lobotomía? —Rollo se rió estrepitosamente.

—¿La del perro o la mía? —Thomas se incorporó al tráfico de Columbia para ir hacia Baltimore. Con un poco de suerte podía dejar a *Hairy* en su casa y volver para las dos al tribunal para la vista de Leo Vasilich.

Pobre Leo. Hablando de problemas femeninos, era un buen ejemplo de lo que puede ocurrir cuando un hombre baja la guardia con una mujer.

—No puedo creer que hayas llevado a esa rata sin pelo a un psiquiatra, Thomas. ¿Cuánto te ha cobrado?

—Doscientos cincuenta.

—¿Cómo? Deberían detener a ese tipo por extorsión.

—Bueno, ese tipo es en realidad una veterinaria muy bien... dotada. En cualquier caso eso es sólo por la consulta y los medicamentos. No cubre la ecografía ni las cosas que tengo que comprar.

—¿Tienes que darle tranquilizantes a *Hairy*?

Thomas hojeó los folletos y los papeles esparcidos por el asiento hasta que encontró la bolsa blanca de las recetas.

—Tranquilizantes. Estimulantes. Yo qué sé —leyó las instrucciones—. Amitriptilina, un cuarto de pastilla de diez miligramos dos veces al día para la depresión y la ansiedad. Y Xanax para los ataques de pánico cuando sea necesario.

—No me lo puedo creer.

—El perro necesita ayuda, Rollo. Además, tengo que hacer una especie de programa de reeducación y comprar una jaula, ropa, comida especial, un champú medicinal, una loción para la piel, unas tijeras, compresas, un cepillo de dientes infantil y Dios sabe qué más. Será mejor que gane al póquer el viernes por la noche.

—¡Esto es una locura! ¿No hay algún albergue o refugio donde puedas llevarlo?

Thomas miró a *Hairy* sin decir nada. El perro se había pegado a la puerta del copiloto para intentar alejarse de él todo lo posible, y estaba mirando el asiento negro del Audi con los hombros temblorosos.

Se le puso en la garganta un nudo de culpabilidad.

—Eh, Rollo. En la universidad hacíamos unas fiestas increíbles, ¿verdad?

—Ya lo creo. ¿Pero qué tiene eso que ver con...?

—¿Intenté comerme una pelota de béisbol estando borracho alguna vez?

La línea se quedó un momento en silencio antes de que su cuñado se aclarara la garganta.

—¿Estás bien, tío?

Thomas estaba de muchas maneras —atormentado por la muerte de Slick, entusiasmado por una psiquiatra de animales con una trenza fascinante, una cálida sonrisa y unos pechos excepcionales, y desconcertado por cómo se había convertido su vida en un episodio interminable del *Show de Jerry Springer*— pero «bien» no.

—Estupendamente —dijo—. Te veré el viernes. No olvides mi Cohiba.

—¡Espera! ¡No cuelgues!

Thomas suspiró enojado porque eso era precisamente lo que quería hacer.

—Tengo que dejarte.

—¿Has dicho compresas? —preguntó Rollo en voz baja.

Emma estaba sobre el fregadero del consultorio comiendo un trozo frío de *pizza* e intentando ignorar los comentarios de Velvet.

—¡Vamos, Em! —su ayudante lamió la cuchara del yogur con unas lengüetadas felinas—. Es muy divertido. Marcus dice que tenéis muchas cosas en común. Está legalmente separado. Le declararon inocente en ese escándalo comercial. Y

recuperará enseguida su *carnet*, así que es probable que ésta sea la única vez que tengas que conducir.

Emma estuvo a punto de atragantarse con un trozo de corteza, y miró a Velvet sin poder creérselo.

—Parece un auténtico príncipe, pero no. En serio. He llegado a la conclusión de que Marcus y yo no buscamos lo mismo en un hombre.

—¡Uuff! —Velvet se levantó de su silla y fue balanceándose sobre sus ruidosos zuecos hasta el cubo de la basura. Lavó su cuchara y luego se apoyó en los armarios con los brazos cruzados sobre su pecho—. Supongo que no es lo bastante «normal» para ti.

Emma dejó de masticar y miró a Velvet un momento. Tiró el resto de la *pizza* a la basura y se limpió la boca con una servilleta de papel.

—Eso es, Velvet. No es lo bastante normal. Un hombre que no puede mantener su *carnet* de conducir tiene problemas, y ya te he dicho que prefiero estar sola que con un hombre con problemas.

—Pero...

—De ahora en adelante voy a vivir en un entorno sin problemas.

Velvet puso los ojos en blanco.

—Como antigua asistente social yo te puedo decir que no hay hombres sin problemas, así que deberías darte por vencida.

Emma sonrió mientras metía una jarra de soda en el frigorífico.

—Me parece que eso ya me lo has dicho en más de una ocasión.

—Muy bien —resopló Velvet—. ¿Qué opciones tienes?

Emma miró su reloj. Le quedaban cinco minutos hasta la visita con el siguiente paciente, y le apetecía pasar tres de esos minutos en la intimidad del servicio de señoras. Quedaban dos minutos para la charla femenina diaria con Velvet, y suponía que podría sobrevivir ese tiempo.

—Tengo muchas opciones.

—Entonces, dime qué has planeado para el fin de semana —Velvet abrió bien sus ojos oscuros con forma de medialuna y frunció su pequeña boca pintada. Emma sabía que esperaba oír la lista habitual de actividades aburridas, así que se la dio.

—He pensado que el viernes por la noche podíamos ir a la feria de tractores. El sábado Leelee tiene un concurso de geografía en el centro social. Y el domingo iré a montar.

—¡Vaya! —dijo Velvet con un gesto burlón de aprobación—. Vas a pasártelo en grande.

Emma se rió.

—Sinceramente, prefiero pasar el fin de semana con mi padre, una preadolescente maniática y un caballo traumatizado que con ese tipo.

Se dio la vuelta para marcharse, pero Velvet le tocó el brazo.

—Em.

Ella se encogió de hombros.

—Ya hablaremos de mi vida amorosa, ¿vale? Me está esperando el springer spaniel psicópata de la señora Kline.

—Sólo quiero que te diviertas un poco. Eso es todo.

Emma suspiró.

—Ya me divierto, Velvet.

—Quiero decir con un hombre.

Emma la miró derrotada. Sabía que Velvet tenía buenas intenciones. Era su ayudante desde que había abierto la consulta hacía cuatro años, y una gran trabajadora y buena amiga desde el primer día. Y desde que puso a Aaron de patitas en la calle el año anterior, Velvet había intentado mantener activa la vida social de Em, muchas veces con la ayuda de su novio, Marcus.

Los resultados habían sido... peculiares.

Hubo un comerciante al por mayor que recomendaba hacerse *piercings* en todo el cuerpo como camino hacia el nirvana sexual. Hubo un soplador de vidrio que dormía bajo un dosel con forma de pirámide para captar la energía cósmica. Hubo un financiero que sugirió a Emma que se uniera al Consejo Conservador del Condado de Howard.

Tenía que poner un límite a todo aquello.

No es que sus propias opciones hubieran sido estelares. Desde que solicitó el divorcio había salido con unos cuantos hombres con los que creía que compartía intereses similares. El representante de productos farmacéuticos para animales duró un mes, hasta que le trasladaron y se casó. Por lo visto se le había olvidado por completo que estaba prometido.

Luego empezó a ver a un veterinario que ella y Aaron conocían de la Universidad de Pennsylvania. Pero vivía en Salisbury, y decidió que estaba muy lejos para tener una cita, sobre todo desde la noche que llegó a la hora acordada y descubrió que su ayudante le estaba dando un masaje completo. La ayudante sólo llevaba un tanga, y Emma pensó que no tenía nada que ver con que los viernes pudiera ir con ropa informal.

Después de eso le mandó al infierno y salió unas cuantas veces con el carpintero que había contratado para hacer algunos trabajos en la granja. Era simpático y divertido, y tenía un aspecto muy atractivo con un cinturón de herramientas, pero por lo visto se le había olvidado pagar la manutención a tres mujeres diferentes y ahora estaba disfrutando de un año sabático en el correccional de Hagerstown.

Por lo menos éste escribió.

—Tienes treinta y cuatro años, Em. Te estás acercando a la plenitud sexual. Necesitas un hombre —Velvet bajó la voz—. No es natural no tener uno a tu edad.

Emma dio unas palmaditas en el hombro casi desnudo de Velvet.

—Dile a Marcus que gracias pero no, gracias —se dio la vuelta para marcharse.

—Al menos Thomas Tobin tiene que volver dentro de dos semanas —comentó Velvet animadamente—. No está mal, ¿verdad?

Emma giró sobre sus talones y miró a Velvet.

—No intentes liarme con ningún cliente. Además, no es que ese tipo no sea normal. Es muy extraño, como una especie de robot. No me interesa.

—Pero...

—No vamos a hablar más de Thomas Tobin, ¿vale? No creo que me guste —salió por la puerta.

—Ya, pero si le pusieras un bigote parecería una versión rubia de Tom Shelleck en sus mejores tiempos —vociferó Velvet desde el consultorio—. A mí no me importaría que fuera un asesino.

—Un asesino robótico —masculló Emma llegando al servicio de señoras—. Parece el argumento de una buena película.

—¡Lo es! —respondió Velvet—. ¿No has visto *Terminator*?

Capítulo 2

Me gusta la vida nocturna

—La hora de la felicidad, *Hairy*.

Otra vez no.

¡No me sueltes, grandullón! ¡Oh, oh! Aquí viene esa pequeña piedra metida en un trocito de queso... ¿Crees que soy tonto? ¿Qué no sé que es un truco? ¡Ag! ¿Y quién te ha dicho que si me estrujas la garganta va a pasar mejor?

Ya lo he tragado. Espero que estés satisfecho.

—Muy bien, camarada.

Thomas observó al perro un momento y frunció el ceño. Acababan de terminar otra ronda de cinco minutos de ejercicios de relajación, pero no parecía que el pequeño mutante se hubiera relajado en absoluto. Lo único que sabía era que le dolían las rodillas y que era culpa de Emma Jenkins; le había dicho que tenía que arrodillarse para trabajar con *Hairy* porque al perro le intimidaba su tamaño.

Thomas suspiró y miró a la fea criatura. Sin duda alguna los perros eran básicamente estúpidos, pero tenía que reconocer que *Hairy* parecía comprender el objetivo general de los ejercicios. Con un trocito de Beggin' Strip detrás de él, dijo «¡*Hairy*, siéntate!» y «¡*Hairy*, mira!». Luego lo puso delante y *Hairy* hizo contacto visual y se sentó como se suponía que debía hacer. Entonces consiguió el premio. Y supuestamente eso lo relajaba.

¿Qué estás mirando, grandullón? Tengo ganas de bostezar. Eso es lo que hago cuando no estoy seguro de las cosas. Eso y pis. Pero estoy intentándolo, de veras.

Espera. Esto es nuevo. Tus manos —que por cierto son el doble de grandes que las de Slick— me están acariciando con suavidad. Es muy agradable, y mi cola se mueve porque eso es lo que hago cuando estoy contento.

—Muy bien, *Hairy*. Tenemos que hablar de hombre a hombre.

Tus ojos son también un poco más agradables, pero me gustaría que sonrieras. Me sentiría mejor viviendo aquí si sonrieras.

—Esta noche va a venir un grupo de amigos a jugar a las cartas y no creo que seas exactamente su tipo de perro, ¿sabes qué quiero decir?

Supongo que tendré que volver a la cueva.

—En tu jaula estarás seguro. Puede que hagamos un poco de ruido, pero no te haremos daño. Cuando se marchen te sacaré a dar un paseo. ¿Vale, socio?

Vale. No me importa. Al menos has puesto una manta suave ahí dentro. Supongo que estás intentando ser agradable, que no eres como el tipo que hizo daño a Slick.

Procuro no pensar mucho en mi amo porque me siento solo y asustado y empiezo a temblar más, y entonces me hago pis.

Thomas cerró la puerta de la jaula, puso una funda de almohada vieja por encima y se dirigió al estéreo.

Ahí está otra vez esa música tan extraña y tan triste; no como la que nos gusta a Slick y a mí, que hace que nos apetezca bailar.

Le echo de menos. Echo de menos el traje rojo brillante con el collar a juego. Echo de menos bailar. Me pregunto cuándo volveré a ver a Manos Suaves. Se está tan bien acurrucado en sus brazos.

—No se te ocurra casarte, porque entonces no tendremos ningún sitio para jugar a las cartas. ¿Quedan cervezas en la nevera?

Thomas miró a través de la nube de humo azul grisáceo que había sobre la mesa del comedor y entrecerró los ojos a Vince Stephano.

—No voy a casarme nunca y no se me acabará nunca la cerveza una noche de póquer —dijo con impaciencia—. ¿Vas a subir la apuesta o vas a quedarte sentado protestando como haces en la oficina?

Stephano gruñó ignorando las risitas que se oían alrededor de la mesa. El capitán de la Policía Estatal de Maryland sujetó el Robusto entre sus dientes y dijo:

—Lo veo y subo diez. Prepárate para sufrir, amigo mío.

Thomas dejó pasar el comentario y miró sin inmutarse las tres reinas que le quemaban en la palma de la mano.

Rollo dejó sus cartas. Chick aceptó la apuesta, pero no parecía estar muy convencido. Entonces Manny se levantó tranquilamente y Paulie abandonó la partida con su habitual dramatismo, tirando las cartas sobre la superficie de madera con una retahíla de obscenidades y suspiros.

—Veamos qué tienes, chico guapo —dijo Stephano esgrimiendo su puro con aire desafiante mientras miraba a Thomas.

—Quizá quieras protegerte los ojos, jefe —Thomas mostró las tres reinas, con la de corazones encima, con una lentitud agonizante.

—Joder, Tobin —Stephano echó tres sietes.

—Mierda —Chick tiró un par de cincos.

Mientras cogía el montón de fichas de póquer con las dos manos, Thomas sintió una sensación de hormigueo y placer. A falta de un buen puro o una bella mujer desnuda, ésa tenía que ser la mejor sensación física del mundo. Era un auténtico momento de triunfo.

Y últimamente había tenido unos cuantos de ésos.

—Tu selección musical me está dando dolor de cabeza, Tobin —dijo Chick con su habitual ganguero del oeste de Virginia—. ¿No tienes música normal, como Garth, Shania o algo así?

—En mi casa, mi música —respondió Thomas apilando cuidadosamente sus fichas en montones por colores—. Además, Coltrane nutre el alma. Si quieres

escuchar melodías rurales organiza la partida de póquer en tu casa.

Chick movió la cabeza de un lado a otro.

—Estoy seguro de que sería muy divertido —tomó un trago de cerveza—. Pero tengo suerte de poder escapar de mi mujer y mis hijos una noche al mes para venir aquí.

—A mí me pasa lo mismo, tío —dijo Rollo riéndose—. Si lo hiciésemos en mi casa escucharíamos los Grandes Éxitos de Barney.

—Thomas tiene un gusto musical ecléctico —comentó Manny.

—Joder —exclamó Paulie.

—¿Qué se puede esperar de cuatro policías, un abogado y un urólogo? Nunca estamos de acuerdo en nada —dijo Rollo.

Thomas barajó las cartas para jugar otra partida.

—Ya sabéis que en realidad sólo hay dos tipos de música en el mundo.

—Ya empezamos —murmuró Stephano poniendo los ojos en blanco.

—La buena música y la mala música —continuó Thomas dando una sensual calada a su puro y poniéndolo en el cenicero que había a su izquierda mientras comenzaba a repartir—. La mayor parte de la música popular actual es una porquería, como la comida basura; no tiene alma, arte ni sentido. Es sólo una forma de proporcionar más dinero a las dos grandes multinacionales que quedan y pagar la rehabilitación de los Backstreet Boys.

Stephano gruñó y se levantó de la mesa.

—Ronda de cerveza. ¿Alguien quiere algo?

—Te ayudaré —dijo Chick.

Paulie se levantó y se estiró.

—Voy al váter.

—Yo también —dijo Manny siguiéndole.

Rollo movió despacio la cabeza y se rió mientras su mejor amigo y cuñado repartía las cartas a las sillas vacías.

—Tú sí que sabes despejar una habitación, tío.

Rollo observó a Thomas. Cuando acabó de repartir dio otra calada a su puro y lo miró con expresión concentrada mientras lo hacía girar entre sus largos dedos.

Rollo jamás diría nada, pero la verdad era que Thomas le preocupaba.

El año anterior le habían ocurrido muchas cosas, y había sobrevivido a la experiencia. Pero había cambiado. Se había encerrado en sí mismo. Y él y Pam estaban empezando a preguntarse si se recuperaría alguna vez.

—¿Cómo están los niños? —preguntó Thomas.

—Muy bien. Te echan de menos.

Thomas asintió en silencio.

Era cierto que nunca había sido el tipo más sociable del mundo. Incluso en la universidad era bastante discreto, pero conseguía hacer reír a todo el mundo con sus agudas observaciones. A las chicas no parecía importarles que fuera reservado. Debía

aumentar su halo de misterio, porque las mujeres estaban siempre rondando alrededor de la fraternidad o del campo de *rugby* para verle.

Los muchachos de Theta Ji decidieron enseguida que Thomas era como la lámpara para insectos de la fraternidad, que atraía a las chicas como moscas, y empezaron a llamarle «Matamoscas». Entonces le parecía divertido, pero ahora no. Ya no le parecía nada divertido.

—¿Sigue Pam trabajando a media jornada? —preguntó Thomas.

—Sí. Tres días a la semana.

Bastaba con mirarle para ver que se estaba escondiendo. Si no fuera por el póquer, el *rugby* y sus chequeos médicos, Rollo no le vería nunca. Cada vez que Pam le invitaba a casa siempre decía que tenía que trabajar.

Eso era en gran parte lo que hacía que estuviera de mal humor: su trabajo. Las madres enfermas que veía a diario eran una buena excusa para mantener la distancia con la gente. Thomas solía hablar de dejar el derecho para dedicarse al *rugby*, pero la última vez que Rollo intentó sacarlo a colación Thomas cambió de tema.

Y el día que por fin encontró valor para sugerirle que considerara la posibilidad de hacer un tratamiento para la depresión por poco le corta la cabeza.

Rollo ya no sabía cómo hablarle. Era como si ese día en su consulta hacía seis meses hubiera cambiado todo entre los dos. El muro que Thomas había levantado desde entonces hacía que Rollo se sintiera como un extraño.

Rollo vio que Thomas le estaba mirando a través de una bocanada de humo e intentó sonreír.

—¿Quieres otra cerveza, T?

—No. Estoy bien.

Thomas se había tomado muy mal la noticia de su lesión, pero era comprensible. Rollo no olvidaría nunca la expresión de esperanza en las caras de Thomas y Nina al otro lado de su mesa antes de que les soltara la bomba.

Era cierto que otras parejas habían roto en su consulta, pero eso era lo peor que había presenciado. Explicó los resultados de los análisis y esperó a que alguien dijera algo, pero se quedaron allí sentados sazonando la tensión durante un buen rato. Entonces Nina soltó delante de él la lista de todo lo que Thomas había hecho mal en los últimos cuatro años. Le dijo que se había acabado y fue hacia la puerta.

Rollo siempre había pensado que era una persona reservada. Por lo visto se había estado reservando para una impresionante exhibición pública.

Thomas permaneció en silencio todo el tiempo. Tenía una expresión impasible en la cara, pero sus nudillos estaban blancos alrededor de los brazos de la silla. Cuando Nina cerró la puerta de golpe se encogió.

Thomas era paciente de Rollo, pero también era el mejor amigo que había tenido en su vida, y lo único que se le ocurrió decir fue «Lo siento mucho, tío».

¿Qué más podría haber dicho?

Desde entonces parecía que a Thomas sólo le interesaba trabajar o quedarse en casa para escuchar a John Coltrane y Charlie Parker y deprimirse aún más. En seis meses no había tenido ninguna cita. Después de los partidos no se quedaba a tomar ninguna copa con los demás. No quería hablar de nada. Ni siquiera a Pam.

Rollo recorrió con la mirada la sala de estar hasta la pequeña jaula que sabía que estaba escondida detrás de una maceta grande. Por lo menos ahora Thomas tenía ese perro feúcho para hacerle compañía. Él y Pam pensaban que era una señal muy positiva.

Thomas seguía mirándole.

Rollo esbozó una sonrisa.

—Puedes decirle a Pam que estoy bien. Como mis verduras, duermo bien, me baño todos los días y tomo mis vitaminas.

Rollo se encogió de hombros, como si no fuera eso exactamente lo que pensaba hacer, y decidió cambiar de tema.

—¿Te parece bien el envío?

Thomas miró el puro que tenía entre los dedos y sonrió.

El Cohiba Corona Especial era más que un puro; era una obra de arte, una extravagancia, una forma de belleza. Dio una calada saboreando las delicadas notas de tabaco endulzado, cacao y frutos secos tostados en la parte posterior de la lengua, sintiendo el calor con su cerebro, sus ojos y su alma, disfrutando de su único vicio ilegal.

Sí, a diferencia de casi todo lo demás en su vida, le parecía bien, y cerró los ojos dando gracias a Dios una vez más de que Rollo tuviera un paciente que trabajaba en la Aduana.

—Es estupendo, Rollo. Transmítele mis más sinceras gracias.

Rollo dio una calada a su puro.

—Siempre lo hago.

Se sonrieron el uno al otro con complicidad y Thomas se sintió cómodo en ese breve intercambio. Sin duda alguna las cosas podían ser mejores, pero todavía podía disfrutar de un buen puro de vez en cuando. Además tenía a Rollo, Pam y sus sobrinos. Tenía el trabajo y el *rugby*. Suponía que era suficiente.

En cualquier caso, tendría que ser así.

—¿Qué diablos es ese ruido? —Chick frunció el ceño y levantó la cabeza mientras volvía a su asiento—. ¿Lo oís? Parece un gato vomitando una bola de pelo.

—Se llama *jazz* —murmuró Stephano.

—No. En serio. Ahí está otra vez...

Thomas se levantó de un salto y miró al otro lado de la sala de estar poco iluminada.

Pensaba que podría mantener a *Hairy* escondido, pero parecía que aquello se había acabado. Fue corriendo a la pequeña jaula que había en la esquina. Apartó el

ficus que formaba una lluvia de hojas crujientes y luego quitó rápidamente la funda de almohada.

Hairy estaba tosiendo, jadeando, temblando y mirándole a través de las barras de metal con los ojos asustados. Cuando aspiraba aire se le colapsaba la garganta al quedarse sin oxígeno.

—¡Dios mío! —Thomas abrió la puerta para cogerle.

—¿Qué diablos es eso? —Stephano se quedó con la boca abierta sin poder creérselo.

—Es un perro —susurró Rollo al grupo de hombres que se habían acercado—. El perro de Thomas.

Thomas se dio la vuelta.

—No es mi maldito perro, ¿me oyes, Rollo? ¿Cuántas veces tengo que decirte que sólo le estoy cuidando hasta que encuentre un sitio para él?

—¿Un perro? ¿Estás seguro? —Manny parecía asombrado de verdad.

—¿Lleva un suéter? —preguntó Chick en un susurro.

Todos se acercaron más y se sintieron libres para hacer comentarios.

—Es la cosa más fea que he visto nunca.

—Parece un cerdo enano.

—Una rata de alcantarilla.

—Un alienígena.

—Sea lo que sea, se está ahogando.

—¡Maldita sea! ¡Es el humo! —Thomas corrió a la entrada, abrió la puerta principal y sacó a *Hairy* al aire nocturno de septiembre. Luego se sentó en el bordillo con sus largas piernas casi debajo de la barbilla mientras observaba al perro.

Hairy seguía tosiendo. Su respiración se calmó, pero no dejaba de jadear.

—¿Deberíamos llamar al veterinario? —preguntó Rollo.

—Prueba con Terminix —dijo Stephano provocando la risa de los demás.

—¿Podéis callaros para que pueda oír cómo respira? —Thomas volvió la cabeza y miró furiosamente a sus amigos.

—Yo creo que deberíamos dejarlo por hoy —dijo Manny—. Mañana tenemos una reunión a primera hora y estoy seco. Vamos adentro a saldar cuentas.

Rollo dio unas palmaditas a Thomas en el hombro.

—Voy a encender el aire acondicionado. Abriré las ventanas y recogeré un poco. Thomas asintió.

—¿Puedes encender también el extractor de la cocina? Gracias.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, Thomas suspiró y miró la cara puntiaguda de *Hairy*. Por un momento le pareció ver en los ojos del animal una mirada de gratitud. Luego, en la oscuridad, Thomas estaba convencido de que *Hairy* le había sonreído. Era evidente que había tomado demasiadas cervezas.

Al menos el pequeño mutante seguía vivo, y eso estaba bien porque se acababa de gastar cerca de seiscientos dólares en medicamentos y provisiones.

—Eres un perro muy caro de mantener —murmuró Thomas.

Luego *Hairy* empezó a retorcerse de un modo que indicaba que iba a hacer pis. Thomas desplegó su cuerpo y dejó a *Hairy* en el pequeño trozo de césped que había delante de su casa. El mutante se agachó como una chica como siempre, hizo sus necesidades, olfateó los rododendros y luego se sentó a los pies de Thomas mirando la cara de su nuevo amo con adoración.

Estaba jadeando aún.

Las ranas y los grillos estaban especialmente ruidosos esa noche. Emma escuchó el suave crujido de la mecedora del porche delantero, que seguía el ritmo de la vibrante melodía que latía en su piel húmeda.

No podía dormir, aunque sabía que necesitaba descansar. Se preguntó si a veces lo hacía a propósito para tener una excusa para bajar descalza en camisón y sentarse en la oscuridad del porche sola. Todo estaba muy tranquilo. Los campos de heno del sur del condado de Carroll tenían un olor limpio y maduro, como cuando era una niña. Las estrellas parpadeaban detrás de las finas nubes nocturnas.

Ése era su mundo privado. Por la noche podía pensar en sus deseos. Podía convencerse a sí misma de que aún era posible que se hicieran realidad.

El viejo *Ray* apoyó su cabeza con insistencia en su rodilla, y Emma le rascó detrás de la oreja. Su gruñido de placer le hizo sonreír. Le gustaría parecerse más a *Ray*; siempre parecía estar contento con lo que tenía en vez de preocuparse por lo que no tenía. Puede que ésa fuera la diferencia básica entre los perros y los seres humanos.

Emma puso los pies descalzos sobre la barandilla del porche y se recostó en la mecedora. Con la mano libre se enrolló su largo pelo en un nudo. Una ráfaga caliente de aire húmedo le rozó la nuca y la parte posterior de los muslos.

Volvió a pensar en Thomas Tobin y se rió para sus adentros.

Velvet tenía razón; no era normal que una mujer de su edad estuviera sola. Necesitaba un hombre. Y si estaba fantaseando otra vez con el Chico Robot debía estar muy desesperada.

Como hacía casi todas las noches, Emma se preguntó por qué una mujer con buen aspecto, educada, amable y divertida no podía encontrar a un hombre normal.

¿Era su imaginación o resultaba que escaseaban en la zona metropolitana de Baltimore y Washington?

¿Era su imaginación o era cierto que cuanto más pasaba el tiempo había menos posibilidades?

No odiaba los bares; de vez en cuando le gustaba salir con un grupo de amigas a tomar algo.

Lo que odiaba era la cacería desesperada asociada al ritual de apareamiento humano. Se sentía expuesta y vacía. Y no importaba dónde fueran, siempre estaba

segura de que tenía el trasero más grande en la pista de baile.

Como científica, Emma sabía que en realidad se trataba de buscar cromosomas de buena calidad para perpetuar su herencia genética.

Como mujer sabía que era mucho más que eso. Ella buscaba pasión. Buscaba amor. Era un poco embarazoso reconocerlo, pero Emma quería volverse loca sólo una vez antes de morir. Quería sentirse perseguida, valorada, mimada. ¿Era tan descabellado?

Sólo una vez antes de morir, nada más.

Con Aaron no había sido así. Emma acabó dándose cuenta de que su relación de trece años con Aaron era en realidad un pacto basado en la compatibilidad intelectual y la familiaridad física, con una buena dosis de disfunción para que resultara más emocionante. Habían sido amantes, marido y mujer y socios.

Un día por fin comprendió que podía arreglar algunas cosas a algunos animales y humanos, pero que nunca sería capaz de arreglar a Aaron Kramer.

Ni siquiera tenía que intentarlo.

—¿Emma?

Al darse la vuelta vio a Leelee en la puerta de rejilla de la vieja casa de ladrillo. La difusa luz amarilla de la lámpara brillaba alrededor de su cabeza rubia y hacía que pareciera un ángel con un halo de rizos dorados. El corazón de Emma se llenó de ternura.

—Hola, cariño. ¿Quieres que te vuelva a tapar? ¿Está Beckett dormido?

—Se ha quedado dormido delante de la televisión, como siempre —dijo Leelee con voz somnolienta—. Probablemente con Monty Python.

Emma subió las escaleras con el brazo alrededor de los finos hombros de la niña, sintiendo el roce de los rizos en su muñeca.

Leelee se parecía mucho a su madre: alta, delgada y preciosa. También tenía los ojos marrones claros de Becca, su aguda inteligencia y su risa sonora.

Al llegar al rellano Emma abrazó a Leelee contra ella, pensando que ahora debía asegurarse de que la hija no cometiera los mismos errores por los que era famosa su madre.

Sin duda alguna, su mejor amiga le había planteado un gran reto al dejarle a esa niña de doce años.

Llevó a Leelee a su habitación, le puso la manta ligera por debajo de la barbilla y apartó un pálido rizo de su cara. Bajo la atenta mirada de la niña, Emma se inclinó y le dio un suave beso en la frente.

—Duerme bien.

—Lo intentaré.

—¿Estás nerviosa por lo de mañana? ¿Es eso lo que no te deja dormir?

Leelee puso los ojos en blanco.

—Ni mucho menos. La verdad es que es todo una farsa.

Emma se cruzó de brazos y miró a Leelee.

—Ya sabes que no tienes que participar en ese concurso de geografía.

—Dije que lo haría y lo haré —la niña se encogió de hombros—. No es para tanto. Si quieren seré la estrella de su espectáculo de bichos raros.

Emma se sentó en el borde de la cama y cogió una de las estrechas manos de Leelee. La niña era una extraña mezcla de inocencia infantil y experiencia adulta, y Emma sabía que tenía que dar las gracias a Becca por eso. Lo que no sabía eran los detalles; Leelee no quería hablar de su vida en Los Ángeles, y Emma se preguntaba si no sería tan malo como temía o peor de lo que imaginaba.

—Entonces, ¿hay algo más?

Leelee movió la cabeza sobre la almohada.

—Estoy orgullosa de ti, cariño. Y te quiero. Te he querido desde el día que naciste, desde el minuto que naciste.

Leelee observó a Emma con los ojos medio cerrados.

—¿Fue duro ayudar a parir a mamá?

—No, fue muy bonito. Fue algo mágico. No fue duro en absoluto.

—Eso es porque estás acostumbrada a la sangre —Leelee arrugó la nariz—. Seguro que gritó como una loca.

—Es verdad, pero de todas formas fue lo más maravilloso que he visto en mi vida —Emma le dio unas palmaditas en la mano y se levantó.

—Em...

—¿Sí?

—Nada.

Emma levantó una esquina de la boca.

—A mí me suena a algo.

—Sólo buenas noches.

—Buenas noches, Elizabeth Weaverton, niña prodigio.

Después de darle otra palmadita en la cabeza, Emma cerró la pesada puerta de roble y se quedó un momento sola en el pasillo de arriba. A su izquierda podía ver a su padre tumbado en la cama, roncando felizmente, con su cuerpo iluminado por la parpadeante luz azul de la televisión.

En el otro extremo del pasillo estaba su habitación. A través de la puerta abierta veía la cama grande de su niñez y el papel pintado de pequeñas flores amarillas. Emma se acordaba del verano que ella y su madre habían elegido ese papel. Tenía trece años, poco más que Leelee ahora.

La madre de Emma había muerto en primavera.

Se agarró los codos y se abrazó con fuerza, pensando que la vida solía dar muchas vueltas. Allí estaba de nuevo, en aquella vieja cama rodeada de ese viejo papel pintado, una divorciada de treinta y tantos años criando a la hija de su amiga en la casa de su padre.

Ni en un millón de años podía haber imaginado algo así.

Entonces sintió el hocico de *Ray* en la parte posterior de su rodilla.

—Hola, amigo mío.

Emma apagó la televisión de su padre y le dio un beso en la mejilla. Luego bajó por las escaleras traseras a la cocina y se sirvió un vaso de té helado antes de volver a la mecedora del porche.

Ray le golpeó otra vez la pierna para llamar su atención, y se rió. Para ser una mujer sin vida amorosa lo cierto era que se sentía necesitada.

Emma dejó que su vista recorriera unos doscientos metros hasta la granja de los Weavernton —ahora la residencia de una joven pareja y su hijo—, una pequeña casa de tablillas blancas parcialmente escondida por una hilera de pinos movidos por el viento. ¿Cuántas noches como ésa se habían reunido Becca y ella en esos árboles para planear sus vidas?

No habían sido muy buenas prediciendo el futuro.

Emma empujó la barandilla con el dedo gordo del pie para mover de nuevo la mecedora, y Ray dejó que su cuerpo ciego de tres patas se doblara en el suelo de madera de pino con un fuerte suspiro. Sabía que era tarde.

El crujido de la mecedora sonaba a respiración. Para acompañarla, Emma llenó sus pulmones con aire caliente y lo soltó muy despacio. Puso en el suelo su té helado y dejó que sus manos acariciasen la suave piel de sus brazos. Dejó que sus dedos pasaran rozando por su cuello y sus hombros y bajarán por la parte delantera de su fino camión de algodón.

Tenía un cuerpo perfectamente normal. Un cuerpo fuerte. Un poco grande —como su madre y exactamente lo contrario de Becca—, pero eso no era nada nuevo. Emma nunca había sido lo bastante alta y delgada para ser elegante, como solía señalar Aaron.

Sus dedos bajaron por su vientre redondeado hasta sus muslos y volvieron a subir por los costados.

Muchas mujeres de su edad ya habían tenido uno o dos hijos, y los bebés que habían crecido dentro de ellas habían estriado sus cuerpos. ¿Qué tenía ella? Ninguna estría y una profesión que le encantaba.

Sus manos pasaron a acariciar sus pechos.

Muchas mujeres de su edad habían amamantado a un bebé. Sabían lo que significaba traer una vida al mundo y mantenerla con la magia de su propio cuerpo. ¿Cuál era su contribución? Emma pensaba en eso a menudo, y siempre llegaba a la misma conclusión: Cuando un animal tenía problemas de comportamiento solía haber una sentencia de muerte, y ella utilizaba su corazón y su mente para dar a esas criaturas otra oportunidad.

Ése era su regalo al mundo.

Apoyó la cabeza en la mecedora y suspiró mientras le caía el pelo por los hombros y le rozaba la piel desnuda. Sintió cómo se endurecían las puntas de sus pechos con sus caricias, como era natural, sin que la piel fuera consciente de que era su propia mano la que había producido ese efecto y no la suave boca de un niño.

O la boca ardiente de un amante.

Llevó las manos a la suavidad de sus muslos y se levantó el camisón dejando que su mente evocara cómo la tocaba Aaron, pero el recuerdo placentero llegó acompañado de una puñalada mortal de ira y dolor.

Entonces, mientras deslizaba la mano izquierda por su muslo, dejó que su imaginación se desviara hacia Thomas Tobin. Recordó el calor de su piel bajo los puños de su camisa, el destello de nostalgia en sus ojos, cómo había estado a punto de sonreírle e incluso de besarla...

¡Cómo le había mentado a Velvet! Claro que le atraía, como a cualquier mujer a la que le latiera el corazón. Sus ojos eran eléctricos. Su boca, severa pero sensual, estaba flanqueada por unos hoyuelos increíblemente atractivos. Estaba hecho de roca dura.

De forma racional Emma sabía que Thomas Tobin era demasiado perfecto físicamente para una mujer como ella, pero aquella era su fantasía, y podía seguir recordando cómo le había intrigado y le había puesto la carne de gallina.

Se preguntó por qué estaría tan malhumorado. Se preguntó qué aspecto tendría desnudo.

Esa idea la asustó, pero continuó riéndose para sus adentros, intentando imaginar cómo serían esos músculos calientes al acariciarlos con sus manos, cómo se sentiría si un hombre de su tamaño la apretara contra sí, la rodeara con sus brazos y la poseyera.

Respiró profundamente y luego soltó despacio el aire.

Su reacción era perfectamente comprensible. Thomas Tobin era diferente; eso era todo. Aaron era moreno, delgado y enjuto, y durante la mayor parte de su vida adulta eso era lo que ella había asociado con el sexo: el cuerpo fibroso de Aaron, su eficaz virilidad de tamaño medio, sus rápidos y suaves movimientos y su encantadora sonrisa.

Por eso le fascinaba tanto Thomas Tobin. Era todo lo que no era Aaron. Era rubio, fuerte y reservado, y parecía capaz de cogerla, echársela sobre un hombro y llevarla a su cueva, donde ignoraría sus débiles protestas, la pondría en la superficie plana más próxima y...

¿Qué ocurría? Emma se levantó de la mecedora como si la hubieran catapultado con el camisón de algodón por debajo de las rodillas.

¿Qué hora era? ¿Quién la llamaría a esas horas? ¿Qué diablos estaba haciendo con el perro en el porche delantero?

¿Y si Leelee la había visto? ¿Qué clase de ejemplo le estaba dando? ¿No había visto bastante la pobre?

Emma cogió el teléfono portátil de la entrada y volvió a salir fuera para no despertar a nadie.

—¿Diga? —sabía que sonaba fatigada y un poco irritada.

—Doctora Jenkins. Siento molestarla tan tarde, pero...

Y antes de que pudiera evitarlo las palabras salieron de su boca:

—Pero si es Thomas Tobin.

Emma hizo una mueca, consciente de que acababa de cometer un grave error. ¿Había alguna razón lógica relacionada con el trabajo por la que recordaba el sonido de su voz?

No.

¿Había alguna razón para que dijera su nombre susurrando salvo que acababa de estar acariciándose la parte interior del muslo izquierdo mientras le imaginaba con un taparrabos a lo Conan el Bárbaro?

No. Y él se había dado cuenta. Podía verlo al otro lado de la línea con un ojo entrecerrado y un gesto de desagrado en la boca.

Así que cuando le oyó reír —aunque sólo fuera un breve instante— se quedó sorprendida.

—¿Ha tenido una percepción extrasensorial?

Emma decidió seguirle la corriente.

—Algo así, señor Tobin. Resulta que estaba soñando con su perro...

—¿Estaba soñando con *Hairy*?

—Eso es. *Hairy*.

Después de una pausa Thomas preguntó:

—¿Sueña mucho con perros raros, doctora Jenkins?

Sólo cuando tienen dueños tan atractivos.

—Es normal que los veterinarios tengan sueños relacionados con su trabajo —dijo intentando sonar profesional—. Es una forma de liberar estrés. ¿Puedo hacer algo por usted, señor Tobin? ¿Le pasa algo a *Hairy*?

De repente se le ocurrió que era imposible que supiera el número de su casa. No estaba en la guía, y a los pacientes sólo les daba el número del contestador precisamente por esa razón.

—¿Cómo ha conseguido el número de mi casa?

—Dadas las circunstancias he pensado que no le importaría que un amigo me diese su número.

¿Qué clase de amigo tenía acceso a números privados en mitad de la noche? ¿Cuáles eran esas circunstancias? Emma estaba esperando.

—Es *Hairy*. Tiene problemas para respirar desde hace dos horas y no sé si es grave y qué debo hacer, pero parece que está empeorando.

Emma se puso alerta. No era muy probable que el perro tuviera una reacción a los medicamentos que le había recetado, pero siempre era posible.

—Dígame cómo respira ahora mismo y cuándo y cómo empezó.

Al escuchar la descripción de Thomas de una noche de cartas y puros Emma se relajó.

—¿Quién es su veterinario habitual?

—No tengo ninguno.

—¿Qué? Yo soy psicóloga conductista, señor Tobin, y no suelo atender este tipo de llamadas, pero es probable que el perro tenga una reacción al humo y que sea grave. ¿Dónde vive?

—En Federal Hill. Baltimore.

Estaba a una media hora de distancia.

—En Catonsville hay una clínica de urgencias llamada VetMed. Debería ir inmediatamente, y no le pierda de vista durante el viaje.

—Gracias.

—Lleve los medicamentos para enseñárselos al veterinario. Yo le avisaré y me reuniré allí con usted.

Silencio.

—¿Señor Tobin?

Thomas se aclaró la garganta.

—¿Por qué va a hacer eso?

Era una buena pregunta. ¿Cuántas veces había salido para ver a un paciente en mitad de la noche desde que ella y Aaron habían abierto la consulta? Exactamente una, cuando *Adolph* el San Bernardo atacó a su dueña mientras se estaba preparando un bocadillo de jamón a medianoche.

—*Hairy* es mi paciente —dijo.

Más silencio.

—Llámeme Thomas, y es usted muy amable, doctora Jenkins.

—Emma, ¿recuerda?

Cuando por fin respondió parecía que le dolía algo.

—Muy bien... *Emma*.

Aaron Kramer tomó un sorbo de *whisky* y miró alrededor del oscuro bar. Incluso sin los pequeños cambios en su aspecto pasaría desapercibido allí. Era felizmente invisible, más que a cien kilómetros de su casa y a un millón de kilómetros de su vida.

¿Podía arriesgarse a pensar que estaba seguro? ¿Saldría impune de todo aquello? ¿Era posible que tuviese suerte por una vez en su vida?

Habían pasado doce días desde que había matado a ese capullo, y la policía no había ido aún a derribar su puerta. Ahora más que nunca necesitaba que la suerte estuviera de su lado.

La verdad era que a Aaron no le resultaba cómodo considerarse un asesino. Iba en contra de todo lo que pensaba que era. Era cierto que tenía algunos malos hábitos, pero nunca había matado a nadie. Scott Slick cambió todo eso. Ese maricón había ido demasiado lejos.

Aaron miró a su alrededor. Ese lugar sería perfecto para sus propósitos llegado el momento. Esperaba no tener que hacerlo, pero estaba preparado por si acaso.

No era un estúpido, pero cuando perdía mucho se enfadaba tanto que no pensaba con claridad. Si Slick hubiese estado dispuesto a escucharle no habría ocurrido. Pero se había reído de él, le había dicho que ya no estaba en sus manos, y Aaron se puso tan furioso que cogió lo primero que pilló y le golpeó en la cabeza hasta que todo acabó manchado de sangre, incluidas sus Reebok nuevas y la parte delantera de su camisa.

Tuvo que ir al campo y hacer una hoguera en el límite de una granja, donde lo quemó todo hasta que quedó reducido a cenizas.

¡Aquellos zapatos le habían costado cien dólares!

Terminó su *whisky* y pensó en marcharse. Tenía un largo camino por delante y había bebido mucho.

Pero la mujer de la barra seguía mirándole, sonriéndole y mostrándole las tetas.

¿Por qué no?

Se levantó y se acercó a ella. Ya no estaba casado, aunque eso no le había detenido nunca.

Capítulo 3

Corazón de cristal

Si Emma se había alarmado al ver a Thomas Tobin con un traje, ¿cómo podía describir lo que sentía ahora al verle sentado en una sala de espera sin afeitarse, con el pelo revuelto, los ojos preocupados, sus poderosas piernas asomando por unos pantalones cortos holgados, su pecho y sus hombros cubiertos por una vieja camiseta de *rugby* rasgada por los codos y con el cuello ancho?

Aturdida era una buena palabra. Como una persona a dieta mirando el escaparate de una confitería. Como una mujer hambrienta de amor mirando al hombre más delicioso que había visto en su vida.

Thomas levantó la vista hacia la puerta. Se puso de pie rápidamente, cogió a *Hairy* como si fuera un balón de fútbol y esperó a que llegara hasta donde se encontraba él.

Cruzar la sala de espera fue una odisea para el sistema nervioso simpático de Emma. Se le quedó la boca tan seca que pensaba que iba a deshidratarse, y tenía las manos tan húmedas que tuvo que secárselas con la sudadera.

Al pararse levantó despacio la barbilla. Thomas estaba sobre ella con la cabeza rubia agachada y una expresión expectante en sus ojos.

—Hola, Emma —dijo con un ronco susurro.

Un rayo de lujuria clavó a Emma al suelo a través de las suelas de corcho de sus Birkenstock. Un simple saludo de dos palabras con esa áspera voz masculina y se había derretido.

Hairy empezó a retorcerse.

—Tiene que hacer pis —Thomas comenzó a andar, pero de repente se dio la vuelta y miró a Emma como alguien que comprueba si la puerta está bien cerrada antes de irse de vacaciones—. Enseguida vuelvo.

Emma se volvió para ver cómo salía Terminator dando grandes zancadas, y observó lo largas que eran sus piernas, que era mucho más alto y grande que ella y que si estirase los brazos podría agarrarle el duro trasero.

Parpadeó con fuerza y se estremeció. ¿Se había vuelto loca? ¿Para qué diablos había ido allí, para torturarse? Debía estar ovulando.

—Su novio está muy preocupado por su perrito.

Emma se giró hacia el otro lado. No se había dado cuenta de que había alguien más en aquella sala, en el mundo. Pero a unos metros había una pareja mayor sentada en unas sillas de vinilo amarillo, y la mujer le sonrió con tristeza.

—¿Mi novio? —Emma intentó apartar la niebla de su cabeza. Era la una de la mañana. Estaba cansada. Estaba loca. Estaba ovulando. ¿Cómo se suponía que iba a seguir una conversación?

—Lo siento. Entonces, ¿su marido? —la mujer esbozó una amplia sonrisa y Emma vio que había estado llorando, al igual que el hombre.

Se sentó en la silla de al lado.

—En realidad soy la veterinaria del perro. He venido para... —se detuvo sin saber cómo terminar, consciente de que tampoco tenía importancia. Luego le cogió a la mujer una mano delgada y seca—. ¿Qué hacen ustedes aquí?

La mujer arrugó la barbilla y su labio inferior empezó a temblar.

—*Leonora*, nuestra Shih Tzu, no entró en casa después de Letterman.

—Entonces supe que... —el hombre bajó los ojos y movió la cabeza—. Siempre vuelve del patio después de Letterman.

—Se escapó otra vez por debajo de la valla —dijo la mujer—. Después de llamarla salimos a buscarla y la encontramos en la calle Frederick, con el tráfico que hay.

—¿Está ahora en el quirófano?

Ella asintió.

—El veterinario nos ha dicho que no tengamos demasiadas esperanzas. Tiene muchas... —la voz de la mujer se quebró y empezó a sollozar. Su marido la rodeó con el brazo y completó la frase.

—Heridas internas, ya sabe.

Emma sabía muy bien lo que ocurría cuando un Shih Tzu se encontraba con un Subaru. Le estrechó a la mujer la mano mientras lloraba.

Durante años había visto a mucha gente llorar por sus mascotas, desde un loro a un mastín. Cuando moría un animal la sensación de pérdida era pura y profunda. La intensidad del vínculo entre el animal y el humano le impresionaría siempre.

—Sé que los veterinarios harán todo lo posible para salvar a *Leonora* —Emma miró a la vez a la mujer y a su marido—. Pero cuando las heridas son muy graves y no puede haber calidad de vida supongo que lo más humano es acabar con el sufrimiento.

El hombre asintió con solemnidad.

—Debe de ser un perro muy especial —dijo Emma.

La mujer enderezó la espalda y sonrió.

—¡Oh, sí! *Leonora* es el perro más maravilloso que hemos tenido. Es nuestro tercer Shih Tzu; sólo tiene dos años.

El marido buscó su cartera y la abrió.

—Aquí está.

Puso una vieja cartera marrón en la mano de Emma y le mostró una foto de estudio de una bola de pelo gris. No pudo evitar sonreír.

—Es una monada, y seguro que también es muy traviesa. Los Shih Tzus suelen ser muy activos.

La pareja comenzó a reírse mientras Thomas volvía.

Emma observó cómo entraba en silencio por la puerta y posaba como un dios vikingo, con unas Nike sin calcetines y su perro jadeante en un costado.

Thomas escrutó la cara de Emma, vio que estaba agarrando la mano a la mujer y luego le miró a los ojos.

Y sucedió.

Emma contuvo la respiración. El tiempo se detuvo. Las placas tectónicas se movieron. Porque Thomas Tobin le sonrió.

Aunque intentó reprimirla, la sonrisa duró lo suficiente para que sus ojos brillaran como oropel navideño y formaran dos atractivos hoyuelos a los lados de su boca.

No era exactamente así como había imaginado que sería —y además pensaba estar mejor vestida para la ocasión—, ¿pero a quién iba a quejarse?

Emma Jenkins acababa de volverse loca oficialmente.

Decidió que había algo demasiado íntimo en todo aquello. Era temerario, peligroso.

Debía ser porque era de noche, y había visto con bastante frecuencia que la noche podía conjurar un falso sentido de la intimidad entre completos desconocidos.

¿Por qué si no estaría sentado en un restaurante vacío tomando café y tortitas de arándano con una mujer a la que apenas conocía y que le estaba contando su vida? ¿Por qué si no se sentiría tan tranquilo hablándole de su propia vida? Nunca haría ese tipo de cosas a plena luz del día.

En cualquier caso Thomas no recordaba haber tenido una conversación como ésa con una mujer a la que acababa de conocer. En las dos últimas horas él y Emma habían hecho un repaso completo: estudios, familia, aficiones, trabajo (él había conseguido ser lo suficientemente vago en ese tema), y ahora ella se estaba riendo nerviosamente y explicando que justo cuando decidió separarse de su marido murió su mejor amiga, que vivía en California, y le dejó a su hija a su cargo.

Luego se puso un reluciente mechón de pelo por detrás de la oreja y se limpió una gota de café del labio superior con la punta del dedo. Él no podía apartar sus ojos de ella aunque quisiera, aunque tuviese una niña y estuviera recuperándose de un divorcio. Simplemente no podía dejar de mirarla.

Había decidido que era más que guapa; era bella. Su pelo liso y espeso le caía sobre los hombros y brillaba bajo la luz de la lámpara del reservado, con los marrones, los rojos y los dorados formando ondas como si su cabello estuviese vivo y respirase con ella.

Sus ojos eran del azul más delicado que había visto. Era ridículo, pero le recordaban al buzo de cremallera que le compró a Jack cuando nació. Pam también se

lo puso a Petey cuando llegó dos años después, y con tantos lavados siguió perdiendo color. Recordó lo frágiles que le parecían sus sobrinos en sus brazos, lo bien que olían después de un baño, como nuevos.

Thomas apartó la vista y miró por la ventana con el corazón acelerado y una repentina sensación de vacío en el pecho. Volvió a mirar a Emma porque lo necesitaba.

Sus cejas y sus pestañas eran de un marrón casi negro, un extraño contraste con sus ojos claros y somnolientos. En la nariz y las mejillas tenía algunas pecas suaves. Mientras hablaba observó su boca, los dientes frontales un poco torcidos, el labio de abajo, un poco más voluminoso que el de arriba, la pequeña hendidura del labio superior desaparecía cuando sonreía, que era casi todo el tiempo.

Sabía que no llevaba los labios pintados; no había ninguna marca en el borde de su taza blanca de café. En realidad no iba maquillada. No llevaba esmalte de uñas, joyas ni perfume, sólo un suave aroma floral que probablemente venía de su champú.

Era completamente natural. Auténtica. Y le habría gustado acariciarla de arriba abajo.

—Económicamente fue un lío terrible. Invertimos en la consulta como pareja y supongo que se merecía su parte, pero ahora estoy llena de deudas y sigo con la mayoría de los pacientes que compartíamos. Aunque algunos se fueron con Aaron a Annapolis.

Tenía una voz potente con algunos tonos bajos que a Thomas le parecían muy seductores.

—¿Le ves a menudo? —preguntó.

Emma se encogió de hombros.

—Le vi el lunes, en el despacho del abogado. Firmamos los papeles del divorcio —movió una mano como para despejar el aire—. Y de vez en cuando hablamos por teléfono sobre algunos casos porque somos los dos únicos conductistas de esta zona. Es un campo nuevo; sólo hay treinta personas tituladas en todo el país.

—¿Le echas de menos?

Ella hizo una mueca antes de asentir.

—Claro. A veces mucho, pero había cosas que... —miró hacia otro lado sin terminar la frase.

Thomas esperó. Sabía exactamente lo que venía después.

Emma se volvió y sonrió.

—Era lo mejor. Vamos a dejarlo así.

Aquello sí que era una sorpresa. Estaba claro que ése Aaron era un capullo, pero Emma no había dicho nada malo sobre él. Suponía que los insultos estaban a punto de comenzar. Se había preparado para oír la versión de Emma de las habituales ofensas masculinas: *era un jugador; era incapaz de comunicarse; era un mentiroso y un idiota; se pasaba el día viendo los deportes en la televisión; me utilizaba como un objeto sexual.*

Pero lo único que Emma había hecho hasta ahora era sonreír y hacer un breve resumen: se conocieron en un curso de zoología, fueron novios durante toda la carrera, vivieron juntos mientras hacían la especialidad, se casaron cuando eran residentes y decidieron compartir su trabajo y su vida.

Entonces se separaron.

El hecho de que le hubiera ahorrado los detalles desagradables era un gesto tan maduro y decoroso que resultaba casi increíble.

—¿Cómo se llama tu niña? —preguntó.

La cara de Emma se iluminó con la sonrisa más perfecta que había visto en su vida.

—Se llama Elizabeth, pero la llamamos Leelee. Tiene doce años, y es la niña más lista y valiente del planeta.

La intensidad de su respuesta, de su cariño, le asustó. Le desconcertó. Apartó su mirada.

Fue entonces cuando vio moverse una oreja puntiaguda por debajo del codo de Emma, la única señal de que *Hairy* les había acompañado. El perro había estado muy tranquilo en el bolsillo de la sudadera de Emma, acurrucado justo debajo de sus pechos, durmiendo contra su vientre.

Tragó saliva. Maldito perro. ¿Cómo había llegado antes allí?

—¿Y tú qué, Thomas? —Emma inclinó la cabeza y sonrió, agitando su espeso pelo con el movimiento—. No has hablado mucho de tu trabajo, pero tengo que decirte que no me creo la historia del consultor. Estoy pensando por ejemplo en el Servicio Secreto. Puedo verte por los jardines de la Casa Blanca susurrando a tu solapa.

—¿Mi solapa?

—Sí, ya sabes. «¡Sector cuatro despejado, señor!» —echó la cabeza hacia atrás y se rió cerrando los ojos.

Thomas tomó otro trago de café y la miró, primero divertido y luego enfadado. ¿Qué estaba haciendo allí con esa mujer? Debería despedirse ahora mismo, antes de pasar más tiempo con ella, antes de que empezara a pensar tonterías. Antes de que empezara a gustarle.

Además, si no dormía al menos un par de horas iba a estar destrozado. Dentro de cinco horas tenía una «reunión especial» en la oficina. Mierda. Y por la tarde tenía un partido. Mierda. Tenía treinta y siete años; era demasiado viejo para estar levantado toda la noche e intentar jugar luego al *rugby*.

Ésas eran unas buenas razones para marcharse. Pero no podía. Quería ver la sonrisa de Emma, oír su risa, pensar que quizá fuera tan buena como parecía. Necesitaba creérselo un poco más. Sólo unos minutos más.

—¿Por qué dices eso, Emma? —vio cómo su mano iba inconscientemente a la cabeza de *Hairy* y acariciaba su pequeño mechón de pelo.

Tenía unas manos finas, suaves y seguras. Se acordaba de cuando la había visto con la pareja mayor en la sala de espera, tan amable cuando el veterinario les dijo que su perro había muerto. Su voz era suave y reconfortante mientras agarraba la mano a la mujer.

—Soy psicóloga de animales, Thomas, y los seres humanos son también animales, como *Hairy*. Así que he conseguido ser bastante buena leyendo a la gente.

Yo también, nena, pensó.

—¿Como me estás leyendo ahora a mí?

Le lanzó una sonrisa de Mona Lisa e inclinó la cabeza.

—Muchas veces tengo que empezar con el dueño del animal antes de poder ayudarle, y sí, te he estado observando.

—¿Cómo lo haces?

Emma le sonrió otra vez. Prefería que no lo hiciera, porque su sonrisa tenía en él un efecto hipnótico que le hacía sentirse como si se estuviera cayendo por una especie de torbellino.

—Mmm —Emma se reclinó en su asiento sin dejar de mecer a *Hairy* contra ella—. ¿Has leído algún libro de Agatha Christie? ¿Conoces a Miss Marple?

—Creo que sí.

—Bueno, cuando era pequeña devoraba esos libros. Y lo que más me intrigaba era cómo Miss Marple podía conocer a una persona simplemente observando sus gestos.

Thomas estaba empezando a sudar. Tenían más cosas en común de lo que podía imaginar.

—¿De veras?

—Expresiones faciales. Posturas corporales. El tono de voz, todas las formas indirectas con las que la gente se comunica. A veces las palabras y la postura dicen lo contrario, pero es la comunicación indirecta lo que siempre dice la verdad —se encogió un poco de hombros mientras acariciaba a *Hairy*—. Y acabé siendo la Miss Marple del mundo de los perros y los gatos, una experta en comunicación animal, que no se basa en las palabras.

Mientras hablaba Thomas analizó cómo estaba sentado. Intentó relajar los hombros y escuchar con atención pero sin demasiado entusiasmo. Calculó mentalmente la posición de sus manos, sus cejas y su barbilla.

Ella volvió a reírse con los ojos azules relucientes.

—Pero no quiero asustarte, Thomas.

Otro torbellino. Thomas bajó la vista a la holgada sudadera de Emma en un intento de evitar su mirada. Pero resultó ser un error, porque su cuerpo casi gritaba que era suave, redondo y accesible. El arco de su garganta era muy elegante. Sus muñecas eran pequeñas y delicadas. Sus pechos firmes y abundantes se movían con cada respiración. Si estaba intentando esconderse, no lo había conseguido. Puede que fuera imposible esconder algo tan bonito.

Entonces Emma se metió la mano por debajo de la brillante capa de pelo para frotarse la nuca y girar la cabeza. Thomas miró hacia arriba y comenzó a imaginar cómo se sentiría rodeándole la cabeza con las manos cuando hacía eso, quizá mientras se retorció debajo de él gimiendo su nombre.

Tenía que recuperar el control de la conversación, lo cual no debería ser un problema porque era su fuerte.

—Siento decepcionarte, pero no soy agente del Servicio Secreto ni un espía ni nada remotamente glamuroso. Sólo soy un abogado especializado en recursos humanos, un simple machaca-papeles.

Emma estrechó los ojos y Thomas vio la duda detrás de sus bonitos iris azules; no se lo había tragado. Además de guapa, encantadora y divertida era muy inteligente. Thomas temía que pudiera estar hiperventilando.

—Ajá. Eso pone en tu cuestionario para nuevos pacientes —tomó un sorbo de café—. ¿Y te gusta tu trabajo?

Thomas se encogió de hombros intentando no pensar en las últimas veces que había actuado como asesino a sueldo. Intentó no ver al chaval de diecisiete años que le había dado seis dólares en monedas y un juego de la PlayStation II por acabar con su rival del equipo de ajedrez. O al tipo que necesitaba los cincuenta mil dólares del seguro de vida de su mujer para comprar un Camaro con techo solar y llevar a su nueva novia a Disney World. O al ama de casa que se puso de rodillas delante de su silla y empezó a bajarle los pantalones diciendo que no tenía dinero para contratar a un asesino, pero que conocía otro modo de pagarle por sus servicios.

La pregunta de Emma resonó en sus oídos. *¿Me gusta mi trabajo?* Por supuesto que sí. ¿Por qué no iba a gustarle? Evitaba la pérdida de vidas humanas. Limpiaba la escoria de las calles. Y la poca gente que sabía cómo se ganaba la vida decía que era muy bueno en lo suyo.

—Me encanta mi trabajo.

—¿Y qué es lo que más te gusta de él?

—La gente —dijo Thomas—. Conozco a gente fascinante.

—Claro —Emma tomó otro sorbo de café y miró a Thomas por encima del borde de su taza con expresión divertida—. ¿Tienes tu propio bufete o trabajas con un grupo?

Thomas recordó que llevaba unos pantalones cortos con esa sudadera y que tenía unas piernas bonitas; no demasiado largas, pero fuertes y bien proporcionadas. Le había dicho que montaba a caballo. Podía imaginársela montando muchas cosas, como por ejemplo sus caderas.

—Con un grupo. Cada uno tiene su especialidad.

—¿Y cuál es la tuya, Thomas? —torció la boca con aire provocativo.

Él sintió un cálido hormigueo por sus extremidades que le recorrió la columna vertebral y acabó concentrado en su entrepierna. Tuvo que hacer un esfuerzo para recordar los detalles de su tapadera habitual.

—Bueno, depende de lo que exija la situación. Pero la mayoría de las veces tengo que hacer reducciones.

—Despides a la gente —no era una pregunta.

—Por así decirlo.

Emma levantó las cejas.

—Eres el tipo al que llaman para hacer el trabajo sucio del jefe. Un pistolero a sueldo.

Al oír aquello Thomas se rió a carcajadas con una rotundidad que le sorprendió a él tanto como a Emma. No recordaba la última vez que se había reído así. Metió tanto ruido que despertó a *Hairy*, que asomó su cara puntiaguda por encima del borde de la mesa y bostezó.

—Exactamente, Emma. Soy un pistolero a sueldo.

Ella frunció el ceño.

—Suena fatal. No me extraña que tengas esa cara. Yo también estaría de mal humor si tuviera que hacer eso para vivir.

Thomas se pasó una mano por la boca para borrar su sonrisa.

—Sí, supongo que estoy un poco desentrenado para ser el alma de la fiesta. Mi mejor amigo dice que últimamente soy tan divertido como tener hongos en los pies.

Mientras Emma se reía extendió la mano para tocar los dedos de Thomas, que rodeaban su taza de café, y le acarició.

Thomas dejó de respirar. Miró sus dedos cubiertos por los de ella, su piel distinta pero igual, reaccionando al contacto pero sin moverse. No quería que hiciese eso, ¿verdad? No le había pedido que le tocara con algún tipo de comunicación indirecta, ¿verdad?

Probablemente tocaba a todo el mundo —por ejemplo a la mujer de la sala de espera—, y no significaba nada especial. Al levantar la vista de sus dedos a su cara estuvo a punto de gemir ante la dulzura de su expresión. Era imposible que supiera cuánto tiempo llevaba sin eso. Era imposible que supiera cuánto la deseaba.

Emma apartó la mano y volvió a reclinarsse sosteniendo su mirada. Su cara era lo más hermoso que había visto nunca. Necesitaba salir de ese restaurante.

—¿Hongos en los pies? —su sonrisa estaba llena de picardía—. Sabes que hay un remedio para eso, ¿verdad?

Claro que sí. Sabía exactamente qué podía curarle.

—¿Por qué no me cuentas cómo acabaste con *Hairy*? —le preguntó—. Me muero por saber qué pasó con ese tipo «extravagante» y por qué te dio a su perro.

Thomas se encogió de hombros, terminó su café de un trago y buscó a la camarera, que estaba encaramada en un taburete de vinilo rojo en un extremo de la barra vacía con la nariz pegada a una novela romántica.

—Era un amigo —respondió esperando que la camarera mirase en su dirección—. Murió y yo me llevé a *Hairy*.

—¿Y piensas quedarte con él?

Cuando Thomas se volvió hacia ella Emma le estaba mirando directamente; sin juicios ni críticas, sólo con curiosidad.

—Puedo ayudarte a buscar un hogar para él si es eso lo que quieres —dijo.

Thomas miró la mitad superior de la cara de *Hairy*, ahora visible sobre el borde de la mesa. Parecía que los ojos perfectamente redondos iban a salirse de las órbitas en cualquier momento. Pero por lo menos ya no jadeaba. Emma tenía razón; había sido el humo de los puros. En la clínica le pusieron una inyección de esteroides, a Thomas le echaron una reprimenda por fumar en presencia del perro y después de pagar ciento veinticinco dólares se fueron de allí.

—... porque conozco a una mujer en Richmond que podría estar dispuesta a...

Thomas estaba escuchando a medias a Emma, mirando a medias sus pechos por debajo de la sudadera, dándose cuenta a medias de que estaba muy tenso sentado enfrente de ella, preguntándose qué diablos iba a hacer con *Hairy*.

El perro era un desastre. A él no le gustaban los perros, y mucho menos los feúchos con daños psicológicos. Y ahora ni siquiera podía fumar Cohibas en su propia casa porque el perro tenía problemas respiratorios.

¿Qué le estaba pasando? ¿Qué pasaba con su vida? ¿Por qué diablos estaba pensando en acostarse con esa mujer cuando había un ochenta por ciento de probabilidades de que tuviera un trastorno grave de personalidad y un cien por cien de probabilidades de que le dejara en cuanto se enterase de lo que Nina llamaba cariñosamente su «defecto»?

La catástrofe estaba garantizada.

Y la culpa era de *Hairy*. Si no fuese por él no estaría allí sentado en mitad de la noche con Emma Jenkins intentando que no le gustara.

No estaría mirando su cuerpo suave y sensual intentando imaginar cómo podría tocarlo.

No tendría que obligar a un perrito huérfano a vivir con gente desconocida.

Maldito mutante.

—Supongo que no pasa nada por ver si hay alguien interesado —dijo Thomas encogiéndose de hombros—. Pero será gente agradable que cuidará bien de él, ¿verdad?

Emma le sonrió una vez más.

—Por supuesto, Thomas —dijo.

En primer lugar, Emma no había visto nunca un «machacapapeles» como Thomas Tobin. Puede que machacara cosas, pero estaba segura de que eran cosas pesadas como sacos de boxeo, barbillas y tipos malos, no memorándums.

Lo llevaba escrito en su cara.

¿Y la historia de *Hairy*? Sabía que había omitido algunos detalles cruciales, por ejemplo cómo había muerto exactamente su dueño y por qué Thomas se había sentido

obligado a llevarse el perro a casa. Emma sabía reconocer el sentimiento de culpabilidad cuando lo veía.

Ahora Thomas estaba hablando de su equipo de *rugby*, y ella aprovechó la ocasión para admirar los rizos de su pelo corto, el vello rubio oscuro de su mandíbula y sus mejillas, la suave piel dorada de la parte inferior de sus ojos.

En las últimas tres horas se había acostumbrado a su aspecto lo suficiente para que la sangre no le hiciera palpar los ojos como al principio, para poder respirar con normalidad.

Dejando a un lado los imperativos biológicos, le estaba empezando a gustar ese hombre a pesar de sus esfuerzos. Le gustaba que fuera amable con un perrito asustado. Le gustaba su extraño sentido del humor.

Y le intrigaba que intentara ocultar sus sonrisas, como si no quisiera rendirse a la alegría en público.

Seguía pensando en el otro día en la sala de reconocimiento, cuando parecía que le estaba atrayendo y apartando al mismo tiempo. Lo estaba volviendo a hacer esa noche. Le veía forcejear cuando sostenía su mirada, y sobre todo cuando lo tocaba.

No, Thomas Tobin no era un memo a pesar de su primera impresión. Pero era indeciso y no encajaba de ninguna manera en el perfil psicológico ideal para ser policía.

Emma se preguntó si sólo le pondrían nervioso las mujeres. Parecía improbable; sin duda alguna un hombre tan apuesto como Thomas necesitaba desarrollar instintos afilados hacia el sexo opuesto simplemente para sobrevivir.

Puede que le hubiera ocurrido algo recientemente que le hubiese hecho cuestionar esos instintos.

Emma se recostó en su silla para sopesar esas cuestiones y disfrutar del panorama.

—La verdad es que me estoy haciendo un poco viejo para jugar al *rugby*. Rollo y yo somos los más mayores de nuestro equipo —Thomas movió la cabeza de un lado a otro—. Antes me dolía todo hasta el domingo por la mañana. Ahora no me recupero hasta el miércoles, justo a tiempo para ir al entrenamiento.

—¿Y por qué sigues jugando?

Thomas torció la comisura de su boca y dio vueltas a la taza vacía de café entre sus manos.

—Paso muchas horas detrás de una mesa, así que necesito hacer un poco de deporte. Me gusta dar y que me den, hace que me sienta vivo. El *rugby* me lo saca todo, hace que desaparezca todo lo demás. Siempre lo ha hecho.

—¿Has tenido muchas lesiones?

Sus ojos resplandecieron.

—Me han machacado más que a un pulpo, así que después de diecinueve años no tengo nada que perder. Pienso jugar hasta que me saquen del campo en una bolsa de plástico.

Emma abrió los ojos de par en par.

—¿Ves esto? —Thomas señaló la cicatriz que tenía sobre la ceja derecha—. Me han puesto puntos dos veces y tengo dañados algunos nervios, así que puede que me veas bizquear de vez en cuando. Me he roto la nariz dos veces. Me han operado la rodilla, me he dislocado los hombros. ¿Y ves mis manos? —extendió los dedos sobre la mesa.

—Sólo puedo ponerlas planas o cerrarlas en un puño fuera de temporada. El resto del tiempo están hechas polvo.

Emma vio unos cuantos nudillos hinchados y dos dedos torcidos en ángulos raros. La verdad es que parecía orgulloso de todo eso.

—Parece un bonito pasatiempo.

Él levantó una ceja dorada con expresión divertida.

—Los arreglos florales son un pasatiempo. El *rugby* es una de las cuatro principales razones para vivir.

Emma advirtió el brillo en sus ojos.

—Me gustaría oír hablar de las otras tres —dijo.

Thomas apartó la vista bruscamente, y Emma vio que se debatía con la respuesta justo cuando llegó la camarera para ofrecerles más café. Ambos declinaron el ofrecimiento.

—Debería irme —dijo Thomas cogiendo la cuenta.

—Ha sido muy agradable. Gracias —Emma intentó ocultar que le decepcionaba que aquello se acabara—. Hacía mucho tiempo que no pasaba fuera toda la noche —se dio cuenta de que Thomas no respondía a eso—. De todos modos soy una especie de ave nocturna. A veces tengo insomnio.

—¿En serio? —Thomas levantó la vista mientras contaba billetes—. ¿Qué haces cuando no puedes dormir?

Emma se rió para sus adentros al recordar lo que estaba haciendo antes de que sonara el teléfono.

—La mayoría de las veces me siento en el porche con *Ray* y escucho a los grillos y a las ranas.

Thomas se quedó con las manos paralizadas y frunció el ceño sin mirarla.

—¿Así que *Ray* es el tipo con el que estás ahora?

Emma estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se contuvo por respeto a la expresión apenada de Thomas. Le gustaba realmente. No era sólo su imaginación.

—*Ray* es un viejo perro pastor ciego con tres patas y un problema de flatulencia.

Entonces lo hizo de nuevo. Emma vio cómo se tapaba la boca con una de sus grandes manos para ocultar su sonrisa.

—Thomas, no voy a sentirme ofendida si bajas la guardia de vez en cuando. Tienes una sonrisa preciosa.

Se levantó rápidamente, dejó una propina y luego cruzó los brazos sobre su pecho y miró alrededor con nerviosismo. Era evidente que estaba haciendo un gran esfuerzo

para no salir por la puerta sin ella.

Ya en el aparcamiento, Thomas se acercó a Emma con la cara sombría y extendió las manos.

—Supongo que debería coger a *Hairy* ahora.

—¡Oh, claro! —Emma desenrolló la sudadera y se acercó un poco más para traspasar al perro dormido. Cuando fue a cogerlo Thomas puso sus manos sobre las de ella de forma accidental, con su piel cálida y áspera.

—¿Tendrías una cita auténtica conmigo, Thomas?

La pregunta le salió sin pensarlo, y cerró los ojos avergonzada. Luego notó que andaba por debajo de sus manos para buscar a *Hairy* antes de apartarse.

Cuando abrió los ojos estaba mirándola conmocionado, y se le cayó el alma a los pies.

—¿Thomas?

De repente estaba encima de ella rodeándole la cara con una de sus manos, rozando su suave mejilla con su rugosa barba. Le pasó los dedos por el pelo y el cuello y apretó su cuerpo contra el suyo, con *Hairy* estrujado entre los dos.

El corazón de Emma se aceleró. Tuvo que juntar las rodillas para mantenerse de pie. ¿Qué estaba ocurriendo?

Luego Thomas puso los labios alrededor de su oreja y... ¡Dios mío! Acarició con su lengua el suave hueco inferior y después le mordió el lóbulo antes de susurrar:

—No puedo, Emma. No soy el hombre adecuado. Lo siento mucho.

Thomas retrocedió, puso a *Hairy* en el pliegue de su brazo y fue hacia su reluciente coche de *yuppy* dejándola atónita.

Su cuerpo temblaba de vergüenza, sorpresa y el ardiente arrebato que había dejado su tacto, su lengua, sus dientes, su voz. De repente se dio cuenta de que el rechazo de Thomas Tobin había sido más intenso que todas las citas que había tenido en el último año.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. No lo comprendía. Podría haber jurado... parecía que había dicho...

Hablando de palabras y acciones contradictorias... Hablando de hombres anormales...

Mientras el coche arrancaba, Emma observó cómo subía *Hairy* de un salto y pegaba la cara a la ventanilla como si quisiera decir adiós. Cuando el coche dio la vuelta vio la pegatina del parachoques trasero iluminada por las primeras luces del amanecer: *La vida es una mierda. Entonces te mueres.*

¡Oh, oh!

No soy un experto, pero estoy seguro de que eres un idiota con las mujeres. ¿Por qué has dejado a Manos Suaves? ¿Por qué te has restregado contra ella de esa manera y luego le has hecho llorar?

*¡Da la vuelta, grandullón! ¡Da la vuelta y búscala! ¡Es maravillosa! ¡Y le gustas!
¿Qué te pasa?*

Los humanos pueden ser tan estúpidos.

*Oh, deja de quejarte. Sí, he apartado la toalla y he hecho pis en el asiento de tu
precioso coche, y lo he hecho a propósito.*

Lo tienes bien merecido.

Capítulo 4

El amor que perdí

El Volga. El Volga. El río ruso que desemboca en el mar Caspio es el Volga, pazguato.

—¿El Danubio?

¡Ah!

—Lo siento. Esa respuesta es incorrecta. La pregunta pasa ahora al número cuarenta y siete para el gran premio. ¿Quieres que repita la...?

Leelee saltó de su silla plegable y fue hacia el micrófono antes de que el hombre hiciera perder más tiempo a todo el mundo.

—La respuesta es el río Volga —dijo con suavidad. Luego volvió a su asiento.

Cómo última participante del concurso de geografía, Leelee miró al público e intentó poner cara de arrobo. Beckett estaba de pie silbando, como solía hacer con todas sus respuestas correctas. Emma aplaudió y esbozó una de sus grandes sonrisas.

Leelee suspiró. Puede que tuviera que haber fallado esa pregunta a propósito para dar un poco de emoción a ese lugar dejado de la mano de Dios que llamaban el condado de Carroll, Maryland, donde lo más emocionante que había visto en un año era la pelea de chicas en la feria de tractores la noche anterior. Esas encantadoras damas tenían más tatuajes por centímetro cuadrado de piel que dientes en la boca. Además, había disfrutado mucho con las interesantes expresiones locales, como cuando la flaca llamó a la gorda «caraculo».

Echaba de menos L. A. Echaba de menos a sus amigas, la niebla, el ruido, la variedad de gente y la energía que le hacía sentirse conectada a algo especial.

Y echaba de menos a su madre. La locura y todo.

Leelee miró a Emma y no pudo evitar sonreír mientras su figura materna le saludaba y le guiñaba un ojo. Emma era fantástica; quizá la mujer más extraordinaria que había conocido en su vida. Era inteligente, guapa y responsable y tenía su propio negocio, y era impresionante que por fin se hubiera librado de ése Aaron.

¿Pero por qué tenía que vivir allí? ¿Por qué no podían trasladarse a algún sitio medio decente como Baltimore o d. C.? Por alguna razón a Emma se le había metido en la cabeza que pertenecía a ese lugar, porque era donde había crecido su madre.

Como si crecer allí hubiera hecho que Rebecca Weaverton fuera una gran persona o algo así. Como si eso fuera posible.

Miró a Emma y a Beckett y se le ocurrió algo extraño: Estaba mirando a su familia. Bueno, su familia a la manera en que el Velveeta era un queso, pero la única

familia que tenía ahora. Al pensarlo se le puso un nudo en la garganta y le dio un vuelco el estómago.

—Número cuarenta y siete, ésa es la respuesta correcta. ¡Enhorabuena! —cuando Leelee oyó el tono emocionado del juez supo que iba a tener que ponerse de pie—. Este año el premio del Concurso de Geografía del Condado de Carroll es para Elizabeth Weaverton, una niña de doce años del South Carroll Middle. ¡Enhorabuena, Elizabeth!

Se levantó al oír unos tibios aplausos; ya sabía que los padres del público no estaban precisamente encantados de que hubiera hecho que sus hijos parecieran unos retrasados. Aceptó el bonito trofeo de plástico jaspeado con un globo de bronce falso y pensó que era como una broma. Era demasiado delgada y demasiado lista y había visto demasiado mundo para caer bien a cualquiera de esos paletos. Pensaban que era una mutante.

Cómo odiaba todo aquello.

Leelee fingió una sonrisa y saludó con rigidez mientras le ponían una banda amarilla de poliéster por encima de la cabeza y un ramo de flores de supermercado en la mano libre. Esperó pacientemente mientras le sacaban unas fotografías y se dio cuenta de que Emma y Beckett no le habían quitado los ojos de encima en ningún momento.

—¡Muy bien, Lee! —gritó Beckett mientras bajaba las escaleras del estrado.

—¡Enhorabuena, cariño! —Emma puso los brazos a su alrededor, y Leelee cerró los ojos y se dejó flotar en su abrazo. Siempre olía muy bien, como a polvos de talco y a girasoles; algo demasiado simple y demasiado real para encontrarlo en cualquier *boutique* de Rodeo Drive.

—No ha sido un gran reto para ti, ¿eh?

—Supongo que no —Leelee se encogió de hombros y miró los bonitos ojos azules de Emma. Su madre tenía los ojos marrones, pero últimamente eso era casi lo único que Leelee podía recordar de ella. Ya no sentía la presión de su tacto ni se acordaba de cómo olía su pelo. Sólo había pasado un año y se estaba desvaneciendo. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que no recordara nada?

Luego le tocó a Beckett abrazarla.

—Estábamos pensando en ir al Waffle House a comer algo. ¿Qué te parece?

—Es una idea genial, Beck.

Leelee nunca lloraba. Dios sabía que Becca siempre había sido muy melodramática, ¿así que para qué iba a preocuparse? No lloró cuando les echaron del mejor apartamento que habían conseguido. Ni cuando tuvo que cambiar de escuela tres veces en quinto curso. Ni cuando su madre se mató yendo en el coche de un actor de televisión de segunda categoría.

Ni siquiera lloró el día que arrastraron su trasero por todo el país para vivir en el mundo de la soja.

¿Qué iba a conseguir llorando? ¿Qué había conseguido su madre? Nada, por eso.

Así que se quedó sorprendida al darse cuenta de que por lo visto había elegido ese momento para empezar. ¿Qué tenía de emocionante salir del auditorio del centro social entre Emma y Beckett con su trofeo para ir al Waffle House?

La comida que daban no era tan mala.

Entonces, ¿por qué estaba llorando?

Era extraño cómo se deslizaba el agua por las mejillas. Podía probar el sabor de sus lágrimas cuando se concentraban en la comisura de su boca. Eran más saladas de lo que imaginaba, como el océano Pacífico en Malibú.

Lo malo era que ahora que había empezado estaba segura de que no iba a parar nunca. Le temblaban las rodillas y tenía el estómago muy pesado, como si se le hubiera caído. Pensó que podría ahogarse. O vomitar. Lo único que sabía era que tenía que irse de allí. Alejarse de todo el mundo...

Lo siguiente que supo es que estaba en medio del aparcamiento a cuatro patas, sintiendo el escozor de la grava en las palmas de las manos y en la piel de sus rodillas. Estaba temblando. No podía dejar de llorar. El trofeo se había roto al caer, y las flores estaban esparcidas a su alrededor.

Luego oyó un grito agudo que duró varios segundos; un sonido penetrante que ni siquiera sabía que podía producir. En algún rincón de su cabeza sabía que eso significaba que no era capaz de soportarlo más.

—Oh, cariño... —Leelee sintió que Emma ponía los brazos a su alrededor para levantarla, y no se resistió. Dejó que la protegiera, le acariciara el pelo y murmurara palabras suaves que en realidad no podía oír por el zumbido de sus oídos. Luego la llevó al Montero, le puso el cinturón en el asiento trasero y se sentó junto a ella.

Leelee no dejó de sollozar mientras Beckett las llevaba a casa.

Al cabo de un buen rato miró hacia arriba y Emma le saludó con un puñado de Kleenex y una sonrisa que no pudo interpretar.

—Siento haber actuado como una diva —se limpió la cara y se sonó la nariz.

—No te preocupes, cielo.

—No sé qué ha ocurrido.

—Yo sí.

Leelee tomó un trago de aire y movió la cabeza de un lado a otro.

—Estás sangrando, Lee.

Se frotó las rodillas enfadada. Tenía un intenso dolor en el estómago, pero intentó no llorar más.

—No es nada. Sólo un rasguño.

Sintió que los dedos de Emma le levantaban la barbilla.

—Ahí no, cariño —Emma bajó la voz lo suficiente para que Beckett no la oyera —. Te ha venido el periodo.

Thomas sintió cómo la cafeína ponía en marcha su cerebro, pero no era suficiente para disipar la niebla por no haber pegado ojo en toda la noche. Además, ni todo el café del mundo habría ocultado el hecho de que se había comportado como un completo idiota.

Había hecho el idiota con Emma Jenkins.

Y no se lo merecía. Eso era lo peor, que ella no se merecía que le hicieran daño. De hecho puede que fuera la primera persona realmente buena —incluso especial— que había conocido en mucho tiempo.

Y él portándose como un idiota.

Thomas se sentó a la mesa de conferencias y observó cómo iba entrando el resto del equipo. Podía oír fuera a Stephano, con su risa de ametralladora resonando por los pasillos del segundo piso de la comisaría de la Policía Estatal de Maryland. Paulie Fletcher estaba ya al otro lado de la mesa con un móvil en la mejilla, pidiendo disculpas a su mujer.

Thomas sabía que esas reuniones de los sábados por la mañana interferían con los recitales de *ballet*, los partidos de fútbol y la obligación de cortar el césped. Sonrió para sus adentros con satisfacción; como único miembro soltero del equipo, él no tenía que preocuparse de que nadie le organizara su tiempo.

Además, sólo tenían que soportar esas reuniones unas cuantas veces al año: antes de cada informe trimestral y cuando había un brote repentino de nuevos casos. Eso solía ocurrir en septiembre. En cierto modo tenía sentido. El verano se acababa oficialmente. Ya no había barbacoas, vacaciones y fines de semana en la costa para distraer a la gente. Era un buen momento para ocuparse de esos molestos cabos sueltos que habían ido posponiendo, como asesinar a los amigos y a la familia.

Thomas miró hacia arriba mientras entraba Regina Massey, la detective de homicidios a la que habían asignado el caso de Scott Slick. Regina era una abuela de cincuenta y tantos años que no aparentaba su edad. Se parecía a la actriz de cine Pam Grier, una atractiva mujer negra con un gran estilo. Reg no perdonaba nada a nadie. Así es como había triunfado en un mundo predominantemente blanco y masculino.

Por eso le caía bien a Thomas.

—¿Qué, tuviste una cita salvaje anoche? Parece que necesitas una siesta —le guiñó un ojo.

Thomas puso los ojos en blanco. Había estado metiéndose con él durante más de una década, primero cuando estaba en la oficina del fiscal del condado de Baltimore y luego con la brigada. Era parte de su rutina.

Tomó un sorbo de café de su taza de poliestireno y observó cómo se sentaba Regina junto a él, estirando sus pantalones de seda y ajustando el cinturón a su elegante cintura. Luego le lanzó una sonrisa insinuante mientras le miraba con sus ojos oscuros.

Thomas movió la cabeza de un lado a otro.

—Estoy dando los últimos toques a mi demanda de acoso sexual contra ti, Reg. La presentaré este fin de semana.

Ella se echó a reír.

—Tommy, cielo, ya sabes cómo me pongo cuando utilizas mi nombre y la palabra *sexual* en la misma frase.

La miró fijamente; si cualquier otra persona le hubiese dicho eso ya se estaría arrepintiendo.

—Ten cuidado, Reg —Chick Abels dejó caer un montón de expedientes sobre la mesa de golpe—. No está en contra de pegar a las mujeres. ¿Te acuerdas del caso de Amelia Pitcher?

—Por supuesto —seguía sonriendo—. Tres años por intentar asegurarse de que el director del coro de su iglesia no volviera a cantar.

—Le di un codazo en defensa propia —gruñó Thomas—. Iba a meterme un sujetapapeles en el ojo.

Regina suspiró con aire soñador.

—Siempre has tenido un don especial con las mujeres, Tommy.

En unos minutos todos los miembros de la Brigada de Asesinatos por Encargo de Maryland estuvieron reunidos alrededor de la mesa de conferencias, con el capitán Vince Stephano a la cabeza. El jefe de la división de operaciones especiales de la Policía Estatal de Maryland lanzó una bolsa blanca al centro de la mesa sin ninguna ceremonia.

—Coged unos *donuts* —dijo, y las sonrisas se extendieron por la mesa de forma contagiosa. Thomas sabía desde hacía mucho tiempo que así era como se disculpaba el capitán por hacerles ir en fin de semana, llevando una selección de los peores *donuts* del mundo: unos objetos redondos e inflexibles inadecuados para el consumo humano.

Como solía comentar Paulie a espaldas de Stephano, en realidad no era culpa del capitán. Dios nunca había pretendido que los italianos compraran *donuts*.

—Muy bien, chicos, tenemos que cubrir mucho terreno y hace un bonito día de veranillo indio, y sé que todos queremos salir cuanto antes de aquí, así que vamos al grano.

—Querrás decir veranillo nativo americano —dijo Manny Chaudury.

—Mis disculpas a tu madre patria —dijo Stephano—. Y como podéis ver hoy nos acompaña la teniente Regina Massey. La teniente nos pondrá al día respecto al homicidio de Slick —Stephano miró hacia Thomas y sonrió—. Pero antes me gustaría saber cómo está tu amiga especial, Tobin.

Regina giró bruscamente la cabeza mientras todos los demás se reían entre dientes.

—¿Se ha recuperado? —preguntó Stephano con demasiada amabilidad—. Es una perrita calva muy mona.

Thomas vio que Regina abría los ojos sorprendida.

—Es un perro y está bien —murmuró.

Regina se quedó con la boca abierta.

—¿Tienes un perro calvo, cielo?

—No. Sí. Algo parecido —de repente se le ocurrió que ésa podría ser la solución que estaba buscando. A Regina se le daban bien las cosas vivas. Había tenido dos hijos y por lo que él sabía seguían vivos. Puede que se llevara a *Hairy*—. ¿Lo quieres?

Ella frunció el ceño.

—¿De qué raza es?

—De una muy fea —susurró Paulie, y todos se echaron a reír.

—Es un perro enano sin pelo —murmuró Thomas mirando la fascinante madera rayada de la mesa—. Es el perro de Scott Slick.

La sala se quedó en silencio. Stephano se aclaró la garganta.

—No me dijiste que te habías llevado el perro de Slick a tu casa. ¿Por qué no me dijiste que ése era el perro de Slick?

—No me lo preguntaste —respondió Thomas—. Esperaba que alguien lo reclamara, pero, como hemos podido comprobar, Slick no tenía a nadie.

—¿Y cómo acabaste con él? —preguntó Stephano mirando a Thomas sin poder creérselo.

Thomas se encogió de hombros y miró a Regina.

—Cuando llegasteis con los del laboratorio criminalístico dijiste que le querías fuera del apartamento.

Regina asintió.

—Así es. Ya había contaminado bastante el escenario del crimen.

—No quería apartarse de Slick y me daba lástima. Así que me lo llevé a casa.

El silencio era ensordecedor. Todos los ojos estaban puestos en Thomas, que se sentía como un bicho raro.

—¿Qué pasa? —preguntó mirando de uno a otro.

Stephano se aclaró la garganta.

—Es sólo que... bueno... fuiste muy amable, Tobin. Es un bonito detalle.

Regina le dio una palmadita en la mano.

—No sabía que te lo habías quedado, Thomas. Eres muy generoso.

—No es para tanto —murmuró Thomas horrorizado por los cumplidos.

—No te habríamos tomado tanto el pelo anoche si lo hubiésemos sabido —dijo Chick—. ¿Quién iba a pensar que Slick tenía un perro como ése?

—¿Quién iba a pensar que Slick era gay? —comentó Paulie.

—Muy bien —dijo Stephano—. Teniente, puedes empezar cuando quieras.

—Será un placer —Regina abrió la carpeta que tenía delante—. En este momento creemos que Slick tenía otra residencia en alguna parte. Estamos trabajando bajo el supuesto de que tenía un alias que no conocemos aún.

Al mirar a Thomas le dio la oportunidad de intervenir, y éste lo hizo.

—Todos sabíamos que Slick era corredor de apuestas. Está ahí, sobre la mesa — Thomas miró a Stephano, y el capitán hizo un gesto para que continuara—. Como supervisor de este equipo decidí seguir trabajando con él incluso sabiendo eso. Su información era demasiado valiosa, y quería que siguiera llegando, así que asumo la responsabilidad de las posibles irregularidades en ese sentido.

Nadie dijo nada.

—Pero al parecer Slick estaba haciendo otras cosas que yo ignoraba. El apartamento en el que estuve un par de veces que pensaba que era su casa... bueno, es probable que no fuera su primera residencia. Parecía la habitación de un hotel, como si no viviera allí.

—A algunos hombres les gusta tener la casa limpia —dijo Paulie.

—Tú deberías saberlo —añadió Manny.

Regina movió la cabeza con desagrado.

—Sois la mayor pandilla de homófobos que he visto en mi vida. Si no estuviérais tan inseguros respecto a vuestra orientación sexual no tendríais que...

—Tortúrame, Reg —dijo Paulie.

—¡Ya basta! —Stephano dio un golpe en la mesa—. Quiero irme de aquí, así que dejadles terminar. ¿Qué más tienes, Reg?

Thomas suspiró, se pasó las manos por la cara cansada y pensó en Slick. Le había conocido hacía doce años, en su primer año con el fiscal del distrito. A Slick le acusaron de estafa y fraude, pero se libró de los cargos convirtiéndose en informador de algunos casos. Uno de ellos fue el primer asesinato por encargo del que se ocupó Thomas.

Unos meses después Slick acudió a Thomas por su cuenta con otra posible petición de asesinato. Y luego otra. Thomas se dio cuenta enseguida de que era el mejor informador con el que había trabajado, y no dio demasiada importancia a que tuviera un próspero negocio en el límite de la ley.

Había visto a Slick en acción muchas veces. Trataba a sus clientes como reyes, escuchaba sus excusas y sus mentiras como si fuesen lo más fascinante que había oído nunca y daba a la gente la oportunidad de arreglar las cosas con él. En consecuencia Slick recibía dinero de sus clientes durante todo el año, incluso apuestas desesperadas de béisbol, y tenía unos ingresos libres de impuestos cada vez más elevados.

Como solía explicar con una sonrisa en la cara, la gente que apostaba dinero en deportes lo perdía. No en todas las apuestas, pero al final de la temporada o del año habían perdido un montón de dinero, que pasaba a ser suyo.

Como él decía, era como quitarle un caramelo a un niño.

Habían llegado a un acuerdo. Thomas hacía lo que podía para que la policía no molestara a Slick, y a cambio Slick le decía a Thomas lo que oía mientras se dedicaba a su negocio, y por alguna razón la gente confiaba en Slick cuando las cosas se ponían feas.

Tenía una cara agradable. Escuchaba. Sonreía. Y luego les denunciaba.

Uno de sus clientes le pidió que buscara a alguien para dar una paliza a su socio. Una camarera le rogó que buscara a alguien para que desenchufara a su marido comatoso. Un entrenador de baloncesto endeudado hasta las cejas quería cobrar el seguro de vida de su propia hija. La gente creía que Slick tenía contactos.

Y así era, con Thomas y la Policía Estatal de Maryland.

Mientras fueron socios las informaciones de Slick resultaron muy útiles; casi todas se tradujeron en acusaciones de intento de asesinato que acabaron en procesos judiciales. Y a Thomas le caía bien.

Pero cuando en julio le dijo que quería cerrar el negocio y cancelar su trato, Thomas no se lo podía permitir. Le dijo que cada vez confiaba menos en sus clientes y la recaudación se estaba convirtiendo en una pesadilla. Le explicó a Thomas que tenía suficiente dinero para tres vidas y que ya era hora de relajarse.

Pero Thomas habló con él —bueno, puede que le amenazara un poco con la bendición de Stephano— hasta que accedió a mantener la operación durante la temporada de fútbol universitario. Y una semana después apareció tendido en el suelo de su cocina con la cabeza machacada y un montón de huellas de perro ensangrentadas alrededor de su cuerpo.

Mientras estaba allí mirando a Slick se preguntó si su informador sabría que estaba en peligro y querría retirarse por eso. En ese caso Thomas tenía la culpa de que hubiese muerto.

Y ahora que se había ido se dio cuenta de que Slick no sólo había engañado a sus clientes o a los pobres desgraciados que le pedían ayuda; también le había mentado a él.

Thomas nunca sospechó que Slick fuera gay. Nunca dudó de que el apartamento al que iba era su casa. No sabía que tuviera un perro.

¿Todo el mundo tenía que mentir y aparentar que era algo que no era?

Thomas sólo estaba escuchando a medias mientras Reg hacía una revisión del caso. Había estado ayudando extraoficialmente en la investigación desde el principio. Era lo menos que podía hacer por Slick, que gracias a él era ahora el plato principal del *buffet*.

—La causa de la muerte fue un trauma en la cabeza por el impacto con la esquina frontal izquierda de la base de una batidora KitchenAid —leyó Regina en el informe—. La batidora se encontró cerca del cuerpo de la víctima en el suelo de la cocina, enchufada aún y con el motor quemado. El cráneo de la víctima estaba aplastado sobre la sien izquierda, por debajo del borde de una gorra. Había fragmentos de huesos en el tejido cerebral, hemorragia masiva y muchas heridas externas.

—Me estaba preguntando si la batidora estaría en posición de cortar o licuar —comentó Chick.

Thomas le miró con severidad, pero Reg prosiguió sin inmutarse.

—En la de granizados —dijo—. Y no había señales de que forzaran la entrada. Así que es probable que Slick conociera a su agresor y le dejara entrar.

—Suele ocurrir —murmuró Manny.

—Encontramos huellas por toda la batidora y la encimera, pero no las hemos podido identificar. Debajo de las uñas de Slick había restos de pelo y piel, signos de lucha. Están pendientes los análisis de ADN. En la lujosa alfombra de la sala de estar había varias huellas de zapatos, algunas de Thomas, que fue el primero en llegar al escenario del crimen. Algunas coinciden con los zapatos que llevaba Slick en el momento de su muerte y otras no. Había una huella intacta de una Reebok de hombre del número cuarenta y dos, un modelo que han vendido en casi todos los centros comerciales de Estados Unidos este año. Las demás eran un lío.

—¿Cuánto tardan ahora las pruebas de ADN? —preguntó Stephano tomando notas.

—Unas seis semanas para un caso sin ningún sospechoso —y antes de que nadie pudiera decir nada Reg movió la cabeza de un lado a otro—. Ya sé que es terrible, pero no puedo hacer nada. Tengo un montón de casos pendientes a la espera de que me llamen del laboratorio.

—¿Qué es eso de otra residencia? —preguntó Stephano.

Thomas levantó la vista.

—En el armario de Slick sólo había tres mudas de ropa, ¿verdad, Reg?

—Ajá —Regina echó un vistazo al informe—. En el cuarto de baño había un neceser para una noche junto con algunas cosas para el perro. En los armarios y en la nevera apenas había comida. Ni periódicos ni revistas, sólo propaganda, y no había teléfono ni conexión a Internet. Las facturas estaban a su nombre, pero... —miró hacia arriba con una sonrisa—. Había un paquete grande de condones sin abrir en la mesilla de noche, un bonito surtido de literatura erótica gay y un equipo estereofónico. Y también muchos CD.

—De música disco —dijo Thomas en voz baja—. Qué desperdicio de buena tecnología.

—Así que estamos pensando que era su nido de amor —dijo Regina.

—Si su asesinato no está relacionado con el trabajo que tenía con nosotros, puede haber sido una pelea de amantes.

—¿Dónde os lleva eso? —preguntó Stephano.

—Hemos estado investigando por las comunidades gais de Baltimore y Washington para averiguar cómo encajaba Slick en ese ambiente, qué tipo de relaciones tenía.

—¿Y qué habéis conseguido?

—De momento no mucho, pero seguimos en ello. Si Slick iba a los clubes, no lo dice nadie. Si tenía amigos homosexuales, son muy discretos.

—Dios mío —exclamó Chick—. ¿Os imagináis a cuántos clientes habría perdido si se hubiese sabido que era gay?

—Los habría perdido a todos —dijo Thomas mientras Regina cerraba la carpeta. Entonces se preguntó si ésa era realmente la razón por la que quería dejar de fingir.

En ese momento Regina se fue de la reunión y prosiguió Thomas, que revisó los casos que iban a juicio, las acusaciones pendientes y la lista de posibles nuevos casos.

Stephano se volvió hacia Thomas.

—¿Y dónde estamos con lo de Leo Vasilich?

Los hombres reunidos alrededor de la mesa lanzaron un suspiro colectivo.

—Se supone que el juez tendrá su decisión para mañana, pero siguiendo las reglas no hay forma de eliminar esa cinta de vigilancia. Me temo que nuestro amigo Leo está jodido.

—El hombre no estaba pensando con la cabeza —dijo Manny.

—Claro que sí, pero con la más pequeña —respondió Chick.

—A mí me habría pasado lo mismo —dijo Paulie suspirando.

Thomas se rió de eso.

—¿Ah, sí? ¿Tú también eres un inmigrante multimillonario hecho a sí mismo casado con una bella miss convertida en estafadora?

Paulie soltó aire.

—Ya sabes qué quiero decir. Con las mujeres nunca se sabe; ninguno de nosotros puede estar seguro.

—Mi mujer no me robaría nada para dárselo a su amante. Confío en ella plenamente —dijo Manny.

—Tú no tienes nada que robar, amigo mío —señaló Chick.

—De todas formas confío en ella.

—Leo confiaba en su mujer y le dejó desplumado —dijo Chick—. No le culpo por querer matarla.

Thomas movió la cabeza de un lado a otro.

—Chick, no pasa nada por enfadarse y querer matar a alguien. Lo malo es cuando decides seguir adelante y hacerlo; o, en el caso de Leo, contratar a alguien para que lo haga. Ésa es la base de nuestra línea de trabajo.

Chick sonrió.

—¡No me digas!

A instancias de Stephano, Thomas concluyó la reunión asignando tareas para la semana siguiente. Repartió el trabajo de investigación, asignó las posiciones secretas y revisó el equipo de vigilancia electrónico necesario para cada nueva campaña. Iban a ser un par de semanas muy intensas.

De vuelta a casa Thomas se acordó de que el lunes tenía una declaración y necesitaba pasar por la tintorería para recoger sus trajes. A veces le parecía divertido que tuviera que planificar su vestuario con antelación. Algunos días tenía que comparecer ante un tribunal por la mañana y después de trabajar quedaba en un bar de moteros para tomar una cerveza con algún tipo, y eso exigía cuero negro. Otras

noches se ponía una chaqueta deportiva barata y unos pantalones de poliéster, y otras iba con vaqueros, una camisa de franela y una gorra de béisbol.

Nunca se pasaba con su ropa de camuflaje, pero era consciente de que un hombre de su tamaño debía hacer todo lo posible para ir bien conjuntado.

Thomas suspiró al salir de la tintorería. No podía posponerlo más. No le quedaba otra opción después de ver que *Hairy* había manchado todo el coche de pis.

Respiró profundamente y aparcó enfrente de una droguería CVS. Luego se dijo a sí mismo que podía hacerlo. Era un adulto, un funcionario judicial que trabajaba con criminales violentos a diario. Sin lugar a dudas podía reunir el valor necesario para comprar compresas.

Entró por la puerta como cualquier cliente normal y empezó a escrutar los pasillos. Enseguida vio un letrero inmenso colgado del techo: Higiene Femenina y Planificación Familiar. Bingo. Había encontrado el filón. En dos o tres minutos saldría de allí con esas cosas en una bolsa de plástico.

Mientras estaba andando por el pasillo se detuvo y se quedó paralizado delante de las estanterías. ¿Cuántos tipos diferentes de compresas y tampones necesitaban las mujeres? Dios mío. Luego su mirada se desvió hacia el surtido de los productos aparentemente necesarios para el buen funcionamiento del sistema reproductor femenino: duchas vaginales, cremas de levadura para las infecciones, pomadas para los picores, lubricantes íntimos, tests de embarazo, espermicidas. Su corazón se aceleró, y tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse.

Thomas miró fila tras fila. ¿Qué clase de compresas debería comprar? ¿Con alas o sin alas? ¿Para flujo suave o intenso? ¿Con los bordes rectos o curvados? Intentó imaginar cuál de esas compresas encajaría mejor en un calcetín atado a la cintura de un perro mutante castrado de tres kilos, pero tenía la mente en blanco.

No le vendría mal un trago de la botella de oxígeno que había visto en el escaparate.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Al darse la vuelta Thomas vio a un reponedor adolescente mirándole con una sonrisa afectada. Tenía un codo apoyado en un carrito lleno de productos de higiene femenina, más aún.

—¿Te ha mandado tu novia a hacer un recado?

Thomas le sonrió con mucha amabilidad y luego dijo:

—Por lo menos tengo novia, mocosos.

Después se volvió hacia las estanterías y cogió lo primero que vio. En la caja se dio cuenta de que había elegido un paquete de cuarenta y ocho compresas extra largas para flujo nocturno.

Tendrían que ser perfectas, porque no pensaba volver a hacer eso nunca.

Capítulo 5

Macho man

Sabía que le ayudaría una vez más. Emma no era de esas mujeres que por un trozo de papel dejaba de hacer lo correcto. Cuando le planteó el divorcio por primera vez dijo que siempre le querría, y en ese momento su afirmación le hizo reír teniendo en cuenta el contexto.

Bueno, hoy no se estaba riendo. Sería mejor que fuese cierto, porque ése era el final del camino para él, y quizá también para Emma. La verdad era que se le estaban acabando las opciones.

Aaron se ajustó sus gafas de Ralph Lauren y miró el nivel de la gasolina. Esperaba que tuviese algo de dinero en efectivo, porque necesitaba llenar el depósito antes de volver a Annapolis y, como ambos sabían, sus tarjetas de crédito —las que no le habían confiscado— no tenían ningún valor.

Suspiró antes de subir el volumen de la música. ¿Hacía cuánto tiempo que no iba a la granja de Beckett? No se acordaba, pero la última vez no había tantas casas. Las nuevas urbanizaciones brotaban del suelo como champiñones gigantes.

Aaron se preguntó cuánto tardaría algún promotor en acercarse al viejo con un buen fajo de dinero por su tierra. Se preguntó cómo podría poner las manos en una parte de ese dinero.

Sería agradable ver a Beck si estaba hoy por allí. Era un tipo muy divertido, cuando no se le echaba encima por cómo trataba a Emma.

Aaron vislumbró la granja colina abajo a la izquierda. Era un bonito lugar, rodeado de onduladas tierras de labranza verdes y doradas, pero estuvo a punto de caerse de su silla cuando Emma le comunicó que se marchaba de su casa de Columbia para vivir allí con su padre.

Suponía que podía vivir donde quisiera, pero aquel sitio estaba en medio de la nada y por lo menos a media hora de la clínica.

¿Y qué? Ahora era su vida, y la de Leelee. Aaron sonrió y movió la cabeza de un lado a otro. No acababa de superar que Becca se hubiese matado y hubiera dejado a su hija en manos de Emma. Era increíble.

Pero si no recordaba mal Becca tenía muchas cosas increíbles. Emma se pondría furiosa si se enterase alguna vez de lo que ocurrió el primer verano que fueron a visitarla a L. A. Pero ése sería siempre su pequeño secreto.

Aaron sonrió para sus adentros. Sabía de primera mano que Becca nunca había dado mucha importancia al concepto de «sexo seguro», así que no le sorprendió que se hubiera muerto haciendo a un actor de segunda fila un «trabajo oral» tan

impresionante que le dio un infarto y se cayó con su Jaguar a un cañón. Entonces le habló a Emma de la justicia poética de la situación, pero ella no se rió.

Al entrar en el camino hizo una mueca. La grava suelta rebotaba contra los laterales del coche, y tan sólo hacía cuatro meses se había gastado seiscientos dólares en repintarlo. ¡Mierda!

Pero suponía que no importaba. Si Emma no le ayudaba hoy, no necesitaría el coche en el lugar donde iba a ir. No creía que le permitieran llevar pertenencias personales al infierno.

Maldita fuera. ¿Por qué suponía todo el mundo que tenía dinero por llevar el título de doctor delante de su nombre pero que no quería desprenderse de él?

Nada más lejos de la verdad.

Gretchen le había dejado la semana anterior. Le dijo que esperaba más de él: más atención, más regalos, más, más, más. ¿Qué se suponía que debía hacer? Tenía un montón de deudas por haber puesto solo su consulta. Iba retrasado con los pagos del seguro, la hipoteca del local, el préstamo de sus estudios e incluso las facturas del agua y la luz. La triste verdad era que Gretchen les había mantenido a flote durante muchos meses. Debió darse cuenta una semana antes, como le había ocurrido a Emma.

Puede que fuera mejor que Gretchen se marchara cuando lo hizo. No habría pasado mucho tiempo antes de que esos bastardos intentaran utilizarla como moneda de cambio.

Le daba náuseas pensar en la noche en que el Feo le estaba esperando en la puerta de la consulta. Después de darle un golpe en el ojo, le puso una navaja debajo de la barbilla y le dijo que si no pagaba moriría.

Eso ya lo había oído antes. Pero el tipo fue tan convincente que Aaron se meó encima.

Al llegar al final del camino vio a Emma a través de la puerta abierta del granero. Estaba en un charco de luz dorada apilando fardos de heno contra la pared, rodeada de polvo y heno, y parecía una aparición celestial.

Aaron sonrió. Tenía algunas briznas de heno en el pelo. Estaba colorada y guapa como de costumbre, sin exigencias ni complicaciones. No como Gretchen, una mujer salvaje, apasionada y elegante que siempre iba vestida para poner a un hombre de rodillas.

La echaba de menos. A Emma, no a Gretchen. Al verla allí frunciéndole el ceño se rió. La verdad era que la echaba tanto de menos que a veces se tumbaba en la cama e intentaba evocar cómo olía: como la brisa sobre un campo de flores. Pero nunca conseguía reproducir ese preciso olor en su imaginación.

Se sentía mal por lo que había ocurrido, pero le gustaba ser libre.

Con un poco de suerte estaba seguro de que podría salir de ese lío.

Mientras Emma echaba el último fardo de heno al montón oyó el motor de un coche y el crujido de la grava bajo unas ruedas. Reconocería el sonido de ese coche en cualquier parte. ¿Cuántas noches había estado despierta esperando oírlo?

Aaron estaba allí, y sabía por qué.

Emma salió de la fresca sombra del granero al sol de la tarde poniéndose una mano sobre la frente para protegerse los ojos.

—¿Cómo va, Em?

Aaron se apoyó en su precioso Datsun 280 Z con los tobillos cruzados, los pulgares enganchados en los bolsillos de sus vaqueros y esa vaga sonrisa extendiéndose por su atractiva cara. A Emma le dio un vuelco el corazón al verle, y luego sintió que se hundía de golpe.

Como siempre.

—¿Cuál es el problema, Aaron?

—¿No puedo venir a verte de vez en cuando? —Aaron se apartó del antiguo coche deportivo negro y dio unos pasos hacia ella con los ojos oscuros brillantes y la cabeza ladeada con aire seductor.

Sí, Aaron era atractivo. Pero no iba a rendirse a sus encantos; ni hoy ni ningún otro día.

—La respuesta a lo que vayas a pedirme es ni hablar —se dio la vuelta y entró de nuevo al granero esperando que no la siguiera.

Emma necesitaba un momento para asimilar la cruel mezcla de deseo, ira y tristeza que sentía al ver a Aaron. Se dio cuenta de que esta vez había más ira que cualquier otra cosa, y esperó que fuera una señal de progreso.

Cogió el cabezal y las riendas de *Vesta* de un gancho y luego abrió la puerta del último establo de la izquierda.

—Vamos a tomar el aire, preciosa. *Bud* necesita un poco de compañía —Emma intentó tocar al caballo, pero *Vesta* resopló y echó la cabeza hacia atrás al ver que Aaron se acercaba por el pasillo central del granero.

—No va a hacerte daño, pequeña —susurró Emma mientras Aaron se apoyaba contra la rugosa pared de madera y le sonreía. Emma se preguntó a quién estaba intentando tranquilizar, al caballo o a ella.

Luego le clavó sus ojos negros. Parecía estar midiendo la situación, planificando el ataque.

—Tienes buen aspecto, Emma. ¿Has adelgazado?

Su cuerpo se sacudió con esas palabras, y se dio la vuelta. Aaron sabía cómo llegar a ella. Intentó ignorar cuánto le dolía el comentario, pero el corazón le latía con fuerza y era evidente que había conseguido su propósito.

—No es que te hiciera falta. Te aseguro que cada año estás más guapa.

Ella enganchó las riendas al cabezal sin decir nada.

—Parece que *Vesta* anda bien —le lanzó una reluciente sonrisa de estrella de cine —. Nunca te das por vencida, ¿eh, Em? Siempre tan optimista.

Emma puso cara de desagrado.

—Así soy yo —al sacar el caballo al pasillo estuvo a punto de pisar a Aaron.

—¿Le va mejor con sus fobias? ¿Qué le estás dando? ¿Cyproheptadina? ¿Le has quitado el grano?

Emma ignoró sus preguntas y llevó al purasangre hacia la valla del cercado. Aaron la alcanzó en un instante.

—Parece que has hecho un milagro con ella. La mayoría de los caballos maltratados no andan tan bien —se encogió de hombros—. Pero eso ya lo sabes.

Emma miró hacia el horizonte para no buscar signos de sinceridad en la expresión de Aaron. Se recordó a sí misma que no le importaba si era sincero. Era evidente lo que estaba buscando.

—No tengo dinero para darte —Emma intentó sonar contundente para que no se notara cuánto daño podía hacerle aún—. Y esa caja con tus cosas está aún en la consulta. Si no vienes a buscarla en un par de días la tiraré.

—Pasaré a recogerla.

—Eso es lo que has estado diciendo durante un año.

Emma levantó la cadena de la valla de metal verde y condujo al caballo al campo. *Vesta* se impacientó ante la perspectiva de la libertad y comenzó a piafar y a echar la cabeza hacia atrás, haciendo que su dueña danzara a su alrededor para intentar soltarle las riendas. En cuanto estuvo libre, la yegua echó a correr con la cabeza agachada y las crines al viento.

—Es un bonito animal —dijo Aaron en voz baja—. ¿Te deja que la montes? Eso me gustaría verlo.

Después hizo un gesto hacia el campo contiguo.

—¿Cómo le va a *Bud*?

Emma cerró la cadena y luego se enrolló las riendas alrededor de la muñeca mientras volvía al granero sin hacerle caso.

—Sólo necesito ochocientos —dijo siguiéndola—. Y te los devolveré la semana que viene, lo juro por Dios.

Habían llegado a la puerta del granero, y Emma entró por delante de él fingiendo que no le había oído. Pero sí le había oído, y la sangre le palpitaba contra la piel y quería gritar con todas sus fuerzas. Quería golpearle, *matarle*.

En todo el tiempo que habían estado juntos —con las otras mujeres y las deudas — nunca había estado tan furiosa con Aaron como en ese instante. Puede que al firmar los papeles del divorcio unos días antes se hubiera dado permiso para sentir todo lo que siempre había querido sentir como nunca se había atrevido cuando tenía el título de «esposa».

Ya no había nada que salvar. Ninguna razón para fingir que las cosas iban bien.

Aaron le puso la mano en el hombro.

—¡No te atrevas a tocarme! —dijo dándose la vuelta.

Aaron dio un paso hacia atrás.

—Eh, espera un...

—No te daría ni un centavo aunque fuera la mujer más rica del mundo. Por Dios, Aaron, gracias a ti apenas puedo mantener la clínica abierta. No puedo creer que tengas el valor de venir aquí y pedirme que te ayude otra vez.

—Vamos, Em, cálmate. Podemos hablar de...

—¡No vamos a hablar de nada! —Emma dio un golpe en el suelo y miró alrededor del granero desesperada, intentando no perder el control—. Estamos divorciados, ¿recuerdas? Soy tu exmujer, Aaron. Ya no eres mi problema y me importa un comino qué hayas hecho esta vez, porque no tiene nada que ver conmigo. ¿Está claro?

Aaron se metió las manos en los bolsillos con cara de arrepentimiento.

—Fue una apuesta que no sé cómo perdí. No fue culpa mía.

Emma levantó las manos y chasqueó las riendas en el aire.

—¡Dios mío! Nunca es culpa tuya, ¿verdad? Siempre es culpa de otros. Tú nunca eres responsable de tomar esas decisiones estúpidas —sintió que se le acumulaban las lágrimas e hizo un esfuerzo para contenerlas. No iba a permitir que la viera llorar.

Se dio la vuelta y colgó las riendas del gancho. Luego hizo varias respiraciones para calmarse antes de reunir el valor necesario para mirarle a la cara.

Aaron Kramer había sido un buen veterinario. Podía ser amable, ingenioso y divertido. Emma le había querido tanto durante tanto tiempo que no recordaba un momento en el que no hubiera estado en el centro de su vida.

Aunque habían tenido algunas diferencias de opinión a lo largo de los años, Emma y Aaron siempre habían compartido la misma filosofía básica de la vida y el trabajo. Pero más o menos hacía un año, el día que Aaron perdió el control con un cliente, fue el final para ellos.

Le gritó a una señora; le dijo que estaba más jodida que su perro loco y le sugirió que le hicieran la eutanasia a ella en vez de al animal. La cliente se marchó llorando de la consulta. El perro fue sacrificado más tarde por encima de sus protestas.

Y de repente Emma se dio cuenta de que Aaron era una causa perdida. Que no podía ayudarlo. Que su amor ya no era suficiente. Fue entonces cuando le vio como dos personas completamente distintas. Un Aaron era agradable, brillante y cariñoso. El otro estaba tan enganchado a sus vicios que ya ni siquiera se molestaba en ser amable con sus pacientes, y mucho menos con ella. Lo único que le importaba era la prisa y la emoción.

Ese día se dio cuenta de que Aaron se estaba hundiendo, y se negó a hundirse con él.

Emma le observó ahora, sin afeitar y visiblemente cansado, e hizo lo único que sabía que podía ayudar.

—Estás enfermo, Aaron —dijo.

Él cerró los ojos y gruñó.

—Eres un hombre estupendo en muchos sentidos y has trabajado mucho para llegar donde estás. Lo sé porque he estado todo el tiempo a tu lado, ¿recuerdas? Pero vas a perderlo todo —suspiró profundamente—. Aaron, necesitas ayuda otra vez, otro programa de rehabilitación. Busca ayuda, por favor.

Él abrió los ojos y se rió amargamente.

—Lo que necesito son mil dólares, no otro sermón.

Emma soltó una carcajada.

—Hace un minuto eran ochocientos. ¿Con tanta rapidez se acumulan los intereses?

Aaron se frotó los ojos.

—Quería decir mil.

—Márchate de aquí. Vete.

—Escucha, Emma. Esta vez estoy metido en un buen lío. Créeme —la agarró por los brazos con fuerza—. Por favor, tienes que ayudarme.

—¡He dicho que no me toques! —le empujó el pecho con las manos hasta que la soltó—. He tenido un día horroroso en medio de una semana horrorosa en la que he acabado con nuestro divorcio, y no te voy a permitir que me hagas esto. ¡Fuera de aquí!

En ese momento Emma sintió que le empujaban una pierna. Ray estaba a su lado, probablemente atraído por las voces. Aaron desvió sus ojos marrones oscuros hacia el perro antes de volver a mirarla. Ahora tenía una expresión plana, que indicaba que había decidido dejar a un lado sus encantos.

—Me lo debes —dijo.

—¡No te debo nada! —se quedó asombrada—. Eres increíble, Kramer.

—Sólo una vez más.

Emma sintió una sensación de pérdida y fracaso tan intensa que estuvo a punto de ahogarse en ella. Iba a necesitar todas sus fuerzas para poner fin a ese encuentro. Levantó los hombros y sacó pecho.

—Voy a darte una última oportunidad, Aaron. O la coges o la dejas. No tendré en cuenta todo lo que me debes si te vas ahora mismo y no vuelves nunca. No quiero volver a verte. Eso vale para mí diez mil por lo menos.

Aaron no dijo nada, sólo la miró un momento antes de regresar a su coche. Abrió la puerta y empezó a agacharse, pero se detuvo. Luego se volvió hacia ella y levantó la cabeza.

—No tienes ni idea de lo que acabas de hacer —susurró con las comisuras de la boca hacia abajo, temblando—. Ten cuidado, Emma.

Cuando arrancó el motor, le vio alejarse por el camino en medio de una nube furiosa de polvo y grava.

Emma se quedó un buen rato sin moverse, sintiendo cómo se le entumecían las extremidades y el corazón. Luego fue hacia el cercado, cruzó los brazos sobre la valla y puso un pie en la barra de abajo.

El sol de la tarde le daba en la espalda, y por un momento parecía que alguien le estaba quitando la tensión de los hombros con una suave caricia. Pero era su imaginación, e hizo que se sintiera muy sola.

Entonces se le vino todo encima: la escena con Leelee esa mañana, la vergüenza del rechazo de Thomas Tobin, y ahora el último intento de Aaron de utilizarla. Era demasiado. Tenía el pecho oprimido y el corazón encogido, y empezó a llorar.

Emma giró la cabeza, apoyó la mejilla en los brazos cruzados y sintió las lágrimas que caían y le hacían cosquillas en la muñeca.

Allí estaba, intentando enseñar a una niña a llevar bien la vida cuando ella había fracasado con la suya. ¿Quién diablos decía que estaba capacitada para ser madre? ¿Por qué tenía que pasar un duro examen de tres días para cuidar a un Schnauzer pero no tenía que demostrar ninguna aptitud para tener en sus manos la vida de un ser humano?

Emma reprimió un sollozo y movió la cabeza. Esa mañana había visto en los ojos de Leelee una mezcla tan cruda de miedo y vulnerabilidad que por poco se le rompe el corazón. Sabía muy bien lo que era crecer sin que tu madre estuviera ahí para guiarte. Asustaba mucho. Y no tenía respuestas mágicas para Leelee. En realidad no tenía ni idea de lo que estaba haciendo; iba decidiéndolo sobre la marcha.

Se sorbió las lágrimas y se apoyó en la otra mejilla haciendo un esfuerzo para no llorar.

Y luego estaba Thomas Tobin. ¿Cómo había sido tan estúpida? ¿Cómo podía haber pensado que ese hombre tenía algo especial y que había una conexión entre ellos? ¿Cómo había cometido el error de pensar que estaba interesado por ella?

La verdad es que era un idiota y no quería tener nada que ver con él, aunque no tuviera muchas opciones al respecto.

Sabía que en el fondo el paso doble de Thomas Tobin era un típico caso de agresión basada en el miedo. Estaba segura de que le habían hecho daño tantas veces que se había vuelto malo para intentar protegerse.

Tenía todos los síntomas habituales. Respondía a muchas de sus preguntas de un modo indirecto. Limitaba el contacto visual. Intentaba no revelar emociones. Le incomodaba el contacto físico. E intentaba darse bombo con todo ese rollo machista del *rugby* para evitar que volvieran a hacerle daño. Era su forma de decir al mundo: «¡Aléjate! ¡No te interesa liarte conmigo!»

¿Problemas? ¡Vaya si tenía problemas!

El lunes le diría a Velvet que transfiriera el caso de *Hairy* a otra persona.

Se secó los ojos y pensó en el perrito. Pobre *Hairy*. De todos sus problemas, el principal era que ahora su dueño era un idiota emocionalmente.

Emma se enderezó y se miró. Tenía trozos de heno en la vieja camisa vaquera que se estiraba en su amplio pecho. Sus pantalones estaban manchados de tierra. Las suelas de sus botas estaban llenas de estiércol de caballo. Se rió en voz alta de su

propia estupidez. *¡Pues claro que Thomas Tobin te encuentra atractiva! ¿Cómo iba a resistirse un hombre a tanta belleza?*

¡Menuda broma!

La tierra tembló bajo sus pies, y al mirar hacia arriba Emma vio a *Vesta* correr hacia ella, todo músculo reluciente, fuego y velocidad. Se paró en la valla, resopló y echó la cabeza hacia atrás.

Vesta se quedó quieta lo suficiente para que Emma le acariciara la mancha blanca entre sus inmensos ojos oscuros. Luego se volvió a ir.

Mientras Emma observaba al caballo respiró profundamente y se hizo una promesa. A partir de ahora no iba a perder más tiempo pensando por qué no podía encontrar un buen hombre para quererle. Iba a ser como *Vesta* y a apreciar que tenía todo el campo para ella e iba a recorrerlo sola con el viento en su pelo.

Si el hombre adecuado no se materializaba nunca, que así fuera.

Y si ocurría un milagro y aparecía algún día en su puerta, su corazón lo sabría al instante. Sería normal. Honrado. Amable. No la engañaría ni intentaría utilizarla para mantener sus malos hábitos. Sería agradable con ella. La querría como era. La respetaría.

Emma decidió en ese momento que no iba a perder más energía buscando a un hombre que la volviese loca, porque cuando esa parte se acabara se quedaría destrozada.

Vesta estaba aún en medio del campo retozando y moviendo la cabeza de alegría, y Emma sonrió al pensar que quizá había hecho un milagro con ese caballo.

Quizá pudiera hacer lo mismo con su propia vida.

Quizá fuese cierto que era una optimista.

Esa noche se sentía como un jubilado. Se había hecho una herida en la rodilla izquierda jugando al *rugby*. El cuello y las lumbares le estaban matando. Y se había dado un fuerte golpe en la mano izquierda. Si no tenía cuidado, sería verdad que le sacarían del campo en una bolsa de plástico, y muy pronto.

Hairy tiró de la correa mientras olfateaba con ansiedad la base de una máquina de periódicos. Thomas miró nerviosamente alrededor de la calle. No podía creer que estuviera andando por una acera con un perro que llevaba un suéter. Dios mío, no podía haber nada más humillante en el mundo.

Salvo que *Hairy* hubiera salido con su compresa. Thomas suspiró. Andando por la casa con ese chisme atado a la cintura *Hairy* parecía cualquier cosa. Al principio Thomas se reía, pero enseguida descubrió que con ese invento se había ahorrado tres sesiones de limpieza sólo en una tarde.

Emma tenía razón.

De repente Thomas sintió un leve malestar y se detuvo para ponerse una mano en la parte inferior de la espalda mientras se estiraba, lo que le dio a *Hairy* el tiempo

suficiente para andar en círculos y enrollar la correa alrededor de su tobillo.

—Maldita sea, *Hairy*. ¿Qué has hecho ahora? —cuando Thomas se agachó para desenredar aquel lío le subió por la espalda un intenso dolor. Estaba bloqueado. No podía moverse. Era increíble.

—¿Está bien, joven?

Al alzar la vista, Thomas vio la cara familiar de la señora mayor que vivía tres casas más abajo. No tenía ni idea de cómo se llamaba. Nunca le había dicho una palabra. Pero eso estaba a punto de cambiar.

—Sí, señora. Sólo un poco atrofiado.

—Bueno, yo sé muy bien qué es eso —hizo varios chasquidos con la lengua—. A veces tienes que levantarte muy rápido y afrontar el dolor —le dio una palmada amistosa en el hombro—. Le daré el número de mi quiropráctico, el doctor Feldman. Es fabuloso. Es...

—No. En serio. Estoy bien —al ponerse de pie Thomas vio unas manchas negras de dolor palpitando en la superficie de sus retinas.

—Por cierto, soy la señora Sylvia Quatrocci. Soy viuda —examinó a Thomas de pies a cabeza con la boca arrugada y luego arqueó una ceja—. No nos conocemos oficialmente. Suele estar demasiado ocupado para hablar, siempre tan serio.

—Ajá —el dolor era tan fuerte que Thomas pensaba que iba a desmayarse. Mientras tanto *Hairy* casi había conseguido colgarse de la correa y estaba haciendo unos ruidos espantosos.

—Déjeme que le ayude con su pequeño amigo —la señora Quatrocci se agachó sin ningún esfuerzo, desenganchó el collar de *Hairy* de la correa y luego le quitó a Thomas de las manos la cuerda de nailon.

—Tiene un aspecto muy raro. ¿Qué es?

Thomas estaba aturdido y enfadado. Una señora mayor le acababa de rescatar. ¿No se suponía que era al revés?

—Es un perro —dijo.

La señora Quatrocci se rió de buena gana y miró la cara del animal.

—Ya lo veo. ¿Pero de qué raza?

—Es un crestado chino. ¿Lo quiere?

Ella puso cara de espanto.

—Ni mucho menos. Sólo tenía curiosidad. Tome —le pasó a *Hairy* a Thomas—. Tenga un poco más de cuidado con esa correa. ¿Cómo ha dicho que se llama? No se lo había dicho.

—Thomas Tobin.

—Bueno, señor Tobin, ha sido un placer. Supongo que nos veremos como hemos venido haciendo en los últimos cinco años. Puede que ahora podamos intercambiar impresiones como hacen los auténticos vecinos.

—Sí, señora.

La señora Quatrocci iba a continuar con su paseo vespertino, pero de repente se acordó de que tenía otra pregunta.

—¿Y cómo se llama ella?

Thomas estuvo a punto de decir «Emma», pero se detuvo.

—¿Quién?

—La perrita.

—Oh. Es un perro. *Hairy*. H-A-I-R-Y.

La señora Quatrocci se rió a carcajadas.

—Es adorable —le dio una palmadita en el brazo y sonrió con ternura—. Sabe, nunca me habría imaginado que era un hombre con sentido del humor. Eso demuestra que no se puede juzgar a la gente por las apariencias.

—No, señora. Estoy totalmente de acuerdo con usted.

Con eso se marchó. Thomas volvió a enganchar la correa verde de nailon de 10,95 dólares al collar a juego de 7,49 dólares, y cuando iba a agacharse para dejar a *Hairy* en la acera se dio cuenta de que no era una buena idea. ¿Quién iría a rescatarle la próxima vez, un niño en una silla de ruedas?

Después de considerar el esfuerzo que suponía poner a *Hairy* en el suelo, se inclinó con cautela hacia un lado con el perro colgando y se acercó a la acera todo lo posible antes de soltarlo.

Hairy extendió las patas con el impacto y gimió un poco, pero no parecía que se hubiera roto nada. Y se pusieron en marcha de nuevo.

Emma había dicho que la ansiedad de *Hairy* se reduciría con mucho ejercicio. En eso tenía razón. Sin duda alguna dormía mejor si daba un paseo de media hora por la tarde. Y los medicamentos, las lociones y los ejercicios de relajación parecían estar ayudando un poco. *Hairy* temblaba menos, parecía más contento y tenía la piel más sana.

Emma había tenido razón en muchas cosas: las pústulas, las compresas, la jaula, que deberían tener una cita.

Thomas refunfuñó, y no estaba seguro si era porque le dolían las rodillas o porque acababa de recordar cómo estaba Emma al marcharse por la mañana. Había dejado de sonreír y le temblaba la barbilla, como si fuera a llorar. Esos suaves ojos azules parecían sorprendidos y dolidos.

¿Lloró cuando se fue? ¿La había hecho llorar? Esa idea le ponía enfermo.

Dios mío, ese pequeño trozo de piel justo detrás de la oreja olía a aire veraniego y mujer deliciosa. Y cuando le mordió el lóbulo sabía a dulce de miel. Se preguntó si estaría dispuesta a darle otra oportunidad.

Se preguntó para qué quería otra oportunidad.

Se preguntó qué le pasaba.

—¿Debería enviarle flores, *Hairy*? ¿Será de las que les gustan las flores?

Hairy miró hacia arriba.

—¿Será de las de una docena de rosas o un tulipán? ¿Tú qué crees?

Dios mío, con esa pequeña prueba había perdido toda su fuerza de voluntad para no estrecharla en sus brazos y acariciar todo su cuerpo: esos pechos espléndidos, ese trasero perfecto, la garganta satinada. Quería unir su boca a la de ella y probarla por dentro. Quería ponerle la mano entre las piernas. ¡Quería decirle que era...

—... tan bonita!

Thomas se quedó sorprendido de repente. Tenía compañía otra vez. ¿De dónde venía toda esa gente? ¿Estaba Federal Hill superpoblado? ¿Y por qué había salido todo el mundo a dar un paseo al mismo tiempo?

Thomas abrió bien los ojos mientras miraba al hombre que estaba ahora a su lado. Era un tipo bajo y flaco con el pelo rubio teñido y un aro de plata en la ceja. Llevaba unos pantalones de cuero negro tan ajustados que debería haber tenido los labios morados por falta de circulación.

Luego se dio cuenta de que también tenía un perrito. Parecía una peluca sobre cuatro palos que llevaba un top atado al cuello de color púrpura y unos pantalones sin entrepierna a juego. ¿Qué clase de hombre pondría a un perro un atuendo tan ridículo?

Entonces el tipo le miró y esbozó una sonrisa radiante, y en el cerebro de Thomas comenzaron a sonar todas las alarmas.

—Me llamo Franco —dijo el hombre extendiendo una mano bien cuidada—. Y ésta es *Lorraine*. No creo que nos hayamos visto nunca. Estoy seguro de que nos acordaríamos —Franco se rió y movió descaradamente la cabeza.

—Yo soy Thomas —aceptó la mano de Franco y se la estrechó con fuerza.

—¡Oh! ¡Dios mío! —Franco se rió con incomodidad y luego se frotó los dedos—. ¿Eres nuevo en el barrio?

Thomas analizó rápidamente la situación. ¿Pensaba ese chiflado que era gay? Y en ese caso, ¿por qué diablos suponía algo así? ¿Desde cuándo parecía gay? ¿Sería por algo que llevaba? No, iba con unos pantalones de chándal heterosexuales y una vieja camiseta de los Orioles. Entonces, ¿qué podría ser?

Thomas miró a los dos perros, que estaban moviendo sus colas como las alas de un colibrí mientras se olfateaban el uno al otro.

Dios santo.

—No se ven muchos crestados por aquí, ¿sabes? —estaba diciendo Franco—. Hace unos años conocía a un tipo que tenía uno, pero son muy escasos. ¿Desde cuándo lo tienes? —Franco parpadeó con una animada sonrisa mientras esperaba.

—¿Has visto antes uno de éstos? —el dolor de espalda de Thomas se estaba desvaneciendo en comparación con el dolor de cabeza que tenía ahora.

—Claro.

—¿Lo quieres?

Franco se rió.

—La verdad es que no.

Un agudo gemido hizo que desviarán su atención hacia los perros. Al mirar hacia abajo vieron a *Hairy* cargando sobre *Lorraine* como si se fuera a acabar el mundo.

—¡Maldito perro! —tiró de la correa y luego miró a Franco horrorizado—. Lo siento mucho.

Franco se rió mientras se agachaba para coger a *Lorraine*.

—Es perfectamente natural. Así es como deciden los perros quién va a ser el dominante en el grupo —Franco aleteó sus pestañas a Thomas—. Quién se pone encima, ya sabes.

No lo soportaba más. Ése era su límite.

Thomas se despidió con la mayor amabilidad posible y luego se fue por la acera arrastrando a *Hairy* tras de sí.

—Date prisa, pequeño castrado...

En ese momento juró que nunca volvería a sacar a *Hairy* a la calle. Le compraría una cinta rodante para perros si era necesario, pero no iba a sacar a pasear nunca más a ese bicho tan sexual con un suéter y una compresa.

No en esta vida.

Ha sido un paseo fantástico; tres nuevos amigos en una tarde.

Creo que voy a levantar la pata en este bonito árbol. ¡Estupendo! Ahora todo el mundo sabe que he estado aquí. Que soy un macho. Que existo.

¡Qué tarde más agradable! Mi suéter es muy cómodo. Me gusta el sonido de mis uñas en la acera. Me siento orgulloso de tener al grandullón a mi lado.

Somos dos machos que estamos dejando nuestro olor por el barrio. Estoy seguro de que juntos podremos conseguir cualquier cosa que nos propongamos.

Eso me recuerda a una de las canciones favoritas de Slick.

«¡Macho macho man... I wanna be a macho man!»

Capítulo 6

¿Cuándo volveré a verte?

Cuando Emma entró en la clínica el lunes por la mañana pensó que se había colado en el funeral de alguien por equivocación.

Había flores por todas partes.

Sobre el mostrador de recepción había un enorme jarrón con unas dos docenas de rosas rojas. En la mesita reservada normalmente para los folletos de la enfermedad de Lyme había una cesta repleta de gladiolos. Y junto al expositor de las etiquetas para registrar a los perros había una vasija azul con flores silvestres de finales de verano.

Emma lo miró todo asombrada y luego furiosa.

¿Cómo se atrevía a hacerle eso?

—Hay más en tu despacho, Em —la cabeza oscura de Velvet apareció de repente por encima del mostrador de recepción con una sonrisa de oreja a oreja—. He leído todas las tarjetas y tengo una idea general de lo que pasa, pero me muero por saber los detalles —Velvet suspiró con aire soñador—. Esto es lo más bonito que le he visto hacer a un hombre.

Emma sintió que se le hundían los hombros y el espíritu. Sin decir nada pasó por la puerta que conducía a su despacho y a las salas de reconocimiento.

—¡Eh! —gritó Velvet por detrás de ella—. ¿No quieres ver lo que ha escrito, Em?

—No.

—¿Emma?

Tiró la mochila sobre una silla de su despacho y encendió el ordenador mientras la ira le ardía en el pecho. Fue entonces cuando vio en medio de su mesa la tetera de porcelana llena de claveles y un plato a juego con un montón de chokolinas y tés.

¿Cómo se atrevía?

—¿Em?

—Velvet, por favor, saca esto de aquí antes de que me dé algo —Emma golpeó el teclado y miró su correo electrónico de espaldas a su ayudante.

Velvet se detuvo y frunció el ceño.

—Ya veo que estás furiosa —se desplomó en una silla vacía—. Lo siento. Pensaba que te gustaría. Si quieres vamos directamente a los detalles.

—¡No hay detalles, Velvet! —Emma se dio la vuelta en su silla—. Ese hombre está enfermo. Es un adicto, un manipulador. De todo el mundo tú eres la última persona a la que debería explicárselo. Si cree que con unas flores va a compensar todo lo que me ha hecho pasar va listo. Y pensar que ha tenido el valor de pedirme

dinero otra vez cuando esto debe costar una fortuna. ¡Yo sólo quiero continuar con mi vida! ¿Es pedir demasiado?

Emma respiró profundamente.

Luego se tapó la cara con las manos e intentó controlarse. Se negaba a comenzar la semana así. No tenía ningún derecho a hacerle eso. El sonido de la risa de Velvet le hizo mirar hacia arriba.

—¿Hay algo divertido en todo esto?

—Bueno, sí —Velvet seguía riéndose—. Parece que conseguisteis cubrir mucho terreno en vuestra primera cita.

En ese instante Emma vio la cesta llena de huesos, palos y galletas para perros en su línea de visión. Estaba sobre la estantería, debajo de sus diplomas, envuelta en plástico transparente y atada con un enorme lazo rojo de lunares. La cabeza le daba vueltas. Los comentarios de Velvet no tenían sentido.

—Estoy completamente perdida —Emma cogió la lista de las citas del día y refunfuñó. Sus primeros pacientes eran Sigmund Goetz y *Roscoe*, el siamés de cola azul. Se le estaban acabando los trucos para ese pobre hombre y su gato esquizofrénico, y lo sabía.

Velvet se volvió hacia atrás para coger el pequeño sobre blanco pegado a la cesta de los huesos.

—Mira, Em. Lee esto. Te aclarará las cosas —metió la tarjeta entre los dedos cerrados de Emma—. Es mi favorita, pero sinceramente, la de las flores silvestres me ha hecho llorar. Además de apuesto es muy romántico.

Emma estaba atónita.

—¿Qué?

—Tú lee esto y luego cuéntamelo todo.

Emma abrió la mano y miró el sobre con su nombre escrito con una letra desconocida, de rasgos fuertes y cuadrados, que ocupaba mucho espacio. Sacó la tarjeta.

Emma,

Aunque tires todas las flores sé que éstos los guardarás para tus pacientes. Perdóname por mi comportamiento de la otra noche. Me gustaría volver a verte.

Thomas

Se quedó con la boca abierta, y al tragar aire estuvo a punto de ahogarse.

Velvet se levantó de un salto para darle unos golpecitos en la espalda.

—¿Estás bien?

Emma negó con la cabeza.

—¡No, no estoy bien! ¡Dios mío, esto es horrible! —tiró la tarjeta sobre su mesa y cogió rápidamente la que había debajo del plato de porcelana.

Emma,
Espero que te guste el chocolate. He optado por todos los tipos de
tes que tenían porque no sabía cuál preferías.

Thomas

Emma saltó de su silla y fue corriendo a la sala de espera, cerrando la puerta en la cara de Velvet mientras iba detrás de ella.

—¡Emma! ¡Espera!

Primero asaltó las flores silvestres porque estaban más cerca, y dio un tirón tan violento al delicado sobre blanco que su gancho de plástico cruzó volando la habitación y se clavó en las persianas de vinilo.

Emma,
Éstas me recordaban a ti, sencillamente hermosa.

Thomas

Después se abalanzó sobre los gladiolos con el corazón palpitando detrás de sus costillas.

Emma,
Eres una mujer encantadora y yo soy un idiota. Espero que te
guste la flor del estado de Maryland.

Thomas

En ese punto comenzó a respirar de nuevo mientras dejaba que las tarjetas cayeran al suelo. Luego se volvió hacia el mostrador de recepción y puso un pie delante de otro como quien se dirige a su propia ejecución.

Mientras metía la mano en la explosión de pétalos rojos aspiró la dulce fragancia y cerró los ojos un instante. Tenía la mente en blanco. Luego leyó estas palabras:

E.
Me gustaría empezar de nuevo. Dime qué tengo que hacer.

Atentamente, T.

Emma miró las luces fluorescentes del techo y contuvo las lágrimas que se le estaban acumulando en los ojos. ¡Maldito Thomas Tobin! Después de poner las cosas en su sitio con él lo había estropeado todo. Ahora se preguntaba si merecería la pena, y si había perdido el juicio por preguntarse eso.

—¡Ahhh! —Emma tiró la tarjeta al suelo y gritó—: ¡Que se vaya al infierno todo el mundo! ¡Esto es una mierda!

Entonces oyó una voz profunda detrás de ella.

—¡Dios mío! No había oído hablar así desde la guerra —el señor Goetz movió la cabeza con desaprobación—. A la mayoría de las mujeres les gustan las flores. ¿A qué viene este jaleo?

¡Maravilloso, su primer paciente del día! Al darse la vuelta Emma vio que el señor Goetz llevaba su habitual traje con olor a naftalina, su pajarita y su sombrero raído, con los ojos tan brillantes e inteligentes como siempre. Su bastón estaba apoyado en una jaula en la que había un siamés sibilante.

Velvet fue a rescatarla y se interpuso entre ellos.

—Ha llegado un poco pronto. Su cita es a las nueve y media.

—Sí, y a partir de ahora voy a llegar siempre pronto. No sabía lo que me estaba perdiendo —sonrió a las mujeres—. Parece que la doctora tiene problemas sentimentales.

—Discúlpeme por mi lenguaje, señor Goetz —Emma se arregló el pelo y se puso derecha—. Últimamente he tenido mucho estrés.

El señor Goetz se encogió de hombros.

—Puede que su estrés desaparezca si le da a este pobre hombre otra oportunidad. Parece que está desesperado, ¿no?

Emma miró con impotencia a Velvet, que sonrió y se encogió de hombros.

—Es evidente que haría cualquier cosa por recuperarla —añadió el señor Goetz.

Aquello captó la atención de Emma.

—¿De veras? ¿Ha enviado alguna vez a una mujer —contó rápidamente— seis ramos de flores?

Él hizo un gesto con la mano como si estuviera ofendido.

—¡No, por Dios! Yo tengo mi dignidad.

Para la hora de comer Emma puso otro tratamiento al pobre *Roscoe*, aceptó un nuevo caso de comportamiento canino obsesivo-compulsivo, se reunió con un representante de productos farmacéuticos y aconsejó a una joven llorosa que sacrificara a un rottweiler que había mordido a tres niños.

Durante todo ese tiempo estuvo pensando en Thomas y su ataque a su paz mental. No podía ignorar las flores. No podía ignorar cómo se había entrometido en su vida. Todo eso exigía una respuesta, y estaba dispuesta a darle una.

En cuanto decidiera qué iba a decir.

Mientras elegía entre el maravilloso surtido de tés —*english breakfast*, té verde, té con especias, té negro, té de naranja— deseó poder odiarle y olvidarse de todo aquello.

Mientras iba hacia la cocina deseó que Thomas entrara por la puerta de la clínica, la agarrara por los hombros y la besara hasta dejarla sin sentido.

Y mientras miraba a Velvet, que estaba sentada a la mesa esperando que se le contara todo, deseó no haber puesto sus ojos en ese hombre.

¿Qué podía decirle a Velvet? La verdad era que no sabía qué pensar de Thomas. No sabía cómo tomarse ese despliegue de humor, arrepentimiento y atención. ¿Quería realmente otra oportunidad con ella, o era el típico paso doble de Thomas Tobin: un tirón hacia delante y un empujón hacia atrás?

Pero había algo de lo que estaba segura: Thomas no era el hombre adecuado para ella. Tenía más problemas que una suscripción anual al *Newsweek*. Necesitaba tranquilizarse. Debía tener la cabeza despejada para pensar con claridad.

Mientras calentaba agua para el té hizo un repaso silencioso de los defectos más significativos de Thomas Tobin.

Para empezar era evidente que mentía respecto a cómo se ganaba la vida, lo que la llevaba a pensar que estaba implicado en algo peligroso, ilegal o secreto; en cualquier caso malas noticias para la mujer que estuviera con él. Y la mentira en sí era una enorme bandera roja.

Por otro lado era demasiado serio. Le daba miedo reírse. De hecho Emma dudaba de que fuera capaz de reconocer la alegría si se le ponía delante.

Pero lo peor era que la había engañado. La convenció de que le gustaba, la acarició de un modo increíble y luego le dio la espalda.

Un hombre así sólo le causaría más dolor. No se podía confiar en un hombre como ése.

No quería saber nada de un hombre como ése.

Acababa de librarse de un hombre como ése.

Emma suspiró. Era una lástima que todos esos defectos formaran parte del paquete masculino más extraordinario que había visto nunca. Una terrible lástima.

Al menos su recuerdo avivaría su imaginación en las noches que pasaría en la mecedora del porche.

Pero si era inteligente su imaginación sería el único lugar en el que volvería a verle.

El microondas pitó. El agua para el té estaba lista. Sacó su sándwich de ensalada de pollo de la nevera y esperó a que Velvet dijera algo. Pero su ayudante seguía en silencio, hojeando una revista, y ni siquiera miraba hacia ella. Se estaba volviendo loca.

Emma comenzó a sumergir la bolsa de té —había elegido un Earl Grey— y contó los segundos hasta que no pudo soportarlo más.

—No ha pasado gran cosa, ¿verdad?

Velvet no levantó la vista.

—¿Qué es esto, una especie de truco psicológico que te enseñaron en la escuela? —Emma cogió la taza y el sándwich y fue a la mesa—. ¿Y se supone que tengo que sentirme torturada por tu falta de interés para que te lo cuente todo? Porque en

realidad no hay mucho que decir, Velvet —Emma abrió la bolsa del sándwich—. Me mordió y luego me dijo que no le interesaba salir conmigo. Eso es todo.

Velvet miró despacio hacia arriba con la cuchara del yogur en el aire y sus cejas oscuras arqueadas.

—¿Thomas Tobin te mordió?

—Sí.

Velvet parpadeó.

—¿Clavándote los dientes en la piel? ¿Cómo los pacientes que recibimos?

Emma asintió mientras masticaba su sándwich.

—En la oreja izquierda.

—Vaya. ¿Sin besarte antes? ¿Te mordió directamente?

Emma sopesó esa pregunta mientras tragaba. Lo que había hecho antes del mordisco no se podía considerar realmente un beso.

—Bueno, puede que me lamiera antes de morderme.

Velvet abrió bien los ojos.

—¿En qué parte del cuerpo?

—En la misma zona, debajo de la oreja. Primero lame. Luego muerde. Y después es cuando dice «No, gracias. No quiero salir contigo» y se va corriendo a su coche. ¿Te parece romántico?

—Vaya mierda.

—Eso es lo que siento yo como podrás recordar. Sé que el señor Goetz lo hará siempre.

Velvet apartó la silla de la mesa y fue a tirar el bote de yogur a la basura. Al darse cuenta de que estaba desconcertada, Emma tuvo que reírse.

A Velvet no le solían sorprender las complejidades de las relaciones humanas. Por lo que Emma sabía de su relación con Marcus —que era muy buena— había muchas maneras de hacer las cosas.

—Vamos a ver, Em —Velvet comenzó a pasearse por delante del fregadero—. Le preguntas si quiere salir contigo. Te lame la garganta, te muerde la oreja, ¿y dice que no?

—Exactamente.

—¿De cuántos segundos de contacto corporal estamos hablando?

Emma tomó un sorbo de té.

—Veamos. Me acarició la cara, me olió el pelo, y luego se apretó contra mí y estuve a punto de desmayarme.

—Sigue —Velvet había vuelto a su silla.

—Luego me lamió y me mordió.

—¿Con cuánta fuerza?

—La suficiente para que lo notara.

—¿Así que hubo unos quince segundos de contacto corporal?

—Más o menos, pero a mí me pareció una hora.

Velvet se quedó perpleja.

—En serio, Em. ¿De qué estamos hablando? ¿Es muy ardiente ese tipo?

—Como la superficie del sol, Velvet.

—Vaya —susurró—. ¿Y con qué palabras te rechazó exactamente?

—Dijo: «No soy el hombre adecuado. Lo siento».

Velvet se recostó en su silla con la boca abierta sin decir nada. A Emma le hubiese gustado tener allí su cámara.

—¿Qué te parece? ¿Le doy las gracias por las flores y empiezo a elegir el anillo?

Velvet se rió a carcajadas.

—Tienes razón. Ese tipo está como una cabra —le agarró a Emma la mano mientras fruncía el ceño—. Yo creo que deberíamos enviarle a otro sitio. No sé si es una buena idea que le vuelvas a ver. Parece un poco... no sé... *anormal*.

Luego Velvet sacó la artillería pesada.

—Seguro que llama a sus novias «muñecas» o algo igualmente ofensivo.

Emma sonrió con dulzura.

—¿Cuándo fue la última vez que te dije que eres la empleada más lista que tengo?

—Soy la única que tienes.

Emma siguió sonriendo a Velvet. Pero estaba pensando en Thomas, y las palabras que le vinieron a la mente fueron «Qué lástima».

Leelee entró corriendo en la clínica alrededor de las tres y media. Le gustaba trabajar en la consulta los lunes, miércoles y viernes por la tarde, y sobre todo los cinco dólares por hora que le daban por hacer cosas sencillas. Normalmente conseguía cerca de cuarenta dólares a la semana —libres de impuestos— y eso era bastante dinero para una niña de doce años en Maryland. Por allí no había ningún sitio especial para gastarlo, pero siempre podía ahorrar para ir un fin de semana al Towson Town Center, el Tyson Corner o el museo del puerto de Baltimore.

—*¡Kon'nichiwa, Miki-san!* —dijo Beckett entrando detrás de Leelee.

—*¡Kon'nichiwa, Beckett-san!*

Leelee vio cómo se le iluminaba la cara a Beck mientras chapurreaba en japonés con Velvet, como hacía siempre que la llevaba allí. Era como el laboratorio de idiomas de la escuela, sólo que el japonés era más guay que el francés.

Velvet y Beck se rieron después de saludarse, y cuando Beck cerró la puerta sonó la campanilla que colgaba del pomo.

—Gracias por seguirme la broma, Velvet.

Velvet le sonrió sinceramente.

—Cuando quiera. Obaasan me regaña por no hablarlo más.

—¿Cómo está tu abuela?

Velvet se encogió de hombros.

—Mejor. Haciéndole la vida imposible a mi madre con su necesidad de estar cocinando constantemente.

Beckett le guiñó un ojo con picardía.

—Eso es lo que hacemos los mayores. Vamos a clases secretas para aprender a volver loca a la generación más joven. A mí me dieron un sobresaliente, ¿verdad, Leelee?

Leelee no estaba prestando atención. Estaba mirando fijamente el enorme jarrón de rosas.

Velvet se acercó a ella.

—¿Estás lista para ayudarme a reorganizar la oficina? Hoy tenemos que montar más estanterías.

—Claro.

Había flores por todas partes, y el corazón de Leelee se aceleró. El pecho y la garganta le oprimían. Su mente regresó al último apartamento que habían tenido en L. A., con una sola habitación y el aire acondicionado averiado, y el último novio de su madre. El que le mandaba flores todo el tiempo. El que la mató al salirse de la carretera.

En su funeral había tenido muchas flores.

—¿Quién se ha muerto? —bromeó Beckett observando los centros florales.

Velvet miró hacia las salas de reconocimiento antes de susurrar:

—Se las ha enviado un tipo a Emma. A él le gusta ella, pero ella no sabe si le gusta él. Es un poco raro.

Beck arqueó una ceja blanca sobre uno de sus agudos ojos azules y luego le hizo un guiño a Leelee.

—Así estarían en igualdad de condiciones, ¿no?

—Hola, papá. Hola, Leelee —Emma cruzó la puerta de la entrada con un historial en la mano y una sonrisa en la cara. Por detrás le seguía una señora con un chihuahua con mal aspecto.

—La señora Bellafonte tendrá que volver dentro de dos semanas, ¿de acuerdo? —Emma se volvió hacia ella—. Ha sido un placer conocerles a usted y a Pancho. Si tiene alguna duda llámenos, por favor.

Leelee veía las cosas normales que ocurrían delante de ella, pero le seguía oprimiendo el pecho y se le estaba nublando la vista. Apenas se dio cuenta de que Emma había vuelto a su despacho, Velvet le había dado un montón de historiales para archivar y Beckett se había ido a casa.

Mientras colocaba los historiales por orden alfabético se preguntó por el tipo de las flores. ¿Quería a Emma? ¿Le rompería el corazón como Aaron? ¿Querría Emma a ese tipo más de lo que podía quererla a ella?

Por enésima vez desde que la habían llevado a Maryland como una oveja al matadero, Leelee se preguntó si Emma sería más feliz si ella no hubiera entrado nunca en su vida.

Movió la cabeza de un lado a otro. No tenía que preocuparse. Emma no era como su madre. No iba a volverse loca por un tipo al que acababa de conocer como hacía siempre su madre. Emma no era de esa clase de mujeres. Emma era prudente.

Y la quería de verdad.

Cuando sonó el teléfono la obligó a volver a la tierra. Velvet estaba en otra línea con un cliente, y le hizo gestos a Leelee para que respondiera la llamada.

—Clínica de Comportamiento Animal de Wit's End. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Emma?

Sonaba nervioso e impaciente.

—Lo siento, la doctora Jenkins está en otra línea —Leelee no sabía por qué había mentido, pero no le gustaba nada la voz de ese hombre. Era demasiado profunda. Demasiado masculina.

—Comprendo.

Parecía decepcionado.

—Gracias, Leelee —dijo entonces Velvet—. Ya sigo yo.

Leelee dejó la llamada en espera y se alejó despacio del teléfono sintiendo que se le hundía el corazón.

—Me temo que la doctora Jenkins no podrá atender más a *Hairy* —dijo—. Podemos remitirle al otro conductista de la zona, el doctor Kramer de Annapolis, o a un veterinario de su elección.

—¿No es el ex marido de Emma? —preguntó Thomas.

Si a Velvet le sorprendió que conociera a Aaron lo disimuló muy bien.

—Así es. ¿Quiere que le llame para...?

—Preferiría ver a Emma.

—Verá, señor Tobin, el caso es que la doctora Jenkins no quiere verle a usted. ¿Entiende?

Thomas no podía creer que le estuviera despidiendo de aquella manera una ayudante japonesa-americana que, por lo que recordaba, iba vestida como una Spice Girl.

—Es la señorita Miki, ¿verdad?

—Sí.

—¿Ha recibido Emma los envíos esta mañana?

Velvet se rió en voz baja.

—Sí, sí. La cesta de aperitivos para perros es muy original. Me he quedado impresionada.

—Gracias, pero parece que Emma no se lo ha tomado de la misma manera.

—Oh, la cesta le ha gustado, pero la procedencia no.

Thomas cerró los ojos y suspiró. Por lo visto Velvet Miki era el guardaespaldas de Emma además de su empleada, y tenía los instintos protectores de un pitbull. Sus

posibilidades de llegar a ella eran mínimas.

—Velvet, ¿podría ayudarme un poco? Lo único que quiero es disculparme en persona. Hablar con Emma. Sé que lo estropeé todo. No soy muy hábil con las mujeres.

Ella lanzó una carcajada.

—¡No me diga!

—Mire...

—Me parece que sí puedo ayudarle, señor Tobin —dijo Velvet con voz animada—. Le sugiero que con su próxima víctima se trabaje un poco más el número de Drácula en vez de saltar sobre ella directamente.

Thomas tenía una mala sensación respecto al rumbo que estaba tomando aquella conversación, y tragó saliva.

—No sé si le comprendo.

—¡Mordió a Emma en la oreja y luego se largó! ¿No cree que pudo ser un poco desconcertante para ella?

Thomas hizo una mueca.

—Es una buena mujer que últimamente lo ha pasado mal. Se merece algo mejor; de hecho se merece lo mejor en la vida y con los hombres.

—Sí, claro.

Thomas sabía que debía sonar como el idiota que era, pero todo lo que estaba diciendo Velvet era verdad. Emma se merecía lo mejor, y él era consciente de que no estaba a su altura.

—¿Puede decirle simplemente que he llamado?

—Sí, eso puedo hacerlo.

Thomas creyó detectar un toque de arrepentimiento en su voz.

No podía soportarlo ni un segundo más. Thomas se quitó la sábana de las piernas, se sentó en el borde de la cama y se levantó.

Para cuando bajó las escaleras y apartó la funda de almohada de la jaula del perro, había cesado el ruido.

—Escucha, socio. Estás alterando la paz. Estoy cansado. Y si no te callas no seré responsable de mis actos. ¿Lo entiendes?

Estoy muy solo, grandullón. Tengo frío y miedo. Necesito estar cerca de alguien, sentir su calor. ¡Llévame contigo! ¡Sácame de aquí!

Thomas volvió a poner la funda de almohada, y cuando se estaba marchando lo oyó otra vez. Era un ruido agudo, como gritos de demonios del infierno mezclados con pequeños quejidos que parecían agujas de hacer punto metidas en los oídos.

¡Si tengo que estar solo una noche más me voy a morir! ¡Por favor!

—¡Dios mío! —Thomas se volvió sobre sus talones, tiró la funda de almohada al otro lado de la sala y abrió la puerta de la jaula. Luego cogió a *Hairy* y le puso en el

pliegue de su brazo mientras volvía tambaleándose a su habitación.

—Quédate aquí y cállate de una vez —dejó a *Hairy* en la alfombra junto a su cama—. Yo estaré aquí arriba.

Thomas se tumbó de nuevo, se tapó las piernas con la sábana y cerró los ojos.

Aquello no funcionaba.

Hairy estaba mejorando, sí, pero lo de la rareza era demasiado fuerte para soportarlo mucho más. Thomas había llegado a su límite esa misma tarde, cuando había encontrado a *Hairy* acurrucado en unos calzoncillos suyos.

Por lo visto a *Hairy* no le hacían gracia los juguetes que metían ruido, ni los mordedores, ni tampoco las pelotas de goma de colores.

A *Hairy* le gustaban los calzoncillos de Thomas; los blancos con los logotipos morados y negros del equipo de fútbol de Ravens. Los llevó en la boca por toda la casa. Los escondió debajo del sofá. Durmió encima de ellos. Y se peleó con ellos.

Finalmente Thomas consiguió engañarle para que los soltara. Los echó al cesto de la ropa sucia del cuarto de baño y cerró la puerta pensando que ahí se acabaría todo. Pero *Hairy* se sentó delante de la puerta gimiendo y haciendo unos ruidos que Thomas no podía soportar.

Ahora estaba tumbado mirando al techo y gruñendo. Vale, había acabado cediendo y dándole al perro los calzoncillos. Pero al menos los había lavado antes. Había algunas cosas demasiado raras para permitir que ocurrieran en este mundo.

Thomas sonrió en la oscuridad al recordar cómo había esperado *Hairy* pacientemente delante de la lavadora y de la secadora, moviendo la cola. Sólo le devolvió los calzoncillos después de atarlos en nudos. Pensó que si alguien los veía colgando de la boca de *Hairy* se daría cuenta de que tenía un apego anormal a esa prenda.

Dios mío, qué extraño era ese perro.

Thomas se frotó la cara con las manos e intentó seguir durmiendo. Pero antes de que pasaran dos minutos sintió el suave impacto de unas patas en el colchón, que luego subieron por sus piernas y su estómago desnudo hasta su pecho. Thomas apretó los puños para resistir el impulso de lanzar al pequeño mutante contra la pared.

En ese punto *Hairy* empezó a dar vueltas a toda velocidad hasta que por lo visto pensó que le había puesto bien el pelo del pecho.

Entonces se desplomó con un suspiro dejando los calzoncillos junto a la cabeza de Thomas. Luego se acurrucó y consiguió meter su hocico puntiagudo en el confortable hueco de su barbilla.

Thomas se quedó quieto. Intentó relajar los puños y respirar con normalidad. Sentía la piel caliente del perro contra la suya, y al mirar hacia abajo vio el mechón blanco del perro subir y bajar con cada respiración.

Todo aquello era muy extraño, pero no en un mal sentido. Era simplemente raro. Inusual. Pero no atroz. Intentó ignorar que tenía un perro feo durmiendo encima de él y cerró los ojos.

Y antes de que pudiera darse cuenta, estaba teniendo otra vez El Sueño. Pero esta vez era algo más que una simple repetición del día más miserable de su vida. Esta vez era peor.

Como siempre, Rollo estaba sentado enfrente de ellos con su bata blanca y las letras negras bordadas en el bolsillo: *Dr. Rollo Phelps, Centro de Urología de Chesapeake*. Y estaba utilizando las palabras que usaba siempre: daños, movilidad, ruptura, anticuerpos, esterilidad.

Rollo soltó los números habituales. Un hombre normal tiene entre veinticinco y cincuenta millones de espermatozoides por mililitro, y Thomas tenía un millón. Alrededor de la mitad de los espermatozoides de un hombre normal están dañados o deformados de algún modo; para Thomas era el noventa por ciento. Y alrededor del cincuenta por ciento de los espermatozoides de un hombre normal tienen la potencia necesaria para llegar a un óvulo; pero en el caso de Thomas era sólo un uno por ciento.

Luego Rollo revisó todas las opciones que tenían: tratamientos de esteroides, fecundación *in vitro*, una nueva técnica de inyección de esperma.

Pero en ese punto del sueño las cosas se desviaban en otra dirección. Al girar la cabeza Thomas vio a Nina levantarse de la silla y pronunciar el discurso que daba siempre en ese momento: «*Nunca has estado muy interesado en casarte y tener una familia, y ahora parece que no podrías tener hijos aunque quisieras. Para mí esto es una señal. Hemos terminado*».

Pero esta vez no era Nina quien daba el discurso.

Era Emma.

Esta vez no era una cabeza rizada la que se volvía para mirarle con compasión y reproche; era una trenza de color caoba.

Los ojos no eran marrones oscuros; eran azules.

No era la voz de Nina la que decía «*No pienso perder ni un minuto más de mi vida contigo*». Era la voz de Emma.

La puerta se cerró detrás de ella con determinación. Luego, como hacía siempre en ese punto, Rollo dijo:

—Lo siento mucho, Thomas.

Thomas se volvió para mirar a su amigo. Pero Rollo ya no era Rollo, y en el bolsillo de la bata ahora ponía *Reponedor Mocososo, CVS*. El chaval le sonrió afectadamente antes de soltar una carcajada y decir:

—¿Novia? ¡Será en sueños, capullo!

En ese momento Thomas empezó a salir del extraño mundo de los sueños arrastrado por la sensación física más deliciosa que había experimentado nunca. Emma —la dulce y atractiva Emma— estaba mordisqueándole la cara sin afeitarse, picoteando el vello que tenía a lo largo de la mandíbula, pasando a la barba incipiente de su labio superior, dirigiéndose a su boca para lo que prometía ser un, beso apasionado...

Thomas se despertó con un grito mirando los ojos saltones del mutante.

¡Relájate, grandullón! Tenemos que conseguir que veas a Manos Suaves cuanto antes.

Hairy bostezó.

He dormido muy bien. ¿Y tú?

Aaron odiaba reconocerlo, pero tenía las manos de un asesino. Bajo la luz de la lámpara del motel podía ver los arañazos que le había hecho Slick al pelear con él como un gato montés: utilizando las uñas y los dientes, dando patadas y escupiendo, el maldito hijo de perra.

Las heridas estaban casi curadas, pero Aaron veía trozos de piel nueva que le horrorizaban.

Todo aquello del asesinato le ponía enfermo. Y ahora iba a tener que hacerlo otra vez.

Aaron suspiró y dejó que su vista recorriera la habitación 4 del King of Hearts Motor Court. Se había trasladado allí y había cerrado la clínica indefinidamente para evitar otro encuentro desagradable con el Feo. Había tenido que despedir a la chica de la oficina porque no tenía dinero para mantenerla. No podía pagarle con la tarjeta de crédito de dudoso origen que había utilizado para registrarse allí.

Tomó un trago de *whisky* y se estremeció. Había empezado a beber esa misma semana y pensaba que sabía a pis. Pero le gustaba el efecto. En algún tiempo estaba orgulloso de haber evitado la tentación del alcohol, pero ya no importaba nada.

Bueno, puede que estuviera entre la espada y la pared, pero no era un idiota. Sabía que el secreto estaba en no mancharse las manos de sangre, así que esa vez pensaba estar lejos —quizá en Atlantic City— y asegurarse de que le viera mucha gente.

Con un último trago para el camino, Aaron salió de la habitación del motel. Condujo media hora hasta un barrio decrepito, se detuvo en la primera cabina de teléfonos que vio y llamó al número que le había dado la prostituta. El de un tipo llamado Tom.

Le salió el buzón de voz. Hasta los asesinos a sueldo tenían buzón de voz.

Capítulo 7

Si no puedo tenerte

Emma se miró en el espejo de cuerpo entero que había en la parte posterior de la puerta de su despacho y suspiró. Estaba bien. Todo iría bien.

Velvet había intentado convencerla para que se pusiera el infame vestido azul para su breve encuentro con el señor Sin Carnet. Ella le dijo que había perdido el juicio. En primer lugar aquello no era una cita; sólo era una copa después del trabajo. Y en segundo lugar jamás se reuniría con un extraño con ese vestido. Era demasiado sugerente.

Emma se lo compró sólo porque Velvet había insistido en que estaba fabulosa con él, aunque ella no estaba tan segura. El vestido azul antracita sin mangas tenía un pequeño volante que caía unos cinco centímetros sobre la rodilla y un gran escote que, en opinión de Emma, enseñaba demasiado de todo lo que le sobraba.

Probablemente no tendría nunca el valor de llevarlo a ninguna parte. Era el tipo de vestido que se pondría una mujer con mucha confianza en sí misma, el tipo de mujer a la que no le daba miedo atraer la atención de la gente o de un hombre en particular.

Emma se miró otra vez. Ésa no era la noche para salir con el vestido azul. Puede que no hubiera ninguna noche. Puede que se quedara para siempre donde llevaba ya tres meses: colgado en la parte de atrás de su armario en una funda de tintorería sin llamar la atención y sin molestar a nadie.

Esa noche había elegido bien, optando por unos pantalones negros, unas sandalias negras y una camiseta negra estampada con las mangas fruncidas y el cuello escotado. Y se había dejado el pelo suelto. El efecto total no era nada llamativo, pero era elegante y ella se sentía cómoda.

Estaba tan preparada como iba a estar siempre.

El señor Sin Carnet tenía un nombre, que resultó ser Jason DuPont. En los últimos días había averiguado lo suficiente sobre él para decidir que su índice de problemas era lo bastante bajo para tomar una copa sin riesgos. Y resultó que era el jefe de Marcus. Le habían quitado el *carnet* no por conducir bajo los efectos del alcohol, sino por doblar muchos parachoques al dividir su atención entre los frenos y un teléfono digital. Así que accedió a quedar con él con una condición: podría utilizar el plan de transporte para el peor de los casos. Al señor Digital le pareció bien.

El plan consistía en que ella le recogería en su oficina del centro para ir a un bar. Tomarían una copa y charlarían. Luego volvería a llevarle a la oficina, donde él

cogería un taxi para ir a casa. De esa manera nadie tenía que ir a casa de nadie, donde podría haber situaciones embarazosas delante de la puerta.

Todo iría bien.

Tras una última mirada en el espejo Emma cerró la consulta, subió a su abollado Montero y se dirigió a la ciudad. Le habría gustado tener un poco de entusiasmo por esa noche, pero sólo sentía miedo e incomodidad.

Y sólo podía pensar en Thomas Tobin, ¡maldita fuera!

Vete, le dijo, pero en su imaginación le sonrió como en la sala de espera de la clínica de urgencias y tuvo que suspirar como una adolescente. *¡Vete y déjame en paz!*

Emma se alegró de ir en contra del tráfico en plena hora punta e intentó concentrarse en la carretera sin conseguirlo, probablemente con tanto riesgo para la seguridad pública como el señor Digital. Sus pensamientos no dejaban de dar vueltas de Thomas a Leelee, de Leelee a Becca, de Becca a ella, de ella a Aaron y de nuevo a Thomas. Sin duda alguna ese círculo enloquecedor se debía a que habían pasado varios días y no había agradecido aún los regalos de Thomas. Pero por una buena razón: no sabía aún qué debía decir, ni qué quería decir. No sabía aún qué hacer con Thomas Tobin.

La charla que había tenido con Leelee la noche anterior no había ayudado mucho.

Era más de medianoche cuando Leelee entró de puntillas en la habitación de Emma, se metió debajo de las sábanas y acurrucó su pequeño cuerpo contra su espalda. Emma escuchó los susurros de Leelee sabiendo que se sentía más cómoda en la oscuridad, donde no podía verla llorar.

—Cuéntame algo sobre ella —Leelee puso un brazo alrededor de la cintura de Emma—. Háblame de cuando se le cayó ese chisme del vestido en el baile.

Emma sonrió para sus adentros con un arrebatado de cariño y dolor acompañando a la imagen de Becca a los quince años —muy parecida a la niña que estaba ahora junto a ella— inteligente y atrevida, con su impresionante belleza comenzando a emerger.

Rebecca Weaverton había sido la mejor amiga de Emma desde el parvulario, y siguió siendo su mejor amiga a pesar de los años que pasaron, de los kilómetros y los sueños que las separaron y de cómo había tropezado cada una de ellas.

Emma quería a Becca con una mezcla de adoración y envidia mágica. Eran dos mitades de un todo, Becca con sus rizos rubios y sus ojos de color caramelo, Emma con el pelo liso oscuro, sus pecas y sus ojos azules. De los cinco a los dieciocho años, todos los fines de semana, todos los veranos, todos los días comenzaban y terminaban con Emma y Becca juntas. Compartían todos sus secretos.

Excepto uno: Emma deseaba secretamente que se le pegara un poco del brillo y el *glamour* de su mejor amiga. Siempre se sentía como un patito feo cuando estaba al lado de Rebecca Weaverton.

La noticia de que Becca había muerto y Leelee era suya fue para Emma como un puñetazo en el estómago seguido de una bofetada en la cara. Había pasado un año desde ese día, y no se había recuperado aún del golpe que le había cambiado la vida.

—Entonces mamá era un poco más mayor que yo, ¿verdad?

—Sí. Nuestra banda iba a tocar en el baile de San Valentín. Becca estaba convencida de que tenía el pecho demasiado plano con su vestido porque una niña de nuestra clase —Frankie Seibert— estaba fenomenal, ya me entiendes. Nos dejaba a las demás a la altura del barro.

—Me lo imagino —dijo Leelee con un suspiro—. En mi clase es Melinda Stockslager.

—¿Ya? Siento oír eso —Emma le dio una palmadita reconfortante en la mano y la niña la abrazó con más fuerza—. En cualquier caso no teníamos los sujetadores con relleno que hay ahora, así que rellenamos dos pañuelos de Beck con guata y los cosimos con la máquina de mi madre —Emma se rió—. No eran muy bonitos, pero servían. Cuando tu madre subió al escenario parecía Madonna; la del principio, no la de los pechos cónicos de los años noventa.

—Lo entiendo. ¿Pero no se dio cuenta nadie de que le habían salido domingas de la noche a la mañana?

—Bonito lenguaje, Leelee —dijo Emma riéndose aún—. Sí, se dieron cuenta. Fue el tema de conversación del baile. Pero subió allí con el micrófono y empezó a saltar de un lado a otro y nadie se atrevió a decirle nada. De todas formas lo habría negado.

—Siempre tuvo un don especial para negar las cosas —dijo Leelee con tono serio—. Cuéntame la parte en la que se le cayó el relleno.

Emma empezó a temblar de risa.

—Yo estaba en la batería como siempre, y ella estaba saltando por el escenario con el pelo revuelto. Me parece que estábamos tocando *Love is a Battlefield*, y al mirar hacia arriba vi que tu madre estaba completamente desequilibrada. Tenía un melón en un lado y una pelota de *ping-pong* en el otro.

Leelee se rió.

—¿Y qué hiciste?

—Bueno, empecé a gritarle y a mover los palos y me miró como si me hubiera vuelto loca. Había perdido el ritmo.

Ahora Leelee se estaba riendo a carcajadas.

—Es como si lo viera —dijo—. Debió ser una pasada.

Emma también se rió.

—Ya lo creo.

Leelee le dio un beso a Emma en la parte posterior de la cabeza.

—¿Qué pasó luego, Em?

Ella suspiró después de quedarse sin aliento por la ternura del beso de Leelee más que por la risa.

—Bueno, miró hacia abajo y allí estaba el relleno, en medio del escenario. Así que con un final espectacular lo tiró al suelo del gimnasio. Un tipo lo cogió y lo echó al aire. Y luego se metió la mano por debajo del vestido y lanzó el otro relleno al público.

—¡Dios mío, Leelee! Y después del concierto firmó en ellos unos autógrafos para un par de tipos del equipo de fútbol de la universidad.

—Mamá era así, ¿verdad? Tenía huevos.

—Bonito lenguaje otra vez, pero sí. Es cierto.

—¿De verdad pensaba todo el mundo que sería famosa?

—Por supuesto, cielo. Era la celebridad local. Y no sólo por su belleza y su talento; estaba llena de vida, con la mente en ebullición todo el tiempo. Era algo especial —Emma hizo una pequeña pausa—. Tú te pareces mucho a ella, Lee.

—Pero yo no quiero ser como ella.

—Te quería más que a cualquier cosa.

—Eso decía —la voz de Leelee se convirtió en un susurro—. Lo estropeó todo desperdiciando esa beca, enamorándose cada tres días. Ni siquiera intentó averiguar quién era mi padre. ¿Por qué tenía que ser así, Em?

Buena pregunta, pensó Emma. Becca era la teoría del caos en falda corta, ganándose como podía la vida como guionista, camarera, actriz, cantante o cualquier otra cosa que pudiera encontrar. Y nunca se disculpó por nada de eso.

—Todos tomamos malas decisiones a veces, Lee. Somos humanos. Así es como aprendemos. Y yo creo que con lo inteligente que era tu madre le costaba aprender algunas cosas —Emma sintió que Leelee se estremecía con un sollozo—. Becca no lo hizo muy bien como madre, pero sé que nunca tuvo intención de hacerte daño. Hizo lo que pudo y ahora yo tengo la suerte de hacer lo mismo. Y voy a cometer errores. Espero que me perdones cuando suceda.

Leelee permaneció quieta tanto tiempo que Emma pensó que se había quedado dormida. Oír la siguiente pregunta fue una sorpresa.

—¿Vas a volver a casarte alguna vez?

Emma se dio la vuelta y se apoyó sobre un codo para ver la cara de Leelee bajo la luz de la luna. La niña tenía los ojos tristes, y Emma estuvo a punto de llorar también.

—¡Oh, cariño! Me acabo de librar del viejo modelo. Si no te importa, voy a tomarme un descanso.

Leelee se rió y se sentó mirándose las manos.

—Es sólo que, bueno, el hombre que te ha enviado todas esas flores —Leelee miró a Emma—. Oí su voz por teléfono. Parecía emocionado al pensar que eras tú. Le gustas de verdad.

Emma se incorporó rápidamente. Rodeó con sus manos la frágil cara de Leelee e intentó sonreír.

—Ese hombre no significa nada para mí, Leelee. Es el dueño de un paciente y... bueno... al principio pensé que podría tener algo especial, pero creo que me

equivoqué.

Le acarició a Leelee la mejilla.

—Entre tú y yo, ahora mismo no soy nada optimista respecto a los hombres, y no me veo empezando una relación seria en cualquier momento, sobre todo con ese tipo.

Leelee asintió mientras los ojos le brillaban de risa.

—Pero aunque me enamore más adelante te seguiré queriendo, cielo. Seguirás siendo mi niña. No te dejaré nunca. ¿Entiendes eso?

Leelee asintió.

—Vale.

—No haré nada sin consultarte. Somos un equipo, y vamos a tomar las decisiones importantes juntas.

—Gracias por decir eso. Nadie me había dicho eso nunca.

El alivio en los ojos de Leelee hizo que Emma se emocionara, y la abrazó con fuerza maldiciendo a Becca por haber sido un desastre, maldiciéndose a sí misma por no saber cómo educar a una niña, maldiciendo el día en que Thomas Tobin entró en su consulta e invadió su vida como una horda de vikingos.

Unos vikingos muy atractivos...

Emma llegó a la oficina del señor Sin Carnet con unos minutos de antelación y aparcó junto a la acera. Entonces un tipo apuesto de unos cuarenta años con un traje caro se acercó a la puerta del copiloto y se asomó por la ventanilla abierta. Emma se dio cuenta enseguida de que tenía unos bonitos ojos verdes y una gran sonrisa.

—¿Qué hay? —dijo su primera cita en casi dos meses—. ¿Dispuesta a pasarlo bien?

Varias personas bienintencionadas de su vida le habían comentado que había muchas cosas que le ponían de mal humor, pero Thomas sostenía que todas ellas se podían justificar con facilidad. La primera era la gente estúpida, y eso se explicaba solo.

Le seguía de cerca la gente entrometida porque la intimidad era sagrada; la música de los cuarenta principales porque destruía la capacidad de la sociedad para apreciar la verdadera música; los centros comerciales porque demostraban que todo América se había convertido en un vasto erial de consumismo descerebrado; y la gente que aparecía en su casa sin invitación previa *porque lo odiaba*.

Thomas abrió la puerta con un gruñido y tuvo que apartarse para dejar pasar a su hermana, Pam, sus dos ruidosos sobrinos y un Rollo avergonzado que miraba de reojo por encima de dos bolsas llenas de comida.

—Cuando Mahoma no pudo mover la montaña decidió ir a ella —dijo Pam por encima del hombro yendo hacia la cocina de Thomas.

—O algo así —murmuró él.

Pam ya había vuelto a buscar las bolsas que tenía Rollo. Después de dejarlas en la mesa de la cocina regresó rápidamente a la sala, donde se puso delante de su hermano con las manos en las caderas.

—Esta música es deprimente.

—Es Tom Waits. Así es como debe ser. ¿Pasa algo?

Tras apagar el reproductor de CD, Pam volvió a ponerse delante de él con los pies en una postura típica de hermana mayor.

Aunque fuera quince centímetros más alto y pesara treinta kilos más que ella, Pam seguía siendo dos años mayor y era la persona que había estado allí con él cuando su madre se largó hacía tantos años. Y eso siempre sería importante para ambos.

Pam levantó la barbilla hacia arriba y Thomas miró hacia abajo a un par de ojos grises que sabía que eran casi idénticos a los suyos. Ella cogió aire.

—Vamos a comer pollo a la parmesana, *linguine*, ensalada y pan de ajo. Espero que no hayas comido ya —luego regresó a la cocina.

—¿Importaría eso, general Mussolini? —dijo detrás de ella—. Además, son las cinco y media. ¿Quién come a las cinco y media? —después maldijo para sus adentros mientras los niños se colgaban de sus piernas.

Pam sacó las cosas de las bolsas dándole la espalda a su hermano.

—Has estado evitándonos como si tuviéramos la peste, y no voy a consentirlo más —se volvió agitando la caja de pasta—. Desde que papá murió somos la única familia que tienes, y no voy a soportar esas tonterías de «Quiero estar solo» —ahora estaba abriendo los armarios de la cocina—. ¿Tienes orégano?

Thomas miró a Rollo y refunfuñó. Su cuñado se encogió de hombros antes de susurrar:

—La buena noticia es que he conseguido un par de Robustos.

—¿Y qué? Ya no puedo fumar en casa por ese mutante alérgico, ¿recuerdas?

—Bueno, pero podemos salir al porche, ¿no?

—¿Dónde tienes la picadora? —gritó Pam desde la cocina.

—No tengo, lo siento —dijo Thomas animadamente—. Pero si hubiera sabido que venías, habría salido a comprar la mejor.

Ella ignoró su sarcasmo.

—¿Y la batidora?

—En la despensa. Abajo a la izquierda. Pero no sé si están todas las piezas. No se ha usado desde... —Thomas se contuvo antes de decir «desde que Nina me dejó».

—¡Madre mía! —Jack estaba en medio de la sala doblado por la cintura mirando debajo de la mesa con los ojos azules excitados y las mejillas sonrojadas—. ¡Tío T! ¡Tío T! ¡Aquí dentro hay algo que está mordiendo tu ropa interior! ¡Tienes que verlo!

Hairy salió de su escondite y corrió por la sala tan deprisa como pudo con los calzoncillos entre los dientes. Luego pasó volando por el comedor a la cocina, donde se detuvo a los pies de Pam temblando.

Los niños estaban justo detrás de él.

¡Oh, oh! Voy a morir.

—¿Puedo tocarlo? ¿Puedo cogerlo? —Petey estaba entusiasmado—. Papá me dijo que tenías un perro feo, pero la verdad es que es superfeo, tío T. ¿Dónde lo has encontrado?

Pam se agachó para salvar al perro con el ceño fruncido y luego miró a su hermano sin poder creérselo.

—¿Thomas?

Dios mío. La compresa. Pam no le permitiría olvidarse de eso en toda su vida.

—Dámelo —Thomas cogió a *Hairy*, le quitó rápidamente el sistema anteriorina, abrió la puerta trasera y sacó al perro fuera—. ¿Por qué no vais a jugar con *Hairy*, niños?

Thomas vio cómo Jack y Petey perseguían al perro gritando y riéndose. De repente *Hairy* se paró y dejó los calzoncillos en la hierba como si se rindiera.

—¿No le matarán? —preguntó Pam a Rollo en un susurro—. Me estoy acordando del conejito de peluche que hicieron trizas.

—No te preocupes. ¡Mira! ¡Están jugando a lanzar con él!

Mientras Pam y Rollo estaban distraídos, Thomas metió el calcetín y la compresa debajo del fregadero de la cocina esperando que Pam no se acordara de lo que había visto. Luego se puso detrás de ellos y observó cómo correteaban los niños con *Hairy* por el pequeño jardín vallado.

Pero Pam se acordaba, y un momento después se cruzó de brazos, se apoyó en el mostrador y miró a su hermano.

—¿Qué?

Ella sonrió con dulzura.

—Tu perro lleva una compresa para la menstruación y muerde tu ropa interior. Esas cosas son muy raras, Thomas.

Él puso los ojos en blanco, y entonces se le ocurrió una idea.

—¡Eh! —dijo con tono animado—. ¿Lo quieres?

—¡Oh, no! No podría hacer eso —respondió ella sonriendo aún más—. Es evidente que estáis hechos el uno para el otro.

Mientras los niños jugaban con *Hairy* Thomas preparó una ensalada y puso agua a hervir, Rollo untó el pan italiano con mantequilla y ajo y Pam hizo lo que estuviera haciendo a las pechugas de pollo.

Su hermana había elegido la Sinfonía n.º2 de Sibelius de su extensa colección de música clásica. Y mientras tarareaba la melodía tuvo que reconocer que la invasión de los Phelps no había sido tan mala. Hacía más de seis meses que no se reunían para comer.

La verdad era que no lo habían hecho desde que Nina desapareció del mapa. Thomas vio que Rollo estaba mirando hacia él, y supuso que el perspicaz doctor Phelps estaba probablemente pensando lo mismo y preocupándose otra vez por él.

Le gustaría que Pam y Rollo dejaran de preocuparse por él. Estaba bien. Sin más. Entonces se abrió la puerta trasera y los niños entraron con el perro en la cocina como si fueran viejos amigos.

—*Hairy* es guay, tío T —dijo Petey.

Thomas gruñó sin hacerle mucho caso.

Luego Pam puso en marcha la batidora y se armó la marimorena.

—¡Ya basta, Thomas! Estás torturando al pobre animal.

—No estoy torturando a nadie, Pam. Sólo estoy interrogando a un testigo.

—Que Dios nos ayude —dijo ella tirando el trapo de cocina y volviendo al horno. *El hombre malo. El hombre malo.*

¡La batidora! ¡Odio el ruido de la batidora! ¡No paraba nunca!

—Muy bien, pequeño. Ya está. Lo has hecho muy bien.

Thomas cogió un Beggin' Strip de la despensa, partió la barrita en una docena de trozos y la guardó detrás de la espalda. Luego se arrodilló en el suelo.

Pam, Rollo y los niños observaban en silencio.

—Vamos a hacer nuestros ejercicios de relajación —explicó Thomas en voz baja mirándolos—. Necesitamos un poco de sitio, ¿vale?

Se echaron hacia atrás.

—Emma dice que el objeto distrae; cuando *Hairy* se fija en mí y en el premio olvida por un momento por qué estaba tan nervioso y empieza a tranquilizarse —Thomas cogió un trozo de barrita y lo puso delante de él—. Mira —dijo con sonsonete—. Ven a buscarlo.

Hairy salió con indecisión de debajo de la mesa de la cocina, donde en los últimos diez minutos había sido víctima de un experimento de Thomas: cuando encendía la batidora *Hairy* pegaba las orejas a la cabeza, metía la cola entre las patas y empezaba a temblar, aullar y hacer pis.

Luego, en cuanto la apagaba, *Hairy* desenrollaba su cuerpo y se quedaba quieto.

—Vamos, camarada, puedes hacerlo. Buen chico.

Hairy se aventuró hacia delante y miró a Thomas mientras seguía el rastro del premio.

—Muy bien, *Hairy*.

El perro cogió el premio y se sentó tranquilamente delante de su amo.

—¿Por qué estás de rodillas? —murmuró Pam sin querer alterar la frágil paz que se respiraba en la habitación.

—Emma dice que yo soy tan grande y *Hairy* es tan pequeño que si me inclinase sobre él le intimidaría. De esta manera me acerco a su nivel —Thomas sacó otro trozo de barrita—. ¡Mira, *Hairy*!

Thomas repitió el ejercicio hasta que se quedó sin premios y llamó a *Hairy* con entusiasmo. El perro saltó a sus brazos y metió su hocico en el hueco del cuello de su

amo. Thomas le acarició.

—Está bien, campeón —susurró—. Siento haber tenido que hacer eso, pero lo has hecho muy bien. Me parece que me has ayudado a entender algo.

Thomas miró hacia arriba al silencioso grupo.

—Emma dice que los perros siempre hacen las cosas por una razón —se levantó con dificultad y sacó un frasco de pastillas del armario de la cocina. Luego cogió un trocito de *mozzarella* del mostrador, metió una pastilla dentro y se lo dio a *Hairy*.

—Emma le ha recetado Xanax para los ataques de pánico —éste ha sido el peor de todos—, y le va mucho mejor —miró a su hermana, Rollo y los niños y vio que le estaban observando con una mezcla de desconcierto y admiración.

—Es una larga historia, pero creo que *Hairy* presencié un homicidio y acabo de darme cuenta de que no es tan estúpido como suponía. Quizá pueda ayudar con el caso.

Nadie cambió de expresión.

—Sé que parece raro, y no puedo entrar en detalles, pero creo que Emma podría ayudarme con esto —Thomas sonrió—. No puedo esperar a contárselo.

Dejó a *Hairy* en el suelo de la cocina y vio cómo seguía a Jack y Petey a la sala.

—A Emma le va a gustar esto —masculló antes de darse la vuelta y ver que Pam y Rollo le estaban mirando con la boca abierta.

—¿Desde cuándo practicas el número de Siegfried y Roy? —preguntó Pam con el ceño fruncido—. ¿Y quién diablos es esa Emma y cuándo te has enamorado de ella?

Entonces sonó el timbre de la puerta, y antes de que pudiera impedirlo la señora Quatrocci estaba dentro de su casa dándole a Pam una especie de postre y quedándose a cenar.

Rollo llevó a Thomas a la sala y miró a su amigo perplejo.

—¿Desde cuándo te llevas bien con tus vecinos? —preguntó—. Pensaba que tenías una regla estricta de «nada de contacto humano».

—Eso creía yo también.

Thomas clavó sus ojos en *Hairy*, que miró hacia arriba desde el suelo de pizarra de la entrada temblando. Luego Thomas subió las escaleras murmurando:

—Tengo que llamar a un veterinario de Annapolis por lo de *Hairy*. Si aparece alguien más, no abras la puerta.

Emma llevaba una hora dando vueltas a su copa de vino intentando parecer interesada. Intentando centrarse en el momento presente.

Por un lado tenía que reconocer que el señor Digital —no, Jason— le había sorprendido agradablemente.

Jason era atento y caballeroso. En el aparcamiento le había abierto la puerta del coche y luego en la mesa le apartó la silla.

Era inteligente: había empezado con su propia compañía de diseño informático y ahora era millonario.

Era interesante: acababa de volver de un safari por Kenia y Tanzania y se estaba construyendo una cabaña en las montañas del condado de Garrett.

Era apuesto, y tenía sentido del humor incluso para reírse de su problema de tráfico.

—Con los auriculares y la marcación por voz voy a parecer el Han Solo de I-695. Teniendo en cuenta todo eso, ¿por qué estaba Emma tan aburrida?

¡Maldita fuera! Lo único que le pasaba a ese tipo que estaba sentado enfrente de ella era que no era Thomas Tobin. Aquello era una locura.

—Me estaba preguntando si te gustaría dar un paseo romántico por una cama de cristales rotos, o bañarte conmigo en las aguas subterráneas del campo de pruebas de Aberdeen.

Emma salió de su niebla convencida de que había oído algo raro, pero sin saber exactamente qué porque no había escuchado ni una palabra de lo que le había dicho en toda la noche.

—¿Perdona?

Jason esbozó una tensa sonrisa.

—Olvidalo.

—Oh.

Él se rió, dejó su copa de vino y la miró por encima de la vela que iluminaba la mesa.

Lo cierto es que era un hombre bien parecido.

—¿Sabes? —dijo—. Nunca había salido con una muñeca hinchable.

A Emma le asustó el resentimiento de su voz y se puso en tensión.

—Lo siento —dijo soltando un gran suspiro de alivio, exasperación y frustración—. Hoy no soy una buena compañía. Discúlpame por estar distraída. No sé qué me pasa.

—¿En serio? —Jason sonrió—. Entonces quizá pueda ayudarte. Has estado toda la noche pensando en otro hombre.

Después sacó su cartera.

—Lo único que quiero saber es por qué has quedado conmigo si estás enamorada de alguien. Marcus tenía razón. Eres muy guapa y agradable, y probablemente habría disfrutado con esto si hubieses traído el cerebro. ¿Qué te parece si lo dejamos aquí?

Jason DuPont le dijo a Emma que podía irse a casa porque él iba a coger un taxi desde el restaurante. A la salida le dio un beso en la mejilla, y ella se sintió como una auténtica bruja.

Se disculpó una vez más, dijo algo sobre el tiempo y volvió a darle las gracias por la copa. Luego regresó a casa a toda velocidad.

A las siete estaba en la puerta, y Beckett se levantó del sofá sorprendido.

—¿Qué...?

—¡Voy a cambiarme para tocar la batería! —gritó subiendo a toda prisa a su habitación. Beckett se quedó en el vestíbulo con los puños en las caderas y la guía de televisión colgando de una mano.

—Ha ido mal, ¿eh? ¡Espera! ¿Dónde has puesto los tapones para los oídos? Y no le des muy fuerte, ¿vale? Leelee está haciendo los deberes y tiene que concentrarse.

—¡Como si eso fuera posible aquí! —dijo una voz débil detrás de una puerta cerrada.

Eran poco más de las ocho cuando Thomas llamó a la gran puerta de roble de una bonita casa alejada de la carretera. No había pasado mucho tiempo en el condado de Carroll, pero la casa de ladrillo rojo le recordaba a la de sus abuelos en la costa este; el mismo tipo de construcción de principios del siglo xx con muchas vigas de madera, ventanas amplias y ángulos rectos.

Un hombre bastante calvo abrió la puerta y le sonrió a través de la rejilla. Se dio cuenta inmediatamente de que era el padre de Emma. Su cara arrugada estaba dominada por una sonrisa amplia y sincera, que daba la bienvenida incluso a un desconocido, y sus ojos eran de un azul suave.

A los pies del hombre había un perro con tres patas y los ojos legañosos olfateando el aire con excitación. Probablemente había olido a *Hairy*, que estaba intentando esconderse detrás de los tobillos de Thomas.

—Dime, hijo. ¿Has venido a salvar mi alma? Porque en ese caso debo advertirte que llegas unas cuantas décadas tarde, pero pasa y siéntate.

Thomas entró en un gran vestíbulo abierto con el suelo de roble, una escalera reluciente y un bonito papel pintado.

—Lo siento, ¿pero le importa que meta a mi perro? Puedo tenerle en brazos.

El hombre le estaba haciendo gestos para que le siguiera, pero al darse la vuelta se paró en seco y miró a *Hairy* con una mezcla de reacciones en su cara, desde risa hasta incredulidad.

—Dios santo, hijo. Parece que se ha caído de un árbol y se ha golpeado con todas las ramas.

Thomas no pudo evitar reírse.

—Sí, señor. Creo que eso es exactamente lo que ocurrió.

Beckett movió la cabeza y señaló un sofá que había enfrente de la chimenea.

—¿Por qué no? Entra con él. No creo que *Ray* vaya a comérselo.

Thomas se sentó. El perro ciego se acercó cojeando y se tumbó junto a él oliendo y lamiendo a *Hairy*. El mutante tembló un poco, pero pareció tomárselo mejor de lo que él esperaba.

Thomas observó cómo se acomodaba el padre de Emma en un orejero y le miraba de arriba abajo.

—Vete al grano, hijo. No vas vestido como un mormón, así que dime qué vendes.

—¿Vender? Esto...

—Seré sincero contigo —Beckett se inclinó hacia delante con aire conspiratorio y le dio a Thomas un golpecito en la rodilla con la guía de televisión—. Estoy dispuesto a escuchar, pero si no me devuelve todo el pelo y me hace bailar la rumba no compro.

Capítulo 8

Cambio de ritmo

—No vendo nada, señor. Me llamo Thomas Tobin y soy investigador especial de la Policía Estatal de Maryland —le enseñó su identificación y se inclinó sobre la mesa para darle una tarjeta.

—Beckett Jenkins, granjero retirado —dijo el padre de Emma con una inclinación de cabeza—. ¿Qué te trae por aquí?

—Bueno, me gustaría ver a Emma, quiero decir a la doctora Jenkins. Estoy trabajando en la investigación de un homicidio que podría beneficiarse de su experiencia. ¿Está en casa?

—¿Emma? —Beckett movió la cabeza y se rió—. ¿Cómo va a ayudar un veterinario en un caso de homicidio?

—Es una larga historia, señor —Thomas miró alrededor de la sala de techos altos, dominada por una gran chimenea con una repisa de roble y estanterías a ambos lados. La bonita estancia era acogedora y sencilla, en cierta manera como Emma.

Entonces Thomas se dio cuenta de que el suelo estaba vibrando bajo sus pies, y oyó un ruido de golpes que parecía subir por las rejillas de la calefacción. Después hubiese jurado que oyó a Emma gritando.

—¿Has estado en el ejército, Tobin? —preguntó Beckett—. Yo serví durante la ocupación de Japón; Okinawa para ser precisos. Comunicaciones. Lo que está ocurriendo ahora en el mundo es increíble, ¿no crees?

—Sí, señor —el sofá estaba temblando bajo su cuerpo—. Nada de servicio militar, señor. Soy abogado. ¿Está Emma en casa?

—Oh, claro, perdona mis modales. ¿No la oyes? Está abajo tocando esa maldita batería. Hoy tenía una cita, ya sabes. Otro hombre con el que ha intentado liarla Velvet-san. Ha vuelto pronto a casa, así que no debe haberle gustado. El último que le importó fue ese carpintero. Hizo un buen trabajo en los establos, pero ahora está en la cárcel, ¿lo sabías?

Thomas abrió los ojos de par en par.

—¿De veras?

Beckett asintió.

—Tengo que advertirte que es probable que mi hija no esté de muy buen humor. Lleva una hora ahí abajo dando golpes, y sólo hace eso cuando las cosas van mal.

Beckett se inclinó hacia delante y apoyó un codo en la rodilla.

—Está divorciada, ya sabes. Antes estaba casada con un hijo de perra que tenía buen ojo para las mujeres y no podía mantener ni un dólar en el bolsillo para salvar su

alma. Un hombre inteligente, pero nunca fue lo bastante bueno para mi hija.

Thomas parpadeó y miró a Beckett sonriendo. Era un tipo muy divertido. Estaba claro de dónde había sacado Emma su forma de plantearse la vida con sencillez.

Pero entonces... ¡Dios mío! Un terrible hedor se extendió por la habitación, y parecía venir de *Ray*, el perro de tres patas.

—¿Te gusta por casualidad Monty Python? —preguntó Beckett.

—¿Monty Python? —aquello era cada vez más raro. Thomas tenía náuseas y le estaban empezando a llover los ojos por el olor.

—Sí, ya sabes: «Me peo en tu dirección general». —Beckett se rió—. Es la especialidad de *Ray*, y en mi opinión ésa es la mejor película de la historia del cine moderno.

Thomas sonrió intentando no respirar por la nariz.

—Claro. *Monty Python y el Santo Grial* —se aclaró la garganta y dijo con su mejor acento francés—: Tu madre es un hámster y tu padre huele a bayas de saúco.

Los ojos de Beckett parecían botones brillantes a punto de estallar. Echó la cabeza hacia atrás y se rió a carcajadas.

—Eres un tipo Python. Es estupendo. ¿Estás soltero? Ven, te acompañaré al sótano. ¿Quieres dejar ese... ese perro aquí arriba con nosotros? Vamos a ver *Animal Planet*.

Thomas dejó a *Hairy* en el sofá y rezó para que no se hiciera pis; estaba cumpliendo su promesa de no sacarle nunca con el sistema anteriorina. Luego siguió a Beckett hasta una puerta estrecha que había junto a la cocina, donde los golpes eran mucho más fuertes.

—Tiene los auriculares puestos, así que después de bajar las escaleras tendrás que girar a la derecha y mover las manos para atraer su atención —Beckett abrió la puerta y luego gritó sobre el ruido—: ¡No te oírás aunque grites a todo pulmón!

Thomas le dio las gracias antes de empezar a bajar las escaleras. Se agarró a una frágil barandilla, agachó la cabeza e intentó adaptarse a la débil luz. Más que un sótano parecía un calabozo, con un suelo irregular de hormigón, paredes de obra y unas cuantas ventanas estrechas que daban al jardín. Contra las paredes había muebles viejos amontonados.

Siguiendo las instrucciones de Beckett giró a la derecha.

Y la vio.

Emma estaba sentada en un taburete cerca de la pared del fondo con los ojos cerrados, resplandeciente bajo la luz de una vieja lámpara de pie. A su alrededor había una batería Ludwig roja en semicírculo sobre un trozo de alfombra verde oliva. Parecía que estaba flotando en una pequeña isla verde en la oscuridad.

Tenía la piel brillante de sudor y el pelo atado en un nudo en lo alto de la cabeza. Llevaba un sujetador deportivo azul, lo que parecían unos pantalones de pijama de hombre cortados por encima de las rodillas y sus sandalias Birkenstock. Un par de

auriculares enormes le cubrían las orejas, y continuó aporreando un tambor, dos timbales, un bombo y cuatro platillos.

Thomas no se podía mover. Apenas podía respirar.

Emma seguía con los ojos cerrados, se estaba mordiendo el labio, el sudor le resbalaba por la cara —posiblemente mezclado con lágrimas, aunque podía ser un truco de la luz— y cada pocos segundos gritaba una palabra o parte de una frase.

Thomas estaba hipnotizado. No tenía ni idea de lo que estaba tocando, pero el ritmo era rápido e implacable y parecía estar en perfecta sincronía con el ritmo de su corazón. Le recordaba al sexo.

Ella le recordaba al sexo.

De repente gritó:

—Hola, te he estado esperando aquí desde hace mucho tiempo.

Después echó la cabeza hacia atrás y giró el cuello aparentemente en éxtasis, siguiendo el ritmo que estaba marcando con las manos y los pies y la melodía que sólo ella podía oír. Entonces Thomas vio las lágrimas con claridad.

Dios mío.

Luego se dejó llevar con un bang-bang-bang-bang ¡BUM! Bang-bang-bang-bang ¡BUM! Bam... bam... bam... ¡CHING!

El sudor y las lágrimas le caían por la garganta hasta la profunda hendidura de su sujetador deportivo, formando un arroyo en el seductor valle de su escote. Tenía los pechos grandes y redondos y los pezones duros. Su respiración era cada vez más rápida, y entonces empezó a llorar de verdad.

A Thomas se le ocurrió que eso no estaba bien. Era un intruso. Lo que estaba presenciando era privado, o más que privado. Lo que estaba viendo podía ser una especie de experiencia religiosa.

Pero sus pies estaban clavados al suelo y no podía moverse. Tampoco podía respirar, porque Emma Jenkins era la criatura más fascinante que había visto en su vida y aquello era lo más apasionado que había visto hacer a una mujer en treinta y siete años, ¡y no estaba desnuda!

Estaba en trance, y de repente miró hacia él.

—¡Aaahhh! —Emma saltó de su taburete y se pegó a la pared del fondo. Al hacerlo sacó de un tirón el enchufe de los auriculares y la música *rock* resonó en el sótano. Después de dejar los palos apagó el sonido con los ojos furiosos, cogió una toalla de mano y se secó el sudor y las lágrimas de la cara.

—¿Qué diablos estás haciendo en mi sótano?

Emma le miró horrorizada, sabiendo que debía estar roja como un tomate por el esfuerzo y la vergüenza. Por un momento pensó que podía estar alucinando, que sus fantasías habían adoptado una tendencia psicótica. Cerró los ojos y volvió a abrirlos para comprobar su teoría, pero él seguía allí.

—Emma. Lo siento. Yo...

—¿Qué diablos estás haciendo en mi casa?

—He venido para hablar contigo. Tu padre me ha dejado entrar.

—¿Cómo sabías que vivía aquí? —luego se rió secándose más lágrimas. Le temblaban las piernas. Le ardía el pecho por la humillación. Se tapó la cara con la toalla y le dio la espalda unos instantes antes de darse la vuelta.

—¿Qué diablos quieres? —de repente se dio cuenta de que le costaba respirar y de que Thomas tenía los ojos clavados en su pecho agitado. Miró hacia abajo, se puso apresuradamente la toalla de mano sobre el torso sudoroso y luego lanzó un grito de frustración.

Nadie la había visto tocar la batería así. Ni Aaron, ni Velvet, ni Leelee, ni Beckett; nadie. Y mucho menos con un sujetador deportivo marcando los pezones mientras estaba llorando.

Emma miró al hombre que tenía delante y no recordó un momento de su vida en el que se hubiera sentido más mortificada. Su batería era sólo para ella, su evasión secreta, su forma más privada de desaparecer del mundo, de ella misma, del dolor y la soledad.

—Perdona por la intrusión. No tenía ni idea...

Ella volvió al taburete, se cubrió la cara con las manos y empezó a balancearse. La toalla se cayó al suelo.

—Vete, por favor —dijo con la voz amortiguada por las manos.

—Lo siento.

—Vete.

—Emma...

Entonces levantó la cabeza, y a Thomas le impresionó la mezcla de horror y tristeza de sus ojos. Parecía un animal salvaje atrapado.

—No tenías derecho a verme —dijo con tono tranquilo.

—No era mi intención.

Emma no quería que ese hombre supiera tanto sobre ella. No quería que supiera nada.

La había rechazado; era cierto que luego había intentado arreglarlo, pero...

—¿Qué quieres, Tobin?

Thomas cambió de postura dándose cuenta de la frialdad con la que se había dirigido a él. También se dio cuenta de que no sabía qué hacer con esa mujer, que desde el momento en que había puesto los ojos en ella no había hecho nada bien.

Había sido torpe, brusco, conflictivo y no del todo sincero.

Había jugado con sus sentimientos. Había invadido su espacio. Había soñado con ella. La había tocado en la sala de reconocimiento.

La había mordido.

¿Tenía Pam razón? ¿Estaba enamorado? Y si era así, ¿era eso lo que hacía el amor a un hombre? ¿Era eso lo que le había ocurrido a Leo Vasilich?

—Sólo quiero hablar contigo unos minutos.

Ella apoyó los codos en las rodillas y le miró.

—¿De qué?

El pulso le golpeaba bajo la piel. Estaba desconcertado. No quería hacerle daño, ¿pero cuál era la mejor manera de afrontar aquello? Si le decía que no podía dejar de pensar en ella saldría corriendo.

Si empezaba diciéndole que le había mentido respecto a su trabajo le mandaría a la mierda.

Puede que lo mejor fuera comenzar con lo que le había ocurrido a *Hairy* esa noche. *Hairy* era territorio neutral, ¿no? Parecía la mejor opción.

—Bueno, es *Hairy*. Verás...

—¿Has venido a hablar de tu perro? —Emma se quedó con la boca abierta y permaneció en silencio un buen rato antes de poder moverse y respirar. Al final se echó a reír—. ¡Dios mío!

Se levantó de un salto y buscó en el suelo la chaqueta de su pijama. Luego se ató furiosamente la fila de botones mientras maldecía para sus adentros.

Thomas se dio cuenta de que había cometido un grave error estratégico.

—No. Espera, Emma. Hay algo más. Yo...

—Ya he transferido tu caso —extendió un plástico grande sobre la batería, apagó la luz y pasó por delante de él en la oscuridad.

—Por favor, Emma. Espera —Thomas intentó cogerle la mano, pero ella se apartó—. Esta noche he llamado a la consulta de Aaron Kramer y me han dicho que ni siquiera puedo hablar con él en dos semanas, y necesito ayuda ahora. Es urgente.

Emma se volvió hacia él asombrada. ¡Menuda mentira! Aaron apenas tenía pacientes para mantener las luces encendidas, como ella sabía bien. Thomas podía haber ido a verle llamando con diez minutos de antelación.

—Lo dudo mucho —dijo comenzando a subir las escaleras.

—Es verdad, Emma. ¿Por qué iba a mentirte?

Había llegado al cuarto escalón. Cuando se volvió para mirarle se dio cuenta de que esa posición le permitía estar más alta que él para variar. Era una perspectiva reconfortante que le daba valor. Le miró con el ceño fruncido.

—No sé por qué mientes, Thomas. Sólo sé que lo haces. Pareces una persona deshonesto, y he decidido no perder el tiempo con gente deshonesto.

Thomas silbó entre dientes y movió la cabeza.

—Yo no miento, Emma.

—¿Ves? Estás haciéndolo otra vez —levantó un poco los brazos en un gesto de futilidad—. Debe ser patológico. Puedo preguntar por un buen...

—Muy bien. No he venido aquí sólo por *Hairy*, pero es verdad que necesito tu ayuda. Pero también necesito... bueno... —Thomas se pasó una mano por el pelo y cerró un momento los ojos—. ¿Te gustaron las flores y lo demás?

Emma se quedó sin aliento un instante. Thomas acababa de levantar sus tristes ojos grises hacia ella. Se regañó a sí misma. No iba a derrumbarse por un par de ojos afligidos.

—Debería habértelo dicho antes, pero sí. Muy amable de tu parte. Gracias.

—Bueno, también he venido por eso —dijo Thomas con tono vacilante—. Tenía que disculparme personalmente por lo que ocurrió la otra noche. Tenía que verte otra vez.

Emma se puso las manos en las caderas y se acordó de lo poco atractiva que estaba. Llevaba un pijama viejo de Beckett que había cortado con unas tijeras. Su pelo era un desastre, y estaba sudando profusamente. Debía parecer la novia de Chucky.

—¿Ah, sí? ¿Qué ocurrió exactamente la otra noche, Thomas? Porque yo sigo sin comprenderlo.

Él asintió y se pasó una mano por la boca, y entonces Emma vio la venda.

—¿Qué te has hecho, Chico Rugby? —bajó un escalón y le cogió la mano, lo cual demostró ser un gran error. Ese toque inocente provocó un chispazo que le recorrió todo el cuerpo hasta llegar a la pelvis.

Y mientras le agarraba la mano se dio cuenta de que no sabía qué hacer con ella. Miró los músculos y los huesos, los callos y las uñas cortas y cuadradas mientras le palpitaba la sangre y se le nublaba la vista.

Lo que en realidad quería hacer era besar sus nudillos hinchados. Lamerle la línea de la vida. Meter las puntas de los dedos en su boca y chuparlas una por una.

Al apartarse horrorizada dejó caer la mano sobre su pierna.

—¡Au! —Thomas parecía sorprendido—. Deberías limitarte a los perros y los gatos, doctora.

Entonces se rió, aliviada al soltar parte de su nerviosismo y su agitación contenida. Y luego vio cómo le sonreía muy despacio, deliciosamente.

Su sonrisa era un arma mortal, y ella se preguntó si sería consciente de su poder.

Esa dulce y atractiva sonrisa estaba enmarcada por unos hoyuelos muy masculinos, y silenciosamente desmanteló su bien planeada campaña de evasión. Todas las objeciones que tenía, todas las razones lógicas que se había dado para olvidar que conocía a ese hombre se habían ido al traste.

Una sonrisa como ésa no podía mentir, ¿verdad?

—No puedo creer que hayas venido a mi casa, Thomas. ¿Por qué has venido a mi casa?

Él se encogió de hombros y miró hacia arriba bajo una espesa franja de pestañas de color miel.

—Pensé que lo mejor era sorprenderte. Ya sabes, aparecer de repente en tu puerta.

... si el hombre adecuado aparecía algún día en su puerta, su corazón lo sabría al instante...

—De ninguna manera —susurró Emma.

Thomas se sintió derrotado.

—Merecía la pena intentarlo.

—¡No! —Emma le agarró el antebrazo desnudo y el contacto fue otra vez eléctrico. Le soltó de inmediato—. No quería decir eso... exactamente —la cabeza le daba vueltas—. Voy a darme una ducha rápida y luego hablaremos, ¿vale? Dile a Beck que te dé algo de beber. Sólo será un seg...

—Emma, no soy un mentiroso y siento haberte dejado como lo hice —Thomas subió un escalón y se acercó de nuevo a ella.

Emma retrocedió un peldaño agarrándose a la barandilla.

—Disculpas aceptadas... supongo.

—Siento haberte mordido. Velvet me dijo que te quedaste desconcertada.

Emma levantó una ceja al oír eso. ¿Desconcertada? Sí, claro, y llena de lujuria.

—No suelo morder a las mujeres. No sé qué me pasó. No pude evitarlo.

Ella asintió y tragó saliva. Estaba temblando, estremeciéndose.

—A veces ocurre.

Thomas abrió los ojos de par en par.

—¿Te ha ocurrido a ti?

—No. No exactamente. Lo que quiero decir... bueno... hay varias causas que provocan esa respuesta. Normalmente es por miedo e inseguridad.

Él subió otro escalón y ella volvió a retroceder. Recordó que al principio pensaba que sus ojos eran fríos y calculadores; bueno, algo había cambiado, porque ahora tenía una mirada cálida, resplandeciente, llena de determinación, deseo y humor.

Una mirada que le asustaba.

—Mi problema es que estoy en conflicto, Emma.

Ella resopló.

—¡No me digas!

—Entonces, ¿te has dado cuenta?

Ella asintió.

—Hasta se me ha ocurrido un nombre para tu trastorno. ¿Quieres oírlo?

Le temblaron las comisuras de la boca.

—¿Tengo otra elección?

—Es el paso doble de Thomas Tobin: primero me acercas a ti y luego me apartas. Es fácil de aprender pero se pasa de moda enseguida.

Él volvió a sonreír y levantó la cabeza.

—Me gustas, Emma.

Ella tragó saliva.

—Vale.

—Mucho.

Se le estaban quedando los dedos entumecidos.

—Muy bien.

—Eso no es mentira.

—Me alegro de oírlo.

—Me haces reír.

—Estupendo.

—Y me gusta tu sentido de la elegancia —mover una ceja—. Pero tienes los botones torcidos.

Emma miró hacia abajo para confirmar esa observación.

—¡Qué atractivo! —murmuró intentando manipular los viejos botones con dedos inseguros antes de darse por vencida.

—Y necesito tu ayuda de verdad. ¿Me ayudarás, Miss Marple?

Echó la cabeza hacia atrás sorprendida y sintió que por su cara se extendía una sonrisa desconcertada. ¿Se acordaba de su pequeña charla sobre Agatha Christie? ¿Y por qué?, se preguntó.

—¿Con qué quieres que te ayude? —preguntó volviendo a retroceder para protegerse.

—Con un par de cosas —Thomas subió otro escalón.

—¿Qué cosas?

—Para empezar, mi perro. Creo que podría ser capaz de identificar a un asesino.

—¡Así que eres una especie de policía! ¡Lo sabía!

—Soy abogado. Eso no era mentira. Pero tu instinto tenía razón. Hago un trabajo especializado dentro del sistema judicial, para la policía estatal. Es bastante complicado.

—Ya me lo imagino —dijo ella resoplando. Con Thomas Tobin todo parecía muy complicado.

—Pero te lo contaré todo.

—Me muero por oírlo. ¿Y qué más? —retrocedió un peldaño.

—¿Quieres decir aparte de *Hairy*? —Thomas subió un escalón acercándose a ella todo lo posible. Emma sintió de nuevo el calor que emanaba de su cuerpo, pero no tenía fuerzas para moverse. Había perdido la capacidad para resistir, probablemente porque sus huesos se habían derretido con su calor.

—Verás, Emma, me parece que me falta algo en la vida.

—¿En serio? —Emma abrió bien los ojos—. ¿Hierro? ¿B12? —*seguro que no era testosterona.*

Thomas levantó un lado de la boca volviendo a formar un profundo hoyuelo en su mejilla.

—También eres lista.

—Gracias.

Dios mío. Tenía que recuperar su capacidad para pensar. Y aunque se le había ocurrido que podía ponerle los brazos alrededor del cuello, rodearle la cintura con las piernas y comérselo allí mismo en las escaleras del sótano, la idea no era muy práctica. Beckett y Leelee estaban en casa y los peldaños chirriaban.

—Te veré en el porche dentro de unos minutos —se dio la vuelta y corrió hacia arriba.

Mientras Thomas veía su trasero voluptuoso subiendo los escalones se dio cuenta de lo que sentía por Emma Jenkins en todos los niveles de conciencia posibles.

¿Físico? Por supuesto. La deseaba sudorosa y desnuda allí mismo, en las escaleras, ahora y siempre, con sus manos sobre ese culo y su boca por todo su cuerpo de granjera.

¿Emocional? Sí, aunque resultara increíble. Era casi tan fuerte como la avidez de su cuerpo y no sabía cómo había ocurrido. Pero de algún modo parecía decisivo. Predeterminado. Como entrar en casa de un desconocido y saber que un día vas a vivir allí.

¿Intelectual? Su mente nunca había conectado de esa manera con una mujer, ni siquiera con Nina. Y nunca había disfrutado tanto hablando con una mujer. Así que eso también.

¿Metafísico? ¿Espiritual? Claro, ¿por qué no? Si estaba dispuesto a dejarse llevar por una bola de fuego, ¿por qué no iba a admitir que había sentido las manos invisibles del destino el día que entró en su clínica? Cosas más raras habían ocurrido.

Sólo había una cosa de la que no estaba seguro. Antes o después tendría que preguntar, ¿verdad? Era por su seguridad, y en última instancia la de ella.

—Eh, Emma.

Ella se dio la vuelta en el último escalón con su bella cara sonrojada y el pecho agitado bajo la chaqueta mal atada del pijama.

—¿Sí?

—¿Qué estabas tocando? —inclinó la cabeza hacia la batería.

—Foo Fighters, unos discípulos de Nirvana —al ver la expresión de su cara le sonrió—. Rock alternativo.

—¿Son de los cuarenta principales?

Ella movió la cabeza de un lado a otro un poco sorprendida por su pregunta.

—No creo, pero no escucho los cuarenta principales.

Emma vio cómo se metía las manos en los bolsillos de sus vaqueros, la miraba a los ojos y esbozaba la sonrisa más dulce que había visto en su vida.

—Date prisa en la ducha —dijo.

Capítulo 9

Más, más, más

—Mi tarifa habitual es de doscientos dólares por hora.

Thomas sintió un tic en el ojo derecho. Se había olvidado del dinero, y se podía imaginar la reacción de Stephano cuando recibiera esa solicitud.

Asintió con aire profesional.

—Por supuesto. Pediré formalmente una cita.

Emma arrugó la cara y Thomas vio cómo se ahuecaba nerviosamente el pelo todavía húmedo. Llevaban más de media hora sentados en la barandilla del porche, pero su espeso pelo no se había secado aún y brillaba con la luz de la vela que había entre ellos.

—No quiero parecer una idiota, pero necesitaré un acuerdo escrito de la policía estatal que especifique cuánto y cómo me pagarán.

—Eso es pedir mucho, doctora.

Vio cómo acariciaba el mechón de pelo blanco de la cabeza de *Hairy*. El perro estaba entre sus piernas, acurrucado en los pliegues de su falda ancha; el maldito mutante siempre conseguía el mejor asiento.

—Es que Aaron me dejó muchas deudas —miró a Thomas con los ojos llenos de preocupación y vergüenza—. Nuestra consulta —mi consulta— está ahora mismo pendiente de un hilo. Mi único capital son mi tiempo y mi experiencia y...

—No tienes que explicar nada, Emma. Eres una profesional y yo necesito tu ayuda. Lo haremos bien. No quiero que sea de ningún otro modo.

Emma suspiró aliviada y después le lanzó a Thomas una sonrisa espléndida, como ella.

Había salido al porche con un vestido de gasa con tirantes, y Thomas no podía dejar de mirar su elegante cuello y los huesos de la clavícula debajo de su piel perfecta. Era una interesante mezcla de belleza femenina y fuerza real. Sus hombros y sus brazos eran suaves, pero era evidente que los había trabajado tocando la batería, limpiando los establos y reconfortando animales asustados.

Todo el tiempo que había estado allí sentado diciéndole la verdad sobre su trabajo había estado mintiéndose a sí mismo al pensar que no se estaba fijando en la suave línea de su mandíbula, en la elegante inclinación de su cabeza o en la bonita forma de sus dedos.

Pero la verdad era que se había fijado en todas esas cosas y en mucho más.

El vestido que había elegido le colgaba como un saco y, excepto por el escote cuadrado, conseguía ocultar bien la mercancía. Pero el zumbido que Thomas sentía

en el cerebro al mirar el vestido sin forma era cada vez más fuerte, como si su modestia estuviera pulsando algún botón que no sabía que tenía.

Como si su modestia fuera lo más atractivo que había visto en su vida.

Quizá fuera porque la mayoría de las mujeres que había conocido utilizaban su cuerpo como moneda de cambio, como un medio para atrapar a los hombres y controlarlos para que las cosas fueran como ellas querían.

Sin embargo Emma parecía dar muy poca importancia a su cuerpo, y ocultaba su poder con camisetas sencillas, sudaderas grandes y vestidos flojos; y eso era lo que le volvía loco. Le hacía preguntarse qué había exactamente ahí debajo y si era demasiado peligroso para mostrarlo en público.

Que Dios le ayudara si alguna vez se ponía algo más sugerente. Podía darle un ataque en el acto.

—¿Y cómo empezaste con esto, Thomas? Es el trabajo más raro que conozco.

Su sonrisa se ensanchó de oreja a oreja.

—Viniendo de ti eso es un cumplido.

—Lo digo en serio —ella se rió y siguió acariciando a *Hairy*—. Prometiste contármelo.

Él asintió.

—En realidad es muy sencillo. Llevaba unos tres años en la oficina del fiscal del condado de Baltimore cuando me asignaron un caso de asesinato por encargo. Acabó yendo a juicio, y lo gané. Luego llegó otro. Y otro. Poco después me había ocupado de una docena de casos y me había convertido en una especie de experto, y cuando el estado creó un grupo especial me pidieron que lo dirigiera. Eso fue hace siete años.

—¿Cómo sienta hacerse pasar por un asesino a sueldo?

Él se encogió de hombros.

—Es difícil, pero hay que hacerlo.

—¿Has pensado alguna vez en hacer otra cosa, algo menos... no sé... deprimente?

Él se rió y contempló su bella cara. Por supuesto. Solía pensar en la enseñanza, por ejemplo en un instituto donde además podría entrenar al equipo de *rugby*. Pensaba que como profesor podría evitar que algunos niños se convirtieran en el tipo de adultos que veía a diario. Pero probablemente eran sólo ilusiones.

—¿No te afecta, Thomas?

Observó cómo se apoyaba en la columna de ladrillo e inclinaba la cabeza. No podía recordar la última vez que le había permitido a alguien hacerle preguntas tan personales.

—Claro que me afecta. He visto lo suficiente para saber que la gente es capaz de cualquier cosa. Y hay días en los que parece que no hay una persona decente en todo el planeta. Pero volvamos a *Hairy*.

—Muy bien —Emma sonrió—. Ibas a contarme qué le ocurrió a su dueño.

—Se llamaba Scott Slick —dijo aliviado al cambiar de tema—. Cuarenta y un años. Dirigía un próspero negocio de apuestas en Baltimore. Murió de un fuerte trauma en la sien izquierda causado por el golpe de una batidora. Hubo una pelea. Yo creo que *Hairy* estaba escondido en alguna parte y lo vio todo. Cuando encontré a Slick muerto estaba sentado junto al cuerpo.

Emma arrugó las cejas.

—¿Apuestas deportivas?

—Sí, sobre todo de fútbol y baloncesto profesional y universitario. Pero también de boxeo, *hockey* e incluso béisbol.

—¿*Hairy* pertenecía a un corredor de apuestas? —preguntó sorprendida.

—Sí, un corredor de apuestas muy rico. Y estaba mejorando mucho. Hasta que Pam encendió la batidora...

Mientras Thomas describía la reacción física de *Hairy* se dio cuenta de que podría tener razón: *Hairy* podía haber presenciado el crimen. Y Thomas podía haber acertado con el método para sacarle más información.

—Además de la batidora, ¿le has expuesto a algún otro estímulo asociado con el asesinato? ¿Le has dado algo para oler? ¿Para oír?

Thomas movió la cabeza de un lado a otro.

—No tengo nada.

—¿No tienes ninguna prueba física?

—Bueno, una huella de zapato. Y se están analizando algunos restos de pelo y piel. Pero nada como la camisa del tipo o algo que *Hairy* pueda olfatear —vio como asentía—. ¿Qué te parece?

Ella se encogió de hombros.

—Podemos intentarlo. Utilizaremos un proceso de eliminación, introduciendo un estímulo cada vez y clasificando su respuesta —vio que Thomas fruncía el ceño—. Vamos a retroceder un poco. Los perros tienen básicamente cuatro maneras de afrontar lo que se encuentran en el mundo: pelean, huyen, tienen miedo o... recurren al sexo.

Thomas le miró a los ojos y esbozó una leve sonrisa.

—En cualquier caso —Emma tragó saliva—, nos llevará un tiempo. Y no hay ninguna garantía de que vayamos a obtener información útil.

—Comprendo.

—¿Sigues queriendo contratarme?

Thomas asintió.

—*Hairy* es nuestro único testigo. Tenemos que intentarlo.

Emma miró a la criatura que estaba en su regazo. Le acarició su cálida piel y le rascó detrás de la oreja.

—Tendré que pensar en esto un poco y establecer un protocolo para las pruebas. Y me gustaría ver el escenario del crimen y cualquier prueba que tenga la policía. ¿Es eso posible?

—Por supuesto, doctora.

—Entonces, trato hecho —Emma le dio la mano, pero en cuanto Thomas le rozó con la suya recordó que tocarle era peligroso para su paz mental y la apartó rápidamente.

—Trato hecho —repitió Thomas sin que se notara que se había dado cuenta de su nerviosismo.

Se quedaron en silencio, y Thomas contempló las laderas que se extendían delante de la granja. Vio las luces de las luciérnagas y escuchó el canto de los grillos. Era un sitio muy bonito y tranquilo, lleno de olores y campo abierto. Le trajo recuerdos de los veranos que pasaba con sus abuelos, recuerdos enterrados desde hacía mucho tiempo por el ataque sensorial de la vida urbana.

—No había visto tantas luciérnagas desde que era un niño —Thomas inclinó la cabeza hacia el espectáculo luminoso—. Tienen una actividad frenética.

—Sí, y eso que es muy tarde ya —la voz de Emma se fue debilitando mientras seguía su mirada—. Es como el último baile del año.

—De sus vidas —dijo él.

Emma le miró intrigada. Thomas Tobin seguía sorprendiéndola con su extraña forma de tomarse la vida y la mezcla de tristeza y humor que rezumaba. Su trabajo explicaba en gran parte su pesimismo, pero había algo más que lo que estaba compartiendo con ella y que no decía.

Siguió mirando hacia la hierba con nostalgia y un toque de ironía.

—¿Sabes algo sobre luciérnagas, Emma?

—Mmm. Un poco —al respirar profundamente el aire de la noche también olió a Thomas, que olía a almizcle con unas notas más suaves de jabón y... ¿orégano quizás? Se estremeció un instante.

—Creo recordar que los machos vuelan por el aire y las hembras se quedan cerca del suelo —miró la danza de luces de la hierba—. Los destellos que vemos son el resultado de una reacción química dentro de su cuerpo, y con la trayectoria del vuelo funcionan como una especie de señal para atraer a posibles parejas. Por eso arman tanto alboroto.

Thomas esbozó una sonrisa perpleja.

—¿No es así siempre?

Emma no dijo nada. Sólo observó cómo giraba con elegancia la cabeza para seguir mirando el jardín. No estaba segura de lo que estaba ocurriendo, pero no se trataba de luciérnagas. Se trataba de dos personas muy diferentes que tenían una curiosa afinidad entre sí con la que ninguno de los dos sabía qué hacer.

Echó un vistazo a Thomas y sintió de nuevo el cosquilleo nervioso en su estómago. Que el hombre que estaba sentado enfrente de ella era atractivo lo sabía desde el principio. Pero esa noche lo veía con más claridad y apreciaba mejor lo que veía y lo que sentía. Sentía que le ardía la sangre y se le aceleraba la respiración.

Y sonrió para sus adentros.

Emma conocía la teoría sobre la respuesta sexual humana: los hombres se excitaban sobre todo con estímulos visuales, mientras que las mujeres respondían a una amalgama de estímulos sensoriales más sutiles. Al mirar a Thomas estuvo a punto de echarse a reír; esa noche ella era un buen ejemplo de la respuesta sexual femenina, no había ninguna duda.

Y los estímulos que estaba recibiendo eran muy estimulantes. Thomas irradiaba pasión sexual. Transmitía su sexualidad a través de su voz y de sus ojos. Olía a sexo.

Le miró de arriba abajo. Llevaba unos vaqueros desgastados, una Henley de manga corta con los botones desabrochados y las Nike de siempre sin calcetines.

Tenía una pierna a cada lado de la ancha barandilla del porche y las manos apoyadas en la dura superficie de sus muslos. Observó cómo le brillaba el pelo con el resplandor de la vela y cómo se reflejaba la luz en sus fibrosos brazos. Luego dejó que su vista recorriera su vientre plano hasta sus estrechas caderas y el vértice de sus largas piernas e hizo un pequeño cálculo matemático del tamaño relativo de las partes del cuerpo. Esperaba no estar echando espuma por la boca.

Al oír su voz dio un respingo.

—Fíjate en esos bichos —Thomas captó su mirada—. Están ahí con sus trajes más vistosos arriesgándose a que les rechacen para conseguir su objetivo. Hay que reconocer que tienen agallas.

Emma había estado mirándole la entrepierna, no había ninguna duda. Las cosas iban muy bien, pero Thomas no sabía cómo rentabilizarlas.

Emma estaba provocándole, con la cara inclinada tímidamente y ruborizada por el bochorno bien merecido. El pelo le caía sobre los hombros y tenía los ojos resplandecientes. Sus sensuales labios esbozaron una leve sonrisa mientras sus manos acariciaban a *Hairy* con suavidad.

Thomas se mordió la lengua y cerró los ojos. Con una comunicación indirecta como ésta, ¿quién necesitaba palabras?

Luego abrió los ojos y la miró sabiendo que la naturaleza dominaba esa noche en la tierra y en la barandilla del porche. Incluso podía afirmar que se había convertido en una razón de peso. La naturaleza le hablaba, y él estaba escuchando.

Quería a esa mujer. Era especial. Era diferente. Había estado esperándola.

¿Podría ser tan sencillo?

—He visto que me estás mirando —susurró Thomas.

Emma abrió los ojos de par en par y se rió nerviosamente.

—Sólo porque tú me has estado mirando a mí.

—Así que te has dado cuenta.

—¿Quieres más té helado? —de repente dejó a *Hairy* en sus brazos, saltó de la barandilla y cogió los vasos medio llenos de té antes de que pudiera responder. Entró en casa y él se quedó allí aturdido.

Si no la besaba pronto explotaría. Tenía que arreglar las cosas para que cuando volviera se colocase en una buena posición para besarla.

Dejó a *Hairy* en las tablas del porche.

—Vete a jugar con *Ray* el apestoso.

Como si le hubiera entendido, *Hairy* se acercó al animal más grande, dio unas vueltas a su alrededor y luego se acurrucó en el suelo. El perro ciego sólo le olió un poco por curiosidad.

La puerta de rejilla chirrió al abrirse antes de cerrarse de golpe, y al darse la vuelta Thomas vio a Emma caminando hacia él con los pies descalzos. La luz de la entrada pasaba a través de su vestido de gasa y dibujaba una bonita silueta de sus pechos y sus caderas. El pelo se levantó de sus hombros con la suave brisa. Era como una escena de un sueño, pero mejor.

Emma sonrió con timidez y, cuando se inclinó hacia delante para dejar los vasos de té sobre la mesa, Thomas miró el escote de su vestido. Intentó no hacerlo, pero era demasiado débil. Y tenía unos pechos grandes y cremosos que parecían encajar perfectamente en cada una de sus manos. Parecían perfectos.

La explosión era inminente.

Mientras Emma volvía a sentarse con las piernas cruzadas y se apoyaba de nuevo en la columna, vio que Thomas había hecho algunos cambios en su ausencia. Había puesto la vela detrás de él y se había acercado más a ella. Ya no había nada entre los dos, y se puso un poco nerviosa.

—¿En qué estás pensando? —susurró él.

En que quiero saltar sobre ti y aullar a la luna, pensó ella. Pero lo que dijo fue:

—Hace una noche muy bonita —y puso los ojos en blanco por tener tan poca imaginación.

—La más bonita que he visto en mucho tiempo, Emma.

Su corazón se detuvo.

—¿En serio?

Entonces se dio cuenta de que de algún modo había ajustado su posición para imitar la suya. Había puesto una pierna a cada lado de la suave repisa de madera, tirando del vestido hacia abajo para taparse. ¿Cuándo se había movido? ¿Por qué no lo recordaba?

Pero ahora era muy consciente de la situación exacta de cada parte de su cuerpo, porque algunas zonas estaban empezando a reaccionar. Tenía los pechos irritados y confinados por la tela de su vestido. Sintió que sus muslos se relajaban y se abrían un poco más, y eso hizo que se sintiera húmeda debajo de su vestido. Miró a Thomas y empezó a estremecerse.

Dios mío.

Emma necesitaba recuperar el control. Eso no era lo normal en ella. Normalmente era lenta y le costaba excitarse, pero no había nada lento en cómo había respondido a Thomas. No tenía nada que ver con lo que había sentido antes ni con Aaron ni con nadie.

Y ni siquiera la había tocado. Se había puesto así sólo mirándolo. Estando cerca de él. Pensando en cómo se sentiría al apretar sus labios y acariciar su pecho musculoso.

Thomas la miró, levantó un poco la comisura de su boca y comenzó a girar la cabeza. ¿De verdad había pensado que era frío e insensible? Le había llamado «Chico Robot». ¿No había visto desde el principio que era un hombre muy ardiente?

Por supuesto que sí. Pero había estado protegiéndose, siendo prudente, consideraciones que al parecer ya no eran importantes porque lo único que le importaba a Emma era que la tocara.

—¿Thomas? —susurró sin estar segura de lo que estaba pidiendo.

Él se movió un poco más y equilibró su peso con sus manos mientras se inclinaba hacia delante. Emma hizo lo mismo, separando sus piernas con sus muñecas mientras sentía su proximidad y su calor.

Él se acercó más, y Emma observó los rasgos masculinos de su cara y la mirada solemne de sus ojos con la luz tenue, y se mordió el labio inferior en anticipación de su beso, porque eso era lo que iba a ocurrir y lo sabía muy bien.

Entonces Thomas entrecerró el ojo derecho —para apuntar— y bajó la cabeza despacio. Y separó los labios mostrando un poco sus dientes blancos.

Luego disparó. Su boca estaba suave y caliente, y en cuanto sus labios cubrieron los de Emma perdió el control.

Thomas tensó todo su cuerpo y se estremeció por la fuerza del beso. Durante un maravilloso momento pasó su lengua por su dulce boca y la tomó como si estuviese absolutamente seguro de que era eso lo que debía hacer.

Pero la seguridad fue sustituida enseguida por una terrible sensación de pánico. ¡Era una mujer! ¡Él no confiaba en las mujeres! Y aunque pudiera hacerlo ella no le querría. ¿Cómo podía haber olvidado ese pequeño detalle?

Pero Emma separó los labios para recibirle y la respuesta fue tan sincera que olvidó lo que estaba pensando. Movié su boca contra la suya inconscientemente intentando recordar qué le preocupaba, por qué estaba vacilando.

Era cierto. Aquella mujer se merecía lo mejor. Lo merecía todo. Y él nunca sería capaz de dárselo.

Intentó apartarse, pero Emma deslizó sus suaves manos por su cuello, pasó los dedos por su pelo y emitió un pequeño jadeo.

Y entonces le invadió un arrebató de confianza que despejó el camino hacia ella, disipó todas sus dudas y le ayudó a aceptarla plenamente. No sabía de dónde venía, pero dio gracias a Dios y se dejó llevar por su fuerza, sintiéndose cada vez más potente hasta que tuvo que contenerse para no abalanzarse sobre ella como en un partido de la Super Bowl.

Su boca era dulce y suave como la seda, tan suave como había imaginado. Y de repente, por alguna razón, estuvo seguro de que todo acabaría funcionando. Todo iría bien. Sería estupendo. No tenía ninguna duda.

El beso de Thomas dejó mareada a Emma.

Sus labios firmes pero suaves se deslizaron delicadamente por los de ella. Su lengua estaba haciendo todo tipo de cosas extraordinarias: acariciando su labio inferior, tentando, empujando, dando golpecitos. Era como si estuviese probando algo exótico que no había probado nunca. Luego le oyó susurrar su nombre contra su boca —Emma— y sonó profundamente carnal, con tanta desesperación contenida en dos simples sílabas.

De repente apartó sus labios y se quedó a unos centímetros de su cara.

—Te necesito más cerca. Necesito tocarte o me moriré.

Tenía la voz tensa y una mirada ávida, y ella se dio cuenta de que lo único que podía hacer era asentir y tragar saliva. Entonces le rodeó el culo con sus grandes manos y la atrajo hacia sí, cerrando el hueco que había entre ellos con decisión. Ella se movió hacia delante y apoyó las manos sobre sus muslos, cuyo calor no podía ocultar el desgastado vaquero.

Entonces sus manos empezaron a moverse por sus nalgas, acariciándolas de arriba abajo antes de acabar descansando en sus caderas. Fue un gesto muy posesivo que le sorprendió y, aunque en el fondo de su mente sabía que debería preocuparse porque tuviera las manos ahí, no le importaba.

Su timidez se había derretido con el calor de su tacto y su mirada. Sus ojos y sus manos permanecieron donde estaban el tiempo suficiente para transmitirle un mensaje a Emma: no había vuelta atrás.

Luego cogió sus muslos y le puso las piernas sobre las suyas levantándola con sus brazos. Ella se echó sobre la parte delantera de su musculoso cuerpo y se le cayó la cabeza hacia atrás por el impacto. Él se arqueó sobre ella y la tomó con su boca.

No fue un beso cualquiera, y Emma sintió que su cuerpo se desintegraba y estaba profundamente vivo al mismo tiempo. Sintió la oleada de placer producida por su fuerte abrazo y su hábil lengua. Era pura sensación, una sobrecarga sensorial, y después de rodearle la espalda con los brazos lanzó un gemido.

Era tan asombroso que sus manos no podían estar quietas; después de bajar por sus bíceps hasta los codos subieron por su espalda hasta la parte posterior de su cuello, porque necesitaba sentir su piel. Sus dedos se deslizaron por debajo de su camisa, pasaron por su estómago y acabaron en la ardiente superficie de su pecho.

¡Madre mía!

Nunca había tenido en sus manos nada parecido. Le costaba creer que fuera real, y en su mente resonaba una sola palabra como un mantra: *Más. Más. Más.*

Luego la subió sobre su regazo, y al darse cuenta de lo que tenía entre las piernas estuvo a punto de gritar de emoción. Thomas era un hombre grande —como suponía— y eso produjo un cortocircuito en su mente.

Después de recogerse el vestido alrededor de la cintura empezó a mover las caderas arriba y abajo y de un lado a otro contra su fabulosa erección, como si

contoneándose de la manera adecuada y rozando el punto adecuado pudiese atravesar las barreras de tela para llegar a lo que en realidad quería.

A él.

Entonces se dio cuenta de que estaba actuando como una loca.

Luego sintió las manos de Thomas por debajo de su vestido y en la parte delantera de su cuerpo, donde las puso sobre sus pechos desnudos y gruñó en su boca mientras trazaba grandes círculos sobre sus pezones con las palmas de las manos y los pellizcaba con las puntas de los dedos.

Le ardían los pulmones y se le empezaron a arquear los dedos de los pies. Era el principio del fin.

—Quieres hacerlo aquí mismo, ¿verdad? —Thomas había apartado su boca de la de ella el tiempo suficiente para jadear en su oreja—. Dime qué quieres, Emma. Lo haré.

A ella se le ocurrió que a no ser que pasara algo muy grave en los siguientes segundos —de la magnitud de un terremoto, un incendio, unas inundaciones o el impacto de un asteroide— iba a arrastrar a Thomas Tobin al granero, donde le diría exactamente lo que quería. Pasarlo en grande.

Entonces tuvo la extraña sensación de que no estaban solos. Dejó de mover las caderas y las manos.

—Para —le susurró—. No, por favor.

Emma se apartó de Thomas y giró la cabeza.

Leelee estaba detrás de la puerta de rejilla, enmarcada por la luz del vestíbulo con la cara furiosa. Un pequeño grito se escapó de su boca. Luego se dio la vuelta con su camisón de verano colgando sobre sus espaldas y subió corriendo las escaleras.

—¡Mierda! —Emma se libró de Thomas y se quedó en el porche abrazándose y tapándose la cara. Después de unos cuantos tragos de aire volvió a mirar a Thomas, que estaba aún en la barandilla un poco encorvado y respirando con dificultad.

¿Qué había hecho?

—Tengo que ir con ella —Emma podía sentir el calor que salía de la superficie de su piel al aire de la noche. Estaba intentando tranquilizarse y ver las cosas como debería verlas una mujer adulta responsable de una niña, no una maníaca adicta al sexo.

Thomas también se estaba relajando, pero se sentía conmocionado por la repentina pérdida de su calor y su pasión y por el increíble poder de ese contacto con Emma Jenkins.

Tenía razón: aquello iba a funcionar. Tenía que funcionar. Porque nada en su vida había sido tan real, y de repente se sintió obligado a reclamarla para que ningún otro hombre pudiera tocarla nunca.

Y todo por un beso.

—Emma, yo...

—Lo sé —respondió—. Tienes razón.

Thomas frunció el ceño y se bajó de la barandilla.

—No he dicho nada aún —dio un paso hacia ella.

Emma extendió el brazo para detenerle.

—Sí, pero ibas a decir que ha sido un error, y estoy de acuerdo. Me alegro de que lo veamos de la misma manera.

—¡No iba a decir eso, maldita sea! —Thomas le cogió la mano y se la llevó a los labios—. Emma, esto no ha sido un error —le besó el puño mirándola y le dijo en voz baja—: Esto ha sido muchas cosas: sorprendente, increíble, asombroso; pero no un error.

—Vale. Muy bien. Pero no puedo hablar contigo porque tengo que ir a ver a Leelee. ¿Entiendes? Tengo que ir con ella ahora mismo. Es lo más importante en el mundo para mí.

En cuanto Emma soltó la mano, le flaquearon las rodillas. Empezó a caerse, pero Thomas la cogió en sus brazos.

—¡No! —Emma se quedó rígida antes de ir hacia la puerta—. ¡Dios mío! Lo he fastidiado todo —le miró con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Leelee está ahí dentro! ¡Mi padre está ahí dentro! Y yo estoy aquí fuera comportándome como una... — lanzó un gruñido de frustración—. Deberíamos olvidarnos de lo que ha ocurrido. Te ayudaré con *Hairy*, pero esto, sea lo que sea, no es el momento adecuado para mí. Buenas noches.

—Espera un momento —Thomas le dio la vuelta, y antes de que pudiera protestar volvió a poner su boca sobre la de ella para acariciarla, tranquilizarla y sellar su entendimiento.

—No hay errores entre nosotros, Emma —le dio un beso en la frente—. Ocúpate de Leelee. Hablaremos mañana.

Ella se había ido ya. La rejilla produjo un chirrido al cerrarse, seguido del golpe de la vieja puerta de roble y el ruido del cerrojo.

Thomas se quedó en el porche conmocionado aún, intentando reorientarse. Al sentir un suave roce contra su tobillo vio a *Hairy* mirándole. Entonces se echó a reír.

—Esto es un asco, ¿verdad, socio?

Y que lo digas, grandullón. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Ya se nos ocurrirá algo —cuando Thomas se agachó para coger al perro, *Hairy* saltó en el aire para encontrarse con él a mitad de camino, como si quisiera ponérselo más fácil.

Thomas sonrió y observó al animal un momento.

—¡Vaya! —luego rodeó a *Hairy* con el brazo y bajó las escaleras del porche. Después Thomas dejó al perro sobre la toalla del asiento del copiloto.

—¿Cuándo voy a tener suerte con esa mujer, *Hairy*? ¿Cuando las ranas críen pelo?

*Si *Hairy* hubiera sido capaz fisiológicamente se habría reído. Pobre grandullón.*

—Vamos a casa, compañero.

Hairy le sonrió. Sí. Vamos a casa.

Aaron se despertó con náuseas.

Tenía los brazos aprisionados a los lados del cuerpo y la cabeza inclinada hacia atrás en un ángulo antinatural. El metal estaba duro y frío en su boca, y notaba el charco de sangre que tenía en el velo del paladar.

Vagamente se dio cuenta de que en esa posición podía ahogarse con su propia sangre.

Movió los ojos aterrado, pero no podía ver mucho aparte de la cara llena de cicatrices y poros abiertos del Feo, demasiado cerca bajo la luz de la lámpara del motel. El Feo debía estar sosteniendo el arma. Aaron no podía ver al otro hombre, el que le sujetaba los brazos.

—El tiempo vuela cuando te lo estás pasando bien, ¿verdad? —el aliento del Feo era repugnante, como menta dulce sobre carne podrida—. Si no nos pagas hasta el último penique morirás. O conseguimos la mitad para el viernes o prenderemos fuego a tu precioso Z. ¿Lo entiendes?

Aaron intentó asentir, pero el cañón de la pistola le rozaba en la delicada piel de la boca con el mínimo movimiento. Sintió otra puñalada de dolor. Lo único que podía pensar era: *¡El Z no! ¡Cualquier cosa menos el Z!*

Aaron se dio cuenta de que le estaban poniendo de lado, y oyó el ruido del golpe en la parte posterior de su cabeza mientras el mundo se volvía negro.

Capítulo 10

Lo siento por ti

—¿Te has vuelto loco? —la risa de Stephano hizo temblar los marcos de su mesa—. ¿Quieres que autorice un pago de ochocientos dólares a una psíquica de animales?

—¡Por Dios, Vinny! He dicho psiquiatra, no psíquica —Thomas miró a la teniente Regina Massey antes de volver a mirar a su jefe—. Es una veterinaria especializada en comportamiento animal. Es un nuevo campo de estudio muy especializado.

—Ajá —el capitán tenía los ojos brillantes—. ¿Sabes, Tobin? Se me está ocurriendo una manera mejor de justificar ocho de los grandes para ir con mi mujer a las Bermudas y tomar unos daiquiris. Pero la respuesta también sería negativa.

—Entonces, lo pagaré yo.

Ésa era una posibilidad que Thomas ya había considerado. Le debía a Slick todo lo que pudiera hacer por él. Además lo veía como una inversión de futuro, de su futuro con Emma.

—¿Hay algún problema? ¿No puedo ir a una consulta privada?

Stephano juntó las cejas sobre el puente de su nariz hasta que formaron una espesa franja negra de profunda consternación.

—¿Te estás acostando con ella o qué?

Thomas se enderezó en su silla.

—Eres un cerdo, Vinny.

La expresión de Stephano se relajó.

—Así que es una psiquiatra fea.

—¡No! —Thomas se levantó rápidamente antes de volver a sentarse, desconcertado por su comportamiento y consciente de la expresión divertida de Reg.

Luego se pasó una mano por la boca.

—Es una mujer encantadora y muy inteligente, y cree que existe la posibilidad de que el perro de Slick nos diga lo que sabe sobre el asesinato.

El capitán sonrió con una comprensión repentina.

—Me parece que ya lo entiendo. Es como una aventura de Scooby-Doo, ¿no?

Massey y Stephano se rieron a carcajadas.

Thomas sabía al entrar que aquello no sería fácil. Estaba preparado para eso. Respiró profundamente.

—El perro estaba allí. Es el único testigo material que tenemos —Thomas ignoró las risas cada vez más débiles—. Es muy probable que lo viera, lo oyera y lo oliera

todo. Sólo tenemos que encontrar una manera de averiguar lo que sabe. La doctora Jenkins puede hacer eso.

Regina se aclaró la garganta antes de hablar con su voz suave.

—Muy bien, abogado —sonrió a Thomas—. Vamos a suponer que tu guapa doctora puede realizar ese milagro. Piensa un poco. ¿Cómo diablos vas a presentar nada de eso como prueba? ¿Vas a subir al perro al estrado? ¿Vas a ponerle la pata sobre la Biblia para que jure decir toda la verdad? —empezó a reírse.

—Muy graciosa, Reg —Thomas tuvo que esperar un momento a que se apagaran las risas—. Dime, ¿tienes algún testigo dispuesto a hablar contigo sobre el homicidio de Slick?

—No —respondió mirándolo con contrariedad antes de suspirar—. Los otros tres residentes del edificio estaban trabajando. Nadie vio ni oyó nada.

—Muy bien —Thomas presentía que estaba llegando a alguna parte—. ¿Y si el perro puede conducirnos a alguien o algo que sea admisible en un tribunal? ¿Y si podemos reducirlo lo suficiente para comenzar con el caso?

—Sigue siendo mucho dinero de tu bolsillo —Regina levantó la cabeza y frunció el ceño—. ¿Aún crees que eres responsable de la muerte de Slick, Tommy?

Él lanzó un silbido.

—Es probable.

Thomas se levantó y se acercó a la ventana. Se metió las manos en los bolsillos y miró el frondoso jardín de la comisaría de policía.

Después de echar una rápida mirada a Stephano dijo:

—Le obligué a seguir en el juego cuando quería retirarse, y unos días después lo mataron.

—Pero su asesinato puede no tener nada que ver con que fuera un informador —dijo Regina—. Aún estamos siguiendo la pista de la disputa doméstica.

—Pero es posible que esté relacionado con que fuera mi informador —Thomas giró sobre sus talones para mirar a Regina—. ¿Y si la razón por la que quería retirarse era que temía por su vida? Puede que alguien descubriera lo que hacía para nosotros y estuviese haciéndole chantaje.

Al cabo de un rato Thomas volvió a su silla y se desplomó en ella. Apoyó los codos en sus rodillas y miró a Regina.

—Sí, Reg, yo creo que vale la pena. Sabes que mi padre nos dejó en una buena situación y llevo bien mis finanzas. No perderé el dinero. Es lo menos que puedo hacer por Slick. Era un tipo decente... —Thomas se miró las manos—, y el mejor informador que hemos tenido.

Regina sonrió con aire melancólico.

—Debe de ser estupendo poder malgastar tanto dinero.

—No lo malgastaré.

—Muy bien —Stephano movió la mano con impaciencia—. No creo que infrinja las normas del departamento, pero tú no sueles hacer este tipo de locuras, Tobin.

Thomas sonrió.

—Ya lo ves.

Emma canceló las citas de la tarde y volvió a casa a la una y media. Comió un sándwich de mantequilla de cacahuete con un vaso de leche, se puso la ropa de montar y fue al granero a preparar los caballos. Ella cogería a *Vesta*, por supuesto, y Leelee montaría al viejo *Bud*, un caballo de veinte años tan tranquilo que se podría montar con seguridad en medio de un ataque cruzado de misiles. *Bud* solía tener un efecto relajante sobre *Vesta*, y Emma esperaba que hoy calmase también a Leelee.

La niña se había encerrado en su habitación por la noche y aún estaba furiosa por la mañana. Mientras Beckett hacía tostadas y tarareaba las canciones de la radio, Leelee y Emma mantuvieron una tensa distancia en la mesa del desayuno.

La expresión de Leelee —las pocas veces que se molestó en reconocer la presencia de Emma— era severa y acusatoria. Y Emma sabía que su cara debía reflejar toda la culpa que sentía.

¿En qué estaba pensando al enrollarse con Thomas como una adolescente? Evidentemente en nada. El pensamiento no tenía nada que ver con lo que había ocurrido la noche anterior; había sido todo impulso, instinto y lujuria.

Una lujuria que no sabía que fuera posible.

Leelee permaneció toda la mañana en silencio con la boca torcida en un gesto de desaprobación mientras hacía sus cosas. Su comportamiento le recordó a Emma a la expresión que tenía Thomas el día que se conocieron.

El plan de esa tarde no era especialmente original, pero no estaba mal para variar. Esperaría a Leelee en la parada del autobús con los caballos. Cogería la mochila de la niña y la ayudaría a montar a *Bud* sin dejarle un momento para escapar.

Luego bajarían al río. Hablarían. Discutirían. Y estarían un rato juntas quisiera Leelee o no.

Emma esperó al final del camino, tranquilizando a *Vesta* con suaves murmullos mientras *Bud* estaba cerca de ellas como si no tuviera ninguna preocupación; probablemente porque así era. *Bud* había llevado una buena vida para ser un caballo. Cuando llegó a la granja veinte veranos antes era un potrillo, el regalo de cumpleaños de Emma el año que murió su madre. Desde el momento que le vio Emma supo que el caballo alazán con los ojos expresivos era especial. Y le ayudó a aliviar su dolor y soltar el nudo de su corazón simplemente siendo como era.

Bud había proporcionado a Emma el vínculo mágico que se puede crear entre un animal y un ser humano. *Bud* había sido su inspiración para su trabajo. *Bud* había sido su piedra angular.

Miró hacia el caballo, que torció la cabeza cuando un destello amarillo se movió entre los árboles. Luego los frenos chirriaron mientras el autobús se paraba delante del buzón.

—Vamos, *Bud* —susurró Emma al caballo observando cómo bajaba Leelee los escalones—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Leelee estaba ya frunciendo el ceño cuando puso los pies en el suelo. Se echó la mochila al hombro y movió la cabeza de un lado a otro, diciendo no en silencio a lo que Emma había planeado.

Emma esperó a que se fuera el autobús antes de desmontar a *Vesta* y dejar las riendas sobre la valla. Luego llevó a *Bud* hacia delante y alargó la mano libre para coger la mochila de Leelee.

—Dejaremos esto aquí —dijo lanzándola contra la valla.

Leelee puso su cara más aburrida y se cruzó de brazos.

—Déjame adivinar. Vamos a ponernos en contacto con las diosas que llevamos dentro mientras nos comunicamos con la naturaleza.

Emma no pudo evitar reírse. La verdad era que Leelee era muy divertida —seria y pesimista, sí— pero muy divertida. Le recordaba mucho a Thomas.

—Lo que quiero es que pongas tu trasero en contacto con esta silla, por favor —Emma entrelazó los dedos y sonrió a Leelee esperando a que montase—. Vamos, Lee. Es sólo un paseo. Además sé que quieres ir a ver la cosecha de maíz del señor Martin.

Leelee se desprendió de la máscara de preadolescente cansada y empezó a reírse. Con un suspiro se acercó a *Bud* y se detuvo para acariciarle el cuello y aceptar sus besos húmedos. Luego puso una de sus Dr. Martens sobre las manos unidas de Emma y saltó a la silla.

—Muy bien. ¿Dónde vamos?

Emma tardó un poco en montar a *Vesta* —era un blanco móvil— pero enseguida empezaron a andar por el camino lado a lado a paso suave.

—Podemos ir por la antigua finca de los Weaverton hasta el río, y luego subir por el campo de los Martin hasta el bosque. ¿Qué te parece?

Leelee se quedó callada un momento. Luego dijo:

—Supongo que vas a hablarme de ese hombre.

Emma se arriesgó a mirar a Leelee, que iba muy tiesa en su silla con la mirada al frente y el sol de la tarde reflejándose en los rizos dorados de su pelo.

—Se llama Thomas.

—Thomas Lengualarga —dijo con aire cansado—. Supongo que es el de las flores.

—Sí.

—¿Vamos a hablar de sexo ahora? —con esa pregunta Leelee giró la cabeza para mirar a Emma con la boca apretada, los ojos severos y las mejillas rosadas.

—¿Te gustaría hablar de sexo?

—No. Preferiría que tuviéramos un pacto de «yo no hago preguntas, tú no me dices nada». Ya sabes, algo distinto a lo que hacía mamá. Además, no es asunto mío.

Emma dejó ese comentario en suspenso un momento y consideró las posibles respuestas. Quería hacer bien todo aquello de la orientación y la comunicación

abierta. ¿Pero cómo? Era uno de esos momentos en los que le hubiera gustado que Leelee hubiese venido con manual de instrucciones.

—En cierto modo tienes razón: no es asunto tuyo. Pero te dije que no tomaría ninguna decisión sin ti.

Leelee resopló indignada.

—¿De verdad? Pues parece que anoche estabas tomando decisiones tú sola sin ningún problema.

Emma no sabía qué decir.

—¿Y viste al perro del tipo? Es alucinante, como una hiena enana con un suéter. Daría cualquier cosa por tener un perro como ése. Es lo más original que he visto nunca. Un poco de L. A. aquí en medio de ninguna parte.

Las palabras de Leelee dejaron a Emma conmocionada. ¿Cuándo había visto Leelee a *Hairy*? ¿Cuánto tiempo había estado en la puerta?

—¿Cuánto tiempo estuviste mirándonos?

—El suficiente para ver cómo te movías.

—Ya basta, Leelee —Emma no sabía si darle una bofetada o abrazarla y darle un beso para ayudarla a librarse de todo el dolor, la inseguridad y la soledad que había acumulado en doce años. Otro ser humano con un caso de agresión basada en el miedo, como Thomas.

Entonces se dio cuenta. Al mirar a la niña estuvo a punto de reírse en voz alta ante el parecido. Alta, rubia, inteligente, divertida, pesimista, triste... Si no fuera porque Thomas no había conocido a Rebecca Weaverton, Emma estaría segura de haber descubierto el secreto de la paternidad de Leelee.

O puede que Thomas conociera a Becca. Leelee la miró con suspicacia.

—¿Qué?

—No sé. Nada, supongo.

—¿Por qué me estás mirando de una forma tan rara, Emma?

Ella movió la cabeza y se rió entre dientes.

—Me gusta, Lee. Eso es lo que estoy pensando. He decidido que me gusta Thomas Tobin.

Leelee no dijo nada durante un buen rato mientras iban hacia la granja de los Weaverton cabalgando en silencio junto a los pinos.

—¿Tú le gustas a él?

Emma sonrió un poco.

—Sí, creo que sí.

—Bueno, está como un queso.

—¿De verdad? —a Emma le sorprendió esa afirmación.

—Es una monada, si te gustan los tíos mayores con perros alucinantes.

Al llegar al río hicieron un pequeño descanso. Leelee se tumbó en la hierba mientras Emma ataba los caballos, sacaba unas cajas de zumo y unas barritas energéticas de su bolsa y se desplomaba junto a ella.

—¿Un refresco, señora?

Leelee miró hacia arriba y sonrió.

—Sí, gracias —dijo con tono remilgado metiendo la pajita en el zumo—. Una buena cosecha.

Emma le sonrió y se apoyó sobre las manos.

—Me alegro de que me hayas traído a dar un paseo, Emma —Leelee permaneció callada mientras quitaba el envoltorio de su barrita—. Y siento no haberte hablado esta mañana. Me he comportado como una idiota.

Esas palabras flotaron sobre Emma como una suave brisa, y suspiró silenciosamente. Con ese cambio de humor había llegado el momento de aclarar las cosas.

—Estoy intentando ser una buena madre, Leelee.

La niña levantó la cabeza, alerta al tono serio en la voz de Emma.

—Ya lo sé.

—A veces es difícil. Estoy aprendiendo sobre la marcha.

Leelee se encogió de hombros y tomó otro sorbo.

—Lo sé.

—Por eso quiero que sepas que no me gusta tener que decir esto.

Leelee frunció el ceño y miró alrededor como si se hubiera perdido algo.

—¿Decir qué?

—Que estoy enfadada contigo —Emma se incorporó y miró a Leelee—. Que anoche fue inapropiado que me vieras con Thomas; fue una invasión de mi intimidad y no quiero que vuelva a ocurrir —Emma hizo una pausa y cogió suficiente aire para continuar—. Y espero que me hables siempre con respeto. Me gusta bromear contigo, Lee, pero no me ha gustado nada el comentario que has hecho sobre «cómo me movía». O cómo has llamado a Thomas. Te has pasado de la raya.

Leelee se quedó con la boca abierta y dejó caer la barrita al suelo.

—Cuando te dije que nunca tomaría ninguna decisión importante sin consultarte hablaba en serio. Pero soy una mujer adulta. Y a veces me siento sola. Y puede que quiera empezar algo con alguien en algún momento (quizá con Thomas, no estoy segura), y si ocurre tendrás que encontrar la manera de entenderlo.

Leelee no dijo nada.

—Puede haber veces en las que Thomas u otro hombre vengan a casa, y espero que también les trates con respeto.

El sollozo de Leelee rasgó la quietud del aire. Antes de que pudiera darse cuenta se puso de pie y comenzó a andar rápidamente hacia el agua.

Esto no está pasando. Esto no está pasando.

Emma se levantó de un salto para seguirla.

—Leelee, por favor, mírame.

Le zumbaban los oídos y las lágrimas hacían que le picaran los ojos, pero lo que más le dolía eran el pecho y la garganta; era como un puño que apretaba el vacío que había en su interior.

—Cariño.

—A veces, por las mañanas, estaban aún allí, ya sabes —a Leelee le daba vergüenza que su voz saliera como un gemido, como si tuviera cinco años o algo así —. A veces, cuando me preparaba para ir a la escuela, lo estaban haciendo en la cocina y no podía tomar los cereales.

Emma pensó que iba a morir allí mismo.

Puso las manos con suavidad sobre los estrechos hombros de Leelee y sintió cómo le temblaban todos los huesos del cuerpo.

Maldita Becca.

—Lo más raro es que aunque odiaba a esos hombres eso no me impedía imaginar que podían ser mi padre. Es muy difícil andar por ahí todos los días sin saber quién es tu padre, Emma.

Leelee sintió las manos de Emma acariciando su cabeza y agradeció su calidez.

—Cuando veía hombres andando por L. A. (obreros de la construcción, gente con traje, todos los tipos de hombre imaginables) me fijaba en ellos y buscaba a alguien que tuviera los ojos o la mandíbula como yo. Pero era una tontería.

—No, cielo. No lo era.

Leelee se rió amargamente.

—Y cuando veía a esos padres con sus hijas en el centro comercial o en el cine se me ponía la carne de gallina. Era como si no pudiera creer que quisieran a esas niñas sólo porque fueran sus hijas. Siempre pensaba que había otra razón por la que querían estar con ellas, una razón sexual, porque eso era lo que yo había visto.

A Emma le caían las lágrimas por la cara.

—Lo más curioso es que, a no ser que esté muerto, por ahí hay algún hombre que podría quererme sólo porque es mi padre, ¿sabes? Pero nunca sabré quién es. Nunca sabré cómo es que te quieran así.

Leelee dejó que su cara cayera sobre sus manos. Y en esa intimidad, de pie junto al río cerca de un campo de soja, gritó con todas sus fuerzas algo que siempre había querido decir:

—*¡No es justo y la odio por eso!*

Emma perdió el sentido del tiempo. Se derrumbó a la orilla del río y dejó que Leelee se tumbara en su regazo y llorase. Estuvo llorando —acompañada por Emma — hasta que el sol empezó a ponerse y *Vesta* se puso nerviosa. Era hora de regresar.

De vuelta a casa no hablaron mucho, y Emma dejó que Leelee controlara la conversación. Emma jamás habría imaginado que Becca hubiera llegado tan lejos, pero Leelee dijo que había al menos un par de hombres cada semana.

No lo sabía. ¡No lo sabía!

Ella estaba en Philadelphia en la escuela veterinaria y Becca estaba en Los Ángeles arruinando la vida de su hija.

—Aunque es agradable tener a Beckett —dijo Leelee sonriendo.

Emma se sentía agotada y con ganas de llorar otra vez, pero consiguió esbozar una sonrisa.

—Te quiere porque eres tú, como siempre me ha querido a mí. Sabes eso, ¿verdad?

La niña asintió tímidamente.

—Sí, yo también creo que es estupendo, pero...

—Pero no es tu padre.

Leelee asintió.

Cuando avistaron el granero *Vesta* empezó a ponerse nerviosa. Emma se estaba concentrando tanto para tranquilizarla que no pudo prestar atención a lo que decía Leelee.

—... así que me gustaría conocerlo.

Emma detuvo el caballo y miró hacia ella.

—¿Qué? No te he oído, cielo.

Leelee puso los ojos en blanco y gruñó.

—He dicho que sé que no eres como mi madre con los tíos. Sé que no has tenido ninguna relación con un hombre desde que mandaste a Aaron a paseo. Y sé que Thomas Leng... bueno, sólo Thomas, debe ser especial. Y he dicho —Leelee miró nerviosamente a Emma— que me gustaría conocerlo. Tonterías, ya sabes.

Capítulo 11

El amor ya no vive aquí

Emma nunca había hecho nada parecido en su vida, y al ver a Thomas cortar la cinta policial de la puerta del apartamento le dio un vuelco el estómago.

Era la casa de una víctima de asesinato. Iba a ver dónde habían encontrado el cuerpo de Scott Slick. E iba a intentar ayudar a resolver un crimen.

Por fin iba a ser Miss Marple.

Thomas cerró su navaja y se la metió en el bolsillo mientras la miraba con curiosidad. Emma se encogió. Sin duda alguna había visto que estaba nerviosa y ahora debía pensar que estaba loca al sonreír en un momento como ése.

—Usted primero, Miss Marple —dijo guiñándole un ojo.

Al entrar en la sala de estar le subió un escalofrío por la columna vertebral. No sabía si era por el lugar o por el hombre con el que estaba, pero ambas cosas le asustaban un poco.

—Los del laboratorio criminalístico han estado aquí varias veces, pero procura no tocar nada, por favor.

—Claro. Comprend... —Emma se paró en seco. ¡Dios mío! ¡Cuánta sangre había en el suelo! A Slick le habían dado un golpe en la sien con una batidora, y las heridas de la cabeza sangraban mucho. Pero aun así. La sangre se había secado en una repugnante mancha rojiza, como polvo rojo.

Intentó imaginar lo perdida que debía sentirse una persona para matar a alguien. Se estremeció de los pies a la cabeza con la extraña sensación de que era un aviso muy cercano para ella.

Thomas puso una mano entre sus hombros y como por arte de magia dejó de temblar. Entonces comenzó a notar una sensación de calor que se extendió por todo su cuerpo, y de repente se dio cuenta de lo cerca que estaba de ella, de lo bien que olía, de lo guapo que estaba con su traje gris marengo.

—¿Estás bien, Emma?

Ella levantó la vista. Era una situación muy extraña. Thomas estaba mirándola con los ojos ardientes, la boca en un gesto sensual y su cuerpo latiendo con la energía inconfundible de una criatura que necesitaba aparearse.

Todo esto mientras estaban allí en el entorno frío y vacío de la muerte. Emma empezó a sudar.

—Estoy bien. Sólo un poco abrumada.

Él arrugó las cejas con expresión preocupada.

—Podemos irnos.

—¡No! —Emma movió la cabeza—. Tengo que estar aquí. Vamos a trabajar.

Thomas dejó que su mano se alejara de su espalda mientras entraba en la cocina. Era raro ver a Emma allí, y observó cómo se movía por la estancia bien iluminada, mirando al techo por alguna extraña razón, examinando el reborde inferior de los armarios de la cocina, echando un vistazo debajo de la moderna mesa de cristal y acero.

Estuvo a punto de reírse cuando vio que se metía debajo de la mesa y se tumbaba boca arriba, como cuando Petey y Jack jugaban a los fuertes.

Emma empezó a tararear una melodía que no pudo reconocer, tamborileando con los dedos en sus pantalones caquis para seguir el ritmo. Mientras tanto examinó todo lo que había a su alrededor: las paredes, la parte inferior de la mesa, el suelo, la silla.

—Aquí abajo hay un poco de orina seca. En el zócalo, las patas de la silla y los azulejos. Seguro que *Hairy* estuvo escondido aquí cuando ocurrió.

Miró hacia la mancha de sangre.

—Desde este ángulo la vista está despejada.

Luego salió de allí, se puso de pie y se alisó los pantalones y la camiseta de algodón. Cuando se volvió hacia Thomas se le resbaló la trenza por el hombro.

A Thomas se le encogió el estómago mientras se elevaba su temperatura corporal.

—Pero la pregunta más importante es: ¿Consiguió estar *Hairy* lo bastante quieto para que el tipo malo no se enterara de que estaba aquí? ¿O se puso en evidencia como en tu casa y el asesino pensó que no merecía la pena preocuparse por el perro?

Thomas era incapaz de seguir su razonamiento, lo cual era perdonable, porque no podía dejar de pensar en cómo encajaban sus pechos en sus manos.

—No sé si comprendo dónde quieres llegar. ¿Por qué iba alguien a preocuparse por un perro?

Emma asintió y sonrió.

—Ésa es la cuestión. Alguien que supiera mucho sobre perros, tuviera su propio perro o hubiera adiestrado a alguno podría sentirse incómodo si un perro le hubiera visto cometer un asesinato. Esa persona podría haber intentado librarse del perro inmediatamente.

Su sonrisa se ensanchó, y Thomas pensó en pasar la lengua por esos pequeños dientes superpuestos y absorber con su boca su labio inferior.

—Pero a alguien que no supiera nada sobre perros no le preocuparía que un perro presenciara el asesinato. Así que la pregunta es: ¿Fue *Hairy* capaz de quedarse quieto?

Emma señaló debajo de la mesa.

—¿Se escondió aquí en silencio viéndolo todo y esperando a que se fuera el tipo malo? Luego Emma siguió buscando por la cocina, mirando de cerca pero sin tocar

ninguna de las superficies cubiertas de polvo para huellas. Se asomó a la despensa y salió señalando con el ceño fruncido.

Thomas miró dentro.

—Cógelo si quieres.

Emma sacó una bolsa pequeña de comida para perros y sonrió.

—Esto sí que es buena comida para perros. Cara, pero merece la pena por la calidad de las proteínas.

Él asintió.

—Muy bien, doctora.

—¿Podemos llevárnosla?

—Slick ya no la necesita donde está, eso te lo aseguro.

Thomas se metió la bolsa sin abrir debajo del brazo y extendió las manos mientras Emma ponía en ellas un par de cuencos con el nombre de *Hairy* grabado.

—Me preguntaba cómo sabías su nombre —dijo dándole una palmadita amistosa en el hombro.

Luego siguió a Emma mientras recorría el resto del apartamento. En la sala de estar señaló una cesta de perro en la esquina del sofá, y Thomas también la cogió.

Después echó un vistazo en el cuarto de baño y se rió al encontrar una caja de plástico llena de productos de aseo para perros.

—Otra vez lo mejor —se la pasó con una sonrisa, y Thomas se dio cuenta de que se estaba quedando sin manos y de que en contra de su buen juicio iba a llevarse cosas del escenario de un crimen.

También en contra de su buen juicio estaba considerando tener una relación con una mujer.

Cuando Emma llegó al dormitorio se paró en seco al ver la inmensa cama con una colcha de raso con rayas de cebra y un montón de cojines rojos. Después examinó el equipo estereofónico de la pared opuesta.

—Dios mío —se agachó para mirar el vídeo y los títulos de los DVD—. Tenías razón al decir que era un poco extravagante.

Luego se enderezó, se puso las manos en esas hermosas caderas que Thomas había estado mirando y vio cómo se le iluminaba la cara mientras revisaba la colección de CD de Slick.

—Vaya. Todo disco. Debía aburrirse mucho.

Thomas se rió entre dientes, y recordó que Emma era la mujer más interesante y divertida que había conocido. Le gustaba estar con ella. Tenía tantas ganas de meter las manos por debajo de su camiseta que le dolían los nudillos.

Después fue al armario. Las puertas de tablillas estaban ya abiertas, también rociadas de polvos. Al darse la vuelta para preguntarle qué podía tocar y qué no su trenza pasó volando sobre su hombro, y Thomas respondió como los perros de Pavlov. Todo por debajo de su cintura se animó y se puso en marcha.

—Adelante —dijo, y luego estuvo a punto de hiperventilarse cuando se puso a cuatro patas y sacó dos cajas del fondo del armario.

Sí, sí, sí, entonó para sus adentros, porque el culo de Emma se movió un poco al entrar, y se movió un poco más al volver hacia atrás, y luego se quedó bien ajustado en sus pantalones cuando se sentó sobre los talones.

Dios mío, quería agarrarle las caderas y tomarla por detrás. Quería inaugurarla como un nuevo WalMart.

—¿Thomas?

Emma giró la cintura para hablarle con una expresión de sorpresa en su cara.

—¿Has mirado en estas cajas? —de repente frunció el ceño—. ¿Pasa algo?

Lo que pasaba era que no habían hablado de lo que había ocurrido en el porche la otra noche. Lo que pasaba era que Thomas iba a volverse loco si no resolvía todas las cuestiones pendientes relacionadas con Emma Jenkins y lo que estaba haciendo pagándole por su trabajo, mirando su culo espectacular y necesitando estar en su presencia.

Pasaban muchas cosas.

—Nada —respondió bajando la bolsa de comida para perros por la parte delantera de sus pantalones—. ¿Hay algo interesante?

—Ya lo creo. Mira esto —arrastró una caja por la alfombra y levantó con delicadeza una prenda con lentejuelas azules y una cinta a juego con una vistosa pluma de pavo real—. Bonito, ¿eh?

Thomas parpadeó. Ah, *esa caja*.

Luego Emma sacó un traje de lamé plateado con diamantes falsos en el cuello y el conjunto verde de duende. Y después de meterlo todo en la caja de nuevo le lanzó una mirada furtiva.

—¿Sabes, Tobin? A no ser que *Hairy* tenga más de un disfraz para St. Patrick, me parece que ya has visto esto, ¿verdad?

Thomas se aclaró la garganta.

—Sí. Pensé que sería divertido que lo encontraras.

Emma movió la cabeza y volvió a ponerse a cuatro patas para meter la caja en el armario. Thomas apretó los dientes.

—Bien —se levantó con las manos en las caderas y frunció el ceño—. ¿Ha demostrado *Hairy* alguna habilidad especial?

—¿Habilidad? —*¿como enamorarse de mi ropa interior?*

—Sí, por ejemplo saltar aros, mantenerse sobre las patas traseras o dar vueltas. Cosas que haría un perro en un circo.

—¿*Hairy* es un perro de circo?

—No tengo ni idea —dijo Emma riéndose—. Pero seguro que hace algo que exige un vestuario festivo.

—Sí, como Slick. ¿Te acuerdas del traje de marinero del que te hablé? ¿El que llevaba *Hairy* cuando lo encontré?

Emma asintió formando un pequeño surco entre sus ojos.

—Bueno, supongo que no mencioné que Slick llevaba uno igual cuando murió. Con gorro y todo.

Emma se cruzó de brazos, estiró una pierna y dio unos golpecitos con la punta del pie.

—¿Hay algo más que tengas que decirme?

En realidad varias cosas, pensó.

—No —dijo.

Emma apretó los labios y le miró de reajo manteniendo ese gesto de impaciencia. A él le pareció insoportablemente dulce.

—Será mejor que no me engañes, Tobin —su voz no era dulce en absoluto.

—Ni mucho menos —*me matará cuando averigüe que le he pagado con mi dinero.*

Luego Emma volvió al equipo estereofónico. Encendió el reproductor de CD, le dio al *PLAY* y de repente resonó en todo el apartamento el ritmo de «In the Navy», de Village People.

Si no hubiera sido por la cara risueña de Emma, sus caderas moviéndose de un lado a otro y su dulce voz cantando, Thomas habría asegurado que estaba muerto y había cogido un ascensor para ir al infierno.

Capítulo 12

Mueve tus caderas

—¿Perros que bailan música disco? ¡Por el amor de Dios!

Mientras Emma se reía Thomas miró hacia el asiento del copiloto de su Audi. Estaba muy guapa con la luz del sol, con esos reflejos rojizos y dorados en su lustrosa trenza oscura, las mejillas rosadas y los radiantes ojos azules.

Parecía un anuncio de jabón Ivory.

Eso no era nada malo. De hecho evocaba una imagen muy agradable: Emma toda mojada en una ducha humeante en la que él se ofrecería a enjabonarla.

—No es ninguna broma —dijo ella—. Hay un par de grupos que organizan concursos regionales y nacionales. Todo el mundo lleva trajes muy sofisticados y hacen coreografías difíciles. Y además de música disco bailan *country*, *hip-hop*, *riverdance*. Cualquier cosa que puedas imaginar.

Thomas movió la cabeza y cerró un instante los ojos.

—¿Cómo han permitido que ocurra eso en nuestro país?

Emma soltó una carcajada, y Thomas miró a tiempo para ver cómo echaba la cabeza hacia atrás, la línea femenina de su mandíbula, su pálida garganta, el succulento lóbulo que había tenido entre sus dientes. Se lamió los labios.

—Bueno, tú eres el que dice que la gente es capaz de cualquier cosa.

Cuando se volvió hacia él tenía una chispa de diversión en los ojos.

—Es una de esas cosas raras que hacen los seres humanos en su tiempo libre: bailan con sus perros. Tienes que reconocer que es inofensivo. Y si encontramos el grupo al que pertenecía Scott Slick podría proporcionarte alguna pista de lo que le ocurrió, ¿no?

Era posible, así que asintió.

—¿Has visto alguna vez uno de esos concursos de baile?

—Sí, un par de ellos. Son muy divertidos.

—Tendré que creerte.

Emma volvió a reírse.

—Esta tarde haré unas cuantas llamadas para ver qué puedo averiguar. Si luego estás libre podemos probar algunas cosas con *Hairy*.

—Estoy libre hasta las diez y media más o menos. Esta noche tengo que trabajar.

—¿En qué estás trabajando?

Mientras Thomas miraba esos ojos azules llenos de curiosidad e inteligencia pensó que el mayor atractivo de Emma no era su físico. Era su mente. Su sentido del humor. Su amabilidad innata. Todo ello envuelto en esa belleza modesta y suave.

¿Cómo se suponía que iba a defenderse un hombre de todo eso? ¿Y para qué iba a querer hacerlo?

—El equipo comienza hoy una nueva campaña. Un tipo de Hancock quiere librarse de su exmujer —una situación bastante habitual— y... bueno, voy a reunirme con él a medianoche para tomar una copa y hablar del asunto.

Emma se mordió el labio inferior y echó un vistazo rápido al tráfico antes de mirar a Thomas con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre en una de esas citas? ¿Qué haces exactamente?

Thomas esbozó una suave sonrisa y movió la cabeza de un lado a otro.

—No hay mucha gente que sepa lo que hago, así que confío en tu discreción.

Ella asintió con tanto entusiasmo que le hizo reír.

—Eres una persona digna de confianza, ¿verdad, doctora Jenkins?

—Absolutamente.

—Lo digo en serio. Mírate —extendió una mano hacia ella y sonrió—. Te pasas la vida cuidando seres vivos. Has aceptado a la hija de tu amiga como si fuese tuya. Evitas que tu padre se sienta solo. Pagas tus facturas. No soportas a los imbéciles y no mientes. Eres una persona excepcional.

Emma se echó hacia atrás y le observó.

—Procuro ser honrada, si te refieres a eso, pero no por eso soy excepcional.

—Si tú lo dices —a Thomas le encantaba cómo se ruborizaba Emma.

—¿Y qué va a pasar esta noche?

Thomas centró la vista en la carretera.

—El tipo preguntó a una prostituta si conocía a alguien que pudiera hacer el trabajo. Ella llamó a la policía local, que nos llamó a nosotros. Ya la hemos interrogado. Así que cuando aparezca esta noche el tipo pensará que soy el asesino a sueldo de Killers R' Us.

—Ah, sí. Tu firma de abogados.

Thomas se rió.

—Exactamente.

—¿Dónde has quedado con él?

—En una taberna inmunda. No hemos utilizado nunca ese lugar, así que mi gente ha estado unos cuantos días allí preparándolo todo: interrogando a los empleados, comprobando las salidas y decidiendo dónde se colocará cada uno.

Emma frunció el ceño.

—¿Es peligroso?

Thomas inclinó la cabeza con aire pensativo.

—Nunca se sabe. La mayoría de la gente que busca a alguien para que le haga el trabajo sucio no lleva armas. Pero de vez en cuando...

Emma contuvo la respiración.

—Nos cuidamos los unos a los otros —le sonrió complacido de que se preocupase por él.

—¿Y qué vas a decirle?

—Conseguiré que me diga el nombre del objetivo y qué quiere exactamente, le pediré un adelanto y prepararé la siguiente cita. Siempre intentamos que haya dos citas; demuestra una clara intención. Y lo grabaremos todo en vídeo y en audio.

Emma abrió los ojos de par en par.

—¿Como en la televisión?

—Sí, llevo una cámara en el botón de mi camisa y un micrófono en mi gorra. Fuera hay dos tipos en una furgoneta de comunicaciones, dentro de la taberna otras cuatro personas de apoyo, y todo el mundo puede oírlo todo.

—Mmm —dijo Emma pasándose un dedo por los labios—. ¿Pero por qué haces tú eso si no eres policía?

Al captar su mirada no pudo evitar sonreír. Entonces se dio cuenta de que en las últimas dos horas había sonreído más que en los últimos dos años.

—Es un trabajo de equipo, así que al principio me sentí obligado a saber de primera mano cómo se hacía todo: la preparación, la vigilancia electrónica, el apoyo y el papel del asesino a sueldo. La primera vez fue tan bien que lo hice otra y otra, y enseguida todo el mundo se dio cuenta de que por alguna razón a la gente le gusta hablar conmigo de asesinatos. Supongo que sé escuchar.

Thomas sintió el calor de los ojos de Emma por todo su cuerpo, de la cabeza a los pies. No se atrevía a mirarla.

—Yo creo que es por tu aspecto —dijo con suavidad—. Al principio puedes parecer peligroso: el golpe de tu nariz, el bizqueo, la cicatriz, el hecho de que no sonrías mucho... y de que eres tan... grande.

El ambiente del interior del coche era cada vez más espeso mientras Thomas esperaba a que terminara su observación.

—Pero tus ojos pueden ser muy expresivos cuando quieres, incluso comprensivos. Seguro que embaucas a la gente con tus ojos como has hecho conmigo.

¡Oh, sí, Dios existe!

Miró hacia ella esperando ver su sonrisa habitual, pero se encontró con una expresión de miedo en sus ojos.

—Lo que ocurrió el otro día en el porche fue algo casual, Thomas. Fue demasiado rápido, y de momento sólo puedo ser tu amiga y colaboradora. Vamos a centrarnos en ayudar a *Hairy* y resolver el asesinato de *Slick*. ¿Vale?

A él no le valía. Era una mierda.

Thomas estaba dispuesto a arriesgarse con ella. La quería. Quería estar con ella dentro y fuera de la cama. Le estremecía. Le hacía sentirse vivo.

—¿Cuánto tiempo es «de momento», Emma? —al coger la palanca de cambios se encontró con su mano, tan cálida, sedosa y pequeña en la suya. Con una intensa sensación de alivio sintió que le envolvía con sus dedos.

—No lo sé —susurró—. Depende de unas cuantas cosas, sobre todo de Leelee. No ha tenido una vida fácil, y no quiero que pase nada que pueda hacer que se sienta amenazada. ¿Lo entiendes?

—Claro —Thomas agarró su mano todo lo que pudo, pero tuvo que soltarla para cambiar de velocidad.

—Gracias —Emma se puso derecha en el asiento, cruzó las manos sobre su regazo y susurró—: Pero eso no significa que no me gustara, Thomas.

Él giró la cabeza más deprisa que Michelle Kwan haciendo un triple.

—Sí. Ya me di cuenta de que te gustó.

El rubor que le subió por la garganta hasta las mejillas fue sencillamente adorable. Justo entonces llegaron al aparcamiento de Wit's End, y la tímida sonrisa de Emma hizo que se le pusiera un nudo en el estómago.

—¿Por qué no vienes con *Hairy* a cenar a casa esta noche? Luego podemos preparar unas cuantas pruebas y quizá mover un poco el esqueleto antes de que te vayas a trabajar.

Thomas asintió. El plan no estaba mal, pero ya se había imaginado cuál era el verdadero propósito de la reunión.

—¿Es la presentación del «posible nuevo novio» en casa de los Jenkins?

Cuando terminaron de reírse Emma le tocó otra vez la mano y le dio un apretón amistoso.

—Tengo que advertirte que Leelee no te lo va a poner fácil: No esperes una gran bienvenida.

Thomas asintió, se llevó la mano a los labios y le dio un suave beso en los nudillos.

—Entonces, seré encantador.

Emma salió del coche y se asomó por la ventanilla abierta.

—Por cierto, no estaría mal que vinieras bien vestido. ¿Tienes un traje blanco de poliéster acampanado?

Leelee vio desde la ventana de su habitación que Thomas llegaba con cinco minutos de antelación. Era patético. Pero tenía que reconocer que conducía un coche fantástico con una pegatina en el parabrisas que la hizo reír. Así que quizá pudiera soportarle un rato.

Cuando salió del asiento delantero y se estiró parecía que medía tres metros y medio.

En las manos llevaba un ramo de margaritas atado con un largo lazo amarillo. Dios mío. El pobre hombre necesitaba un poco de ayuda en cuestión de regalos.

Además esas flores eran un poco infantiles para Emma. Le iban mejor las rosas rojas.

Iba bien vestido para ser un tipo de Baltimore, con unos pantalones negros y una camisa de color berenjena que parecía cara. Incluso tenía un aspecto urbano, aunque no sabía para qué se había molestado en ir al campo.

Cuando estaba a punto de darse la vuelta vio algo pequeño que salía del coche. ¡*Hairy!* Emma le había contado que bailaba música disco, y le parecía fantástico. ¡Y estaba allí!

Leelee bajó corriendo las escaleras justo a tiempo para abrir la puerta, furiosa consigo misma porque estaba pensando aún en su plan para esa noche. ¡Había tantas formas posibles de espantarlo!

Su primera opción era el plan *punky*. Podría haberse teñido el pelo de azul y haberse puesto tatuajes temporales en los brazos y un aro falso en la nariz. Pero Emma y Beckett se habrían partido de risa, así que lo descartó.

Luego estaba la opción del trato silencioso, en el que podría mirarlo mal y negarse a hablar con él mientras sonreía a los demás. Pero a Emma no le gustaría nada, y prefería evitar otro sermón sobre el respeto.

También había considerado el número de la pobre huérfana, en el que se colgaría de él y le daría las gracias por estar dispuesto a ser su padre. Estaba segura de que con eso saldría corriendo por la puerta, pero no tenía cojones para hacerlo.

Sólo le quedaba ser ella misma. Sabía que era un poco soso, pero era demasiado tarde para hacer otra cosa. Ya estaba en la puerta con sus vaqueros remangados, sus Dr. Martens y un top elástico de Old Navy con una gran mariposa púrpura. Llevaba el pelo recogido con un gancho, y tenía la mano en el viejo pomo de bronce. Abrió la puerta.

¡Vaya!

—¿Leelee?

Se dobló un poco por la cintura y miró hacia abajo para sonreírle. ¡Era tan grande!

—Soy Thomas. Encantado de conocerte.

—Sí, ya. Pasa si quieres. —Dios mío. Con un bigote se parecería a ese médico tan atractivo de *Friends*.

Cuando Emma se asomó por la puerta de la cocina Leelee intentó que saliera.

—Espera, por favor.

Entonces sintió una mano grande en el hombro, y al darse la vuelta vio que Thomas Tobin le estaba dando las flores, como si fuese la criada.

—Las pondré en un jarrón para Emma.

—Son para ti, Elizabeth —dijo sonriendo. Leelee sintió que se le salían los ojos, pero no sabía si era porque nunca le habían regalado flores o porque acababa de ver sus hoyuelos.

—¿De verdad? —sonaba como una perdedora—. Vale. Gracias —luego fue corriendo a la cocina porque se sentía muy avergonzada y no quería que supiera que

estaba sonriendo como una idiota. Además, no le apetecía ver cómo se besaban otra vez.

¿Pero qué hacía ella detrás de la puerta de la cocina espiándoles?

—Hola, Emma —dijo Thomas. Emma estaba allí sonriendo como si quisiera saltar a sus brazos; y Leelee pensó que iba a vomitar.

—Hola. ¿Listo para bailar toda la noche? —preguntó Emma.

—Soy como una máquina. Ya verás —respondió Thomas.

Leelee puso los ojos en blanco. Menudo rollo.

Luego —qué decepción— Thomas Lengualarga se inclinó y le dio a Emma un pequeño beso en la mejilla, y Emma sonrió, pero no ocurrió nada húmedo entre ellos, no hubo ningún intercambio de fluidos.

Emma le agarró del brazo y fue con él a la sala de estar.

—Tengo una noticia muy interesante para ti sobre Scott Slick, ¿o debería decir Simon Slickowski de Smyrna, Delaware, que el año pasado fue campeón de la categoría de música disco de la Asociación Internacional de Baile Canino?

Leelee empezó a reírse. Emma había dicho que Thomas se quedaría sin habla con lo que había averiguado esa tarde, y tenía razón. Se quedó mirándola con la boca abierta.

—¿Qué diablos...? —dijo mientras desaparecían por el arco.

Hola, Ojos Brillantes.

Al sentir un roce en el tobillo Leelee lanzó un chillido. El perro bailarín saltó a sus brazos, ¡y con una buena luz era aún más feo! Estaba desnudo donde se suponía que un perro normal tenía pelo, y su piel daba un poco de grima. Se echó a reír. No podía evitarlo. ¡Era tan guay!

—Pondré tus flores en agua —dijo Beckett, que ahora estaba detrás de ella mirando al perro—. Hemos visto chuchos atropellados con mejor aspecto en la carretera, ¿verdad, Lee?

Eh, Hombre de la Tele, al menos yo tengo cuatro patas e intento controlar los olores ofensivos; no es nada personal, Ray.

Leelee le dio las flores y miró a la criatura que tenía en sus brazos.

—Oh, Beck. Es lo mejor que he visto desde que me fui de L. A. —le rascó al perro detrás de las orejas.

Tú tampoco eres tan mala, Ojos Brillantes. Espera... un poco a la izquierda... eso es. Ahora más fuerte. Oh, sí...

Parecía que Thomas y *Hairy* habían estado siempre allí.

Hairy estaba como en su casa en el regazo de Leelee, con los ojos cerrados en éxtasis mientras le acariciaba la cabeza. Las margaritas de Leelee estaban en la mesa delante de ella en un lugar de honor.

Thomas parecía encajar en esa vieja casa. Cuando se levantaba estaba en perfecta escala con los techos de tres metros de altura, con unos brazos y unos hombros tan fuertes y básicos como las gruesas molduras de la sala de estar. Y cuando estaba sentado, como ahora en una silla junto a Beckett, parecía relajado y cómodo con su derecho a estar allí.

Emma escuchó mientras los dos hombres se reían y hablaban de todo, desde baloncesto femenino profesional hasta sus diálogos favoritos de Monty Python. La última luz del día entraba por las ventanas con una agradable brisa. Las cortinas blancas ondulaban. El pequeño grupo estaba envuelto en un halo dorado.

Luego Emma contuvo la respiración; de algún modo la bonita escena que tenía delante se convirtió en algo más, en uno de esos momentos imposibles en los que el tiempo se queda suspendido, el aire se detiene y se revelan la magia y el amor oculto.

Thomas eligió ese instante para volverse hacia ella mientras se reía de algo que acababa de decir Beckett, y sus ojos grises se clavaron en los suyos de un modo especial. Aunque su risa desapareció, quedó una leve sonrisa, que indicaba que él también lo sentía. Y el corazón de Emma se tranquilizó.

Lo sabría al instante...

Después de hacerle un pequeño gesto se volvió de nuevo hacia su padre, y ella se dio cuenta de que en todos los años que había estado con Aaron nunca había parecido encajar allí. Siempre estaba preocupado, ansioso, mirando el reloj.

Beckett solía comentar que Aaron estaría mejor en cualquier otro lugar del planeta que en esa granja, y Emma sabía que tenía razón.

¿Pero cómo era posible que Thomas Tobin —un hombre que apenas conocía— pareciese encajar tan bien en su casa, en su vida?

¿Y qué iba a hacer al respecto?

Emma sabía que todo iría bien si confiaba en sus instintos. Al mirar hacia atrás en su vida era consciente de que en todos los casos su respuesta instintiva había sido la más correcta. Que decidiera prestarle atención era otra cosa. Y los problemas empezaban siempre cuando dejaba que su mente controlara sus instintos.

¿A cuál de los dos escucharía esa noche?

Su cabeza le decía que podía haber desprendimientos y curvas muy cerradas, y que debía recordar que los puentes se hielan antes que las carreteras.

Pero en ese momento dorado —cuando Thomas la miró, cuando le sonrió, cuando le vio sentado entre su padre y su hija— su instinto le estaba diciendo que a la vuelta de la siguiente curva había algo maravilloso. Que no pasaba nada porque fuera un poco más deprisa que de costumbre. Que estaría segura.

Emma se volvió al sentir en ella los ojos de Leelee, que estaba sonriendo.

—¡Eh! —dijo Leelee—. Has dicho que íbamos a bailar hasta que no pudiésemos más.

Hairy movió la cabeza y bostezó.

—Tienes razón —Emma se levantó de un salto, fue al armario donde estaban la televisión y el estéreo y miró por encima del hombro—. ¿Qué ponemos antes, los Bee Gees o Donna Summer?

—¡Los Bee Gees! —gritó Leelee saltando del sofá con *Hairy* debajo del brazo.

En unos minutos Thomas y Beckett habían apartado los muebles a los lados de la sala, Emma tenía la música preparada y Leelee había puesto a *Hairy* en el centro de la alfombra. Entonces todos le miraron, y empezó a temblar.

—¿Tú crees que recordará cómo se baila? —preguntó Leelee.

—Por supuesto —Emma sonrió al ver las caras expectantes—. Si *Hairy* es quien creo que es, vamos a ver un buen espectáculo.

Se agachó y le tocó la cara asustada.

—No pasa nada, pequeño. Sólo queremos divertirnos un poco. Enséñanos lo que sabes.

Luego se levantó y le dio al *PLAY*, y la habitación vibró con lo que siempre había considerado la banda sonora de su infancia: los agudos lamentos de los hermanos Gibb.

—¡Dios mío! —exclamó Leelee.

—Dejadle más sitio —dijo Beckett empujando a todo el mundo hacia atrás como un policía en el escenario de un accidente.

Thomas se acercó a Emma y le cogió la mano temblando de risa.

—Ahora lo he visto todo oficialmente —le dijo al oído.

A Emma le impresionaron varias cosas. En primer lugar que *Hairy* era probablemente el perro más ágil que había visto nunca. Acababa de dar una vuelta con un tirabuzón perfecto. Podía girar sobre sus patas traseras. Mantenía el ritmo mientras giraba y saltaba y hacía cortes bien marcados sobre la alfombra.

Lo segundo que le impresionó a Emma es que, a pesar de que sabía que era imposible, habría jurado que el maldito perro estaba sonriendo.

Sus fuertes ladridos le sacaron del trance.

—¿Qué quiere? —Leelee estaba dando saltos sin saber qué hacer—. ¿Por qué me está ladrando?

—Me parece que quiere bailar contigo —gritó Thomas sobre el ruido de la música.

—¿Sí? ¡Es genial!

Thomas apretó la mano de Emma y luego le puso un brazo alrededor del hombro para sujetarla; en realidad se sujetaban el uno al otro, porque se estaban riendo tanto que apenas se tenían de pie.

Hairy imitaba todo lo que hacía Leelee. Si giraba a la izquierda, él también. Si hacía un poco de chachachá, él también. Si saltaba, él también saltaba.

—Voy a mearme de risa —dijo Emma.

—He oído que para eso funciona muy bien una compresa metida dentro de un calcetín —le susurró Thomas al oído.

—¡Tengo que ir a buscar la cámara de vídeo! —Beckett salió corriendo de la habitación—. ¡Esto no se lo van a creer en el Moose!

Thomas estaba a punto de darse por vencido.

—Leelee, no estoy seguro de que exista la palabra *vero* —Beckett cogió el diccionario que estaba en el suelo.

La niña apoyó la barbilla en las manos y miró a Thomas con los ojos arrugados mientras le sonreía.

—¿Qué dices? ¿Vas a retarme, Tobin? —él suspiró, se reclinó en la silla y entrelazó los dedos sobre su regazo. Llevaban una hora jugando mano a mano, sólo les quedaban las letras X y Q y en el tablero del Scrabble no había ningún sitio para ponerlas.

—No. Me duele la cabeza, Lee. Tú ganas.

—De todas formas voy a mirarlo, porque a veces es un poco granuja.

—¡Beck! —Leelee parecía ofendida.

—Por todos los santos, aquí está... «Piel de marta cebellina». ¿Cómo diablos sabías eso, Lee?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que es porque leo mucho.

—Buena partida, jovencita —Thomas extendió el brazo sobre el tablero lleno de letras para estrecharle la mano, que en su palma le pareció pequeña y suave—. ¿Qué tipo de cosas te gusta leer?

—No sé... biografías. Historia. Aventuras. Ciencia ficción. Las novelas románticas que aprueba Emma —Leelee le lanzó una mirada rápida—. Casi todo.

—¿Tienes algún autor favorito?

—Claro. J. R. R. Tolkien, Barbara Kingsolver, Judy Blume. Pero Emma me quitó todas las novelas de Tom Robbins cuando vine de L. A.

No pudo evitar sonreír. ¿Quién dejaba a una niña de doce años leer a Tom Robbins? Probablemente estuvo bien que Emma entrara en escena cuando lo hizo.

—¿Y la música? ¿Qué tipo de música te gusta?

Leelee se acurrucó de nuevo en el sofá con *Hairy* en su regazo y le acarició las orejas.

—¿Has oído alguna vez a los Backstreet Boys?

Suponía que era bueno que Leelee fuera normal en cierto sentido.

—Por supuesto —dijo intentando mostrar entusiasmo.

—Pues estoy enamorada de todos, hasta de los casados —suspiró—. Pero mamá solía escuchar otras cosas que también me gustan. *Reggae* y *ska*. Música alternativa. *Blues* de Texas. *Jazz*. ¿Sabías que Emma y ella estaban juntas en una banda cuando eran adolescentes?

Thomas vio cómo se ruborizaba Emma mientras se levantaba a toda prisa para recoger los vasos.

—Déjame eso a mí, cariño —Beckett le cogió los vasos y de repente Emma se quedó delante de Thomas muerta de vergüenza sin nada que hacer.

—¿En serio? —preguntó él.

—Sí —dijo Leelee—. Eran una pasada.

Emma se encogió de hombros.

—Me temo que es verdad.

—Tenemos algunas cintas de vídeo de sus conciertos si quieres ver...

—Es hora de ir a la cama, Lee —Emma apartó a *Hairy* y levantó a Leelee del sofá.

—¡Pero mañana no tengo clase! —protestó Leelee mientras Emma la empujaba hacia las escaleras.

—Buenas noches, cielo —Emma le dio un beso en la mejilla.

—¡Espera! —Leelee volvió corriendo hacia Thomas y le miró con expectación—. Te propongo un trato. Si me dejas a *Hairy* el fin de semana me iré ahora a la cama —por su cara se extendió una sonrisa traviesa, y en ese instante le recordó a Pam; excepto por el color de sus ojos podía ser hija de Pam. O suya.

—Si a Emma le parece bien —al mirar a *Hairy* sintió una extraña punzada de celos; iba a echarle de menos—. Pero tienes que dejarle salir bastante a menudo si no quieres estar todo el día limpiando. Y querrá dormir contigo en la cama. Si no, tiene frío y se siente solo.

—¡Claro! ¡Es estupendo! —Leelee cogió a *Hairy* y salió corriendo a la calle con él. Emma se volvió hacia Thomas con una sonrisa torcida.

—Te parece bien, ¿verdad?

—¿Por qué no? —Emma levantó los brazos en un gesto de rendición.

—Espera —Thomas rebuscó en el bolsillo de sus pantalones—. Si necesitas llevarlo cuando yo no esté, aquí tienes una llave de mi casa. Déjale en la jaula sin más.

Emma aceptó la llave mientras Beckett salía de la cocina y le daba a Thomas una palmadita amistosa en el hombro antes de retirarse. Leelee entró corriendo en casa y empezó a subir las escaleras, pero se detuvo a mitad de camino y se apoyó en la pulida barandilla de roble.

—Gracias, Thomas —sus ojos de color caramelo bailaban con la luz del vestíbulo—. Pensaba que serías un muermo, pero eres un tío guay. ¿Podrías enseñarme a conducir tu coche algún día?

Thomas no sabía si había oído bien.

—¿Quieres conducir mi coche? Pero si sólo tienes doce años.

—Sólo por el camino. Es el coche más chulo que he visto desde que vine a Maryland.

Él no pudo evitar una leve sonrisa.

—Ya veremos.

Después de sonreírle se fue.

Thomas se quedó en el vestíbulo junto a Emma con las manos metidas en los bolsillos y una extraña sensación de placer extendiéndose por todo su cuerpo. Ella estaba mirándole y moviendo la cabeza.

—¿Qué?

—Asombroso.

—¿El qué?

Ella parpadeó antes de reírse.

—Todo, Thomas. Todo es asombroso.

—¿Te sientas conmigo un minuto? —le cogió la mano y fue con ella al sofá. Después de sentarse a su lado pasó un brazo por sus hombros y suspiró—. Lo he hecho bastante bien, ¿verdad?

Emma resopló y movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Quieres saber cómo te llama? —él dobló el cuello para mirarla.

—No estoy seguro...

—Thomas Lengualarga.

—Vaya.

—Le dije que era una falta de respeto.

—Gracias por defender mi honor.

Estuvieron un rato allí sentados en silencio. Thomas se sentía más cómodo y relajado de lo que podía recordar. Ella se acercó un poco más.

—He pasado la prueba, ¿no?

Emma se apartó de él para mirarle bien.

—Thomas, Leelee y tú sois como dos gotas de agua. Espera. Eso me recuerda... —de repente desapareció y se le cayó el brazo sobre los cojines del sofá.

Luego se sentó sobre sus talones mientras buscaba algo en la parte de abajo de las estanterías, y Thomas tuvo que mirar hacia otro lado. Había conseguido pasar toda la noche sin ningún pensamiento lascivo —vale, era una exageración—, pero lo había hecho bastante bien y no quería estropearlo ahora.

Emma volvió al sofá con una página marcada en un álbum de fotos. Pero en vez de abrirlo le miró con ojos vacilantes.

—Esta pregunta va a ser un poco rara, y puede que te enfades, pero bueno, Becca...

—¿No era la madre más concienzuda del mundo?

Emma lo negó con tristeza.

—No hay ninguna forma educada de preguntarte esto, Thomas. Verás, Leelee no sabe quién es su padre, y os parecéis tanto que tengo que saberlo —entonces abrió el libro y clavó el dedo en la página—. ¿Te acostaste alguna vez con ella?

El álbum cayó sobre su regazo de golpe, y al mirar hacia abajo vio una foto en color de dos guapas mujeres. Una de ellas era Emma, con la cara alegre y el viento

echándole el pelo hacia atrás mientras se reía. La otra debía ser Becca.

Y Becca era muy atractiva. Como una estrella de cine. Como un ángel. Pero no la había visto nunca.

—¿Cuántos años teníais aquí? —se dio cuenta de que estaba trazando con su dedo la silueta del rostro de Emma en la fotografía.

—Veinticinco. Yo estaba en la escuela veterinaria, y fui a verla a L. A. Leelee tendría unos tres años.

Thomas levantó la vista de la foto y miró a Emma, que estaba esperando su respuesta, conteniendo la respiración, con ese pequeño surco entre las cejas.

—Nunca me acosté con la madre de Leelee —dijo viendo cómo cerraba los ojos aliviada.

—Siento haber tenido que preguntártelo —susurró.

—No me acuesto con cualquiera, Emma. Mi última relación duró cuatro años. He tenido uno o dos encuentros breves, pero me acuerdo de todos ellos y estoy completamente seguro de que no tengo ningún hijo desconocido por ahí.

—Lo siento.

—No te preocupes —cerró el álbum y se lo devolvió—. Tengo que irme. Tengo que llamar a Reg Massey de camino a Hancock; es la detective que lleva el caso de Slick. ¿Dónde has puesto...?

Emma le dio un montón de hojas impresas —con todo lo que había averiguado sobre Simon Slickowski, el rey del baile canino— y le acompañó a la puerta.

—Gracias por una noche maravillosa, Emma —Thomas tenía la sensación de que se le olvidaba algo, y entonces recordó que *Hairy* iba a pasar el fin de semana con Leelee.

—Estás enfadado conmigo.

Emma tenía la cabeza agachada, y sin pensarlo puso los dedos en su barbilla y le levantó la cara.

—No lo estoy, porque tienes razón, Emma. Se parece a mí. De hecho es como Pam a su edad. Es muy raro, y mentiría si dijera que no me he preguntado lo mismo durante un segundo. Pero no soy su padre. No me acosté con Becca Weaverton. Creo que me acordaría.

—Supongo que sí.

Thomas le acarició la cara con ternura.

—Seguro que volvíais locos a los chicos.

Emma resopló.

—Becca sí. Yo sólo iba con ella.

Thomas le sonrió. Emma la de los suéteres grandes no sabía realmente lo guapa que era. Se acercó un poco más.

—Bueno, a mí me vuelves loco, Emma Jenkins. Pero supongo que tendré que aprender a vivir con eso «de momento».

Le dio un beso en la mejilla y se marchó.

Capítulo 13

El empujón

El tipo que acababa de entrar en el bar debía ser Tom; parecía un auténtico hijo de perra.

La prostituta dijo que era un tipo grande que había recibido unos cuantos puñetazos. Y ese hombre encajaba en la descripción. Aaron vio cómo recorría el local con la mirada hasta que sus ojos se detuvieron en él. Y con un leve asentimiento fue hacia su mesa.

Tom no tenía aspecto de científico espacial, pero parecía lo bastante cruel para hacer lo que había que hacer; lo que él no quería hacer por sí mismo.

—Buenas noches, Larry —el asesino a sueldo se sentó en el reservado.

—¿Tom?

—Ése es mi nombre.

El asesino se recostó en el asiento como si estuviese aburrido. Era evidente que no iba a empezar aquella conversación.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo este tipo de trabajo? —preguntó Aaron.

—El suficiente —dijo el asesino.

—¿Te han pillado alguna vez?

Tom parpadeó.

—No, Larry. Si me hubieran pillado estaría en la cárcel.

—Claro. ¿Qué quieres tomar?

—Tomaré una *Bud*.

Aaron se levantó y pidió una botella de *Budweiser* para el asesino a sueldo. Para él nada más; necesitaba estar despejado.

Cuando se metió la mano en el bolsillo se dio cuenta de que estaba temblando. Dios mío. Iba a hacerlo realmente. Iba a pagar a alguien para matar a Emma.

¡Si le hubiera dado el dinero! ¡Si le hubiera escuchado!

—Aquí tienes —Aaron intentó mantener la voz firme.

—Cuéntame, Larry —el asesino bebió un trago y contuvo un eructo—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Aaron le miró. Parecía hastiado de todo aquello, pero suponía que para él era algo normal. Sin embargo no tenía una expresión relajada. Su mirada era intensa y profunda.

—Es mi ex mujer —consiguió decir Aaron—. Vale una pequeña fortuna.

—¿Sí? ¿Cómo es eso?

—Un seguro de vida.

Tom frunció el ceño.

—¿Sigues siendo el beneficiario?

—Sí. Decidimos mantener la póliza durante dos años para asegurarnos de que uno de nuestros... negocios saliera a flote si pasaba algo.

El asesino se inclinó hacia delante, enderezó la visera de su gorra y bostezó.

—¿A qué te dedicas?

Aaron dio un pequeño respingo. Tom estaba haciendo muchas preguntas. Como un policía.

—Mi trabajo no es importante.

Tom se encogió de hombros.

—¿Y qué puedo hacer por ti?

—Me parece que es evidente.

El asesino a sueldo sonrió.

—Mira, Larry. Soy un hombre ocupado. ¿Necesitas que te eche una mano con algo? Muy bien. ¿Has cambiado de opinión? Estupendo. Pero tengo mejores cosas que hacer que estar aquí sentado perdiendo el tiempo contigo —se levantó para marcharse.

—Espera.

El asesino se inclinó sobre él con un aspecto siniestro. Era perfecto para el trabajo. Aaron no podía arriesgarse a buscar a otra persona. Se había puesto un poco paranoico. Pero ya que había llegado hasta allí...

—Espera un minuto, ¿vale?

—¿Estás listo para negociar?

—¡Oh, Dios! —dijo Aaron—. No tengo otra elección.

Thomas no se fiaba del tipo. No es que se fiara de ningún sospechoso, pero ése estaba disparando todas sus alarmas.

Tenía un aspecto normal y llevaba una barba de una semana, pero sus ojos azules brillaban con una inteligencia maliciosa. Hablaba como alguien con educación universitaria. Era un hombre más bien bajito, pero se veía que estaba acostumbrado a tener una posición de autoridad.

Mientras Larry iba a la barra, Thomas echó un vistazo a su ropa para ver si llevaba algo escondido. No vio nada extraño.

Cuando Thomas se estiró y dijo «Que empiece la fiesta» sabía que cualquiera pensaría que estaba hablando solo, pero en realidad estaba haciendo otra prueba de sonido.

Esa noche estaba en la barra Chick, que le hizo a Thomas un pequeño gesto para indicar que todos estaban en su sitio. Thomas revisó mentalmente dónde estaban situados los demás. Manny y dos técnicos estaban en la calle en la furgoneta de

vigilancia electrónica. Paulie estaba solo en el siguiente reservado con la cabeza inclinada sobre una cerveza, como la mayoría de los parroquianos del local.

Para la campaña de esa noche habían contado con cuatro policías de otros departamentos. Dos de ellos —incluida la única mujer del equipo— estaban en una mesa cerca de la entrada. Otro estaba fuera junto a la puerta de la cocina, y otro en el aparcamiento de la parte delantera.

Todos los miembros del equipo iban armados y con micrófonos. En la furgoneta Manny podía ver y oírlo todo. El único que estaba desarmado, como siempre, era Thomas, porque al estar cara a cara con el sospechoso era mejor no correr riesgos.

Para cuando Larry volvió al reservado y empezó el tira y afloja con Thomas, éste ya había decidido que no era un cliente habitual de la taberna. Los de investigación habían averiguado que sólo había estado allí unas cuantas veces, y nadie en el bar sabía su apellido, qué coche conducía o dónde vivía. Y en los cuatro días que habían vigilado el establecimiento no había pasado por allí ni una sola vez.

A Thomas no le gustaba nada cómo olía aquello. Decidió darle otra oportunidad. Si no mordía el anzuelo sacaría a su gente de allí inmediatamente.

Se levantó para marcharse, y funcionó.

—La odio —dijo Larry en cuanto Thomas volvió a sentarse—. Fue todo culpa suya. El divorcio.

Por fin estaban llegando a alguna parte.

—Era perfecta. ¿Has conocido alguna vez a alguien perfecto? —miró a Thomas con los ojos llorosos—. ¿Sabes lo agobiante que era estar casado con una persona tan buena todo el tiempo?

Era una queja que no había oído nunca.

—No puedo decirte que sí, Larry.

Larry movió la cabeza de un lado a otro.

—No lo soportaba más. Estaba todo el tiempo encima de mí por cualquier cosa, como si no pudiera fiarse de mí. Luego se divorció y se lo llevó todo. Me arruinó la vida.

—¿Cuánto vale?

Larry levantó los ojos.

—Doscientos cincuenta mil si es un accidente —se rió con amargura antes de hacer una mueca—. ¿Cuánto de eso te pertenece a ti, Tom?

—Ni un centavo, Larry —Thomas sonrió—. Cobro por adelantado. De hecho, cuando esto se acabe no me importa lo que ocurra contigo o con el dinero de tu seguro. Ni siquiera te conozco.

Larry le devolvió la sonrisa, y Thomas vio que tenía unos dientes relucientes y bien alineados detrás de esa barba irregular.

—Me parece bien —dijo Larry—. Entonces, ¿cuánto?

—Depende de lo que tengas y qué tipo de trabajo quieras. ¿Por qué no empezamos por lo más básico: su nombre, cómo puedo encontrarla y qué quieres que

haga?

A Larry se le cayó la cara. Apretó las manos con fuerza sobre la mesa, pero le seguían temblando.

—No me digas nada, ¿vale? —cuando miró hacia arriba sus extraños ojos azules estaban llenos de lágrimas—. No quiero tener ninguna imagen en mi cabeza que me vuelva loco el resto de mi vida. Sólo necesito el dinero. Eso es todo.

Luego apoyó la cara en las manos y se echó a llorar.

Thomas esperó intentando mostrarse desinteresado mientras su pecho estaba cada vez más tenso. Aún no tenía lo que necesitaba: el nombre de la víctima, instrucciones explícitas para cometer un crimen, un pago. Además, Larry había llevado la cerveza a la mesa con una servilleta de papel, como si no quisiera dejar huellas.

Thomas se dio cuenta de que podría ser demasiado inteligente —y cauto— para incriminarse.

—Tengo que ir al baño —Larry se levantó y fue hacia el servicio de caballeros.

—El sospechoso se está moviendo —dijo Thomas en voz alta viendo ya que uno de los policías se alejaba de la máquina de discos con Paulie detrás de sus talones.

Todo fue muy rápido.

El policía que estaba fuera de la cocina dejó su puesto y entró en el bar con la intención de controlar mejor al sospechoso.

Pero Larry no había entrado en el servicio de caballeros. Había entrado en el de señoras y se había escapado por la ventana.

Poco después Thomas estaba en un pequeño bosque detrás del vertedero de basura con Paulie y Chick, quitándose ramitas de su camisa de franela.

—¿Cómo ha podido saberlo? —preguntó Chick.

—No estoy seguro —dijo Thomas mirando a su alrededor en la oscuridad. Había huido a pie, probablemente a un coche aparcado lejos de allí. El equipo estaba fuera buscándole, pero Thomas no tenía ninguna esperanza.

La habían cagado. No había nada más que decir.

—No ha sido una operación brillante, caballeros —dijo Thomas.

—No hemos conseguido nada, ¿verdad? —preguntó Paulie.

—No —de hecho, ni siquiera sabían el verdadero nombre de Larry.

Thomas apartó las zarzas y fue hacia el aparcamiento.

—Y os diré que estoy un poco preocupado por su exmujer, quienquiera que sea.

—¿Cómo está la doctora Dolittle? —Regina siguió mirando la carretera con una actitud aparentemente casual, pero no podía engañar a Thomas. Quería saber más detalles.

—Está bien —miró por la ventanilla del copiloto hacia la zona industrial del norte de Maryland.

—Ya veo.

Iban a echar un vistazo a la vida de Simon Slickowski, alias Scott Slick. Gracias a lo que había averiguado Emma, Regina había conseguido encajar las piezas con

facilidad. En resumidas cuentas, Slick llevaba una doble vida. Su primera residencia estaba en un parque de caravanas en Delaware. Todo lo que tenía y todo lo que hacía —desde el registro de su coche hasta sus tarjetas de crédito— estaba a nombre de su difunta madre. En Baltimore era Scott Slick, el corredor de apuestas. En Delaware era Simon Slickowski, el hijo de Vernelle, un hombre tranquilo que trabajaba a media jornada en un videoclub y tenía un perro feo que bailaba.

En la cuenta corriente de Vernelle Slickowski había casi un millón de dólares.

Thomas suspiró. Era justo lo que necesitaba. Una prueba más de que no se podía confiar en nadie, de que nadie era quien afirmaba ser.

Excepto Emma quizá. La responsable, divertida y dulce Emma.

—Me gustaría conocerla —dijo Regina—. Para darle las gracias por ayudarnos.

—Claro.

Las cosas iban deprisa con ella, pero por alguna razón no le asustaba.

Había invitado a Emma, Leelee y Beckett a su partido de *rugby* del sábado, y luego a su casa para cenar con Pam, Rollo y los niños. No había decidido qué iba a cocinar, pero tenía que ser algo para lo que no hiciera falta la batidora.

El siguiente viernes había reservado mesa para dos en el Bayside Stella. Había llamado con suficiente antelación para conseguir una mesa fuera, y esperaba que se mantuviese el buen tiempo.

En definitiva, estaba haciendo todo lo posible para acelerar ese «de momento». Era paciente. Era caballeroso. Podía esperar hasta que estuviese preparada.

Siempre que no se le hiciera muy largo.

—Háblame de ella.

Thomas miró a Regina y frunció el ceño.

—¿De quién?

Ella se rió dando un golpe en el volante.

—Vamos, Tommy. No me tomes el pelo. ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos?

—Demasiado.

Ella se rió disimuladamente.

—Sé que ha habido unas cuantas mujeres en tu vida. Y Nina... Dios mío... te costó mucho darte cuenta.

Thomas suspiró.

—Gracias por no herir mis sentimientos, Reg.

—Cielo, sabes que Nina no era la mujer adecuada para ti. Necesitas una persona alegre que te equilibre. Necesitas una mujer a la que le guste divertirse y reírse, alguien que sepa quererte —inclinó la cabeza y le sonrió con dulzura—. Maldita sea, Tommy, Morticia y tú formabais la pareja más rancia que he visto en mi vida.

—Suéltalo todo, Reg. No pasa nada. Puedo aceptarlo.

Ella se rió un poco más.

—Dime. ¿Cómo es esa veterinaria? ¿Es todas esas cosas?

Thomas miró un momento a Regina mientras los cables eléctricos y los tanques de productos químicos pasaban por detrás de ella por la ventanilla.

—Es lo mejor, Reg —oyó el asombro en su propia voz—. Es lo mejor que me ha pasado nunca.

Una hora después Thomas estaba en la sala de la unidad 64 del Parque de Caravanas de Smyrna, comprendiendo por qué le había parecido que el apartamento de Baltimore de Slick estaba un poco vacío. Por lo visto utilizaba esa caravana como un gran cajón de sastre.

Una enorme vitrina ocupaba casi toda la pared revestida de madera, llena hasta el techo de recuerdos de los concursos de baile: trofeos, fotografías y medallas enmarcadas. Los armarios estaban atestados de todo tipo de correas, collares y accesorios para perros además de trajes caninos y humanos. En un pequeño armario estaba el historial médico de *Hairy*.

Un rápido vistazo reveló que *Hairy* tenía seis años, le habían castrado a los nueve meses y se lo habían comprado a un criador por 2500 dólares.

Increíble.

El resto del lugar indicaba que a Slick no le preocupaba mucho más. Había un sofá de pana rojo con el relleno esparcido por el suelo. En la minúscula cocina los platos sucios cubrían todas las superficies. El suelo estaba lleno de revistas, periódicos y platos de papel usados.

Pero su mejor hallazgo fue un sofisticado sistema informático en la habitación trasera con todos los detalles de su negocio de apuestas, que proporcionó a Regina miles de pistas en el homicidio de Slick.

—No había estado aquí desde que Vernelle murió hace dos años, y no sabía que Simon tenía así las cosas.

Maxine Barnhardt era la encargada de los alquileres del parque y la vecina de al lado de los Slickowski. En los diez minutos que pasaron desde que abrió la caravana a Thomas y Regina se tomó una Diet Coke y se fumó dos Marlboro sin filtro.

—¿Dice que tiene al perro en Baltimore con usted? —le preguntó a Thomas.

—Sí, señora.

—Bueno, si quiere puedo quedarme con él.

Thomas no pudo evitar reírse. Dos semanas antes se habría puesto de rodillas y le habría besado los pies en un arrebato de gratitud. Pero en dos semanas habían pasado muchas cosas.

—No, señora. Creo que ya hemos encontrado un hogar para él. Un sitio donde tiene otro perro con el que jugar y mucho espacio. Parece feliz allí.

Maxine dio una larga calada a su cigarrillo y se encogió de hombros.

—Es una pena. Siempre he pensado que *Hairy* era una monada. Sobre todo con su traje de duende.

Emma se sentía muy orgullosa de sí misma. Llevaba más de una hora sentada en la banda y no había comenzado aún a jadear o babear. Estaba manteniendo una agradable conversación con Pam —una persona encantadora— mientras Leelee jugaba con Petey, Jack y *Hairy* y Beckett charlaba con los jugadores y los entrenadores.

Emma rezó para que nadie viera que estaba sufriendo allí sentada en una silla plegable al sol, luchando contra un flujo incesante de imágenes, sensaciones y pensamientos lujuriosos. Rezó para que nadie se diera cuenta de que estaba tan frustrada sexualmente que tenía los ojos bizcos.

El día no había comenzado así. Al principio el espectáculo del partido la hizo reír. El *rugby* le pareció simplemente una pelota en movimiento impulsada por un montón de pantorrillas y muslos masculinos desnudos, todo ello con una banda sonora de gritos, gruñidos y maldiciones.

Después la sorprendió su fuerza, el choque de los cuerpos, la elegante violencia, la cruda emoción.

Era como el fútbol, pero mucho más carnal.

Debió hacerle a Pam cientos de preguntas: *¿Por qué se ha puesto Thomas cinta adhesiva negra alrededor de la cabeza?* Para no rozarse las orejas con las caderas y las piernas de los demás jugadores en la melée. *¿Qué es la melée?* Una especie de círculo para comenzar cada juego. *¿No te da miedo que le hagan daño a Rollo?* Ya le han hecho daño. A todos. Forma parte del juego.

Luego Thomas echó a correr por el campo gritando y señalando, con el número cinco en la parte posterior de su camiseta de algodón negra pegada a su espalda empapada de sudor, devorando el terreno con su cuerpo musculoso.

—¡Muy bien, Rollo! —gritó Pam cuando su marido cruzó la línea de meta.

Hubo una breve pausa, y Thomas se volvió hacia la banda con las manos en las caderas, el cuello lleno de sudor y respirando profundamente. Al ver a Emma sonrió.

Fue entonces cuando comenzaron los pensamientos lujuriosos, empezando con la potente idea de lamer el sudor de su cuerpo desnudo.

Un año sin un hombre era mucho tiempo. Y a Leelee parecía gustarle. En ese momento decidió seguir adelante.

Emma le saludó con los dedos, él también saludó, y luego movió la cabeza como si se sintiera avergonzado.

Cuando prosiguió el juego, Emma se dio cuenta de que Pam estaba mirándola, y le sonrió educadamente.

—Thomas dice que le has ayudado mucho en su investigación.

—No ha sido para tanto. Sólo averigüe quién era realmente la víctima y las cosas empezaron a encajar.

—¿Han detenido a alguien?

—Creo que aún no. Pero los registros informáticos de su casa de Delaware han proporcionado muchas pistas a la detective.

—Eso es estupendo.

Pam era una mujer escultural, con la piel bronceada y los mismos ojos grises que su hermano. Su pelo rubio ondulado tenía algunas canas casi imperceptibles, y lo llevaba echado hacia atrás con una diadema de carey.

—*Hairy* parece estar mucho mejor —dijo Pam.

Emma siguió la mirada de Pam hasta el perro, que estaba corriendo en círculos por la hierba con los calzoncillos anudados en la boca y los tres niños persiguiéndole.

—No sabes lo contenta que estoy con sus progresos —Emma miró de nuevo a Pam y asintió—. Se está soltando mucho, y cada día está menos ansioso. Yo creo que sólo necesitaba convencerse de que le quieren y está a salvo. En el fondo es muy especial.

Pam se atragantó un poco, y cogió la lata de soda que tenía en el suelo. Después de tomar un sorbo esbozó una gran sonrisa y le tocó a Emma en el brazo.

—Perdona, estamos hablando de *Hairy*, ¿verdad? No de mi hermano.

Las dos mujeres se quedaron un momento en silencio, evaluándose la una a la otra mientras el partido estallaba delante de ellas con un montón de gruñidos y los silbidos del árbitro. Emma fue la primera que se empezó a reír, luego Pam se unió a ella, y poco después se estaban riendo tanto que Emma pensó que iba a caerse de la silla plegable.

Los filetes parecían lo más fácil, y Thomas se alegró de tener de sobra, porque en algún punto entre el coche y la puerta principal Beckett se encontró con la señora Quatrocci y la invitó a cenar con ellos.

En realidad no podía decir que le importase. Desde el día que Pam la animó a cruzar su umbral había pasado unas cuantas veces con comida. Su cazuela de atún era como una cucharada del fondo del mar, pero tenía que reconocer que se estaba aficionando a sus pastelitos de frutas. Con helado estaban deliciosos.

Al ver a la señora Quatrocci coquetear descaradamente con Beckett, Thomas se dio cuenta de que probablemente se sentía sola. Y no se lo deseaba a nadie, porque él sabía muy bien lo que era la soledad.

Thomas dio la vuelta a los filetes, asombrado de que hubiera tanta vida a su alrededor. Leelee había llevado algunos CD de música disco de Slick, y los niños estaban bailando con *Hairy* en la sala de estar. Escuchó las risas adultas que salían por la ventana de la cocina, y sonrió con tristeza al pensar que su soledad había terminado el día que adquirió al pequeño mutante de tres kilos.

—Hola, Chico Rugby.

Se dio la vuelta sorprendido con las pinzas de la barbacoa en el aire.

—¡Eh, ten cuidado con eso! —a Emma se le iluminó la cara al reírse, y Thomas rectificó: su soledad terminó el día que conoció a esa mujer.

—Gracias por invitarnos hoy. Ha sido todo muy divertido.

En su mente, la idea de invitar a Emma incluía algo más que un partido de *rugby* y un filete.

—No hay de qué —respondió—. ¿Qué te ha parecido el partido?

Emma abrió bien los ojos.

—Bonito pasatiempo. Hace que el *hockey* sobre hielo parezca un juego de niños.

Él chasqueó las pinzas cerca de su nariz y ella retrocedió fingiendo que le asustaba.

—Ten cuidado, Thomas. Puede que esta vez yo también muerda.

Él sonrió dejando volar su imaginación. ¿Para qué iba a esperar? La cogería por la cintura, la estrecharía contra su cuerpo y le diría: «Ya basta de juegos, nena. Sabes que estás hecha para esto».

Esa idea le dejó los pulmones sin aire. Ya no había gravedad. Sólo la presión imaginaria de su suave cuerpo y ese intenso deseo.

Se miraron el uno al otro.

Y entonces imaginó que le rodeaba el cuello con sus dulces brazos, cerraba los ojos y le ofrecía esos labios carnosos para aplastarlos y lamerlos.

Luego oyó vagamente el ruido de las pinzas al caer al suelo.

Sería muy apasionado, y aunque sabía que no era el momento adecuado ni el lugar adecuado delante de tanta gente, no le importaba porque conseguiría lo que quería, lo que necesitaba desesperadamente: a Emma, la cálida y maravillosa Emma.

Le agarraría por ese culo que tenía, y ella se movería y se apretaría contra él como en el porche...

—¡Tío T! ¡Tío T! —al notar que le tiraban del bolsillo de los pantalones dejó de soñar despierto. Al mirar hacia abajo vio la cara emocionada de Petey, luego a la mujer sin aliento que estaba a unos metros fuera de su alcance, y se empezó a reír.

No, no quería volver a sentirse solo. Pero estaba deseando estar solo con Emma.

Capítulo 14

Campanillas

—Estás radiante, chica.

Velvet retrocedió, le dio unos toques con el dedo en la mejilla e hizo una última inspección del aspecto de Emma. Llevaba el vestido azul ajustado con el pequeño volante, las sandalias de tiras y unos pendientes de clip que Velvet le había pedido prestados a Obaasan. Incluso la había convencido para que se pintara un poco los labios con un brillo de color rosa que acentuaba su boca.

—Va a babear sobre ti.

Emma se rió.

—Por favor. Me babean todo el día, todos los días. Esto tiene que ser algo extraordinario. Puede que se quede con la boca abierta.

Velvet asintió.

—Espero que tenga el corazón fuerte. Es todo lo que tengo que decir.

Emma se volvió hacia el espejo de cuerpo entero de la parte posterior de la puerta de su despacho. Ahí estaba la noche del vestido azul, la noche que pensaba que nunca llegaría. Y con un pequeño ajuste a su escote sonrió al ver a Velvet en el espejo.

—Allá vamos.

—Otro hombre que va a caer.

—¿Y si no es así? —Emma giró sobre sus tacones de cinco centímetros, sintiéndose elegante y femenina justo antes de empezar a tambalearse. Velvet la agarró del codo.

—¿Y si me estoy imaginando todo esto? Puede que no le interese tanto como a mí. Últimamente ha estado tan... reservado. Ni siquiera ha intentado besarme desde esa noche en el porche. Sólo me mira.

—Porque le pediste que esperara, ¿no?

—Es cierto.

—Ha respetado tus deseos. Eso es bueno, Emma.

—Supongo que sí. ¿Pero si se ha enfriado desde entonces?

—Está a punto de entrar en calor —Velvet se acercó para ahuecar el pelo de Emma—. Esta noche estás muy atractiva. Fabulosa.

Emma arrugó la nariz y volvió a mirarse en el espejo.

—¿Sabes qué? Puede que tengas razón. Si esas palabras han estado relacionadas conmigo alguna vez, debe ser hoy.

Se rió ante esa reflexión y se dio la vuelta para mirarse por detrás.

—Me parece que esta noche estoy en mi punto culminante con este vestido. Nunca he estado tan guapa en mi vida y probablemente nunca volveré a estar así. Éste es el cenit de Emma Jenkins. Espero que te sientas honrada al presenciarlo.

Velvet gruñó.

—Lo digo en serio —se puso las manos en las caderas—. Tengo treinta y cuatro años. Y por lo que tengo entendido, a partir de ahora va todo cuesta abajo.

Se dio la vuelta —esta vez sin tambalearse— y cogió su pequeño bolso negro.

—Me voy. Ahora o nunca. Deséame suerte.

Velvet movió la cabeza de un lado a otro.

—No la necesitas, cielo.

La encargada llevó a Emma a la terraza, y sus ojos encontraron a Thomas inmediatamente.

Estaba sentado en una mesa cerca de la barandilla, mirando por encima del agua, con dos botellas de cerveza en el mantel de papel que tenía delante. Llevaba una camisa blanca con las mangas remangadas hasta los codos, unos pantalones caquis y unos mocasines de cuero marrón sin calcetines.

Tenía las piernas estiradas por debajo de la mesa y sus anchos hombros relajados, y estaba apoyado sobre los brazos marcando los tendones y los músculos del cuello. En cierto sentido parecía un poco vulnerable, tan grande y masculino pero humano al mismo tiempo. La hizo sonreír.

Cuando se volvió hacia ella un fuerte «¡Clin, clin, clin!» resonó en su mente. Sabía que era el sonido del premio gordo, como cuando los concursantes del *Precio Justo* ganaban el coche, el viaje y el dinero de un plumazo.

Un destello de sorpresa pareció ensanchar los ojos de Thomas, pero lo sustituyó inmediatamente por una mirada fría y serena. Cuando quería era capaz de mantener la cara impasible.

Entonces se levantó.

Ella se acercó un poco más mientras la conciencia se intensificaba con cada paso y dejaba una leve sensación de miedo al envolverla con su calor. El ruido de las campanillas quedó ahogado por el rugido de su sangre.

No podía recordar la última vez que había estado tan nerviosa y tan cohibida, e intentó centrarse en poner un pie delante del otro de la forma más elegante posible. Los ojos de Thomas no se apartaban de su cara, pero estaba segura de que los demás estaban mirándola de pies a cabeza y susurrando cosas como «¿Has visto a esa gorda con ese vestido azul tan obsceno?».

De repente se temió lo peor: se le podía romper una costura del vestido; se le podían salir las tetas del escote como los corchos de champán el día de Nochevieja. Era incapaz de hacerlo.

Pero ya estaba allí, ¿no?

La cara de Thomas seguía siendo inescrutable, aunque Emma pensó que podía haber movido un poco la mandíbula. No hubo sonrisa, ni boca abierta, ni babeo. Nada.

Se le cayó el alma a los pies. Había sido demasiado optimista. Puede que estuviera tan mal que sintiese vergüenza por ella, porque lo vieran en público con ella.

Cuando llegó a la mesa Thomas le rodeó el codo con una mano grande y cálida.

—Hola, Emma.

La ayudó a sentarse mientras ella intentaba plegar su ajustado cuerpo en el banco, lo cual no era tarea fácil. Para cuando se sentó estaba sin aliento, sudando, nerviosa y se sentía demasiado vestida; o medio desnuda, dependiendo de cómo decidiera mirarlo.

¿Por qué no se había puesto el conjunto negro que había elegido para la cita con el señor Sin Carnet, sencillo, cómodo y lo bastante oscuro para fundirse con el fondo?

Cerró los ojos mortificándose. *¿Por qué diablos me he puesto este vestido?*

¿Por qué diablos se ha puesto ese vestido?, se preguntó Thomas.

¿Quería verle llorar como un niño? ¿Quería ver cómo agonizaba hasta morir? ¿Le estaba sometiendo a una extraña y retorcida prueba femenina que estaba predestinado a fallar? ¿O había cambiado de opinión? ¿Había dejado a un lado el «de momento» para conquistarle? Porque era inconcebible que no supiera lo que estaba haciéndole —a él y a todos los demás hombres del restaurante— con ese vestido.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantenerse en su sitio cuando fue andando hacia la mesa, exponiéndolo todo al mismo tiempo: el fino cuello y los hombros cremosos, esos pechos increíbles, esas jugosas caderas, las piernas...

Tragó saliva. ¿Qué se suponía que debía decir? ¿Qué se suponía que debía hacer? Thomas sintió que le bajaba un hilo de sudor por el centro de la columna vertebral. Intentó no mirarla, pero siempre era débil en su presencia, como cualquier otro hombre bajo el hechizo de una hermosa mujer.

Así que mientras Emma se acomodaba la miró sin poder decir nada, consciente de que debía parecer uno de esos viejos personajes de dibujos animados que se transforma en un lobo con la mirada de una bella dama, con una larga lengua roja colgando a un lado de la boca y los ojos fuera de sus órbitas.

Cuando ella le miró fue un hombre muerto. Desde la tumba, con un gemido, preguntó:

—¿Tienes hambre?

—Sí. ¿Y tú?

Al sentir que le tiraba un lado de la boca supo que no podía contenerse.

—Yo siempre tengo hambre, Emma —dijo con voz de hombre muerto.

Emma arrastró sus ojos por todo su cuerpo: por esa cara de chico malo con la nariz rota, los fuertes hombros, la boca sensual...

—Bonito sitio —dijo ella.

—Es mi favorito —contestó él.

Estaban rodeados de risas, los graznidos de las gaviotas, el ruido de los platos y el chasquido de los mazos al romper el marisco. Eran sonidos festivos —veraniegos— que estaban a punto de desaparecer para dejar paso al invierno. Emma respiró profundamente y lo saboreó.

La terraza daba a una pequeña playa artificial a lo largo del muelle de Bayside. Allí había unas treinta personas apiñadas en mesas de pícnic, y otras quince sentadas en mesas con sombrillas en la estrecha franja de arena, rodeadas de palmeras trasplantadas y antorchas. La mezcla de un lugar bonito con una decoración vulgar era muy típica de Baltimore, y la hizo sonreír.

Al mirar alrededor vio la palabra Tobin garabateada a lápiz en el borde de la mesa cubierta de papel. Thomas debió llamar con antelación para reservar esa mesa y ahora estaba allí con él, en público, con su nombre escrito en letras grandes a la vista de todo el mundo. Y eso la hacía sentirse especial.

¿Pero por qué? Tenía un fuerte apego por su apellido y no adoptó el de Aaron cuando se casaron. De hecho, ni siquiera consideró la posibilidad de unirlos. Emma Jenkins-Kramer nunca le sonó bien.

¿Y Emma Jenkins-Tobin? Tenía una bonita cadencia. Era incluso familiar. Como si lo hubiera oído toda su vida.

Emma aspiró una bocanada de aire y empezó a toser.

Thomas le ofreció una botella de Corona con una rodaja de lima en la boca de vidrio.

—Aquí tienes. ¿Hacemos un brindis? —entrechocó su botella con la suya—. Por los consultores inteligentes.

—Por *Hairy*.

Thomas asintió levantando otra vez su botella.

—Por *Hairy*. Si no fuera por él dormiría solo todas las noches.

Inclinó su cerveza hacia atrás, y Emma vio cómo besaba con sus labios el borde de la botella, con la lengua metida en la abertura y los músculos de su garganta en tensión mientras tragaba.

¿Cuánto tiempo había pasado desde el beso escandaloso en el porche? Un par de semanas. O un nanosegundo. O varias vidas. La verdad era que se le había olvidado cómo funcionaba el tiempo.

—Pedí cuando llamé para reservar. Espero que no te importe.

Emma se sintió aliviada al hablar. Así podía mantener su mente ocupada.

—Déjame adivinar. ¿Cangrejos?

A su alrededor había pruebas de un consumo masivo de cangrejos: mesas con montones de cáscaras, cubos en el suelo desbordados de cáscaras, cuencos de mantequilla derretida, botellas o jarras vacías de cerveza, y sólo alguna cesta ocasional de panecillos o un cuenco de col o maíz. Ese lugar era sólo para auténticos expertos en cangrejos.

—Sí. Cangrejos —apartó rápidamente la vista.

Emma suspiró. Parecía que Thomas no iba a decir nada del vestido. La ventana de la oportunidad para hablar de su aspecto se había cerrado, y allí estaba sentado sin decir nada. Ni siquiera era capaz de mantener su mirada.

No le habría costado mucho. Con un simple «Qué guapa estás hoy» o «Bonito vestido» habría dado un triple salto mortal sobre la mesa.

Pero no dijo nada. Y eso lo decía todo, ¿no?

Su camarera llegó con una fuente enorme de cangrejos.

—Dos docenas —dijo poniéndola en el centro de la mesa de pícnic. Por detrás venía otra camarera con panecillos, mantequilla y un cuenco de col—. ¿Algo más?

—Gracias. Creo que lo tenemos todo —respondió Thomas con un gesto amistoso. Emma miró a la camarera por puro instinto femenino. Era una guapa pelirroja que no tendría más de diecinueve años, y estaba flirteando descaradamente con Thomas. Por lo visto no le importaba que casi tuviese edad para ser su padre. Emma observó cómo le sonreía.

—Si puedo hacer algo más por usted, hágamelo saber.

Emma resopló. *Muy bien*. Era lo único que podía hacer para no decir lo que estaba pensando. *Sobre mi cadáver, pequeña*. Pero entonces la camarera se dio la vuelta y fue moviendo sus estrechas caderas hasta la cocina.

Emma sintió los celos en el centro de su pecho y se quedó paralizada, sorprendida por su fuerza. Pero era normal que a las mujeres les pareciese atractivo. ¿No se acordaba de cómo había reaccionado ella el primer día?

Además, ¿qué más daba que las mujeres flirtearan con él? Ella y Thomas sólo eran colegas, ¿no? Nada más. No tenía ningún derecho sobre él. Ninguna esperanza.

Pero se había puesto el infame vestido azul para él. Y estaba dispuesta a sacarle los ojos a una adolescente por él.

¡Incluso se había puesto unos pendientes para él! ¡Y estaba pensando en unir su apellido al suyo! ¡Se estaba enamorando de él!

Emma apoyó la cabeza en la mano y se rascó la frente.

—Tengo un serio problema —dijo en voz alta.

Thomas se rió suavemente. Emma levantó la vista, segura de que había presenciado su dolorosa toma de conciencia. Pero ni siquiera estaba mirándola.

—Sí, tiene buena pinta, ¿verdad? —estaba contemplando la montaña roja de cangrejos humeantes sin ver nada más. Luego echó un vistazo sobre la fuente y le lanzó una sonrisa. Ella también sonrió mientras se enderezaba.

—¿Cuántos de estos puedes comer, Chico Rugby?

—Podría comérmelos todos —al mover la ceja bailó el punto y coma de su cicatriz—. Pero supongo que te dejaré unos pocos.

Pasaron la siguiente hora comiendo cangrejos, contando historias y riéndose. Thomas habló más de sí mismo que nunca, probablemente porque ya no tenía nada

que ocultarle. Habló de algunos de sus casos. Habló de su infancia, de que su madre se marchó cuando él tenía diez años y nunca la había vuelto a ver.

—Desde entonces ha estado casada varias veces. Lo último que hemos sabido de ella es que estaba en Italia, hace unos diez años.

—Lo siento —dijo Emma.

—Sí, bueno, fue una lección dura —fue su único comentario.

Luego contó cómo había presentado a Rollo y Pam una primavera y que había sido amor a primera vista. Cuando hablaba de Petey y Jack sus ojos brillaban.

Aunque la conversación era agradable a Emma le sorprendía cómo comía Thomas los crustáceos: los desmantelaba rápida y metódicamente, les daba un golpe fuerte con el mazo y tras unos hábiles movimientos de manos se los llevaba a la boca. Unos segundos después los restos limpios de un cangrejo se unían al montón de cáscaras al otro lado de la mesa; todo ello mientras hablaba.

Lo que le contó después explicaba su habilidad. Su abuelo era pescador en la Costa Este, y solía llevarle a pescar cuando era pequeño y en Chesapeake había muchos cangrejos.

—Le he preguntado antes al dueño, y la mitad de éstos no son de aquí; los traen de Texas y Louisiana —Thomas untó un cangrejo en la mantequilla derretida y se lo metió a la boca—. ¿Sabías que ahora una docena de cangrejos de buen tamaño cuestan hasta sesenta y cinco dólares? Recuerdo que mi abuelo solía conseguir la mitad de eso por cuatro celemines. Emma se quedó sin respiración. ¿Iba a gastarse casi ciento cincuenta dólares en cangrejos?

Thomas se dio cuenta de que estaba preocupada, y le hizo un gesto para quitarle importancia mientras echaba otra cáscara al montón.

—Yo creo que merece la pena. Es una ocasión especial. Y puedo permitírmelo.

—La policía estatal debe pagar bien.

Se quedó pensativo mientras masticaba.

—Gano lo suficiente para vivir, pero también tengo una ayuda extra. Mi padre era un importante abogado de una empresa, y cuando murió nos dejó a Pam y a mí una buena herencia. El dinero no es un problema para mí.

Emma miró hacia arriba sorprendida y luego sonrió con tristeza.

—Eso es algo que espero poder decir yo también algún día.

Thomas se quedó un rato callado dejando que le volviera a invadir el sentimiento de culpabilidad. Debería haberle dicho que era él quien le había pagado. Pero eso no le habría gustado, ¿verdad? No habría accedido a trabajar con él. No habría tenido ningún motivo para estar con él.

No podía posponerlo más. Tenía que dejarlo todo claro.

—Emma, yo...

—Gracias una vez más por conseguirme ese contrato, Thomas. Estoy segura de que no ha sido fácil, y probablemente has tenido que soportar algunas bromas. Me

gustaría... —Emma se detuvo y miró el panecillo que tenía en la mano—. Necesitaba el dinero de verdad; mi consulta lo necesitaba.

Thomas movió la cabeza y empezó a decir algo, pero Emma intervino de nuevo.

—Aaron no era la persona más responsable del mundo. Siempre estábamos discutiendo por el dinero, y él tenía algunos problemas personales que nos crearon muchas dificultades. Pero también era culpa mía por permitirselo.

—Me lo contó Beckett —respondió Thomas en voz baja. Emma levantó la cabeza parpadeando.

—¿Cuándo? ¿Qué te dijo?

Thomas se encogió de hombros.

—El primer día que fui a tu casa. Me dijo textualmente: «Aaron tenía buen ojo para las mujeres y no podía mantener ni un dólar en el bolsillo para salvar su alma. Nunca fue lo bastante bueno para mi hija».

Emma resopló y tomó otro sorbo de cerveza.

—Desgraciadamente es un buen resumen.

Thomas esperaba más detalles, pero no llegaron. Tuvo que sonreír; el único ser humano en el mundo al que no le importaría hablarle de una relación frustrada no estaba interesado en hacerlo.

—Eres una persona muy reservada, ¿verdad, Emma?

Ella inclinó la cabeza.

—No realmente. No con la gente cercana, con la gente que quiero.

Esa frase le llegó al alma; no le quería. Pero... un momento. ¡Por supuesto que no le quería! Sólo se conocían desde hacía un par de semanas. Y le atraía mucho, pero no quería exactamente que le quisiera, ¿verdad? No quería que ninguna mujer le quisiera.

¿Era cierto eso?

—Thomas, ¿te acuerdas de la noche que nos besamos en el porche? —susurró Emma mirando hacia el mantel de papel marrón.

—Sólo cada dos segundos.

Su pulso se estaba acelerando, y sólo podía pensar en que no había dicho nada de su vestido. ¡No había dicho nada! Era evidente que lo que estuviera ocurriendo era unilateral; puede que no le importase acostarse con ella unas cuantas veces, pero no le gustaba lo suficiente para darse cuenta de que había hecho un gran esfuerzo para estar guapa esa noche. No le gustaba lo suficiente para ser amable. Respetuoso. Agradecido.

Tuvo que recordarse a sí misma que no era el tipo de hombre que quería en su vida, ni siquiera para unas cuantas noches. Se merecía más, y aunque se había convencido de que Thomas era *más* quizá se hubiera equivocado.

Tenía que hacerse cargo de esa situación y de sí misma. Si no lo hacía ella, ¿quién iba a hacerlo?

—Cuando dije que no era el momento adecuado lo decía en más de un sentido — se mordió el labio inferior con nerviosismo—. No es sólo por Leelee.

Cuando le miró con sus suaves ojos azules Thomas estuvo a punto de lanzar un gemido.

—Acabo de firmar los papeles del divorcio, Thomas. Acabo de salir de una situación muy mala, y no estoy en mi mejor momento; en realidad estoy agotada — puso el codo en el borde de la mesa y apoyó la barbilla sobre la mano—. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que no soy responsable de Aaron. Me costó mucho salir de esa relación. ¿Comprendes lo que estoy diciendo?

—Claro que sí —Thomas partió otro cangrejo—. Estás asustada.

Emma suspiró y movió la cabeza de un lado a otro.

—Estoy diciendo que necesito tener mucho cuidado. Estoy intentando decidir si estoy preparada para tener una relación con alguien, contigo, más allá de una amistosa relación de trabajo. No estoy convencida de que seas el tipo adecuado de hombre para mí.

Se recostó en su silla sin decir nada más.

La velocidad de los movimientos de Thomas se redujo considerablemente. Utilizó una servilleta para limpiarse las manchas de especias y mantequilla de los dedos y cogió su botella de cerveza. Después de tomar un largo trago dejó que sus ojos se apartaran de esa bonita cara desconcertada para mirar otra vez ese vestido. ¡Maldita sea, no debería haberlo hecho!

Qué ironía. Le acababa de decir que no era su tipo y él había elegido ese momento para explotar en sus pantalones por mirar ese pelo reluciente, ese escote succulento, esos labios rojos cubiertos de mantequilla.

Nunca había conocido a una mujer tan divertida, atractiva, inteligente y deliciosa como Miss Marple. Lo único que quería era despejar la mesa con el brazo, tumbarla sobre el mantel de papel y deslizar su lengua por cada centímetro de esa piel de granjera. Quería estirar su cuerpo sobre el de ella, sentirla a su alrededor, oírle gritar su nombre.

Thomas dejó la cerveza y la miró a los ojos. Había oído sus palabras con claridad. Y mientras observaba su lenguaje corporal también lo oyó. Y las acciones eran más elocuentes que las palabras.

La pasión sexual que les envolvía se concentró en su pecho, en su pene y en su mente. Sus palabras decían «No estoy segura». Pero la suave súplica de sus ojos, el arrebato de celos por la camarera, el gesto seductor de sus labios, su respiración agitada, ese maldito vestido... todo ello gritaba «¡Ponme las manos encima inmediatamente!»

Thomas no sabía qué hacer. Apenas podía respirar.

Así que empezó a comer otro cangrejo.

Emma simplemente le miró. Tenía los labios ardiendo. No sabía si era la cerveza, la salsa picante de los cangrejos o la avidez sexual, pero sus labios estaban hinchados

y extremadamente sensibles, y un fuego líquido le corría por las venas.

Observó a Thomas mientras comía con la boca y la barbilla manchadas de mantequilla. Parecía una máquina comiendo, desmenuzando una criatura tras otra con movimientos precisos a un ritmo regular. Era una especie de danza bárbara que la estaba mareando.

Al oír un fuerte golpe dio un respingo. Thomas había aplastado una pata de cangrejo con más fuerza de la necesaria, mirándola a los ojos sin decir una palabra. Parecía estar como esa noche en el aparcamiento del restaurante: completamente atormentado.

Luego vino otro golpe del mazo seguido de una nueva pausa, y el silencio era cada vez más profundo y oscuro. Emma sintió que incluso el aire se volvía espeso con la dulce promesa del sexo.

Ninguno de los dos podía evitarlo.

Entonces Thomas eligió una nueva víctima, la sujetó con las dos manos y tiró de las patas hasta que formaron una gran uve delante de su boca. Sus ojos estaban clavados en Emma mientras chupaba una gota de mantequilla de su muñeca.

Luego, muy despacio, mordió un trozo de carne blanca de un tendón. Se lamió los labios e hizo un ruido extraño, entre un gemido y un suspiro de placer.

—Muy bien, doctora Jenkins. Esto es una amistosa relación de trabajo —dijo con ojos maliciosos—. ¿Dirías que estás satisfecha con los progresos que estamos haciendo con *Hairy*? Emma no sabía si el centro del lenguaje de su lóbulo central seguía funcionando. No podía apartar los ojos de él. Sin duda alguna sabía lo que estaba haciendo. Trabajaba a un buen ritmo untando, lamiendo, masticando y comiendo.

—Estoy muy cerca de estar satisfecha —dijo.

Emma dejó que las puntas de sus dedos rozaran algunos de los lugares en los que se imaginaba que podría ponerle la boca: el hueco de la base de su garganta, sus sienes, sus labios. Con aire distraído dejó caer la mano sobre sus pechos y pasó los dedos lentamente por el escote.

Thomas estuvo a punto de aullar: acababa de dejar en su pecho una mancha brillante de mantequilla. Era un gran detalle por su parte que pusiera los condimentos, porque había decidido hacía tiempo que sus pechos debían saber a pan recién sacado del horno, y estaba dispuesto a comprobarlo.

—Yo creo que trabajamos bien juntos —masculló con los ojos pegados a la piel grasienta.

—Ajá —dijo ella retorciéndose en el banco.

Estaba terriblemente incómoda. De repente el vestido le apretaba demasiado y la ropa interior no le sujetaba lo suficiente.

Entonces volvió a oír las campanillas mientras sus ojos resplandecían con la llama de la antorcha, su piel tenía un brillo de color bronce en contraste con la camisa y los dientes blancos y su pulso latía bajo la suave piel de su garganta.

Al sentir sed cogió su cerveza y pasó los dedos por el cuello empañado de la botella.

—Gracias por hacer que las cosas sigan siendo serias, Thomas —dijo.

—Por supuesto —él chasqueó los labios—. Me parece que los dos sabemos que entre nosotros siempre habrá una seria relación profesional.

Emma soltó un gemido ahogado. Y entonces supo que estaba a punto de comportarse como una chica mala.

¿Qué está haciendo? A Thomas se le aceleró el corazón y se le puso un nudo en la garganta mientras observaba.

Ella miró inocentemente por debajo de esas espesas pestañas negras y se llevó la botella de cerveza a los labios. Las gotas de humedad bajaban por los lados de la botella. Sus labios brillaban.

Muy despacio introdujo la punta redonda de la botella en su boca, la sacó una vez para pasar la lengua alrededor del borde de vidrio y luego se la metió entre los labios.

Entonces tragó.

Thomas estaba cayendo por un torbellino sin ninguna esperanza de salvarse. Pero no le importaba.

Ella dejó que la botella saliera de nuevo con un ruido sordo manteniendo la punta de la lengua dentro de la abertura. Luego repitió el tormentoso proceso antes de dejar la botella en la mesa con manos temblorosas.

—Relación profesional —susurró pasando la lengua por su húmedo labio inferior.

Thomas estaba sufriendo del pecho hacia abajo. Cogió el mazo y el último cangrejo de la fuente y empezó a golpearlo a ritmo lento con sus ojos penetrantes fundidos con los de ella.

Pam.

Pam.

Pam.

Pam.

Mientras el pobre crustáceo acababa machacado, Emma se agarró al borde de la mesa y apretó los muslos mientras sentía un hormigueo por todo su cuerpo y se daba cuenta de que estaba ardiendo de forma espontánea allí mismo, en la terraza del Bayside Stella, con un montón de gente alrededor esperando una mesa.

Poco después, sin saber cómo, estaba en el aparcamiento con las llaves del coche en la mano y Thomas a su lado. Puede que fuera lo mejor.

Luego Thomas se puso delante de ella con una expresión afligida en la cara mientras decía algo muy extraño...

—Yo pagué tus honorarios, Emma. No conseguí la autorización, así que utilicé mi dinero.

—¿Qué? —se cayó contra el Montero como si la hubiera empujado.

—Si no lo hubiera hecho no habrías tenido ninguna razón para estar conmigo. Siento haberte engañado. No debí hacerlo.

A Emma no le llegaba suficiente oxígeno al cerebro. Estaba aún aturdida por ese extraordinario orgasmo público, y le había mentido otra vez. Había hecho una felación a una botella de cerveza para un hombre que no podía decir la verdad.

Lo siguiente que supo es que iba conduciendo sola, alegrándose de que cada uno hubiera ido en su coche. Al cabo de un rato paró en el aparcamiento de un 7-Eleven y se quedó allí sentada en la oscuridad.

Las dos primeras palabras que pronunció salieron de su boca en un ronco susurro.

—¡Dios mío!

Después cogió aire y lo soltó de golpe.

—¡Aaahhh!

Entonces se echó a llorar.

En su Audi, a Thomas le temblaban las manos aunque estaba agarrando el volante de cuero con todas sus fuerzas. Luego puso un CD de Thelonious Monk e intentó tranquilizarse.

Lo quitó inmediatamente y miró hacia la carretera en silencio.

Me he metido en un buen lío.

Pisó el acelerador.

Estoy enamorado de Emma Jenkins y ella me odia.

Aceleró más aún.

Qué mal momento para decirle la verdad.

Miró su reloj.

Y ahora tengo que ir a trabajar.

Capítulo 15

¿Te parezco sexy?

Emma sabía que Thomas había estado trabajando toda la noche, y con un poco de suerte estaría aún dormido. Sujetó a *Hairy* con el brazo, metió la llave en la puerta de su casa y entró sin hacer ruido.

Su intención era dejar al perro en la jaula y marcharse. No quería ver a Thomas. Además de estar avergonzada por la experiencia pública de la noche anterior estaba muy enfadada.

Porque le había mentido. Porque aunque quisiera devolverle lo que le había dado ya no lo tenía. El dinero pertenecía ahora a Baltimore Gas & Electric, Allstate Insurance, Charm City Mortgage y American Veterinary Supply, y tendría que pedirle otro préstamo a Beckett para poder pagárselo. Menudo lío.

Emma entró dentro y dejó que sus ojos se adaptaran. La habitación estaba a oscuras salvo por una estrecha rendija de luz que entraba por un hueco en las cortinas. La envolvió un suave murmullo, y reconoció el sensual gemido de Tom Waits, un pianista cuya música debería estar prohibida en todas partes excepto en bares sórdidos en mitad de la noche para que sólo la escucharan los clientes más borrachos y deprimidos.

Sin duda alguna no encajaba en una soleada mañana de sábado como ésa.

Al escuchar con más atención Emma oyó algo más que una voz ronca y el tintineo de las teclas del piano. También oyó una respiración profunda. *Hairy* se escabulló de sus brazos y corrió hacia el sofá, y ella lo siguió con la mirada.

Podía adivinar quién estaba tumbado en ese sofá casi desnudo. Thomas tenía la cara vuelta hacia los cojines, con un fuerte brazo doblado sobre su pecho y el puño cerrado. La otra mano estaba abierta, con la palma hacia arriba, encima del muslo derecho.

Sólo llevaba unos pantalones cortos de deporte que parecían grises con la luz amortiguada, con el cordón mal atado alrededor de sus estrechas caderas y sus largas piernas estiradas sobre los cojines.

Incluso con aquella luz Emma veía que era escultural, perfecto, el ejemplar masculino más exquisito que había visto en su vida. Era una pena que no pudiera confiar en él.

—¡*Hairy*, no! —susurró—. ¡Maldita sea!

No fue lo bastante rápida. *Hairy* saltó encima de Thomas, le empujó el brazo hasta que cayó sobre el borde del sofá y empezó a dar vueltas para acomodarse en su

pecho. Emma contuvo la respiración, esperando ver a la pobre criatura volando por los aires.

Luego sonrió. Por lo visto ese ritual no era nada nuevo para Thomas, que reconoció la presencia del perro con una torpe palmadita en la cabeza y un amistoso saludo. Dormido aún, ajustó su cuerpo y volvió la cara hacia Emma.

Ella se quedó paralizada, incapaz de moverse aunque hubiera querido. Simplemente observó cómo subía y bajaba el perro en el pecho de Thomas mientras las lágrimas le caían por las mejillas.

¿Estaba llorando? Vaya punto, como diría Leelee. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano, sorprendida y horrorizada por la opresión que sentía en el pecho y el temblor de sus manos y sus piernas.

No quería sentir nada por él. Le había engañado, aunque tuviera un buen motivo. ¡Dios mío! Había pagado ochocientos dólares sólo para tenerla cerca.

Emma observó cómo dormía, intentando odiarle sin conseguirlo, viendo sólo lo atractivo y adorable que era. Thomas Tobin, el hombre malhumorado y misterioso, era adorable.

Hairy mordisqueó la mandíbula de su amo, haciendo que Thomas sonriera en sueños y moviera la mano para apartar al perro. *Hairy* perseveró, mordiéndole la mejilla y luego el labio superior hasta que Thomas empezó a gruñir y murmurar.

Emma se acercó un poco más e intentó no reírse. Parecía que entre ellos había florecido una verdadera amistad, y se sentía orgullosa de su papel en esa transformación. Entonces Thomas susurró algo, y se puso tensa. ¿Había oído bien? ¿Acababa de decir su nombre?

Cuando estaba observando cómo movía los labios esbozó una sonrisa diabólica y gimió:

—Sí, Emma. Pon tu boca sobre mí.

Ella levantó la mano para contener un jadeo. *Hairy* bajó del cuerpo de Thomas como para quitarse de en medio, y Emma vio cómo corría por la sala y se acurrucaba en una butaca.

Thomas murmuró algo más, y al darse la vuelta Emma vio que tenía los ojos medio abiertos y estaba mirándola por debajo de sus pesados párpados. Antes de que pudiera escapar la cogió, la estrechó contra su cuerpo, le sujetó la cabeza y acercó su boca a la suya.

Emma pensaba que se moría. Tenía los labios ardiendo, y seguía murmurando incluso con la lengua dentro de su boca. Con la otra mano le agarró el trasero para apretarla contra su entrepierna, y no había forma de escapar a sus extraordinarios atributos.

—¡Oh, sí! —gimió en sus labios. Luego puso las manos en la parte posterior de sus muslos y tiró de ella hasta que acabó tumbada sobre él—. Móntame, Emma.

Un grito ahogado salió de su garganta mientras intentaba librarse de su abrazo, del ataque de su boca, hasta que consiguió soltar una mano lo suficiente para darle

una bofetada en la mejilla.

Thomas se quedó quieto debajo de ella y relajó la tensión de su cuerpo y de sus labios. Y Emma se levantó de su pecho jadeando.

—¡Dios mío! —al despertarse la empujó hacia el extremo del sofá, donde cayó sobre sus empeines—. ¡Ay! —gritó.

Cuando sacó los pies de su trasero Emma se dio un golpe con el brazo del sofá.

—¿Qué diablos...? —Thomas buscó a tientas la lámpara detrás de su cabeza y Emma se protegió los ojos de la luz.

Le oyó maldecir un momento, y luego echó un vistazo entre los dedos. Thomas estaba sin afeitar, con los rizos aplastados a un lado de la cabeza y los ojos enrojecidos.

Y estaba tirando del cordón de sus pantalones cortos, ahora tensos con una gran erección. Ella apartó las manos de la cara para poder verlo bien.

Entonces se miraron. Thomas parpadeó varias veces y abrió la boca para hablar.

—No sé qué... Emma le interrumpió.

—¡Tú! —gritó señalando como si estuviera identificando a un carterista en la calle—. ¡Me has vuelto a mentir!

—Fue un gran error.

Ella le miró conteniendo la respiración.

—No volverás a mentirme nunca, Thomas.

—Eso es absolutamente cierto.

—¿Y qué hay de... bueno, de lo que me hiciste anoche? —se cruzó de brazos con un fuerte carraspeo.

Él parpadeó un poco más.

—¿Te importaría decirme cómo tuve un...? —Emma se detuvo y miró hacia *Hairy*, que estaba observándolos atentamente. Luego continuó en un susurro—: Verás, Thomas. Anoche tuve un orgasmo en una silla de pícnic, rodeada de cáscaras de cangrejo, sin que tú me tocaras. ¿Podrías explicarme cómo sucedió?

Thomas esperó un momento sin saber si había acabado con su pregunta o si era una pregunta retórica. Parecía que quería una respuesta, pero no sabía qué decir; estaba todavía medio dormido. Además, toda la sangre que solía estar en su cerebro estaba ahora en sus pantalones.

—Yo... —intentó buscar las palabras correctas—... lo siento mucho.

Ella resopló y se apartó el pelo suelto del hombro.

—¡Estoy furiosa contigo! —Emma estaba intentando desesperadamente controlar sus emociones, pero había demasiadas, entre ellas dolor, sorpresa, lujuria y miedo—. Me estás volviendo loca —dijo con voz vacilante.

—Emma... —¿Cómo diablos llegaste a mí sin ponerme un dedo encima?

Cuando Thomas sonrió sus hoyuelos cobraron vida incluso mientras entrecerraba el ojo derecho. Ella odiaba que hiciera todo eso al mismo tiempo; estaba tan atractivo que no podía concentrarse.

—Comunicación indirecta, Miss Marple.

—¡Oh! —después de suspirar volvió a estar indignada—. ¿Y de qué iba todo esto? —señaló su cuerpo casi desnudo—. ¿Estabas soñando conmigo justo ahora?

—No sería la primera vez —Thomas se estiró y se pasó las manos por el pelo y la cara para acabar de despertarse.

Luego se miraron el uno al otro sin moverse.

—Tú eres la experta, Emma, pero me parece que estamos en uno de esos «cuatro momentos» básicos, ¿no crees?

Ella se rió. La verdad es que Thomas era muy divertido para ser un mentiroso compulsivo. Con un suspiro se sentó más atrás sobre sus talones y contempló al hombre que tenía delante. Sus ojos somnolientos eran peligrosos. Su fuerte cuerpo era todo músculo cubierto de rizos dorados. Sus pantalones estaban ahora más abajo sobre su abdomen, con una erección tan evidente que podría haber lucido un lazo rosa con una etiqueta: «Para Emma».

Se aclaró la garganta.

—¿Y hacia cuál de ellos te estás inclinando?

—Mmm —puso un brazo cincelado sobre el sofá y dobló una rodilla provocativamente para cambiar de postura. Emma miró otra vez sus atributos y se le quedó la boca seca.

—Bueno, no me das miedo —dijo con tono pensativo—. Y ya no me apetece pelear. Así que supongo que sólo me queda huir o...

—Follarme.

Silencio.

Emma no podía creer que hubiera dicho eso. Cerró los párpados con fuerza en un reflejo de absoluta mortificación, esperando poner fin así a su propia existencia.

—Sí, ésa sería mi primera opción —dijo en un ronco susurro.

¿Se atrevía a mirarlo? Abrió los ojos con una mueca. Thomas tenía los músculos de la mandíbula y los tendones del cuello tensos. Al tragar saliva la nuez se deslizó por su garganta, y su ojo derecho era tan sólo una rendija.

—De hecho —prosiguió—, como a partir de ahora he prometido decirte la verdad... he querido follarte desde que entraste en la sala de reconocimiento con tu reluciente trenza sobre tu hombro. Y me ha apetecido follarte cada vez que he tenido el placer de estar contigo desde entonces: en la clínica de urgencias, en el restaurante, en el aparcamiento, en tu sótano, en tu porche, en el apartamento de Slick, en mi coche, en...

—Vale. Te...

—Y ahora mismo. Vamos.

—... comprendo.

Ya estaba de pie sobre Emma con la mano extendida y la entrepierna a la altura de su cara. Ella creyó que iba a volver a gritar.

—Venga, Miss Marple. Vamos arriba.

—¿Pero qué pasa con nuestra relación de trabajo? —no era el momento más oportuno para eso, pero Emma pensó que al menos debía fingir que era la voz de la razón, aunque esa voz saliera con un chirrido lamentable.

—Es sábado. Procuero no trabajar los sábados si puedo evitarlo.

—Eso no es lo que... Le cogió la mano y se la puso en la parte delantera de sus pantalones. Ella sabía que iba a ser un gran error, pero Thomas Tobin era muy persistente.

Emma tenía los labios entumecidos. Lo único que podía hacer era asentir muy despacio, porque no tenía sentido seguir engañándose. Quisiera reconocerlo o no, iban hacia ahí desde que se conocieron.

Ella era simplemente el resultado de miles de años de evolución humana, un proceso que había convertido al *Homo sapiens* en el primate más sexual de la tierra. Era una hembra sana en edad de procrear que había pasado más de un año sin sexo. Y eso no era natural.

Le ayudó a ponerse de pie, y antes de que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo Thomas la levantó del suelo y la puso sobre su hombro.

Emma se quedó sin aire mientras iban hacia las escaleras. Luego Thomas le dio un azote en el culo como si fuese suyo mientras le sujetaba las rodillas con el otro brazo, y ella jadeó.

¿Cómo se suponía que debía responder a ese tipo de trato? Nadie la había cogido nunca así fuera de esa fantasía de Conan el Bárbaro, a la que aquello se parecía mucho.

Emma se sentía impotente y un poco petrificada. Lo único que podía hacer era mirar los escalones que retrocedían y los músculos de la parte posterior de los muslos y las pantorrillas de Thomas, pensando todo el tiempo que estaba produciéndole una hernia discal.

—Thomas, bájame. Peso mucho.

—No pesas mucho.

—Sí. Bájame.

—Eso pienso hacer... en mi cama.

Lo último que vio Emma antes de girar en el pasillo de arriba fue a *Hairy*, que estaba sentado cerca del pie de las escaleras con la cabeza inclinada y los labios hacia atrás en lo que juraría una vez más que era una sonrisa.

¿Son monos eso que sale volando de tu trasero, grandullón?

Ya en la habitación le entró el pánico.

Tenía las manos en su trasero, que sabía que no le parecería muy atractivo cuando entraran en materia. ¿Cómo le había permitido llegar tan lejos? Enseguida vería toda la enchilada en plena luz del día, y sin duda alguna perdería el apetito por la comida mexicana.

Cuando el trasero en cuestión cayó sobre el colchón, Emma dio unos cuantos botes, el tiempo suficiente para ver cómo se estiraba Thomas poniendo una mano en la parte inferior de la espalda.

—Te he dicho que pesaba mucho.

Bajó la vista hacia donde estaba sentada en la esquina de la cama, agarrada al colchón como si fuese a evitar que se cayera del borde de la tierra.

No pesaba mucho; era perfecta, el cuerpo femenino más delicioso y succulento que había tenido el placer de poner las manos encima. Quería comérsela viva. Quería hacerle el amor como no se había hecho nunca en la historia de la humanidad.

Emma sintió su mirada por todo su cuerpo, de pies a cabeza. Cuando sus ojos regresaron a sus muslos y sus caderas empezó a retorcerse. Estaba muy serio, casi enfadado, y Emma sabía que se acercaba el final.

—Vamos a desnudarnos —dijo.

Su pulso se disparó hasta el techo. ¿Por qué le estaba haciendo eso? Acababa de mirarla con desaprobación. No le había dicho nada del vestido azul, así que no podía sentir mucho afecto por ella. ¿Le daría lástima? ¿Sería un gesto de caridad?

Emma tragó aire al ver a Thomas quitándose los pantalones. Por debajo estaba completamente desnudo, gloriosamente desnudo.

Si eso era caridad, ¿cómo sería su lujuria?

Luego, como por arte de magia, aparecieron en la imaginación de Emma todas las mujeres con las que Thomas Tobin se había acostado. Allí estaban, glamurosas y asquerosamente delgadas, en un desfile de modelos de lencería, ayudantes de vuelo y reporteras del *Entertainment Tonight*, todas ellas con el pelo perfecto, los dientes perfectos, el maquillaje perfecto y sus pequeños traseros perfectos.

De repente se sintió horrorizada.

—¿Emma?

Se dio cuenta de que no se había movido, ni siquiera había comenzado a quitarse la ropa. Estaba mirando la masculinidad de lujo que tenía delante, que ya estaba decorada con una gota de fluido cristalino.

Quería adornarlo con sus labios y su lengua. Quería abrazarlo, fundirse con él y dejar que la partiera por la mitad.

Ebria de lujuria, Emma empezó a desabrocharse los vaqueros sin dejar de mirar, diciéndose a sí misma que si no aprovechaba esa oferta limitada se arrepentiría el resto de su vida.

Thomas se dio cuenta de que estaba mirándole en silencio con la cara seria.

¡Lo sabía!

No se había atrevido a acercarse tanto a nadie desde Nina. El día que le lesionaron le tocó y le dijo que parecía estar hinchado. Luego, con un tono más acusatorio que preocupado, le dijo que le pasaba algo.

Desde entonces Rollo le había asegurado que su aspecto era normal, pero Emma era una doctora. ¡Una persona que sabía castrar perros! Y estaba mirando su paquete

como si acabara de probar el atún de la señora Quatrocci.

Se le quedó la mano paralizada en el cajón de la mesilla de noche.

Debía estar loco.

¿Por qué había arrastrado a esa mujer a su habitación? No tenía derecho a meter a nadie en su vida —en su casa, en su corazón—, sobre todo a una mujer tan buena y hermosa.

Pero era demasiado tarde, porque se había quitado la ropa. Se le tensó la garganta mientras su pene se erguía. Tenía la piel suave y cremosa, unos pezones rosados y unas caderas succulentas, y se merecía mucho más que un pesimista con unos testículos inútiles y sin suficiente esperma para un partido de baloncesto.

Emma Jenkins se merecía un hombre auténtico. Una relación auténtica. Y algún día unos cuantos hijos. Había nacido para ser madre, y todos esos niños tendrían mucha suerte.

Pero era demasiado tarde para detenerse, y con movimientos mecánicos abrió el pequeño paquete de papel de aluminio, se puso el condón y fue hacia la cama. Ella estaba desnuda, mirándole con esos enormes ojos azules llenos de... ¿Asco? ¿Compasión?

Se acercó un poco más, le puso las manos en los hombros y le apretó la espalda. Luego dejó que su vista recorriera su cuerpo —maduro, dispuesto y abierto debajo de él— y supo que no podría.

No podía hacerle eso; no le mentiría ni jugaría con sus sentimientos nunca más.

¡Y si lo que acababa de ver en sus ojos era compasión no lo quería!

Thomas oyó sollozar a Emma y se levantó de la cama con el estómago revuelto y el corazón destrozado.

—Maldita sea —murmuró dándole la espalda, consciente sólo de lo inútil y lo despreciable que era.

Estuvo a punto de reírse en voz alta. La mujer más atractiva que había visto en su vida estaba desnuda en su cama, llorando. Era un completo desastre, porque lo único que quería era sumergirse en ella, en su cálida suavidad femenina, y perderse en su amor.

Lo único que quería era su amor.

Emma tuvo que hacer un gran esfuerzo para sentarse. Luego cruzó los brazos sobre su pecho para dejar de temblar y contener la hemorragia.

Eso no le costó mucho. En cuanto se desnudó se extinguieron el fuego y la magia, y sólo quedó, una vez más, un hombre con problemas y una mujer rechazada.

Rechazo.

Problemas.

¡Emma quería gritar!

¿Por qué tenían que ser el sexo y el amor tan complicados?

Thomas empezó a moverse. Al ir hacia el cuarto de baño le proporcionó un bonito panorama de un cuerpo, que en otras circunstancias la habría vuelto loca. Vio cómo

se tensaban los músculos de su espalda al quitarse el condón. Y oyó el ruido del látex al caer en la papelera.

Ése habría sido un buen momento para vestirse, pero entonces Thomas decidió volver a la habitación y Emma se quedó paralizada. Estaba aún muy excitado, pero tenía los ojos más fríos que nunca y un pequeño gesto de desesperación en su boca.

—Tengo algo que decirte —dijo.

Thomas había llegado a una decisión en el cuarto de baño. Tal y como él lo veía, podía pedirle que se marchara con cualquier excusa y perderla para siempre, lo cual sería probablemente beneficioso para ella, o podía decirle la verdad —toda la verdad— y esperar que siguiera queriéndole.

¿Qué era lo peor que podía suceder? Perdería lo que habría perdido de todas formas, pero al menos lo habría intentado. Se habría portado como un hombre.

—Te mereces la verdad —dijo.

Emma juntó las piernas y se abrazó a ellas, formando una bola para contener el temblor. No quería que la viera temblando de vergüenza. No quería que la viera desnuda.

—No te molestes, Thomas —miró hacia la pared—. Sé muy bien qué vas a decir, y no quiero oírlo —respiró profundamente—. Dame un segundo y me iré de aquí, ¿vale?

¿Qué sabía?, se preguntó él. ¿Que era estéril? ¿Que se estaba muriendo de tanto desearla? ¿Que estaba asombrosa sentada de esa manera, con los labios de su pequeño sexo hinchado asomando por detrás de los tobillos?

¿Sabía que quería ponerse de rodillas y adorarla con la lengua? ¿Sabía que quería abrir sus suaves muslos e introducir su pene dentro de ella, desaparecer en su interior y morir envuelto en su calor y su felicidad? ¿Sabía que quería dárselo todo, quitarle todo lo malo que le había ocurrido y darle a cambio sólo placer? ¿Sabía todo eso?

—¿Qué crees que sabes, Emma?

Al mirarlo sintió una sacudida por todo su cuerpo. Su mirada fría había sido sustituida por una expresión ávida y desconsolada. Y su erección era enorme, más impresionante que hacía unos instantes, y no lo entendía. Si no la encontraba atractiva, ¿por qué estaba así? ¿Por qué veía deseo en sus ojos? ¿Qué estaba pasando?

—Yo creo que ya es hora de que haya un poco de comunicación directa —Thomas dio un paso hacia delante—. Dime qué sabes, Emma. Luego te diré lo que sé yo.

Ella resopló y se levantó de la cama para coger su ropa.

—No quiero seguir jugando a esto, Thomas —dijo con brusquedad.

—Esto no es un juego. Dime qué sabes.

Ella cogió un zapato del suelo.

—¿Quieres saber lo que sé? Muy bien, escucha. Sé que tengo suficiente. Me mientes, me seduces y retrocedes, y luego vuelves a mentirme, seducirme y retroceder. ¡Me estás matando!

Le apuntó a la cara con un zueco.

—¡Estás chalado, eso es lo que sé! ¡Como una cabra! ¡No sé por qué es tan difícil encontrar un hombre decente en esta ciudad!

Thomas se quedó con la boca abierta.

Emma intentó meter un pie por la abertura de sus bragas, pero falló y se le quedó un dedo enganchado en la entrepierna. Mientras saltaba sobre un pie y maldecía para sus adentros, Thomas observó cómo se movían esos pechos fabulosos, adornados con los pezones más exquisitos que esperaba ver siempre mientras viviera.

Cuando consiguió subir la pequeña tira de encaje le quedaron las bragas ceñidas a sus voluptuosas caderas. Y entonces lo vio con claridad.

A la mierda con todo. Quería a esa mujer y no había vuelta atrás. Quería arrasar ese cuerpo. Quería apaciguar ese espíritu. Quería abrazarla, hacerle olvidar todo excepto que la quería. Empezó a decírselo, pero no fue lo bastante rápido.

—Y me gustaría saber por qué nadie se ha enamorado nunca de mí locamente. ¿Qué me pasa? —tenía la cara sonrojada y los ojos brillantes de lágrimas—. ¿Por qué no me ha vuelto loca alguien y me ha hecho olvidar todo excepto la pasión más ardiente aunque sólo sea una vez?

Le agitó el sujetador en la cara para expresar su punto de vista.

—¡Me haces creer que vas a ser tú, maldita sea, y luego me rechazas! ¡Es lo peor que me han hecho nunca, y te he dejado que lo hagas dos veces! ¡Debo ser imbécil!

Estaba moviendo el sujetador como un semáforo, con los ojos y el pelo revuelto.

—¡Eres un bastardo! Si no te parezco atractiva, ¿por qué no me lo has dicho antes de que me lanzara sobre ti?

Thomas encontró su voz para manifestar su sorpresa antes de que su lengua rozara casi el suelo.

Ella había conseguido meter los brazos por los tirantes del sujetador, pero como estaba tan furiosa olvidó atárselo, y las copas de encaje quedaron colgando sobre sus pezones, acentuando la curva inferior de sus pechos. Con cada respiración el encaje acariciaba su pálida piel.

Thomas empezó a temblar como un gato antes de comenzar la caza.

—¡Es evidente que anoche no pensabas que estaba atractiva, porque si no habrías dicho algo! ¡Estuve esperando a que dijeras algo! ¡Pero no lo hiciste, maldito idiota! —tragó una bocanada de aire—. ¡Estoy harta de idiotas!

Él tenía los ojos clavados en ella.

—¡Deja de mirarme! —las lágrimas le caían por la cara—. ¡Odio que bizquees así! ¡Parece que me estás mirando por una retícula!

—Basta, Emma.

—¡Y siento mucho que no pensaras que estaba guapa con ese vestido, porque eso es lo mejor que vas a ver, así que si no te pareció bien hasta aquí hemos llegado! —empezó a pelearse con los vaqueros.

Thomas sintió una risa en el fondo de su pecho, pero sabía que si la dejaba salir lo estropearía todo. Ahora Emma necesitaba ternura, no risas.

Respiró profundamente. Había fallado la prueba del vestido miserablemente, y decidió pedir un examen de recuperación.

Thomas se arrodilló delante de ella, le sacó los vaqueros de las pantorrillas y la obligó a sentarse en el borde de la cama. Luego le envolvió la cara con una mano y observó cómo abría los ojos desconcertada y empezaba a temblar con su tacto y su mirada.

—¿Qué...?

Entonces la rodeó con sus labios, y el fuego que Emma había sentido abajo regresó con más intensidad. Su beso fue un golpe de energía y pura necesidad. Vale, la deseaba, ¿pero qué pasaría cinco minutos después? Emma intentó librarse de su boca, pero él le apretó con más fuerza las caderas.

Sus labios bajaron por un lado de su cuello. Usando sólo los dientes, deslizó los tirantes del sujetador por los brazos hasta que cayó en la cama detrás de ella. Luego pasó sus grandes dedos de las caderas al interior de sus piernas y comenzó a acariciarla.

Emma se estremeció mientras abría las piernas con impotencia para él. Y al notar el inconfundible olor de su excitación estuvo a punto de morir de vergüenza.

¡Dios mío! ¿Por qué estaba dejando que ocurriera? ¿Cómo podía ser tan estúpida? ¿Qué le pasaba? Tenía que librarse de él de algún modo —arañándole, dándole patadas, mordiéndole si era necesario— y recuperar el control de su vida. Era lo que haría cualquier mujer con un poco de dignidad.

Pero todas las células de su cuerpo estaban extasiadas por su forma de tocarla. Estaba perdida —era demasiado tarde— y decidió preocuparse más tarde de su destrucción total.

Después del placer.

Cuando hubiera acabado con ella.

Capítulo 16

Seguimos adelante

Cuando Thomas terminó de besarla y se echó hacia atrás, Emma vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. Jamás habría esperado ver a Thomas de rodillas delante de ella, desnudo y llorando.

¿Qué derecho tenía a llorar? ¡La parte ofendida ahí era ella! Y recordó que era un idiota, un idiota con problemas.

—Emma, soy estéril. La mujer con la que estuve cuatro años, Nina, me dejó cuando nos enteramos.

Emma se quedó paralizada. Él le pasó los pulgares por los pómulos con manos temblorosas.

—Me gustas mucho —Thomas se rió de su confesión y movió la cabeza—. Muchísimo. Pero creo que te mereces más de lo que puedo darte, lo mejor de todo, el mejor hombre que pueda haber. Te mereces una relación auténtica con posibilidades auténticas, y yo debería haber parado esto al principio.

—Thomas...

—Lo intenté, pero... —Thomas bajó la cabeza y la voz—. No pude. Estoy... —volvió a mirarla—. Estoy loco por ti, Emma.

—Oh.

—Siento lo del paso doble. Emma vio que le caía una lágrima y se le encogió el cuerpo. ¿No podía tener hijos?

¿Estaba loco por ella? ¿Y quería tener una relación lo bastante seria para que importara que no pudieran tener hijos juntos?

Le invadió una extraña sensación de tristeza y alegría, y pensó que se le iba a partir el corazón.

—¿Cómo...? —se detuvo desconcertada—. ¿Es cierto que no puedes tener hijos? Thomas le estrechó la cara con las manos.

—Emma, podría penetrarte sin parar durante años, y me encantaría hacerlo ahora, sin que pasara nada. Hace siete años me lesioné jugando al *rugby* y pensé que estaba bien. Luego vuelvo a lesionarme al final de la última temporada y resulta que soy estéril.

Se detuvo con los ojos llenos de incertidumbre, y Emma le hizo un gesto con la cabeza.

—Continúa.

—Hubo una ruptura... ¿Quieres que te cuente todos los detalles médicos ahora?

Emma subió una mano para cubrir una de las suyas mientras seguía acariciándole las mejillas. Estaba temblando aún.

—Los detalles pueden esperar.

Él asintió y respiró aliviado.

—La cuestión es que tengo los espermatozoides diezmados. Pensaba que al mirarme podrías darte cuenta de que no puedo engendrar vida —se encogió de hombros—. Parece que lo mío es la muerte.

Emma no podía decir nada. Simplemente le miró, le acarició la mano y sintió una profunda tristeza. ¡Dios mío! A ella le preocupaba no ser lo bastante atractiva para él mientras él estaba pensando que no era lo bastante viril para ella.

Si no fuese tan patético sería divertido.

—Si no quieres volver a verme lo entenderé.

Emma se rió sorprendida y puso las manos de Thomas en su regazo, donde las agarró con fuerza.

—No pretendía reírme. Claro que quiero volver a verte, pero es que... bueno, yo pensaba que era por mí.

—¿Por ti?

—Por mi aspecto. Soy consciente de que...

—Sí, ¿a qué venían esos gritos, Emma? —Thomas frunció el ceño.

—Es por mi cuerpo. Aaron decía siempre que...

Thomas lanzó un gruñido mientras clavaba sus dedos en los muslos de Emma.

—¿Qué te hizo ese hijo de perra, Emma? Dímelo.

—No me hizo nada —se echó hacia atrás—. Pero pensaba que no era... ya sabes... lo bastante glamurosa para ti, porque estoy un poco gordita y soy muy normal y...

—Un momento —Thomas empezó a frotarle los brazos como si quisiera hacerle entrar en calor—. ¿El capullo de tu exmarido te decía que no eras guapa? ¿Y le creías?

Emma resopló.

—Espera un poco. No soy un ama de casa sumisa. Pero tengo ojos. Sé que no soy guapa en un sentido convencional, y la verdad es que agradecía que Aaron fuera sincero conmigo y no intentara halagarme con un montón de mentiras.

Thomas cerró los ojos.

—¡Dios mío!

—No es para tanto. Lo he sabido toda mi vida. Quiero decir, comparada con Becca... pero eso ya no importa —suspiró—. Lo que importa es que soy inteligente, capaz y... —entonces le tocó llorar a ella—. Pensaba que no me encontrabas lo bastante atractiva, ni siquiera con el vestido azul, para querer una relación conmigo.

Thomas había estado moviendo la cabeza de un lado a otro despacio, deliberadamente, dejando que divagara. Pero después de la última afirmación no pudo escuchar más.

—Es suficiente —le apartó el pelo que tenía pegado a la mejilla húmeda y volvió a estrecharle la cara con las manos. Quería matar a ese jodido Aaron, destriparle por plantar esas mentiras en la cabeza de Emma.

—Mírame —Thomas acercó su cara a la de ella—. Yo también tengo ojos, nena, y te digo que eres preciosa. No dije nada del estúpido vestido azul porque me quedé sin habla. Estaba volviéndome loco. Me apetecía tenderte allí mismo sobre la mesa. Pero tú dijiste que querías que entre nosotros sólo hubiera una relación profesional.

Ella asintió frunciendo el ceño.

—¡No sabía qué hacer, Emma! ¡Dime qué se suponía que debía hacer! ¡Me lo pusiste muy difícil!

Ella tragó saliva abriendo bien los ojos.

—Sí, ¿verdad? —se rascó la frente—. Lo siento, Thomas. Vaya lío.

—Nena —dijo con voz áspera y temblorosa—. Te aseguro que me encantó verte con ese vestido azul —miró hacia arriba por debajo de sus pestañas—. Lo único que no me gustó fue que los demás hombres del restaurante también te vieran con él.

—¿En serio? —preguntó.

—Me encanta tu tipo.

—¿Incluso mi trasero? Porque Aaron decía...

—¿Qué le pasa a tu trasero? Eso tengo que oírlo.

Emma se retorció un poco.

—Olvídalo. Es la conversación más ridícula que he tenido en mi vida.

—A mí me está gustando.

Ella le miró.

—Soy veterinaria, tengo treinta y cuatro años y me niego a perder el tiempo hablando de los pros y los contras de los músculos que me permiten andar derecha.

Thomas se rió a carcajadas.

—Pero yo quiero hablar de eso. Es el único tema que me interesa ahora mismo. ¿Qué decía?

Emma se quedó con la boca abierta antes de cerrarla con expresión desafiante.

—¿Qué talla usas?

Entonces se sobresaltó.

—¡No voy a decirte eso! Thomas se rió un poco mientras recorría con un dedo la curva de su cintura y la plenitud de su cadera.

—Bueno, estás sentada delante de mí y puedo verlo todo, así que no creo que importe que me digas la talla.

Ella le lanzó una mirada indecisa.

—Puedes confiar en mí.

Se dio por vencida y giró la cabeza hacia un lado.

—La cuarenta y cuatro.

—¿Y qué tiene eso de malo? Me paso la vida observando a la gente, tomando medidas mentales para descripciones, y sé que la mujer americana media usa la talla

cuarenta y seis. Así que tú estás por debajo de la media.

Ella frunció el ceño.

—¿Cuánto pesas?

—¡Por el amor de Dios! —Emma intentó levantarse de la cama, pero Thomas le sujetó las piernas. Ella le miró con incredulidad—. Si ésta es tu idea de los juegos preliminares no estoy segura de que me guste mucho.

Thomas bajó la cabeza riéndose y le besó las rodillas.

—Sólo estoy intentando comprender —dijo acariciándole con la nariz—. Si me dices cuánto pesas no tendrás nada que ocultar, ¿no?

Ella lanzó un gruñido.

Él esperó.

—Muy bien. Yo mido dos metros y peso casi cien kilos.

Emma tragó saliva. ¡Dios mío! Y era todo músculo y potencia. En comparación, sus medidas parecían ridículas.

—Vale —cogió aire—. Yo mido uno sesenta y cuatro y peso sesenta y cinco kilos. Aaron siempre decía que mi trasero era demasiado grande. ¿Ya estás contento?

Thomas se echó hacia atrás y le pasó los dedos por el pelo mirando sus ojos azules un largo rato. No había duda de que Aaron había alterado su percepción de la realidad, y ahora le tocaba a él enmendar ese error.

—La gente puede ser muy cruel, Emma —dijo con suavidad—. Y puede ser soberbia y estúpida. Por lo visto tu exmarido era cruel, soberbio y estúpido.

Sin previo aviso se incorporó sobre sus rodillas. Luego le cogió un mechón de pelo, le inclinó la cabeza hacia atrás y la besó apasionadamente. Deslizó sus labios por los suyos, introdujo la lengua en su boca y mordió ese carnal labio inferior para ilustrar lo idiota que era Aaron.

Después le susurró al oído:

—Eres la mujer más *sexy* que he conocido, sobre todo por tu culo —deslizó los dedos por su trasero y lo rodeó con sus manos. La arrastró así hasta el borde de la cama y luego le mordisqueó el cuello mientras seguía susurrándole al oído.

—Tu culo es como un letrero de neón que refleja la palabra SEXO una y otra vez en mi cerebro. Tu culo es la forma más perfecta de la naturaleza envuelta en unas pequeñas bragas de encaje. Tu culo es mi razón de ser.

Ella resopló de nuevo.

—Déjalo. Tu capacidad de destrucción es superior a la mía.

—No estoy de acuerdo —le besó la garganta y la clavícula—. Sólo estamos empezando con los ejercicios de relajación, doctora Jenkins —se apartó un poco para verle la cara y torció los labios con malicia.

—Date la vuelta —le ordenó.

Ella parpadeó.

—¿Disculpa?

Antes de que pudiera protestar la puso boca abajo con las piernas separadas y los pies colgando de la cama. Se sentía completamente expuesta, con el aire dándole en la espalda desnuda y el interior de sus muslos. Luego sintió que Thomas se acercaba a ella y le echaba su cálido aliento en las lumbares, y empezó a temblar.

—Quieta —su orden era seria y profunda, pero su voz temblaba de risa.

Emma se rió un poco, pero en el fondo sintió una punzada de miedo. Siempre parecía haber un toque de miedo en su respuesta a Thomas, porque era demasiado intenso, demasiado rápido, y en un territorio inexplorado.

¿Qué iba a hacerle?

Estiró el cuello para mirar por encima del hombro.

—¿Ahora es cuando me dices que ladre como un perro?

Thomas volvió a reírse y luego se agachó para darle un beso en la mejilla.

—Quizá más tarde. Ahora voy a reconducir tu atención; te va a interesar tanto lo que estoy haciendo que no te acordarás de lo que te preocupaba.

Emma empezó a reírse al darse cuenta de que iba a probar su propia medicina, pero se detuvo de repente cuando Thomas puso las manos en su trasero y le quitó las bragas de un tirón. Sintió la tela rozando la parte posterior de sus piernas y cayendo de las puntas de sus dedos.

Sus manos volvieron a sus nalgas y la levantaron hasta que quedó a unos centímetros de la cama con las rodillas un poco flexionadas, y la sujetó así con su tacto firme y excitante.

Luego movió las manos en deliciosos círculos rítmicos acariciando, acercándose y alejándose, y Emma se dio cuenta de que su respiración era cada vez más rápida. Oyó los ruidos que hacía con la garganta, entre gruñidos y susurros, e intentó no imaginar qué aspecto tenía en esa postura. Intentó no preocuparse. Simplemente intentó sentir.

—Soy un hombre de culo, Emma —sus manos siguieron acariciándola y agarrándola.

—Es bueno saberlo —murmuró ella a las sábanas un poco ida.

—Bueno, la verdad es que también soy un hombre de pechos y de piernas. Pero sobre todo de culo.

—Muy bien —dijo—. Tengo todo eso.

—Ya lo creo, Miss Marple —subió las manos por su espalda y luego dejó que sus dedos bajaran por la cintura y las caderas hasta sus nalgas, donde comenzó de nuevo.

—Y tienes un culo precioso —sus dedos comenzaron a deslizarse por la ranura de su trasero, y luego sintió que la cama se movía cuando se puso detrás de ella.

Al poner su ardiente y húmeda lengua en su piel estuvo a punto de gritar por la intensidad de la sensación. Pasó los labios y la lengua por ella y flirteó con su pliegue. Después de darle unos golpecitos con la lengua y mordisquearle con los dientes deslizó una de sus manos por la columna vertebral hasta que le cogió un mechón de pelo. Al mismo tiempo bajó la otra mano y cubrió con ella su sexo.

Emma sabía instintivamente que acababa de reclamarla.

—Todo lo que tienes es bonito —susurró con su cálido aliento en su piel y sus labios vibrando contra ella. Era un hombre tan grande que podía estar en todo su cuerpo a la vez: en su pelo, su sexo, su espalda. Emma gimió de placer y luego gritó sobresaltada cuando sus largos dedos rozaron la abertura de su cuerpo.

La separó con las puntas de los dedos y acarició el tejido hinchado, pero no entró en ella.

Emma perdió el control como la noche del porche, y su cuerpo parecía moverse por voluntad propia. Sus caderas empezaron a dar vueltas rítmicamente, acercándose y alejándose de él, hasta que acabó mareada de placer, frotando la cara contra la cama mientras movía las caderas.

Durante un rato que le pareció una eternidad, Thomas dejó que sus dedos jugaran alrededor de su borde húmedo, fascinado por sus movimientos y la visión de sus dedos en su dulce vagina, tan hermosa y dispuesta para él.

Emma estaba abierta al sexo, y él rezó una pequeña oración para dar las gracias.

Estando desnudo con ella, tan cerca de su calor, oyendo los ruiditos que hacía, emborrachándose con su olor, no recordaba haber experimentado nunca ese tipo de excitación, de exquisita tortura.

Nunca había deseado tanto a una mujer.

—Por favor —la oyó quejarse. Cuando empezó a mover las caderas un poco más deprisa sonrió, manteniendo los dedos justo fuera de donde los necesitaba, consciente de que estaba atormentándola.

Ya era hora de aliviar parte de su malestar.

Se adentró despacio en el calor líquido y dejó que su dedo corazón hiciera contacto con su pequeño clítoris.

Emma lanzó un profundo gemido. Thomas llevó los labios a su oreja mientras acariciaba con el dedo su pulso escurridizo.

—Me estaba muriendo por acercarme a ti, tocar todo tu cuerpo y hacer que te corrieras. Vas a correrte mucho para mí, ¿verdad, nena?

Ella gimió.

Él quería que esperara. Quería que fuese más allá. Quería que fuera excepcional. Sólo quería la verdad entre ellos, ahora y siempre.

Con mucha suavidad le dio la vuelta para que volviera a sentarse en el borde de la cama. Luego se arrodilló delante de ella, satisfecho al verla aturdida de deseo, somnolienta y temblorosa.

—Ahora ya sabes qué me parece tu vestido azul —dijo pasándole un dedo por la rodilla—. Y sabes exactamente qué soy y qué no soy. ¿Qué va a pasar ahora?

Emma respiró profundamente y se estremeció por su tacto ardiente, sus palabras y la intensidad de su deseo y su tristeza.

—Siento mucho que no puedas tener hijos.

Thomas miró sus ojos azules, su cara y sus pechos enmarcados por ese radiante pelo oscuro. Ella puso una mano encima de su cabeza, como una bendición, y él dejó que su barbilla cayera sobre su pecho con un gran alivio.

—¿De verdad pensabas que importaría, que no te querría? —susurró.

Él asintió.

—Oh, Thomas —Emma le levantó la barbilla. Tenía los ojos cerrados y la cara tensa de emoción. Ella se agachó un poco y le besó la pequeña cicatriz, las pestañas, las sienes, la piel dorada de sus pómulos, sus hoyuelos, sus labios—. Te quiero más que nunca porque has confiado lo suficiente en mí para decirme la verdad. Gracias.

Él volvió a asentir con los ojos aún cerrados.

—¿Me perdonas por pagar tus honorarios?

Emma dejó que sus manos acariciaran sus suaves rizos. Luego le rodeó con las manos la curva de la cabeza y le dio un beso en la frente.

—Te perdono.

—Te quiero, Emma.

—Yo también te quiero. Quiero saberlo todo sobre ti. Quiero experimentarlo todo contigo. Quiero más de lo que he tenido nunca.

Thomas dio un respingo al sentir la mano de Emma alrededor de su erección.

—Y también quiero a este chico malo —le acarició la oreja con la lengua y luego le mordió sintiendo cómo se estremecía.

—Eres un hombre atractivo, divertido y complicado, y me gustaste desde el primer momento que te vi. No pude evitarlo.

—Oh, Emma...

Ella sonrió con placer al oírle decir su nombre con esa voz resonante y profunda. En la voz de Thomas, las dos sílabas de su nombre sonaban a deseo.

Observó al hombre que estaba arrodillado delante de ella, con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados y la mandíbula tensa.

Luego apartó la mano de su erección y le acarició el culo y la espalda hasta llegar a los hombros. Era un lugar agridulce, una gran cornisa de nervios y músculos donde parecían residir su fuerza y su tristeza.

—No debía quererte mucho si te dejó.

Thomas abrió los ojos y le miró a la cara.

—Yo no estaba dispuesto a comprometerme —se encogió de hombros ondulando su cuerpo bajo sus manos—. Al enterarse de que era estéril le resultó más fácil marcharse, y no la culpo.

Emma movió las manos para cubrir los músculos redondeados de su pecho, con un fino vello rubio y unos suaves pezones rosados.

—¿Querías a Nina, Thomas?

—Ahora sé que no.

Ella dejó que sus manos se deslizaran por la superficie ondulada de su abdomen y pasó un dedo por el borde del suave ombligo.

—¿Has estado enamorado alguna vez?

Su estómago tembló al acelerarse su respiración.

—Creo que sólo ésta. Estoy intentando comprenderlo aún, Emma.

Se le paró un instante el corazón.

—¿Y tú? ¿Has querido a alguien aparte de Aaron?

Emma bajó las manos por las dulces hendiduras de sus caderas y el mechón de pelo más oscuro antes de agarrarlo por la base.

—Sólo a ti.

Él gimió y echó la cabeza hacia atrás. Emma observó asombrada cómo se ponía su miembro morado e hinchado de sangre con el contacto de sus dedos. Sin duda alguna era la visión más maravillosa del mundo.

Le habría gustado ser artista en vez de científica, alguien que pudiera captar sus elegantes líneas en barro o en un lienzo, la dolorosa perfección física. Pero no era una artista. Sólo era una mujer que tenía el privilegio de tocarlo, de verlo.

De quererlo, si se lo permitía.

La erección de Thomas creció en sus manos, y sonrió. Pasó las puntas de sus dedos por la cabeza hinchada y el borde de terciopelo y luego volvió a bajar a la parte dura y rígida.

Y entonces se le ocurrió que su pene era suave por fuera y de acero por dentro; exactamente lo contrario que él.

—Siento mucho lo de los niños, Thomas —se agachó para besarle las mejillas, la barba incipiente y debajo de la mandíbula—. Pero eso no influye en lo que siento por ti. Me asusta cuánto te quiero. Nunca había sentido nada parecido en mi vida.

Cuando bajó una mano para rodearle los testículos abrió los ojos rápidamente.

—Está bien, Chico Rugby —le sonrió explorando su pesada bolsa con suavidad mientras le acariciaba el pene con la otra mano—. Ahora lo sé todo. No hay nada que ocultar, ¿verdad?

Thomas se estremeció, y Emma vio cómo doblaba la espalda y subía las manos para ponerse delante de ella y acariciar sus pechos. Era la primera vez que se los tocaba desde el día del porche.

Y durante un largo rato cerraron los ojos y se abrazaron saboreándose el uno al otro.

Hasta que no fue suficiente.

El primero que se movió fue Thomas. Hundió su boca en uno de los pezones de Emma y le pareció oír un chispazo con el contacto de su lengua húmeda. Su piel se endureció y se alargó en su boca, rogándole que chupara y mordiera primero un pezón y luego el otro hasta que los dos estuvieron relucientes y duros como piedras y Emma comenzó a gemir.

Thomas abrió la boca para absorber sus gloriosos pechos todo lo posible. Ella estaba muy excitada, y su piel parecía derretirse en su boca.

Sus pechos eran perfectos para su boca. Perfectos para sus manos. Perfectos para él. No quería dejar de hacerles el amor nunca.

Emma se apartó de él y se apoyó sobre las manos. Luego echó la cabeza hacia atrás y dijo:

—Siento haberte gritado e insultado.

Era difícil seguir succionando mientras se reía, así que Thomas siguió besándole la piel suave y ardiente de su garganta mientras deslizaba las manos entre sus muslos.

Emma se incorporó un poco para mirarle.

—Abre tus piernas para mí, nena —dijo.

Ella gimió y dejó que sus piernas se abrieran.

—Más. Todo lo que puedas —le miró a los ojos después de mirar la unión de sus muslos, y vio la dulce vulnerabilidad femenina en los dos sitios—. Necesito tocarlo todo, Emma. Necesito verlo todo. Hacerlo todo.

Después bajó la cabeza. Cuando la abrió con los dedos, Emma absorbió con fuerza el labio inferior para no gritar. Luego la acarició con la lengua mientras deslizaba la punta del dedo corazón dentro de ella. En ese momento Emma dejó de intentar estarse quieta.

—Y no tienes que disculparte; estás muy bonita cuando me insultas —Thomas se rió metiendo dos dedos hasta el último nudillo mientras le sonreía—. Pero eres más bonita aún cuando estás toda húmeda e hinchada y dispuesta a follar.

—Thomas...

—¿Estás segura de que aún me quieres?

Ella se rió y luego jadeó mientras él le acariciaba el clítoris con el pulgar.

—Sí.

—¿Quieres esto, Emma?

—Más —susurró.

Introdujo un tercer dedo para ensancharla un poco más y decidió que ése debía ser el grosor de su pene, aunque en ese momento parecía tan grande como un silo.

Luego metió y sacó los dedos presionando el clítoris hinchado, sintiendo cómo palpitaba con cada roce de su mano.

—¡Ya! —gritó Emma recibiendo su invasión con su propia lujuria—. ¡Por favor, Thomas! ¡Ya!

Cuando empezó a tener espasmos Thomas sacó la mano, la tumbó de espaldas y sustituyó sus dedos por su pene deslizándolo hasta el fondo.

Ella empujó contra él, y al principio sus ávidos gemidos le impidieron penetrarla despreocupadamente. Pero se mantuvo centrado mientras ella se estremecía y bebió de su placer.

Emma estaba cada vez más excitada mientras él entraba dentro de ella, salía hasta fuera y luego volvía a entrar lentamente. Era lo más grande y sólido que había tenido nunca en su interior, y tenía dificultades para respirar.

Cuando pudo abrió los ojos y vio esa cara excepcional mirándola, con la piel de alrededor de los ojos tensa de placer y concentración.

—Mi preciosa Emma —le rodeó las mejillas con las manos, estrechó su boca e introdujo su ardiente lengua en sus labios abiertos, perforando su boca como perforaba su cuerpo.

Dios mío, era inmenso y abrasador dentro de ella, y se dejó llevar, se permitió el lujo de sentir por primera vez en su vida el insoportable placer de la dominación física.

Pero era una dominación envuelta en la seguridad del amor, y eso lo era todo. Era el secreto de la vida.

Cuando le cogió las muñecas y las sujetó sobre su cabeza ella gritó con sorpresa y placer.

Luego se puso un poco más arriba y comenzó una embestida más rápida y profunda, y Emma se dio cuenta asombrada de que podía haber un placer físico más intenso aún. Y mientras su duro y firme peso arremetía contra ella empezó a perder de nuevo el control.

—Córrete para mí, Emma.

Thomas le soltó las muñecas, le agarró el culo —parecía hacerlo mucho— y se hundió en ella aún más.

—Lo supe en cuanto te vi. Eres tú, Emma. Eres tú.

En ese instante Emma le entregó su corazón junto con su cuerpo, y el mundo comenzó a arder.

La penetró con tanta fuerza que estuvo a punto de caerse del borde de la cama —el límite de la conciencia—, y ella le rodeó las caderas con las piernas en un gesto de autoconservación. Luego volvió a correrse, remontando la cresta de la ola en una vibración interminable, y lo único que existía para ella era Thomas. Fue mucho más de lo que había soñado nunca.

Él gritó su nombre con cada espasmo de su frenético clímax, y cuando se vació dentro de ella se desplomó, jadeando en el pliegue de su cuello, besándola, murmurando cosas ininteligibles en su oído.

Emma se quedó impresionada con las piernas enganchadas aún alrededor de sus estrechas caderas, sintiendo su cálido aliento en su garganta y los latidos de su corazón contra su pecho. Le gustaba tenerle tan cerca de ella; mucho más cerca de lo que había sentido nunca a otro ser humano.

—Emma...

Cuando le pasó los dedos por la columna vertebral, Thomas se arqueó como un animal doméstico, y luego hizo un ruido primitivo en su cuello que sonó como un ronroneo.

No podía dejar de sonreír al pensar en todo ello.

Ese hombre no era un robot malhumorado; era un gato herido que necesitaba cariño. Y aunque a ella siempre le habían gustado más los perros, tenía la sensación

de que eso estaba a punto de cambiar.

Tenía la sensación de que iban a cambiar muchas cosas.

—¿Cómo estás, nena? —los húmedos besos de Thomas debajo de su oreja hicieron que todo su cuerpo se estremeciera.

—Creo que estoy viva.

Él se rió, y al presionar la mejilla contra su garganta supo que habían vuelto los hoyuelos. Ojalá pudiera verlos. Después de un largo rato se levantó un poco y la miró con la cara abierta, llena de humor y calor, la cara más atractiva que había visto nunca.

—¿Te importa que te llame nena?

Ella soltó una risita estúpida. Nadie le había llamado nunca así. Hacía que se sintiera pequeña, delicada y muy femenina. Hacía que se sintiera valorada.

—La verdad es que me gusta, pero no se lo digas a Velvet.

Thomas bajó la cabeza y la cubrió de besos.

—Gracias por hacer el amor conmigo, Emma.

¿Le estaba dando las gracias?

—Cuando quieras, Chico Rugby.

—¿Ah, sí? —levantó una mano para apartarle el pelo de la frente y dejó que sus dedos trazaran el arco de sus cejas.

—Mmm... —Emma cerró los ojos complacida.

—¿Te estoy aplastando?

—¡No! Estás muy bien donde estás. ¿Podrías quedarte un rato?

Thomas sonrió aún más y siguió acariciando su mejilla, su barbilla, su labio inferior.

—Te dije que me gustaría penetrarte sin parar durante años, pero me temo que si no me muevo vas a ahogarte.

Se puso de lado arrastrándola con él, y ella se acurrucó contra su sólido cuerpo dejándose acunar por el latido de su corazón, las caricias de su mano en su pelo y el ritmo de su respiración.

Emma no sabía cuánto tiempo había dormido, pero se despertó al sentir algo duro en su cadera. Al abrir los ojos se encontró medio tumbada sobre Thomas, que estaba sonriéndole.

—Hola, Emma.

Ella se rió. Puede que lanzara balas de fogueo, pero el gatillo le funcionaba bien.

—Hola, chico grande.

Thomas cruzó los brazos a su alrededor y la besó con suavidad.

—No estaba preparado para esto, para ti. Sé que no lo he hecho todo muy bien. A veces me pongo en lo peor, ya sabes —le besó la barbilla y la garganta—. Pero no volveré a hacerte daño. No permitiré que nadie te haga daño nunca.

Emma sonrió contra su cuello.

—No hagas promesas, ¿vale? Sólo abrázame, Thomas. Haz que me olvide de todo excepto de ti.

—Eso puedo hacerlo —le acarició con la nariz debajo de la mandíbula—. Pero tienes que dejarme que te haga una pequeña promesa.

—Thomas...

Con un solo movimiento la puso encima de él, le abrió las piernas y entró dentro de ella. Después de la sorpresa inicial Emma sintió que su cuerpo se derretía a su alrededor, y se movió voluptuosamente sobre él hundiéndose cada vez más.

Thomas apoyó las manos en sus caderas y la levantó un poco.

—Prometo no hacerte daño.

Luego volvió a bajarla.

—Prometo cuidar de ti.

Arriba otra vez.

Emma se cayó hacia delante con las manos a los lados de su cabeza y los pechos colgando frente a su boca.

Abajo.

Él cogió con la boca un pezón y luego el otro, lamiéndolos y rozándolos con las mejillas hasta que volvieron a estar rojos y duros.

Arriba.

—Y prometo arrasarte hasta que no puedas más.

Abajo.

Emma se estremeció, abrumada por la sensación de su boca y sus dientes en ella, su dureza en su interior y sus palabras seduciéndola.

Arriba y abajo.

No quería volver a gritar, pero no podía evitarlo. Era demasiado intenso y demasiado maravilloso.

Arriba y abajo. Más rápido. Más fuerte. Hasta que explotó y comenzó a arder con los ojos penetrantes de Thomas quemándole hasta el alma.

Cuando recuperó el aliento dijo:

—Eres tú, ¿verdad? —su voz se quebró mientras las lágrimas le picaban en los ojos—. Eres el hombre que va a volverme loca.

Thomas se quedó quieto. Dejó que el pezón saliera de su boca y le sonrió.

—Dalo por hecho, nena.

Capítulo 17

Ha debido enviarte el cielo

Thomas tardó un rato en comprender por qué le parecía todo tan raro. Luego sintió a Emma acurrucada junto a él, y al mirar el reloj se dio cuenta de que era por la tarde, no de madrugada, y de que estaba hambriento.

También se dio cuenta de que necesitaba ducharse y afeitarse.

Luego se le ocurrió que era muy feliz. Era extraño, pero en un sentido positivo, extraordinario, y pensó que quizá pudiese acostumbrarse a esa sensación.

Emma estaba dormida otra vez, con las pestañas extendidas sobre su mejilla como un abanico negro. La sábana blanca sólo le cubría la mitad de lo que era, de todo lo que le había dado con tanta generosidad y con tanto entusiasmo.

Nunca había hecho el amor con una mujer como ésa. Era atrevida, jugosa e increíblemente orgásmica.

Cuando le dijo que hacía más de un año que no tenía relaciones sexuales estuvo a punto de llorar, de tristeza por ella y con una frívola sensación de triunfo por él.

¡Era toda suya! Había sido un momento de absoluta felicidad.

La miró ahora mientras dormía, redonda, suave y sonriente, con una delicada mano sobre su corazón y los dedos medio enterrados en el vello de su pecho.

Thomas sonrió ante el simbolismo de ese gesto; después de todo esa mujer tenía en la mano su corazón.

Cerró los ojos y respiró profundamente junto a su pelo. Su seductor aroma floral estaba casi ahogado por el intenso olor del sexo.

El mejor sexo de su vida, en el que habían intervenido su corazón y su espíritu además de su cuerpo; sexo con cariño, sexo que unía, sexo excelente.

Así es como lo sentía.

Thomas suspiró, consciente de que era un suspiro de gozo y rendición. Ahora sí que se había puesto en manos de una mujer. Gracias a Dios que había tenido la presencia de ánimo para elegir a una de confianza. Una que no escuchaba los cuarenta principales. Que no le mentiría, le robaría, planearía su defunción ni le traicionaría.

Gracias a Dios que se había puesto en manos de Emma Jenkins, la persona más buena del mundo.

Estuvo a punto de tocar el techo cuando *Hairy* saltó sobre su estómago. ¡Estupendo! Había olvidado que el maldito perro llevaba todo el día dando vueltas por la casa. Le daba miedo pensar cómo estaría la planta baja.

Vamos, grandullón. Tengo que hacer pis.

—Ya voy, camarada.

Thomas quitó la mano de Emma de su pecho y su muslo pegajoso de su cadera y se levantó de la cama. Después de ponerse los pantalones cortos bajó tambaleándose las escaleras con *Hairy* delante de él como una rata con una cita urgente.

Le dejó salir por la puerta trasera y observó cómo iba corriendo al borde del patio antes de levantar la pata en el arbusto más cercano. ¿Cuándo había dejado *Hairy* de hacer pis como una chica?

Luego se le ocurrió que no le había hecho falta el sistema anteriorina en muchos días.

Y se dio cuenta de que no había nada fuera de su sitio; no había arañazos en la puerta, ni agujeros en la alfombra ni charcos de orina en el suelo.

—La vida es bella —murmuró para sus adentros mientras pensaba en hacer café. Luego decidió preparar unos sándwiches y llevarlos arriba para comerlos en la cama con Emma; no quería que saliera de su cama en mucho tiempo.

Quizá en el resto de sus vidas.

A no ser que fuera para darse una ducha.

Con él.

Entonces sonó el teléfono.

—Tobin.

—¡Maldita sea, Thomas! ¿Dónde estás?

Tardó un rato en comprender el significado de esa llamada. Era Rollo, que evidentemente estaba llamando desde el campo. Al fondo podía oír el silbato del árbitro y los gritos de la melée.

A Thomas se le había olvidado que tenía un partido de *rugby*. Era el primer partido que se perdía por lo menos en una década. Parpadeó.

—¿Thomas?

—Sí. Se me ha olvidado por completo. Después de escuchar un momento la respiración de Rollo oyó al fondo la voz de Pam haciendo una serie de preguntas para que su marido se las transmitiera a su hermano, todas ellas relacionadas con su salud física y mental.

Thomas puso los ojos en blanco.

—Dile a Pam que estoy bien, ¿vale? Es solo que... bueno... Emma está aquí y hoy no podré ir. De hecho, puede que lo deje para siempre.

Rollo empezó a reírse en voz baja hasta que acabó estallando y riéndose a carcajadas. Thomas le colgó. Mientras sacaba la lechuga, el tomate y el pavo del frigorífico se le ocurrió que había encontrado algo que le gustaba tanto como el *rugby*, que le hacía sentirse profundamente vivo, que hacía que todo lo demás desapareciera.

Era su verdadera razón para vivir.

Además, hacer el amor con Emma era en cierto sentido más cómodo para sus rodillas y su espalda, y con un poco de suerte podría seguir haciéndolo hasta que

fuera muy mayor.

Cuando estaba a punto de dejar las cosas en la mesa de la cocina la vio. Estaba en la puerta con la camisa blanca que se había puesto la noche anterior.

Dios mío, siempre le había gustado ver a una mujer guapa con una camisa de hombre. Pero la que llevaba su camisa era Emma, con los botones torcidos y el pelo cayéndole a un lado de la cara, y podía ver su sensual escote y la uve de su entrepierna. Era más de lo que podía soportar.

Tenía las mejillas sonrojadas, los ojos brillantes y los labios hinchados, y la adoraba.

—Hola —susurró apoyándose en el arco—. Me parece que me ha despertado el teléfono.

A Thomas se le cayó sobre la mesa todo lo que tenía en las manos.

—Hola, Emma.

Ella parpadeó y se pasó una mano por el pelo reluciente.

—¿Va a resultar incómodo, Thomas? Porque yo pensaba que podríamos saltarnos esa parte. Sólo quiero que sea... no sé...

—¿Perfecto? —en dos zancadas redujo el espacio que había entre ellos. No sabía lo que haría cuando llegase donde estaba ella; sólo sabía que tenía que llegar allí.

Después de cogerla la llevó a una de las sillas de la cocina y la sentó sobre su regazo. Luego sonrió al sentir que le rodeaba el cuello con los brazos y le besaba la cabeza.

—¿Tienes algún plan para el resto del día? —su pregunta quedó amortiguada porque tenía la cara entre esos pechos tan reconfortantes, tan acogedores, tan femeninos, tan eróticos.

Emma empezó a reírse, y Thomas cerró los ojos y dejó que su cara disfrutase del paseo.

—Esta mañana pensaba hacer un montón de recados, pero tengo la sensación de que no voy a hacer ninguno.

—Tienes razón.

No pudo evitarlo. Sus manos estaban ya por debajo de su camisa acariciando sus nalgas y la parte inferior de su espalda.

Emma se arqueó con su contacto.

—Esta tarde iba a llevar a Leelee de compras. Será mejor que la llame.

—Yo la llamaré —Thomas se levantó, dejó a Emma en el borde de la mesa y cogió el teléfono de la cocina. Mientras marcaba no dejó de mirarla por el rabillo del ojo. Estaba tan atractiva que sabía que incluso una breve conversación sería un reto.

—Leelee, soy Thomas Lengualarga.

—¡Ja! —exclamó ella—. ¿La has secuestrado o algo así? Se suponía que íbamos a ir al centro comercial.

—Sí, ya lo sé. Éste es el trato: joyas, pieles, cruceros, valores tecnológicos, lo que quieras es tuyo. Y puedes conducir el Audi por el camino. Pero tendrá que ser

mañana.

Leelee silbó con impaciencia antes de reírse.

—¿Puedo conducirlo hasta la carretera?

Thomas tragó saliva mientras en su mente se superponían las imágenes de su coche en la cuneta y la de Emma cruzando las piernas con la camisa abierta sobre sus muslos.

—Tus deseos son órdenes para mí, Leelee.

—Impresionante. ¿Me llevarás al Tyson's Corner?

—Claro. Suena divertido —Thomas odiaba ese monstruoso centro comercial más que a Celine Dion, pero Emma estaba apoyándose sobre las manos y sonriendo como le gustaba a él.

—Entonces, ¿nos vemos mañana?

De repente la voz de Leelee sonó joven y tímida, y Thomas se puso serio al notar el cambio.

—Te lo agradezco mucho, Lee. De verdad. Te lo compensaré, te lo prometo.

—Ya lo creo —dijo ella riéndose. Luego, tras una breve pausa, añadió—: Supongo que voy a tener que aprender a compartir, ¿verdad?

Thomas sonrió al oír eso, y sintió que su pecho se expandía con un intenso calor y un extraño arrebato de afecto, y se dio cuenta de que en el espacio de unos días había pasado de preferir estar solo a tener dos mujeres a las que cuidar y hacer promesas; dos mujeres a las que querer.

—Y yo aprenderé contigo —dijo Thomas.

Después de colgar el teléfono se volvió hacia Emma, que se había desabrochado la camisa y estaba reclinándose sobre los codos. Un rayo de sol vespertino iluminaba la pálida piel de su vientre y sus pechos y la dulce abertura entre sus muslos.

—¿Qué hay para comer? —preguntó ella sacudiendo el pelo y sonriendo maliciosamente.

—Lengua —dijo él envolviéndola—. La especialidad de la casa.

Mientras paseaban por la calle agarrados de la mano estaba oscureciendo y había un toque otoñal en el aire. *Hairy* iba rozando la acera bajo sus pies, olfateando y meando todo lo que encontraba a su paso: buzones, cubos de basura, farolas y troncos de árboles.

Thomas sonrió a Emma y le apretó la mano.

A ella le asustaba lo poco que había tardado en querer a ese hombre, y cuánto amor tenía para darle.

Mientras miraba con aire distraído el tráfico de Federal Hill, con las luces parpadeando, se dio cuenta de que nunca se había sentido así con Aaron.

Al principio hubo un frenético despliegue de endorfinas, sí, pero incluso entonces era consciente de que algo no iba bien entre ellos. Aaron se aseguraba de que Emma

supiera que no era ni mucho menos su mujer ideal. Se aseguraba de que se sintiera culpable por la falta de entusiasmo en su relación.

¿Y qué hizo? Desoyó a su intuición y se casó con él de todas formas, porque pensaba que aunque no fuera el hombre perfecto se le acercaba.

¿Y ese hombre que le estaba agarrando la mano? Le miró y él volvió a sonreírle —con la sonrisa privada de un amante que la conocía bien—, y sintió que la verdad se clavaba en sus entrañas: estaba hecha para Thomas, y él estaba hecho para ella. Era así de simple.

En su mente vio a la Madre Naturaleza con sus ropajes blancos y su corona de flores hojeando sus papeles y disponiendo las cosas para que Emma Jenkins y Thomas Tobin vivieran en la tierra al mismo tiempo, en la misma zona geográfica, para que pudieran encontrarse.

Luego miró al pequeño perro al final de la correa y tuvo que reírse. Puede que *Hairy* fuera el emisario de la Madre Naturaleza. Puede que le debiera su felicidad.

—¿Qué te hace tanta gracia? Emma movió la cabeza de un lado a otro.

—Estaba pensando que *Hairy* es el perro más extraño que conozco. Es raro incluso para ser un crestado.

—No lo sabes bien, nena.

—A veces le miro y tengo la impresión de que entiende lo que está pasando. Es muy inteligente. Juro, y sé que sueño como uno de mis clientes locos, que a veces me sonrío. Thomas levantó la cabeza.

—Yo he tenido esa misma impresión.

—Mmm —observó al perro mientras hacía pis en una parada de autobús—. Entonces, ¿no piensas dárselo a esa mujer de Delaware?

Thomas se rió.

—¡Ni hablar! Si yo puedo evitarlo, *Hairy* no va a vivir en un parque de caravanas.

—¿Vas a quedártelo?

—Supongo que tengo que hacerlo.

—¿Por qué?

Thomas se encogió de hombros.

—Porque ahora es el perro de Leelee tanto como el mío. Pasa con vosotras la mitad del tiempo. Además, creo que le echaría de menos.

Emma se acercó un poco más y puso un brazo alrededor de su cintura riéndose. Eran las nueve, lo cual significaba que habían sido amantes durante unas doce horas, pero se sentían tan cómodos como si llevaran juntos doce años.

—Además, hay cosas que tienen que ser así —Thomas la apretó con fuerza—. ¿No estás de acuerdo?

—Eso parece.

Thomas la llevó al delirio en la mesa de la cocina, y después le hizo un sándwich de pavo con pan integral. Hicieron el amor en la ducha, luego echaron una siesta,

calentaron un trozo de *pizza* para cenar y volvieron a hacer el amor antes de sacar a *Hairy* a pasear.

Y en todo momento Emma se sintió unida a Thomas en una especie de fusión del cuerpo y el alma que nunca había experimentado en trece años con Aaron.

Pensó en la primera vez que vio la cara de Thomas y en la chispa de conexión que sintió. Y se preguntó si lo único que habían hecho era avivar esa chispa hasta que prendió fuego, gracias al cual no tendrían que pasar otra noche fría mientras vivieran.

—Quiero casarme contigo, Emma.

—¿Qué...? —estuvo a punto de tropezarse antes de que Thomas pudiera agarrarla.

—No pretendía asustarte.

—Demasiado tarde.

Le sonrió riéndose entre dientes.

—No tiene que ser ahora mismo. No tenemos que coger el primer avión para Las Vegas, pero quiero casarme contigo lo antes posible. ¿Quieres ser mi mujer?

Estaba mirándola con esa expresión atormentada, y Emma sabía que hablaba en serio. ¡Quería casarse con ella! Se quedó con la boca abierta.

La correa de *Hairy* estaba ahora enredada a sus tobillos, y empezó a hacer ruidos con la garganta justo cuando Emma oyó una voz amistosa que decía:

—Hola, forastero.

Al darse la vuelta vio a un tipo muy rubio vestido de cuero cerca de ellos. Le acompañaba una perrita con un conjunto de tenis sobre la que *Hairy* estaba ya cargando sin importarle que la correa estuviera enrollada.

—Hola, Franco.

—¿Qué hay, Thomas?

Mientras Thomas desataba la correa de *Hairy* Emma sintió que el tipo la miraba de pies a cabeza, y lo que vio en sus ojos no era interés; eran celos.

¡Dios mío!

—Ésta es mi prometida, Emma Jenkins. Es psicóloga conductista de animales. Emma, éstos son Franco y *Lorraine*.

Emma estaba tan conmocionada que no podía hablar. Simplemente extendió la mano e intentó sonreír mientras Franco elogiaba su trabajo.

Thomas acababa de pedirle que se casara con él. Acababa de anunciar con orgullo que era su prometida. ¿No tenía ella nada que decir de todo eso?

Además, ¿cómo sería ser su mujer?

Mientras Franco charlaba con Thomas se preguntó si era lo bastante fuerte para estar casada con un dios vikingo del amor con unas Nike sin calcetines, un hombre cuyo atractivo parecía extenderse a ambos sexos.

—¿Tenéis ya una fecha? —Franco elevó las cejas en unos bonitos arcos—. Casualmente me dedico a organizar bodas —de algún modo consiguió meter los dedos en el bolsillo de sus pantalones de cuero, sacó una cajita plateada y le dio a

Emma una tarjeta—. Desde reuniones íntimas a banquetes populares. ¿Cuánto tiempo lleváis prometidos?

Emma intentó mover los labios, pero parecía que le habían cortado las terminaciones nerviosas.

—Unos treinta segundos, Franco —Thomas se rió mirando a Emma con los ojos brillantes—. Aún no ha tenido la oportunidad de decir que sí.

Emma tenía la sensación de que le habían pegado la lengua al paladar.

—¡Vaya! —Franco contuvo una risita y se agachó un poco para coger a Lorraine—. Nos vamos de aquí. Lamento la intromisión. Ha sido un placer conocerte, Emma. Ya nos veremos, Thomas.

Cuando Franco dobló la esquina se quedaron un rato en silencio. Luego Emma se atrevió a mirar a Thomas, que tenía la cabeza inclinada con una suave sonrisa y una expresión tímida.

—¿Qué me dices?

Emma tragó saliva.

—¿De qué? —se quedó aliviada al comprobar que su voz seguía funcionando.

—¿Una reunión íntima o un banquete popular?

—¿Cómo?

—En serio. ¿Qué te parece mi pregunta? ¿Estás enfadada, extasiada o qué?

—Estoy desconcertada.

—Sí —se rió entre dientes—. Yo también.

Thomas se agachó, cogió a *Hairy* y le dio la vuelta para volver a casa. Luego agarró a Emma de la mano y comenzaron a regresar.

—Ya sé que no ha sido la proposición más romántica del mundo, pero últimamente me siento espontáneo —la miró de lado y movió su cicatriz—. Ha sido un día muy intenso, ¿verdad?

—Y que lo digas.

—Es algo en lo que no dejo de pensar. Tú. Yo. Leelee. Varios animales domésticos. Suenan bien.

—¿Leelee? —exclamó Emma—. ¿Qué estás diciendo, Thomas?

Él miró hacia arriba encogiéndose de hombros, y Emma contempló su enorme silueta con la escasa luz. Cuando bajó la vista le impresionó la ternura de su expresión.

—Yo soy un hombre que no puede tener hijos. Ella es una niña que necesita un hombre que sea su padre. Da la casualidad de que yo quiero a su madre más de lo que podría querer a nadie. Da la casualidad de que ella adora a mi perro. Yo diría que es casi perfecto.

Emma buscó a su alrededor un sitio para desplomarse; necesitaba sentarse antes de caerse. Fue tambaleándose hasta las escaleras de mármol de una casa de ladrillo rojo y se derrumbó. Thomas se sentó a su lado.

—Sé que esto es mucho, nena. Puedes preguntar a Pam, Rollo, mis compañeros del equipo de *rugby* o la gente de la brigada. Normalmente no soy así. Supongo que... bueno, que me da miedo...

Emma lanzó los brazos alrededor de su cuello y le abrazó con todas sus fuerzas. Cuando él extendió las manos sobre su espalda sintió una inmensa sensación de paz. Era como si hubiera llegado a un acuerdo con el universo, como si la Madre Naturaleza hubiera hecho una marca en su tablilla y le hubiera guiñado el ojo.

Empezó a reírse.

—Vale —le susurró al oído.

Su cuerpo se relajó contra el de ella.

—Eso es estupendo.

—Pero vamos a ir despacio —le miró a la cara—. Vamos a darle a Leelee un poco de tiempo antes de decírselo. Vamos a darnos a nosotros un poco más de tiempo.

Él asintió, y al sonreír se le marcaron los hoyuelos.

—Lo que tú quieras, Emma —le dio un pequeño beso y le rodeó la cara con las manos—. Lo que tú quieras.

Su coche se quemaba.

El Datsun 280 Z negro perlado de 1978, con un motor V-8, cinco velocidades y un tubo de escape especial —la pasión de su vida, el único amor que nunca le fallaba — estaba ardiendo en el aparcamiento del King of Hearts Motor Court.

Aaron vio con impotencia cómo se levantaba la pintura nueva del armazón de acero como la piel de los huesos. El humo negro le picaba en los ojos y tenía un sabor amargo en su garganta. Las llamas rojas y amarillas salían del capó como una risa desagradable.

Al oír la sirena de los bomberos se dio cuenta de que la risa desagradable venía de él.

¿Por qué no iba a reírse? En ese momento podía asegurar que su vida estaba oficialmente jodida al cien por cien. No le quedaba nada de lo que tenía hacía tan sólo un año. Todo se había convertido en humo.

Lo más curioso es que su primer impulso fue ir a buscar a Emma, la comprensiva y dulce Emma, la persona que había impedido que se hundiera, el epicentro de todas las cosas buenas de su vida. Un año atrás le habría acogido en sus brazos y le habría acariciado la cabeza. Habría encontrado la manera de hacerle reír. Habría aliviado su dolor.

Las sirenas resonaban en su cabeza.

Vale, dos años atrás quizá. El año anterior por esas fechas Emma le estaba dando los papeles del divorcio.

Pero hace tiempo era todo real. Tenía a esa mujer a su lado todos los días y en su cama todas las noches. Tenía su amor. No se lo estaba inventando, ¿verdad?

¿Qué diablos había hecho?

Mientras los bomberos enganchaban una manguera amarilla a la boca de incendios, Aaron vio su error con más claridad que nunca.

Había dejado que su compulsión fuera más fuerte que su amor. Lo había dado por supuesto. Nunca había reconocido cuánto la quería. Y acabó perdiéndola.

Había arruinado su matrimonio. Había arruinado su vida.

Cuando la manguera se hinchó y estalló vio a dos bomberos luchando por controlar el violento chorro que empapó el Z. En unos momentos el coche quedó reducido a cenizas, rezumando espuma y silbando con el agua.

Aaron cerró su puerta y retrocedió en la penumbra, deteniéndose al ver su reflejo en el espejo oxidado.

Era una lástima que el Z no tuviera suficiente gasolina en el depósito para volar por los aires. Era una lástima que no hubiera volado con él.

Ni siquiera reconocía al hombre del espejo. Ese hombre no tenía corazón. No tenía a Emma.

Ese hombre no sabía cuántos días le quedaban por vivir. Pero no tenía nada que perder.

Capítulo 18

Resaca de amor

Los primeros toques rojos y dorados salpicaban los árboles que se extendían entre las granjas, y el cielo era de un azul intenso. Emma inclinó la cara y respiró profundamente, sintiendo el sol en su piel y el agradable balanceo de sus caderas en la silla de montar.

El arrebató de su amor por Thomas no se había disipado en las últimas semanas, pero se había suavizado y había encontrado su propio ritmo. Y últimamente su felicidad parecía una entidad física en sí misma, algo sólido y profundo que estaba presente en todo lo que hacía. Y podía sentir cómo crecía cada día.

Miró a su compañero de paseo y se rió para sus adentros. Thomas parecía más relajado sobre *Bud*, menos rígido. Y *Bud* parecía resignado a llevar a Thomas y ya no la miraba con esa expresión de pena. Era agradable ver que se llevaban bien.

—Esto es precioso —dijo Thomas como siempre que salían a montar a caballo.

—Me alegro de que pienses eso.

Thomas se volvió hacia ella.

—Y tú estás preciosa.

—Me alegro de que pienses eso.

—Vamos a desnudarnos.

Emma se rió. Ese hombre necesitaba un collar de púas. La verdad era que no tener que preocuparse por un posible embarazo o una enfermedad permitía que las cosas fueran espontáneas. Y había perdido la cuenta de con cuánta frecuencia y en cuantos sitios habían sido espontáneos.

Aunque no se quejaba.

—¿Dentro de treinta años me seguirás seduciendo con esa frase?

—Si aún quieres que te seduzca.

—Lo haré si tú puedes dar la talla. Le lanzó una sonrisa enmarcada por sus hoyuelos.

—Si ahora hay Viagra, imagina lo que habrá cuando sea viejo. Cuando me entierren tendrán que pegármelo con cinta adhesiva.

—Me asustas.

Thomas se rió a carcajadas, y aún se estaba riendo mientras la seguía por el estrecho camino que llevaba al río. En cuanto desmontaron y ataron las riendas de los caballos a un árbol, Thomas se puso detrás de ella y la envolvió con sus brazos.

—Hay una palabra para tu trastorno —Emma se acurrucó contra él—. Se llama priapismo, y dicen que es muy doloroso.

Él la besó en el cuello.

—No sabes cómo me duele.

Sus dedos estaban desatándole la chaqueta vaquera, acariciando sus pechos por debajo de la camiseta y bajando por la bragueta de sus pantalones.

—En esa casa de ahí arriba vive el señor Martin —dijo entre jadeos—. Es un viudo menonita muy simpático.

—Lo siento. No puede tenerte. Eres mía.

Con las manos planas sobre su vientre, deslizó las puntas de los dedos por debajo de la goma de sus bragas. Ella empezó a temblar. Siempre le hacía eso: la ponía temblando y muy caliente hasta que acababa apretando sus manos y retorciéndose contra él.

—Pero puede vernos aquí abajo —susurró.

—Nadie está mirando, Emma. Sólo yo.

De algún modo la chaqueta estaba ya en el suelo, la camiseta enrollada debajo de su barbilla y el sujetador desabrochado. Y de algún modo le había bajado los pantalones y las bragas hasta las rodillas y estaba gimiendo.

Al echar las manos hacia atrás comprobó que también se había quitado la mayor parte de su ropa, y estaba impresionada; excitada e impresionada.

Entonces le dio la vuelta.

—Te quiero mucho —su beso era tan erótico, y el sol era tan agradable en su piel desnuda que no le importaba el señor Martin. Sólo le importaba Thomas.

Y se encontró deslizando los labios por su cuello y los músculos de su pecho, y dejando un rastro de besos y mordiscos por el centro de su cuerpo hasta acabar casi de rodillas.

Thomas se agachó y puso su camisa en la hierba debajo de ella.

Emma le miró.

—Eso ha sido muy caballeroso por tu parte.

—Tengo un buen motivo.

—Ya lo veo —dijo sonriendo. Luego puso los labios a su alrededor, y Thomas separó los pies y gruñó de satisfacción.

—Eres tan buena conmigo, Emma. ¿Por qué eres tan buena conmigo?

Ella sonrió mientras trabajaba, sintiendo cómo temblaba, inhalando su delicioso olor a almizcle. Él hundió los dedos en su pelo y le agarró la cabeza con las manos, pero no empujó; sólo rozó y acarició mientras ella se movía.

—Emma...

Thomas cayó de rodillas asombrado y luego volvió a besarla con más fuerza, levantándole el trasero hasta que dejó de tocar el suelo, suspendida por su abrazo desesperado y la presión de sus labios.

Luego se separó para respirar.

—Cómo me gusta esto.

—A mí también —ella se apretó contra su erección.

—Es todo, Emma. Tú lo eres todo.

Después de dejarla en el suelo con suavidad sonrió. Luego le dio la vuelta deslizando sus manos por todo su cuerpo, caliente en contraste con la fresca brisa. Por último la ayudó a ponerse a cuatro patas mientras él se colocaba detrás de ella.

Emma gimió. No podía esperar a que entrara dentro de ella.

Sintió la presión de su vientre contra sus nalgas, los golpes de su duro pene empujando, tanteando, fallando tantas veces que tuvo que tocarse para aliviar su malestar.

—¡No me atormentes, Thomas! ¡No puedo soportarlo!

Entonces la tomó por detrás con una penetración que la mató y la resucitó con una forma y una sensación perfectas. Era lo mejor que había sentido en su vida, como cada vez que él se convertía en parte de ella.

Emma deliró al sentir una de sus manos sobre su estómago y la otra en sus pechos, pellizcando y estrujando sus pezones hasta que le pidió más a gritos y le suplicó que no parara nunca. Mientras se dejaba llevar por el ritmo y la necesidad cada vez más intensa la embistió con más fuerza y bajó la mano por su vientre hasta el clítoris, tan tierno e hinchado que sabía que estaba andando por el borde.

—¡Oh, sí! —susurró.

Thomas se deslizó sobre su espalda y se rió en el pliegue de su cuello sin dejar de penetrarla.

—Eres mi cosa salvaje, ¿verdad, nena? ¿Ahora podrías ladrar como un perro para mí?

—Será mejor que no vayamos demasiado lejos con esto —dijo.

Thomas dejó de moverse. Su duro pecho se curvó contra su espalda, y acercó sus labios a su oreja.

—Ya hemos ido bastante lejos, Emma, pero no lo suficiente. ¿Comprendes lo que estoy diciendo?

Sintió una intensa ráfaga de calor. Sí. Sabía exactamente lo que estaba diciendo. Su cuerpo estaba dentro de ella y a su alrededor, protegiéndola, pero no era suficiente. ¿Por qué? ¿Por qué quería más de él? ¿Por qué quería sacarle el alma y envolverse dentro de él?

¿Cómo podía quererle tanto?

—No tengo suficiente de ti, Thomas —empujó sus caderas hacia él—. Nunca será suficiente.

La levantó para que se arrodillase delante de él y la animó a apoyarse sobre su pecho. Luego le acarició el pelo, abrumado por la mezcla de amor y lujuria que despertaba esa mujer en su interior.

Aspiró su aroma, y al tocar la verdadera belleza de su cuerpo y su corazón hizo que quisiera follarla aún más, amarla sin cesar, protegerla y pertenecer a ella para siempre.

Emma dejó caer la cabeza contra su pecho y giró la cara para que pudiera encontrar su boca.

Sabía a alegría, a una de sus sonrisas, y Thomas sintió una conexión absoluta, como si estuviera conectado al enchufe eléctrico más caliente y poderoso del universo.

—¿Sabías que podía ser así? —susurró rodeándole los pechos y acariciándole el cuello mientras arremetía contra ella.

Emma gritó, abrumada por el intenso arrebató de emoción y la puñalada de placer que le dejó sin aliento.

—Porque yo no tenía ni idea, Emma. Ni idea.

Entonces le cayó en el hombro una gota de sudor, o una lágrima. Se dio la vuelta y le besó, y de ese modo se completó el circuito.

Emma se sentía como si se fuera a morir.

—Estoy seguro de que ha sido el atún de la señora Quatrocci —susurró Thomas mientras ponía un paño frío en la frente de Emma. Luego le dio un beso en la mejilla y guiñó un ojo a Leelee—. Yo también estuve a punto de vomitar la primera vez que lo probé.

Todos se rieron.

Beckett les hizo callar.

—Va a oídos. No estaba tan mal. Es una mujer encantadora.

Thomas movió una ceja a Leelee, que empezó a reírse con una risa histérica. El creciente afecto entre Sylvia Quatrocci y Beckett había desviado parte de la atención de Leelee de su historia de amor, para alivio de Emma.

—Ag —había dicho un día—. ¿No hay ninguna ley en contra de que la gente mayor se bese?

No es que Leelee se opusiera a que Thomas anduviese por allí. Al verlos ahora Emma sintió una agradable sensación de bienestar. Todas las piezas de su vida se estaban poniendo en su sitio, y parecían tener la forma y el tamaño adecuados para encajar en el cuadro general por primera vez.

Emma gruñó y se incorporó en el sofá, y Thomas se acercó inmediatamente para sujetarle la espalda.

—Estoy bien, de verdad —dijo—. Vamos a terminar la partida. Y por favor, papá, dile a la señora Quatrocci que deje de limpiar la cocina.

Beckett miró el tablero del Scrabble y suspiró.

—Yo lo dejo de todas formas. No he visto una vocal en dos turnos.

—¿Vocales? —Leelee sacó unas pistolas imaginarias y apuntó a Thomas—. ¡Nosotros no necesitamos vocales!

Emma sonrió mientras Thomas aceptaba el reto de Leelee con una sonrisa maliciosa y la llevaba hacia el Scrabble.

Hairy eligió ese momento para saltar sobre su regazo con los calzoncillos colgando de la boca.

—¡Hola, pequeño! ¿Has venido a consolarme?

Estás muy pálida, Manos Suaves. Y hueles diferente. ¿Qué te pasa?

—Estoy bien, *Hairy*. No te preocupes.

Le dio un beso en el hocico y le rascó detrás de las orejas, el perro sonrió mientras la miraba con sus ojos saltones. Era un milagro que hubiese mejorado tanto. Ya no tomaba medicamentos. Y no necesitaba la compresa, la jaula ni los ejercicios de relajación. Se había instalado en la cómoda rutina de una vida dividida entre la granja y Federal Hill, y parecía tranquilo y feliz.

Y estaba mirándola fijamente.

Oh-oh.

—¿Qué pasa, *Hairy*? —Emma se rió con incomodidad—. ¿No puedes dejar de mirarme? —la cabeza le daba vueltas y tenía el estómago revuelto.

—Dios mío —murmuró apartando a *Hairy* antes de ir tambaleándose hacia el cuarto de baño.

—¿Estás bien? —Thomas se levantó y se puso detrás de ella.

Oh-oh. Oh-oh. Oh-oh.

Tres días después Emma seguía teniendo el estómago revuelto y estaba tan cansada que parecía que tenía los brazos y las piernas metidas en cemento húmedo. No podía recordar la última vez que le había atacado la gripe con tanta fuerza, y estaba reconsiderando su decisión de volver a trabajar como había hecho siempre.

—Debo estar haciéndome vieja —Emma aceptó el cuestionario para nuevos pacientes que le dio Velvet y la información sobre un perro que se lamía compulsivamente las patas delanteras—. Este virus me está matando.

—Si tú lo dices.

Al levantar la vista, Emma vio a Velvet mirándola con las manos en las caderas.

—¿Qué significa eso?

—Emma, ¿hay alguna posibilidad...?

—¿Qué?

—¿Podrías estar embarazada? Emma dejó caer las manos y oyó la tablilla rebotando contra su pierna.

—¿Disculpa?

—Embarazada. Esperando un hijo.

—No —siguió leyendo el historial—. Puedes decirle a la señora Wilson que pase.

—Aún no. Sólo un minuto.

Emma estaba ya moviendo la cabeza.

—Mira, Velvet. Tengo gripe, ¿vale? No estoy embarazada. Es imposible —comenzó a ir hacia la sala de reconocimiento.

—¿Por qué no? —Velvet iba pisándole los talones—. Todos sabemos que Thomas y tú...

Emma abrió la puerta de la sala de reconocimiento y se dio la vuelta para mirar a su amiga.

—Es imposible, ¿vale? Vamos a atender a la señora Wilson para que pueda ir a casa a morirme.

Velvet estaba mirándola ahora con una expresión amenazadora. El corazón de Emma empezó a acelerarse. Era ridículo. ¡No podía estar embarazada! No podía...

—Voy corriendo a buscar un test de embarazo —dijo Velvet—. No te muevas de aquí.

Una hora después Emma estaba tan nerviosa que no sabía si las líneas azules eran reales o el resultado de la visión borrosa y el temblor de sus manos. Velvet volvió a llamar a la puerta. ¿Cuánto tiempo llevaba en el cuarto de baño? ¿Cómo podía haber ocurrido?

Se miró en el espejo, se echó agua fría en la cara y se apartó el pelo de la frente. Estaba pálida y cansada. Parecía conmocionada. Qué diablos, parecía embarazada.

Pero Thomas era estéril.

Emma abrió la puerta y sostuvo la tira del test como la antorcha de la Estatua de la Libertad.

—Thomas decía que era estéril.

Velvet se quedó con la boca abierta.

—¿Qué?

Emma volvió a sentarse en la tapa del váter y apoyó la cabeza en las manos.

—Se lesionó jugando al *rugby* y le hicieron todas esas pruebas... —miró hacia arriba parpadeando—. No lo entiendo.

Velvet se agachó delante de ella y clavó sus cuidadas uñas en las rodillas de Emma.

—¿Qué estás diciendo?

Emma resopló.

—¡Estoy diciendo que no sé qué diablos está pasando, Velvet! ¡Estoy embarazada cuando en teoría es imposible!

Velvet se levantó y empezó a pasearse por el minúsculo cuarto de baño, empeorando el dolor de cabeza de Emma.

—¿Y es el...?

—El único desde Aaron, sí. Y dejé de tomar la píldora después del divorcio.

Velvet frunció los labios y miró a Emma.

—¿Has visto su historial médico?

—¿Qué?

—¿Hay alguna posibilidad de que te haya mentido?

—¡Por supuesto que no! —en cuanto esas palabras salieron de su boca una sombra de duda le nubló el corazón. Ya le había mentado antes... pero eso había sido

diferente... las cosas habían cambiado desde su conmovedora confesión.

—No puedo ni pensarlo —movió la cabeza de un lado a otro y miró la tira absorbente que colgaba de sus dedos.

—¿Por qué no?

—Porque le quiero mucho. Tiene que ser una casualidad —volvió a apoyar la cabeza en las manos.

—¿Qué vas a hacer, Em?

—Voy a decírselo.

—Claro...

—Y lo resolveremos juntos.

—¿De cuánto crees que estás?

Emma sonrió al sentir un arrebató de emoción.

—De tres semanas como mucho.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué quieres decir? —Emma se levantó, pasó por delante de Velvet a su despacho y se sentó en su silla. Luego giró hacia los lados mordiéndose el labio.

—¿Qué vas a hacer, Emma?

Se tragó las lágrimas sin saber si eran lágrimas de alegría o de aflicción.

—Supongo que voy a tener un bebé. ¿Es eso tan raro?

—¿Y qué quieres que haga él?

Emma se rió un poco, y *Hairy* saltó sobre su regazo. Había estado durmiendo en una cesta en una esquina de su despacho, donde solía estar durante el día mientras Leelee estaba en la escuela.

—Ya lo ha hecho —dijo—. Me ha dado un hijo.

Velvet puso los ojos en blanco.

—Ya sabes a qué me refiero, Em. Te estoy preguntando si quieres que se case contigo.

Emma acarició a *Hairy* con aire distraído y sintió una pequeña sonrisa en su cara.

—La verdad es que hace unas semanas me pidió que me casara con él.

Velvet se quedó con la boca abierta.

—¿Y qué respondiste?

—Dije que sí.

—Cielo santo.

—Exactamente.

—¿Va a pasar esta tarde por aquí?

—A las cinco y media.

Velvet apoyó las manos en sus estrechas caderas e inclinó la cabeza.

—¿Estás bien, Em? Parece que estás en las nubes.

Ella se rió con un tono un poco histérico.

—Será porque estoy en las nubes. Hace un mes estaba sola. ¡Ahora estoy enamorada! ¡Voy a casarme! ¡Voy a dar a luz!

Emma se levantó disparada de la silla echando a *Hairy* al suelo.
—Pero ahora mismo voy a vomitar.

Capítulo 19

No me dejes así

Thomas llegó a Wit's End unos minutos antes, ansioso por ver a Emma, preocupado de que estuviera indispuesta aún.

Las campanillas sonaron cuando abrió la puerta y estuvo a punto de atropellar a Velvet Miki, que iba a salir. Le lanzó una gran sonrisa.

—Hola, Velvet.

—Gilipollas.

Thomas se dio la vuelta y la miró. No comprendía a esa mujer. Siempre estaba enfadada con él por alguna misteriosa ofensa. Gracias a Dios que Emma era firme como una roca.

La encontró sentada en su despacho con *Hairy* dormido sobre su regazo. Cuando esbozó una leve sonrisa, Thomas se dio cuenta de que estaba triste. No tenía el color habitual en sus mejillas ni brillo en los ojos. Le pareció frágil, y le dio un vuelco el corazón.

—Hola, nena. ¿Aún te sientes mal?

Emma asintió. Entonces vio que tenía los ojos rojos, como si hubiese estado llorando, y sintió una punzada de aprensión.

—¿Qué pasa?

Se acercó a ella, la levantó de la silla y la abrazó. Al notar que estaba floja aumentó su preocupación.

—¿Estás bien, Emma? ¿Qué ocurre? ¿Has ido al médico? Dime.

Ella empezó a llorar, puso los brazos alrededor de su cintura y hundió la cara en su pecho. Entonces lo comprendió. Un tumor cerebral. Por supuesto. Encuentra a la única mujer que hay en el mundo para él y se está muriendo de un tumor cerebral.

Emma se apartó de él.

—Siéntate, Thomas —le condujo hacia la silla y se apoyó en el borde de la mesa.

Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero había algo en su expresión que no había visto nunca. Miedo, auténtico miedo. Dios mío, era algo malo.

—No hay forma de endulzar esto, así que te lo diré sin más —se abrazó con fuerza en un claro gesto de autodefensa. ¿Por qué le tendría miedo?

Después de coger aire le miró a los ojos.

—Estoy embarazada.

De repente se quedó sin aire en los pulmones y se le ensombreció el cerebro.

Entonces sintió que su corazón era una pequeña piedra en una honda gigante que echaban hacia atrás todo lo posible antes de lanzarlo al vacío.

Mientras su corazón se estrellaba contra el vacío el resto de él no veía nada, no oía nada, y sentía menos aún. Y lo único que pensaba era: *Increíble*.

Luego, muy despacio, el sordo zumbido de la conmoción se convirtió en un rugido interno de dolor, y permitió que las palabras tomaran forma en su mente: Emma había estado con otro hombre. Emma le había traicionado. Emma no era su Emma después de todo.

—Vaya —dijo.

Esos ojos azules que había amado unos segundos antes estaban escrutando su cara, esperando a que dijera algo más. Pero no había respuesta para eso, ¿verdad? No había nada que decir.

Se levantó de la silla.

—¿Thomas? —la voz de Emma sonaba débil y temblorosa.

Cuando llegó a la puerta se volvió hacia ella. Podía ver que le temblaba el pecho con cada respiración, y sus ojos se desviaron a su vientre, donde un bebé imposible crecía dentro de ella.

En realidad no quería saber la respuesta, pero sintió que la terrible pregunta subía por su garganta y salía de su boca.

—¿Quién es el padre?

Emma se apartó de la mesa y dio unos pasos hacia él.

—¿Qué clase de pregunta es ésta, Thomas?

Sabía que su risa sonaba cruel, pero no le importaba cuánto daño pudiera hacer.

—La única pregunta que hay aquí. ¿Quién es el afortunado?

—No te atrevas a hacerme esto.

Se acercó un poco más, y Thomas vio ira y dolor en sus ojos. Durante un segundo vaciló, pero se recuperó enseguida al darse cuenta de que era una extraordinaria interpretación femenina.

Thomas vio cómo se movía lentamente, rodeando su vientre con las manos.

—Yo tampoco lo entiendo, pero eso no cambia el hecho de que vamos a tener un bebé y tú eres el padre.

Esas palabras se le clavaron en el corazón. Estaba convencido de que nunca iba a oírlas en su vida, pero se lo acababa de decir. Y le habría gustado poder creerla.

Pero no podía.

La triste verdad era que se había comportado como un cretino por una mujer, se le había derretido el cerebro con el sexo y el amor. Apártate, Leo Vasilich; ha llegado el nuevo representante de la estupidez masculina.

—Yo... lo siento, pero... —Thomas se pasó la mano por la boca en un intento de que sus labios y su barbilla dejaran de temblar—. Ahora no puedo hablar contigo.

Le dio la espalda a Emma y empezó a andar por el pasillo mientras le dolían todos los músculos de su cuerpo. En unos días la llamaría para arreglar las cosas entre ellos. Pero por ahora lo único que podía hacer era poner un pie delante del otro y salir de allí, alejarse de ella.

Del dolor.

—¡Thomas! ¡No hagas esto! —estaba justo detrás de él—. ¡Háblame!

Siguió andando.

—¡Thomas!

La oyó gritar incluso mientras cerraba la puerta del coche y arrancaba el motor. Estaba en la puerta de su clínica con los ojos bien abiertos y las lágrimas cayendo por sus mejillas.

Durante un instante recordó cómo estaba con su camisa, apoyada en el arco de su cocina, somnolienta, bien amada y preparada para más.

Parecía el recuerdo de otro hombre.

Salió del aparcamiento.

—¡No nos hagas esto!

Oyó su súplica justo mientras ponía un CD de John Coltrane y subía el volumen, preguntándose brevemente a quién se referiría.

¿A ella y al bebé?

¿O a ellos dos: Emma y Thomas?

Oh, oh. Esto no me gusta nada.

—¿Dónde diablos está el Tylenol?

Emma estaba sacando cosas de los cajones y los armarios como una loca —clips, gomas, fichas, lapiceros—, revolviéndolo todo y hablando sola. Tiró la grapadora al otro lado del despacho y *Hairy* se agachó.

Me quedaré aquí escondido en un rincón...

—Lo que no debes tomar si estás embarazada es aspirina, ¿verdad? El Tylenol está bien, ¿verdad? Oh, no... otra vez no... —Emma fue corriendo por el pasillo al cuarto de baño.

Me gustaría poder llamar por teléfono a Ojos Brillantes, al Hombre de la Tele o a esa Velvet. Porque Manos Suaves no debería estar sola ahora mismo, eso es evidente.

Hablando de evidencias, eres un completo idiota, grandullón.

Emma salió tambaleándose del cuarto de baño, fue al otro despacho con *Hairy* pegado a sus talones y empezó a sacar cosas del nuevo armario.

—¡Estúpido testarudo!

En eso tienes razón.

—¡Mierda, Velvet! ¿Dónde está el maldito Tylenol?

Oh, oh. Ahora está llorando. Y yo no puedo hacer nada para ayudarla. Nada...

Entonces se cayó una caja grande de una estantería, seguida de una lluvia de muestras de medicamentos, y Emma se arrodilló en medio de aquel jaleo entre sollozos.

—¡Oh, Thomas! ¡Esto no puede estar pasando!

¿Qué has hecho, grandullón? Ahora está casi aullando. Debería ir donde ella y lamerla... espera un momento...

¿Qué es ese olor? ¿Qué es?

Oh, oh. Es el hombre malo.

¡El hombre malo ha estado aquí! Su olor está por todas partes...

Emma levantó la cabeza al oír ruidos de arañazos. *Hairy* había saltado dentro de la caja y la había volcado, y ahora estaba escarbando frenéticamente con sus patas delanteras, olfateando, gimiendo y temblando.

El perro salió de la caja con una de las viejas gorras de béisbol de Aaron en la boca. Tenía la cola metida entre las patas y los ojos casi fuera de sus órbitas.

Luego se meó por toda la alfombra.

Oh, oh. Soy un perro muy malo.

Emma se secó los ojos con las palmas de las manos.

—¿Qué pasa, pequeño?

Tengo que conseguir que preste atención. Tiene que entender esto. ¡Mira, Emma!

El perro sostuvo la gorra en la boca, se puso sobre las patas traseras y giró. Luego dio una pequeña vuelta y un salto hacia atrás, como si fuera uno de sus bailes.

Después aulló con más fuerza y desesperación de la que había oído nunca a un animal tan pequeño. Se puso derecha y poco a poco empezó a temblar al comprenderlo.

—¿*Hairy*?

¡Escúchame, Manos Suaves! ¡Esta gorra pertenece al hombre que mató a mi amo!

—Dios mío, *Hairy*. Dios mío.

Leelee no les esperaba tan pronto. Dejó a un lado el libro que Thomas le había comprado en el centro comercial y se levantó de la mecedora del porche delantero. Luego se estiró, esperando ver el viejo Montero de Emma bajando por el camino seguido del Audi de Thomas.

Puede que le dejara conducirlo otra vez.

Leelee miró con los ojos entrecerrados. No reconocía el coche: un Chrysler de color castaño con un techo de vinilo que podría haber sido blanco en algún momento del siglo pasado. No podía ver quién iba detrás del volante, pero el coche hacía un montón de ruidos, como si tuviera bronquitis.

Cuando se detuvo en la grava vio salir a Aaron.

¿Aaron?

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Dónde ha ido Beck?

Leelee bajó unas cuantas escaleras.

—¿Qué?

—Acabo de cruzarme con él. ¿Dónde ha ido, Leelee?

Se le pusieron los pelos de punta en la parte posterior del cuello y a lo largo de los brazos. Aaron tenía un aspecto muy extraño.

—A la tienda, pero no es asunto tuyo.

—¿Cuándo vuelve Emma?

Leelee se encogió de hombros, retrocediendo instintivamente por las escaleras del porche para alejarse de él. Aaron la siguió.

—Estarán aquí en cualquier momento, y no creo que seas bien recibido.

—Lo sabes todo, ¿eh, mocosa?

Ahora estaba asustada. En sus ojos había algo raro, como si estuviese borracho o algo así. Pero Aaron no bebía, ¿no?

Al aspirar profundamente olió a alcohol, y le dio un vuelco el estómago.

—Quiero que te vayas, por favor —dijo.

—Me parece que no.

—Voy a llamar a la policía.

—Oh, no —la cogió por el brazo, la arrastró hasta la barandilla y le obligó a sentarse antes de inclinarse sobre ella.

—¿Quiénes son «ellos», Leelee? Has dicho que volverán en cualquier momento.

—Emma y Thomas, su novio.

Aaron puso una cara muy divertida, y si no hubiese estado tan asustada se habría reído de él. Aaron siempre había sido el gran hombre, el que tomaba todas las decisiones.

—Novio —la palabra salió con un silbido de odio de su pestilente boca, y Leelee tuvo que apartar la cara—. ¿Cuándo cojones se ha echado un novio?

—Bonito lenguaje para usar delante de una niña, capullo —intentó librarse de él—. Suéltame.

—¿Quién es ese tipo? Respóndeme —Aaron apretó los dedos alrededor de su brazo.

—Me estás haciendo daño, perdedor.

—¿Quién es?

—¿A ti qué te importa? —Leelee se dio cuenta de que estaba levantando la voz y sonaba como una niña asustada—. No tienes derecho a meterte en la vida de Emma. Ahora que por fin ha conseguido librarse de ti es más feliz que nunca.

Cuando Aaron le pegó en la cara su cabeza se dobló hacia atrás por el impacto.

—Cállate de una jodida vez.

—Dios mío...

—He dicho que te calles.

¡No se lo podía creer! Era algo que siempre había imaginado que podría ocurrirle en L. A.: que al ir andando por la calle un chiflado le apuntara con un arma y amenazara con matarla. Pero no aquí. No alguien que conocía. Era demasiado extraño para ser real.

Pero cuando Aaron volvió a pegarle se convenció de que era real. El dolor era agudo, y el arma estaba fría contra la zona caliente de la mejilla donde acababa de abofetearla. Y empezó a llorar.

—¿Qué estás haciendo, Aaron? —no podía hacer nada para detener las lágrimas, y ahora estaba temblando—. No entiendo por qué me haces esto.

—Claro que no.

—¿Por qué me estás haciendo daño?

—Ojalá no tuviera que hacerlo.

Al abrir los ojos vio que le estaba sonriendo.

—¿Cuándo es tu cumpleaños, Leelee?

—¿Qué...? —le clavó los dedos en el brazo y le puso el arma debajo del pómulo. Era una pregunta muy rara.

Continuó sonriéndole.

—El mes y el año en que naciste.

—Yo...

—¿Cuántos años tienes? Se supone que eres una especie de genio, así que contesta. ¿Cuándo es tu jodido cumpleaños?

Al tragar aire le llegó otra bocanada de alcohol. Olía tan mal que pensaba que iba a vomitar.

—El cinco de mayo de 1989.

Aaron se rió de un modo tan espeluznante que Leelee se encogió.

—Bueno, eso lo aclara todo —volvió a sonreírle—. Siempre me he preguntado si serías mi hija. ¿No sería entrañable? Pero fallé por poco.

A Leelee le dolían el pecho y la garganta. Era la sensación más desagradable que había experimentado en su vida, porque estaba tan desesperada que le decepcionaba que Aaron no fuera su padre. Porque así habría llenado ese hueco, aunque fuese con un impresentable.

Estaba tan avergonzada y tan asustada que empezó a llorar con más fuerza. ¿La mataría ya? ¿Esperaría a que volviese Emma para matarla también?

Pero Thomas estaría con Emma...

Se sorbió las lágrimas y levantó la cabeza.

—No te saldrás con la tuya. Thomas te dará una patada en el culo.

Aaron frunció el ceño y miró su reloj.

—He dicho que te calles.

—Es un investigador especial de la policía estatal, y juega al *rugby*, y quiere a Emma más de lo que la has querido tú nunca, y te aplastará como un gusano.

Eso era lo último que podía recordar.

Dios mío. Dios mío.

Emma cogió la gorra de béisbol de Aaron con manos temblorosas y, como si necesitara asegurarse, se la llevó a la cara e inhaló.

Sí, definitivamente olía a Aaron para su torpe nariz humana, así que podía imaginar lo intenso que era el olor para *Hairy*.

El perro estaba temblando incontroladamente. Tenía aún la cola entre las piernas y el lomo encorvado, y le estaba diciendo que Aaron había matado a Scott Slick.

Dios mío.

Emma empezó a rebuscar en la caja de trastos. No sabía qué estaba buscando, pero necesitaba alguna prueba de que *Hairy* se equivocaba, de que aquello no era cierto.

Sacó una pelota, una cinta para la cabeza, un par de calcetines de deporte, los gemelos que le había regalado en su segundo aniversario, una tarjeta de cumpleaños de hacía unos cuantos años, fichas de pacientes que debería haberse llevado con él, una libreta, varios libros de veterinaria... Emma volvió a coger la libreta y hojeó las páginas.

Sin duda alguna había encontrado algo, pero no se quedó más tranquila. Con los típicos garabatos de Aaron trazados a lápiz, las páginas contenían números y nombres de equipos deportivos que a cualquiera que no estuviese familiarizado con las apuestas le habrían parecido un galimatías.

Por desgracia, Emma sabía qué estaba buscando. Y en varias páginas Aaron había escrito el nombre y el número de teléfono de Scott Slick.

Tenía que ponerse en contacto con Thomas. A pesar de todo lo que había ocurrido entre ellos tenía que saberlo. La detective Massey tenía que saberlo. Tenían que detener a Aaron.

Entonces recordó lo desesperado que estaba la última vez que le había visto, entrando en el Z y diciendo:

—No tienes ni idea de lo que acabas de hacer.

Si era capaz de matar a Slick era un hombre violento. ¿Habría sido una advertencia? ¿Una especie de amenaza?

Emma se levantó del suelo, marcó el número del busca de Thomas y luego llamó a la policía estatal para dejar un mensaje a Regina Massey. Después llamó a casa. Cuando no respondió nadie se le puso la carne de gallina y se le aceleró la respiración.

Leelee.

¡Dios mío! ¡Leelee!

Thomas no sabía conscientemente dónde iba hasta que entró en el aparcamiento del Centro de Urología de Chesapeake y apagó el motor.

No sabía si Rollo estaba aún en su consulta. No sabía hasta qué hora trabajaba los jueves. Podía estar en una reunión. Podía estar ya en casa. Thomas no tenía ni idea.

Pero necesitaba hablar con él.

Cuando empujó la puerta de cristal, ésta rebotó contra la pared de la sala de espera. Hasta que vio la cara asustada de la recepcionista no se dio cuenta de que podía parecer un loco, un hombre trastornado.

—¿En qué puedo ayud...?

—¿Dónde está Rollo?

—Está con el último paciente, señor Tobin, pero...

Thomas abrió la puerta que conducía a las salas de reconocimiento y los despachos de los médicos y recorrió el pasillo iluminado con fluorescentes blancos hasta que oyó la voz de Rollo detrás de una puerta cerrada. Llamó a golpes.

—¿Qué...? —Rollo pasó de la ira al sobresalto con un parpadeo—. ¿Thomas?

—Lo siento. Es una emergencia. Estaré en tu despacho.

—¿Es Pam? ¿Los niños? —Rollo estaba cada vez más nervioso, y de repente Thomas se sintió como un idiota.

—No. Nada de eso.

La ira reapareció y Rollo bajó la voz hasta que se convirtió en un violento susurro.

—Maldita sea, Thomas, será mejor que no sea nada malo.

Cerró la puerta en su cara.

¿Pero qué agradable! Al mirar alrededor del bonito despacho recordó con claridad ese fatídico día. Estaba sentado en esa misma silla de cuero mientras Nina le decía a Rollo:

—Disculpa, pero no somos una pareja estéril. Yo soy perfectamente normal. Es él quien tiene un problema.

Mujeres. ¿Por qué en los peores momentos de su vida —y en los mejores— había estado acompañado por mujeres?

¿Por qué había confiado en una mujer?

¿Por qué la había amado?

¿Merecían la pena los momentos que había pasado en compañía de Emma, en sus brazos, dentro de su cuerpo, oyendo su risa, viéndola sonreír, sintiendo lo que habría jurado que era amor?

Puede que eso fuera lo peor: que habría hecho lo mismo aunque hubiese sabido que iba a salir mal.

Puede que mereciese la pena saber cómo era aunque sólo fuera una vez en su vida, como probablemente le había ocurrido a su padre hacía tantos años.

Con un suspiro de repugnancia Thomas se prometió a sí mismo no ser tan duro con el siguiente imbécil que se acercase a él buscando un asesino a sueldo, perdido y desesperado por una mujer.

Su busca volvió a sonar. En la última media hora Emma le había llamado cuatro veces. Hablaría con ella cuando estuviese preparado, no antes.

—¿Qué diablos pasa, Tobin? Estaba con un paciente.

Rollo pasó por delante de él y se sentó en el sillón de su despacho. Tenía un aspecto tan furioso como en el campo de *rugby*, grande, desagradable y dispuesto a cortar cabezas.

—Emma está embarazada.

Thomas vio cómo su mejor amigo se quedaba sin aire mientras se le ablandaba la cara.

—Dilo otra vez.

Thomas se levantó de la silla y empezó a pasearse.

—Está embarazada. Estoy a punto de estallar, de dar un puñetazo a una pared. No sé qué hacer.

—Siéntate —Rollo se puso de pie detrás de su mesa mientras Thomas seguía paseando—. ¡Siéntate, maldita sea!

Entonces Thomas se dio la vuelta.

—¡Ha tenido el valor de decirme que no ha estado con nadie más! ¡Quiero creerla, pero...!

—Siéntate, Thomas.

—¡Joder!

—Siéntate.

—¡Pero se supone que soy estéril! —Thomas le miró fijamente—. ¿No es así?

Rollo se inclinó sobre la mesa y le agarró de la corbata.

—He dicho que te sientes.

Se desplomó de golpe.

—¿Quieres un refresco o una taza de café?

—Dios, no.

Rollo cogió su teléfono.

—Giselle, tengo un pequeño problema. Tráeme el historial de Thomas Tobin, por favor.

Rollo se pasó las dos manos por su espeso pelo y se quitó las gafas frotándose el puente de la nariz. Por último miró hacia arriba.

—¿De cuánto está?

—Yo qué sé.

—¿Cuánto tiempo lleváis activos sexualmente?

—Desde hace tres sábados. Y hemos estado muy activos.

—Dios mío.

—¿Qué diablos significa eso? ¿Es lo único que se te ocurre decir cuando te estoy diciendo que la única mujer a la que he amado me acaba de mentir?

Tras un golpe suave la puerta se abrió un poco y la recepcionista insertó la ficha de Thomas por la rendija.

Rollo estaba de pie.

—Gracias —susurró con expresión tímida.

Thomas vio cómo abría el historial y asentía para sí mismo antes de tirar las gafas sobre la mesa.

—¿Qué quieres preguntarme?

—¿Cómo?

—¿Por qué estás aquí, T? ¿Qué quieres que te diga?

—No lo sé...

—¿Que hace seis meses cometí un error y no eres estéril? Porque no puedo decirte eso. Según todas las medidas médicas imaginables eres estéril.

—Ya lo sé.

—¿Quieres que te asegure que no hay ninguna posibilidad de que seas el padre de ese niño? Porque tampoco puedo decirte eso.

Thomas se inclinó hacia delante en su silla.

—¿Qué acabas de decir?

Rollo se rió levantando las manos.

—No tengo ninguna respuesta mágica para ti, T. Hace siete años te diste un golpe, la inflamación y el dolor acabaron desapareciendo y parecía que estabas bien. Luego el invierno pasado...

Rollo volvió a abrir el historial.

—Ruptura completa de la membrana sanguínea, dolor recurrente del escroto y atrofia. Ignoraste el dolor, y para cuando llegaste aquí tu cuerpo había tenido varios meses para luchar contra lo que pensaba que era un virus que estaba invadiendo tu esperma. El daño estaba hecho. Habías desarrollado anticuerpos para tu propio esperma.

—Eso ya me lo dijiste.

—Lo que te dije, Thomas, es que el análisis de tu semen indicaba que estabas muy por debajo de los límites normales. Pero también te dije que te quedaban algunos espermatozoides sanos con algo de movilidad; no mucha, pero sí un poco.

Thomas se levantó de la silla mientras su voz rebotaba contra el papel pintado y zumbaba en la superficie de las ventanas.

—¿Me estás diciendo que podría ser el padre de ese niño?

—Siéntate, Thomas —dijo Rollo tranquilamente, y Thomas volvió a desplomarse en la silla con la cabeza a punto de estallar—. Puede que el bebé de Emma sea tuyo. Puede que esté diciendo la verdad.

Thomas se pasó la mano por la boca y miró el bolsillo de la bata de Rollo. No decía nada del reponedor del CVS. Eso no era un sueño. Era real.

La peor pesadilla que había tenido en su vida.

—Dios mío.

—Mira, T. Eres técnicamente y médicamente estéril. Pero puedes producir espermatozoides, y algunos pueden tener cierto empuje. Es posible que tuvieras un campeón y que llegara a la meta.

—Dios mío.

Rollo se encogió de hombros.

—Como médico, y como amigo, tengo que decirte que esto no es una cuestión de números, sino de confianza. Siempre puedes recurrir a una fertilización *in vitro*, pero tienes que decidir ahora mismo si confías o no en esa mujer.

—Dios santo.

Rollo se inclinó sobre la mesa y le dio a Thomas unas palmaditas en la mejilla.

—¿Me estás oyendo?

Thomas miró a Rollo y tragó saliva.

—Es mi bebé, ¿verdad?

—Soy médico, no adivino —Rollo cerró el historial—. En mi trabajo he visto algunas cosas raras, y seré el primero en decirte que las sorpresas desagradables ocurren todo el tiempo. Pero creo que en el universo también hay sitio para las sorpresas agradables.

Rollo apoyó una mano en el brazo de Thomas.

—Puede que ésta sea una de esas sorpresas agradables. Incluso un milagro.

—Oh, Emma. Oh, no —Thomas puso los ojos en blanco y luego miró su busca: tenía ya seis llamadas de ella.

Se levantó y Rollo le siguió a la puerta.

—¿Qué vas a hacer, tío?

Thomas no sabía ni qué hacer con su propia cara. ¿Debería estar rebosante de orgullo? ¿Debería llorar por ser un imbécil? Acabó dándose la vuelta y abrazando a su mejor amigo con todas sus fuerzas.

Rollo le miró sorprendido.

—Te diré qué voy a hacer —Thomas le dio un sonoro beso en la mejilla—. Voy a casarme; es decir, si Emma puede perdonarme por lo que acabo de hacerle, si aún puede quererme. Y después voy a ser esposo y padre.

Thomas giró el pomo de la puerta y se volvió hacia Rollo.

—Mientras tanto consigue unos cuantos Cohibas, ¿vale? Vamos a necesitarlos.

Luego cerró la puerta dejando a Rollo en medio de su despacho, riéndose y moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Adiós a la partida de póquer.

Capítulo 20

Pelea de Kung Fu

Emma bajó corriendo por el camino, consciente sólo del pánico que sentía. Todo se estaba cayendo a pedazos, y si le ocurría algo a Leelee no se lo perdonaría nunca.

El todoterreno pasó el último tramo de árboles.

Y Emma lanzó un grito.

Aaron tenía a Leelee, que parecía una muñeca de trapo. Estaba arrastrándola con los talones hundidos en la grava mientras iba hacia la puerta abierta de un viejo coche. Leelee tenía las muñecas atadas a la espalda.

En cuanto paró el todoterreno, Emma bajó de un salto y corrió hacia ellos gritando y rogando a Aaron que la soltara.

—¡Atrás! —Aaron obligó a Leelee a entrar en el asiento trasero y apuntó a Emma con su arma. Ella se detuvo.

—¡Aaron, por favor! No...

Entonces le puso la pistola en el costado.

—Venga, Em. Vamos a dar un paseo.

Emma tenía la mente paralizada por el asalto de todas las cosas imposibles que de repente eran reales. Aaron tenía un arma. Estaba borracho cuando en trece años no le había visto tomar ni una copa. Y tenía la mirada perdida, con un punto de locura.

Intentó razonar con él.

—Aaron, te daré lo que quieras...

La empujó entre los omoplatos y, mientras iba dando traspiés hacia el asiento del copiloto, Emma parpadeó asombrada al ver lo que vio. *Hairy* había saltado de su todoterreno y estaba andando sigilosamente por la hierba a lo largo del camino. Luego se metió entre las ruedas del viejo coche y saltó por la ventanilla del lado del conductor.

Aaron apoyó la espalda en la puerta oxidada, clavó el arma en el vientre de Emma y suspiró.

Al mirarle a la cara Emma vio que además de estar borracho estaba agotado. Muy delgado. Y hacía mucho tiempo que no se afeitaba ni se daba una ducha.

—Aaron, por favor.

—No hagas que las cosas sean más difíciles, Em.

Cuando Aaron empezó a acariciarle la mejilla con la mano libre retrocedió un poco.

En medio del pánico y la conmoción, miró por encima de su hombro y vio a *Hairy* en acción. Cogió la cartera de Aaron del asiento delantero, salió por la

ventanilla y dejó la cartera debajo de un arbusto cerca del porche. Luego subió de nuevo al coche y saltó del asiento delantero al regazo de Leelee.

¿Qué estaba haciendo?

—Me gustaría no tener que matarte, Emma.

Aaron le pasó un dedo por el labio inferior y ella volvió a mirarlo. El miedo paralizante y el olor a alcohol y a sudor hicieron que sintiera ganas de vomitar.

—Deberías haberme dado el dinero cuando te lo pedí amablemente. Ahora no tengo otra elección... —Aaron se inclinó sobre ella con la pistola en su ombligo y acercó sus labios a los suyos.

Emma miró de nuevo al coche, donde *Hairy* estaba ahora mordisqueando la barbilla de Leelee y lamiéndole los párpados. Leelee recuperó el conocimiento y miró a Emma en silencio a través de la ventanilla, visiblemente aterrada. *Hairy* salió por la ventana y se escondió en la hierba.

Cuando Aaron acabó de besarla sacó una cuerda de su bolsillo y le ató las muñecas por delante, con los bordes ásperos clavándose en su piel. Ella silbó de dolor.

—Entra —la empujó hacia el asiento—. Si me das algún problema dispararé a la pequeña bastarda de Becca, y te aseguro que disfrutaré haciéndolo. Es como una patada en el culo —Aaron miró a Leelee, que fingió estar tranquila—. Pero va a ser tan atractiva como su madre. Puedo verlo ya.

Emma tragó saliva. Estaba segura de que iba a vomitar.

Mientras Aaron daba la vuelta al coche, Emma respiró profundamente y se dijo a sí misma que debía pensar. Pero lo único que se le ocurría era: *No entres en el coche en ningún caso. ¿Cuántas veces había leído eso? No entres nunca en el coche con el agresor.*

¿Pero qué opciones tenía? Si corrían les dispararía; no tenía ninguna duda de que Aaron estaba lo bastante loco para hacerlo. Si intentaba luchar con él pondría tres vidas en peligro: la suya, la de Leelee y la del bebé que llevaba dentro.

Al darse cuenta de eso Emma empezó a temblar de pies a cabeza.

El coche se movió. Echó un vistazo al retrovisor, y a través de las lágrimas vio a *Hairy* sentado en el camino. Lo había presenciado todo, y tenía la cartera de Aaron. ¿Intentaría decirle a alguien lo que había ocurrido? ¿Quién le entendería si lo hiciera?

Thomas.

¿Pero dónde estaba?

—Thomas —susurró cerrando los ojos para contener las lágrimas—. Te necesito.

Aaron debió oírla, porque se rió a carcajadas y le metió la pistola en las costillas.

—El amor es una mierda, ¿verdad? —dijo saliendo a la carretera—. Nadie está ahí cuando realmente lo necesitas.

Thomas puso la luz azul intermitente en el salpicadero y fue como un loco hacia el condado de Carroll.

Emma no respondía a sus llamadas, así que Thomas supuso que estaría en el granero, ensillando a *Vesta* para dar un paseo. Pero puede que ahora con el bebé no debiese montar, sobre todo en un caballo tan agresivo como *Vesta*. Puede que cogiese a *Bud*. ¿Pero si se caía? ¿Tendría cuidado? ¿Iría con Leelee para estar más segura?

A Thomas le dio otro vuelco el estómago. Emma estaba en alguna parte pensando que les había dado la espalda a ella y a su bebé. Dondequiera que estuviese, seguro que se le estaba partiendo el corazón.

No podía conducir más deprisa. Cada segundo que pasaba era tiempo en el que no sabía que confiaba en ella, que la quería más de lo que jamás había pensado que un hombre podía querer a una mujer. Cada segundo se abría una grieta más profunda entre ellos, se reducía su futuro.

Dios mío, ¿qué había hecho?

Entonces sonó el teléfono de su coche.

—¿Emma? ¿Eres tú, nena?

A través del auricular llegó una risita femenina.

—Lo siento, Tommy. Soy yo.

A Thomas se le cayó el alma a los pies.

—Ah, Reg. Lo siento, pero ahora no puedo hablar contigo. Estoy en medio de la peor crisis de mi vida. ¿Cómo nos describiste a Nina y a mí juntos?

—Eh... ¿rancieros?

—Efectivamente. Éste es el peor momento de mi rancia vida. Tengo que irme.

—Espera, Thomas. He recibido un mensaje de voz de tu Emma. Dice que su exmarido, un tipo llamado Aaron Kramer, mató a Slick. ¿Tiene sentido para ti?

—¿Qué? No, Reg. No tiene ningún sentido. ¿Cuándo te ha llamado?

—Hace una hora aproximadamente. Estoy revisando los registros informáticos de Slick para ver si menciona a Aaron Kramer. Escucha, Emma sonaba histérica durante la llamada, y ahora no puedo encontrarla. No está en ninguno de los números que me dio, y...

—Mierda —susurró Thomas.

Emma debió llamar a Reg poco después de que él se marchó. Estaba embarazada y bajo una gran tensión. Puede que se hubiera fugado. Pero no era de las que se fugaban.

—No sé qué diablos está pasando, Reg, pero si eso es lo que dice tendrá una buena razón. Id a buscarle. Tiene una clínica veterinaria en Annapolis. Más tarde me ocuparé de todo esto, ¿vale?

—Vale. ¿Y a ti qué te pasa? ¿Va todo bien?

Thomas se rió al teléfono.

—Oh, no. Todo se ha ido al garete. Soy un idiota, Reg. Dime, ¿cómo puede convencer un hombre a una mujer de que está arrepentido y de que su vida no sería

nada sin ella?

Regina suspiró.

—Dios mío, Tommy. ¿Qué has hecho ahora?

—Si alguna de las dos se mueve empezaré a disparar.

Aaron salió del coche. Fue andando hacia atrás a la puerta de la habitación del motel, que estaba a unos dos metros, e insertó la llave sin apartar la vista de ellas.

Después las hizo entrar rápidamente.

Cerró la puerta y encendió la luz del techo. Y luego cerró las cortinas asegurándose de que no quedase ningún hueco en la tela mohosa.

A Emma se le puso un nudo en el estómago al ver las pruebas de que Aaron estaba tocando fondo. Había botellas vacías de Jack Daniel's tiradas en el suelo y por encima del tocador. La sórdida habitación estaba llena de bolsas de patatas fritas y trozos de papel garabateados: apuestas deportivas. Y sobre la pantalla de la lámpara había un par de calzoncillos sucios.

—Bonita cuadra —dijo Leelee.

Él se rió y luego apuntó con su arma el suelo enfrente del tocador y la televisión.

—Tú, listilla. Siéntate aquí —le puso la pistola en la sien—. Si te mueves te mataré.

Leelee asintió y se deslizó sobre su trasero.

—Tú —Aaron cogió una silla de madera que estaba cerca de la ventana y la señaló con su arma haciendo un gesto a Emma—. Aquí.

—Ahora escuchad, niñas. Éste es el plan —Aaron se sirvió una copa apuntando con la pistola a Leelee y mirando a las dos mujeres. Luego dejó el *whisky* de golpe y susurró entre dientes—: Va a ser un asesinato con suicidio. Leelee te mata a ti... —señaló a Emma—. Después se mata ella. Y el dinero del seguro es mío.

—¿Seguro? —Emma se quedó con la boca abierta—. ¿Todo esto es por el seguro de vida?

—¡Pues sí! —Aaron imitó su reacción de sorpresa—. Gracias por ser tan amable y mantenerme como beneficiario en tu póliza.

—Dios mío —Emma cerró los ojos. Era lo único que había pedido en el acuerdo de divorcio, que siguiesen siendo beneficiarios el uno del otro durante dos años para que al menos una consulta saliese adelante si le pasaba algo a uno de ellos. Como habían contraído deudas juntos como residentes, y más tarde como socios, le pareció que era justo.

Y ahora iba a matarla por eso.

—No tienes que hacer esto —dijo Emma con calma—. Podemos llegar a un acuerdo. No iré a la policía. Nadie tiene que saber...

—¡Cállate! —gritó él moviendo el arma hacia ella.

En ese momento Emma pensó que el hombre que tenía delante era un extraño. No sabía nada de él. Puede que nunca le hubiese conocido.

Y si le permitía hacer daño a dos niños inocentes sería su condena.

—Esto no va a funcionar, ya lo sabes —dijo Leelee desde donde estaba sentada en el suelo—. Tienen investigadores de seguros y gente de criminalística como en el *CSI*. No tardarán en averiguar que lo hiciste por el dinero.

—Cállate de una vez —susurró Aaron—. ¿Quieres que te vuele la cabeza? ¿Es eso?

Emma intentó atraer la atención de Leelee, porque en ese momento callarse parecía una buena idea. Pero Leelee no estaba mirando.

—Además, tu apestoso coche está ahí fuera a la vista de todo el mundo.

Aaron se acercó a ella. A Emma le hubiese gustado que se callara.

—¿Y cuál es mi motivo? —continuó Leelee—. ¡Soy la campeona del Concurso de Geografía del Condado de Carroll por gritar en voz alta!

Aaron quitó el seguro y metió la pistola en la boca de Leelee.

—Esto te callará.

—¡Estoy embarazada! —gritó Emma.

Aaron giró la cabeza para mirarla. Leelee jadeó y se sentó más derecha.

—¿Qué? —preguntaron los dos a la vez.

—Voy a tener un bebé, Aaron. Déjanos ir, por favor. No nos mates. Si nos dejas ir te daré todo lo que tengo.

Aaron levantó la cabeza como si estuviera considerando la oferta.

—¿Quién es el padre?

Emma tragó saliva mirando de Leelee a Aaron y de nuevo a Leelee, que había empezado a serrarse las muñecas contra el tirador de metal del cajón que tenía detrás.

—El padre es Thomas, mi prometido.

—¿Prometido? —exclamaron los dos.

—Sí.

Aaron la miró con los ojos entrecerrados, y al echar un vistazo rápido Emma vio que Leelee tenía casi las manos libres.

—Papá y yo venderemos la granja y te daremos todas las ganancias —dijo con voz suave y firme mientras sostenía la mirada de Aaron—. Ahora vale una fortuna para los promotores. Millones, Aaron. Piénsalo. Sería mucho mejor que mi seguro. Y puedes quedarte con todo.

Cuando esbozó una sonrisa repugnante, Emma se dio cuenta de que nunca había estado tan asustada. Era extraño ver a Aaron hueco, sin entrañas. Se le volvió a encoger el estómago.

—Estás mintiendo, puta —con eso le dio un golpe en la boca con la mano abierta, y la cabeza de Emma se balanceó por la fuerza del impacto.

—¡Gilipollas! —Leelee se levantó rápidamente del suelo y se lanzó sobre Aaron.

Con su visión oscilante, Emma vio que Leelee daba un golpe con el brazo a Aaron. La pistola voló por encima de la cama mientras Leelee saltaba encima de Aaron, le sujetaba con fuerza sobre el colchón y comenzaba a pegarle furiosamente.

Emma estaba de pie, dispuesta a hacer cualquier cosa para acabar con Aaron y salir de allí, cuando de repente la puerta se abrió y entraron dos hombres dando trapiés. Ambos tenían armas.

—Eh, es una fiesta —dijo el más feo de los dos.

Thomas bajó por el camino a toda velocidad, con el Audi rodeado de polvo y grava como un enjambre de avispas. Al ver el todoterreno de Emma su corazón dio un salto de alegría, y luego se hundió. La puerta del conductor estaba abierta, y Beckett estaba en medio del camino llorando.

—¿Beck? —Thomas salió del coche, corrió hacia él y le agarró por los hombros.

—No están. Ha ocurrido algo. Ha sido él.

—¿Emma? ¿Leelee?

—Las tiene Aaron.

—¿Quieres decir que ha estado...?

—Aquí —Beckett le dio una cartera negra de cuero de grano fino—. *Hairy* la tenía en la boca cuando volví del Super Fresh hace un minuto. Se estaba volviendo loco, saltando y aullando. Creo que Aaron tiene a las chicas.

—¿Has mirado...?

—En la casa. En el granero. Por todas partes. No están.

Thomas miró el revoltijo de huellas de neumáticos que había en la grava. Era imposible saber si otro coche había estado allí. Luego vio unas marcas más profundas, como si hubieran arrastrado a alguien por el camino.

—Voy a llamar —Thomas corrió al coche gritando por encima del hombro—. ¿Cuánto tiempo hace, Beck?

Él movió la cabeza.

—No llevo en casa más de cinco minutos. Eso es lo único que puedo decirte.

Thomas marcó el número de Reg y le dijo que consiguiera una orden de detención para Aaron Kramer. Luego abrió la cartera y empezó a leer en el permiso de conducir caducado de Maryland.

—Varón blanco, fecha de nacimiento 6-14-67, uno setenta y cuatro de altura y setenta kilos de peso. Tiene los ojos marrones, el pelo castaño...

Thomas se detuvo. Miró la foto pequeña de la esquina superior derecha y la giró hacia la luz. Podía imaginar qué aspecto tendría ese hombre impecable con una barba desaliñada y unas lentillas azules.

—Es Larry. Joder.

—¿Quién es Larry?

Thomas vació la cartera en el asiento delantero y empezó a buscar algo, cualquier cosa, que pudiera indicar dónde las había llevado. Encontró dos condones, dos tarjetas de crédito sin duda alguna robadas, unos cuantos dólares y un recibo escrito a mano de una habitación de un motel, pagada hasta el día siguiente.

Thomas le dio a Reg la dirección del King of Hearts Motor Court en Bowie, y luego le dio las descripciones físicas de Leelee y Emma.

—Envía a la Unidad Especial de Asalto —dijo—. Es posible que haya rehenes. Yo voy de camino.

—De acuerdo. Nos veremos allí.

Beck estaba esperando al otro lado del coche con expresión preocupada. *Hairy* estaba acurrucado en sus brazos.

—Juro por Dios que las traeré a casa —dijo Thomas—. Llamaré en cuanto sepa algo.

—¡Ni hablar! —Beckett fue corriendo al otro lado, subió al coche de un salto y dejó a *Hairy* en la parte de atrás—. Vamos todos. ¡Ahora conduce!

Thomas salió de nuevo a la carretera con la luz azul intermitente, manteniendo la línea abierta con Reg. La Unidad Especial de Asalto iba ya de camino. Los agentes de los cuarteles del condado Prince George estaban ya allí esperando órdenes. El director del motel estaba siendo interrogado. El resto del motel y todos los edificios cercanos habían sido desalojados.

—Está embarazada —dijo Thomas.

El anciano se quedó sorprendido y luego le miró de arriba abajo con sus ojos azules antes de esbozar una gran sonrisa.

—¿Y?

—Me gustaría que me diera su permiso para casarme con ella, señor.

Beckett se rió a carcajadas.

—Hijo, Emma es una mujer con ideas propias, por si no te habías dado cuenta. No estoy diciendo que no aprecie la antigua cortesía, pero lo que necesitas es su permiso, no el mío.

—Sí, señor.

—Felicidades —dijo Beck con la barbilla temblando—. Ahora vamos a buscar a nuestras chicas.

Thomas pisó el acelerador, dio gracias a Dios porque hubiese pasado la hora punta de la tarde y dejó que todo ese lío diera vueltas en su cabeza. El miedo que sentía era terrible, desesperado. Y se dio cuenta de que sólo se había sentido así otra vez en su vida, cuando era un niño. Cuando su madre se marchó.

Y se le ocurrió que pasaría el resto de su vida asegurándose de que nunca volviese a sentir nada parecido, porque ese tipo de miedo era sin duda alguna la otra cara del amor. Cuando quieres a alguien se convierte en toda tu vida. Y perderlo se convierte en el peor destino imaginable.

Vio las caras de Emma, Leelee y un bebé que no sería más grande que un guisante, pero que ya era real para él.

Se negaba a perderlos.

Acababa de encontrarlos.

Thomas tragó saliva.

—Agárrate, papá —dijo pisando el pedal a fondo.

Emma y Leelee estaban atadas de nuevo, esta vez sentadas en la esquina, de espaldas, con las muñecas unidas. Leelee se dio cuenta de que esta vez no había forma de escapar.

Los dos matones le daban más miedo que Aaron. Era evidente que ya habían hecho eso antes, mientras que Aaron era un aficionado. Debería alegrarse al verle sentado en la cama, también atado, temblando y llorando, pero no podía alegrarse por nada.

Tenía la sensación de que Emma y ella iban a morir.

—Si me dejaseis seguir con el plan... —Aaron lo intentó una vez más.

El tipo feo volvió a reírse.

Dios mío, qué feo era.

Tenía el pelo como Squiggy, de las reposiciones de *Laverne & Shirley*. A Leelee no le gustaba la gente con el pelo así, pero evidentemente ella se había movido en otros círculos. Llevaba un polo amarillo de poliéster y unos pantalones elásticos de esos que los hombres podían encargarse en las páginas posteriores de la revista *Parade*. Tenía más tatuajes que las chicas de la feria de tractores, pero menos dientes. Y olía mal.

Su flaco amigo era sin duda alguna el subdirector de su empresa criminal. Hacía todo lo que el feo le decía, por ejemplo atarlas a Emma y a ella poco antes.

Los últimos minutos habían estado llenos de sorpresas, y a esas alturas Leelee había recompuesto ya la retorcida historia. Aaron debía a Scott Slick mucho dinero y Slick estaba cansado de tratar con él, así que vendió la deuda de Aaron a los matones por una comisión, y ellos empezaron a acosarle para que pagara. Aaron estaba muy cabreado. Una noche siguió a Slick a casa e intentó convencerle para que le diera otra oportunidad para pagar su deuda. Slick dijo que no podía ser. Discutieron. Aaron se acaloró, cogió una batidora de la cocina y le dio un golpe en la cabeza con ella.

Juró que no tenía intención de matarlo.

Ahora estaban los tres discutiendo a quién deberían matar y cómo iban a conseguir el dinero.

Leelee tragó saliva. Si esos tipos mataban a Aaron no les pagaría nada más, ¿verdad? Así que el Feo debía estar considerando el plan de Aaron para matarlas. Por eso estaban mirándolas ahora como si fuesen jugosas chuletas con patatas fritas.

Al menos esperaba que ése fuese el único motivo para mirarlas.

Leelee empezó a temblar. Pero se tragó el miedo y comenzó a hablar.

—Eh, ¿sabíais que Scott Slick se llamaba en realidad Simon Slickowski, que vivía en un parque de caravanas en Smyrna, Delaware, y que el año pasado fue campeón del Concurso Internacional de Baile Canino?

—¿Qué diablos es eso? —preguntó el Feo frunciendo el ceño.

—Cállate, Lee —susurró Emma entre dientes.

—Es un sitio donde la gente lleva trajes vistosos y baila música disco con sus perros; ya sabéis, Donna Summer, Rose Royce, Peaches & Herb.

—Siempre me ha gustado Peaches & Herb —dijo el subdirector antes de empezar a cantar—. *We're bumping booties, havin' us a ball...*

—Esto es un lío —dijo el Feo—. Que se calle todo el mundo un minuto mientras pienso.

—Y Slick tiene un montón de dinero escondido en Delaware —añadió Leelee—. Podemos llevaros hasta él.

Los hombres empezaron a discutir otra vez.

Emma torció los dedos para agarrar la mano de Leelee.

—¡Lee! ¿Has escuchado una conversación privada entre Thomas y yo? ¿Cuándo? Leelee puso los ojos en blanco. No había tiempo para otro sermón de Emma.

—Os oí hablar una noche.

Emma silbó y apretó con más fuerza.

—Ahora estate callada, ¿vale?

—¡No puedo! ¡Estoy muy asustada!

—Todo va a salir bien.

Leelee gruñó.

—¿Cómo?

—Thomas viene a buscarnos —susurró—. Puedo sentirlo.

Leelee volvió a poner los ojos en blanco. ¡El caballero del Audi reluciente! Cómo le gustaría que fuese cierto. Thomas era estupendo, pero no era exactamente un héroe.

—¿Cuánto hay en Delaware? —preguntó el Feo.

—Más de medio millón —dijo Leelee—. ¿Y tú de qué diablos conoces a Slick?

Oh, oh. Quizá hubiese sido mejor mantener la boca cerrada.

—Te lo estás inventando todo, ¿verdad, pequeña zorra?

—¡No! ¡Te juro que es cierto!

El Feo dio un paso hacia ellas mientras miraba a Aaron por encima del hombro.

—¿Cuánto has dicho que vale la mujer, Kramer?

—Un cuarto de millón —Aaron se hundió un poco más en la cama.

—Muy bien. Que espere todo el mundo mientras lo calculo.

Leelee no pudo evitarlo.

—No te rompas la cabeza.

Emma le apretó los dedos.

El Feo se agachó y les tocó el pelo primero a Emma y luego a Leelee antes de reírse.

—Hagamos lo que hagamos, creo que vamos a mantener con vida a la pequeña. Emma giró la cabeza y clavó sus dientes en el brazo del Feo.

—¡Ay! ¡Mierda! ¡Joder!

Las cosas estaban empezando a desmoronarse.

Cuando llegaron al motel, a Thomas le dijeron que dentro había tres hombres, uno de ellos Aaron Kramer, y al menos tres armas. Las mujeres estaban atadas en la esquina sudoeste de la habitación, justo debajo de la ventana frontal, con Emma mirando hacia fuera. La toma de rehenes parecía desorganizada y la niña había conseguido mantenerles desequilibrados sin dejar de hablar.

—Muy bien, Lee —dijo Beckett.

El plan del equipo de asalto era muy sencillo: crear una distracción y sorprenderlos. En la puerta de la habitación había apostados cinco hombres con las armas preparadas. En los árboles de la parte posterior había dos francotiradores. Y debajo de la ventana del cuarto de baño había un artefacto explosivo de control remoto, diseñado para hacer ruido más que para destruir.

Thomas y Regina estaban justo detrás de la unidad de asalto, protegidos con chalecos antibalas. El resto del equipo de Thomas estaba esperando en una zona de estacionamiento de la vía de acceso junto con cinco ambulancias y varios vehículos de la policía estatal y de la oficina del *sheriff* del condado Prince George.

Thomas sabía por experiencia que ese tipo de maniobras tácticas podían acabar en cuestión de segundos. En unos momentos podría tener a Emma en sus brazos; si se acercaba a él, por supuesto.

Los francotiradores informaron de que Emma acababa de morder a uno de los secuestradores, y el caos que siguió era precisamente lo que el equipo de asalto necesitaba.

Cuando el secuestrador tiró su arma y fue corriendo al cuarto de baño una fuerte explosión sacudió la habitación. Los hombres del equipo de asalto derribaron la puerta. Dos de ellos cubrieron inmediatamente a las mujeres mientras los otros tres reducían y esposaban a los secuestradores. La operación terminó casi antes de comenzar.

Luego Thomas lo vio todo borroso: cuando soltaron a Emma y Leelee, éstas se abrazaron la una a la otra llorando. Un miembro de la unidad de asalto las llevó al borde de la cama para que se sentaran y llamó a los equipos sanitarios.

Estaban vivas. Eso fue lo único que registró su mente. Parecían magulladas y agotadas, pero estaban respirando.

No las había perdido. Y rezó por no haberlas perdido.

Entonces Emma se volvió despacio hacia Thomas. Le dio un vuelco el corazón, y su ojo bizqueó. Y después de un segundo que le pareció eterno Emma le lanzó una suave sonrisa.

—Sabía que vendrías —dijo extendiendo la mano.

Él fue a su lado inmediatamente, se agachó y le pasó las manos por todo el cuerpo.

—¿Estás herida? ¿Dónde te han tocado?

—Estoy bien —dijo moviendo la cabeza.

Thomas se acercó a Leelee.

—¿Estás bien, Lee?

Ella asintió en silencio con los labios temblando. Tenía un moratón que le cubría casi todo el lado izquierdo de la cara. Thomas echó otro vistazo a Emma y vio una zona hinchada a lo largo de su mejilla y un corte en el labio inferior.

Lo que en realidad quería era matar a Aaron con sus manos.

Pero en vez de eso abrió sus brazos, y las dos mujeres se echaron sobre él sollozando de alivio, temblando por el subidón de adrenalina, y lo único que pudo hacer fue abrazarlas con más fuerza, besarlas, decirles que estarían bien, que todo iba a ir bien.

Luego se permitió el lujo de creérselo él también.

Thomas sintió que algo se movía entre sus pies, y Leelee se echó hacia atrás lo suficiente para que *Hairy* pudiera saltar a sus brazos. Le lamió la cara con su pequeña lengua y ladró de alegría girando la cola como una hélice.

—¡*Hairy*! —gritó Leelee—. ¡Nuestro héroe!

Poco después un sanitario acompañó a Leelee a una ambulancia y Thomas pidió a la multitud que abarrotaba la habitación unos minutos de intimidad. Cuando salió todo el mundo, se sentó al lado de Emma y le rodeó la cara con las manos.

—También tenemos que examinarte a ti —contempló esa dulce nariz pecosa, esos ojos azules conmocionados, la cara de la mujer que amaba.

Ella asintió, se sorbió las lágrimas y dijo en voz muy baja:

—Me alegro de que no te dieras por vencido.

A Thomas se le encogió todo por dentro.

—Perdóname, Emma. No hay ninguna excusa para lo que te dije. Me volví loco. Es que... bueno... no estoy acostumbrado a creer en milagros, ¿sabes? Es una especie de reto para mí.

Ella sonrió.

—Me he portado como un idiota.

—Así es.

—Pero soy un idiota que te quiere con todo lo que soy, un idiota que confía plenamente en ti.

—Me alegro de oír eso.

—Éste es el trato, Emma. Puedes hacer conmigo lo que quieras: envenenar mis cereales...

Ella estaba ya riéndose.

—... ponerme una bomba en el capó del coche, echar cristales en mis palomitas o poner una trampa en las escaleras del sótano. Nunca lo veré venir porque te quiero tanto que me está matando.

Emma terminó de reírse y le dio un beso en la mejilla.

—O podría utilizar toda esa energía creativa para amarte, ¿no se te ha ocurrido eso?

Thomas acercó la muñeca raspada a sus labios y la besó con ternura.

—Ahora sí.

—Me alegro de que lo hayamos aclarado.

—Voy a hacerlo lo mejor posible, Emma —dijo Thomas con voz áspera mientras sostenía su mirada—. Puede que vuelva a equivocarme, pero siempre haré todo lo posible por ti y por nuestra familia.

Ella miró esos ojos grises atormentados y supo que no podía pedir nada más. Era todo lo que necesitaba.

—No creo que el amor sea perfecto, Chico Rugby —Emma llevó su mano a su corazón y la mantuvo allí—. Es confuso y complicado, ¿pero qué más hay?

Sonrió agarrándole la mano con más fuerza.

—Yo apostaré por ti si tú apuestas por mí.

Thomas la atrajo hacia sí, y Emma se sintió relajada, segura y completa.

—Quiero amarte todos los días el resto de mi vida, Emma Jenkins.

Ella bajó la mano a su vientre y la acercó a su cuerpo todo lo posible.

—Creo que estamos libres.

—¿Tommy?

Regina Massey estaba en la puerta sonriendo.

—Lo siento, pero tenemos que volver a entrar. También tenemos que llevar a la doctora y a su hija al hospital.

Thomas acompañó a Emma a una ambulancia que estaba esperando, la ayudó a instalarse y la besó con suavidad.

—Volveré dentro de un minuto. Tengo que atar algunos cabos sueltos.

Leelee estaba sentada en una camilla con la espalda derecha y la barbilla firme, sujetando una bolsa de hielo en la cara con una mano y agarrando a *Hairy* con la otra. A su alrededor había dos sanitarios muy ocupados.

Se volvió hacia él dejando caer la bolsa de hielo y esbozó una sonrisa.

—Hola, Thomas.

Él sonrió, puso un pie en el guardabarros de la ambulancia y se inclinó hacia ella.

—He oído que les has hecho pasar un mal rato ahí dentro.

—Los nervios. Cuando estoy nerviosa hablo mucho.

—Gracias, Leelee.

Ella apartó la vista.

Thomas miró a uno de los sanitarios, y los dos saltaron del vehículo para dejarle un momento solo con la niña. Él hizo un gesto de agradecimiento.

Luego se aclaró la garganta. Emma tenía razón: a veces no era fácil tratar con Leelee.

—¿Sabes por qué te estoy dando las gracias?

Eso captó su atención, y le miró con cautela.

—Claro. Porque Emma ha salido viva de ahí.

Él movió la cabeza de un lado a otro.

—Eso no es todo.

Leelee intentó disimular lo que sentía con su expresión habitual de aburrimiento, pero no lo estaba consiguiendo. Estaba empezando a temblar mientras acariciaba a *Hairy*.

—¿Entonces qué?

—Gracias por ser la niña más lista y valiente que conozco. Gracias por querer a Emma tanto como yo.

—Vale —se encogió de hombros.

—Hay algo que me gustaría preguntarte.

Leelee suspiró y miró hacia el techo de la ambulancia.

—Ya sé. Quieres casarte con Emma. Sé que está embarazada. Por cierto, buen intento. ¿Has oído hablar de los condones? Bueno, lo que quieras. Adelante. No me importa.

Thomas se rió entre dientes.

—Eso no era lo que quería preguntarte.

Leelee le miró sorprendida por la expresión tierna de su cara, por el afecto que había en ella. Y no era un afecto desagradable; era bueno y acogedor. Eso era lo más extraño, pero el hueco que había en su interior se estaba llenando con lo que veía en los ojos de ese hombre.

—¿Crees que Emma podrá aprender a compartir?

—¿Compartir qué?

Thomas sonrió, levantó una mano y empezó a jugar con uno de sus rizos rubios antes de deslizar sus dedos por su mejilla.

—A ti, Elizabeth. Espero que Emma esté dispuesta a compartirte. Y espero que quieras convertirte en mi hija cuando Emma se convierta en mi mujer. Es una especie de acuerdo global.

Leelee no podía decir nada, porque ése era el momento más maravilloso de su vida. De todos los hombres del mundo que podrían haber sido su padre, de algún modo había terminado con el mejor.

—¿Qué dices, jovencita?

A pesar de sus esfuerzos esbozó una sonrisa.

—Claro. Lo que quieras —luego dejó a *Hairy* en la camilla y echó los brazos alrededor del cuello de Thomas.

Epílogo

Me gusta bailar

—¿Dónde vamos a comer? —preguntó Rollo.

—En el Bayside Stella —Thomas condujo a todo el mundo al aparcamiento del centro de convenciones, donde habían aparcado los tres coches, con los brazos cargados de trajes.

—Bueno, espero que hayáis llamado antes para reservar —Pam le frunció el ceño mientras metía a Petey y Jack en su Minivan—. Si no tendremos que esperar un montón de tiempo.

—Llamé yo —respondió Thomas pacientemente antes de hacer un gesto a Franco—. Una mesa en la terraza para diez con una silla alta y el visto bueno para llevar dos perros pequeños.

—Piensa en todo —se rió Franco—. Habrías sido un gran organizador de bodas, Thomas.

—Yo creo que es mejor que siga enseñando y entrenando, ¿verdad, querida? —Beckett estrechó la mano de la señora Quatrocci.

—Absolutamente —dijo ella sonriéndole.

Un suspiro.

Somos una cuadrilla muy variada. Apenas puedo recordar cuando estábamos solos Slick y yo. Parece otra vida... y supongo que lo era.

Oh, oh. La fresca de Lorraine me ha vuelto a guiñar un ojo. ¿No ves que estoy agotado?

Mujeres. ¿Qué se puede hacer con ellas?

—¡Mira, papá! ¡Perito!

—Sí, T. J. Es *Hairy*.

—¡Perito mío!

No, ni siquiera Thomas Jenkins Tobin me va a estropear hoy el buen humor. Porque de todas mis victorias ésta ha sido la más dulce.

En cuanto entramos en la pista de baile y Leelee me miró, supe que el trofeo juvenil de estilo libre era nuestro.

A veces simplemente sabes que va a ir bien.

—¡Nos veremos en el restaurante! —gritó Emma despidiéndose de todos.

Sin duda alguna ha sido la mejor actuación de mi carrera. Ese momento mágico con la introducción del piano. Al principio tenía miedo. Estaba petrificado...

Pata izquierda fuera y alrededor en un giro espectacular hacia un lado. Luego a la derecha mientras Leelee hace lo mismo con las manos.

Después seguimos el ritmo de la música y nos ponemos en marcha. Uno, dos, parada, vuelta. Uno, dos, parada, vuelta. ¡Estupendo!

—Vamos, campeón, sube al coche —Thomas sonrió al perro, que estaba sentado en el asfalto con la mirada perdida como si estuviese pensando. Luego le miró a él con una sonrisa en la cara.

Cruce a la izquierda. Cruce a la derecha. Moviendo el cuerpo. Sintiendo la canción. Leelee con la cabeza alta y la barbilla desafiante. Esa niña es una auténtica diva. Y estaba fabulosa con el traje de lamé plateado y el sombrero de copa.

—¡Ven aquí, Hairy! —le llamó Leelee desde el asiento trasero del Montero.

Oh, oh. Parece que voy a tener que sentarme entre Ojos Brillantes y el Pequeño Mutante, con lo bruto que es. La otra noche me cogió y pensé que me rompía el cuello. ¿Pero qué puedo hacer? Cuando nació era ya tan grande como yo. Dios sabe cuánto pesa ahora, pero parece una miniatura del grandullón corriendo por la casa, aunque con mucho menos equilibrio.

—Vamos, campeón. Te estamos esperando.

Supongo que me las arreglaré. El pequeño hace sonreír a todo el mundo, sobre todo a Manos Suaves. Parece que está siempre sonriendo, porque está muy enamorada del grandullón, y muy feliz con sus hijos, su granja y su trabajo.

Durante un tiempo fue una locura: el grandullón desmayándose cuando Manos Suaves se puso de parto, el juicio del hombre malo, la adopción de Leelee, el Hombre de la Tele y el grandullón intercambiando sus casas. Pero las cosas se han calmado y la vida es bella.

—¿Vas a subir, Hairy? —dijo Thomas en voz alta.

Sí, sí, ya va.

—¡Perito! ¡Perito!

—Ten cuidado, cielo. T. J. ha vuelto a agarrar a Hairy por la garganta.

Thomas apartó los dedos del bebé del cuello del perro y le dio a Leelee un beso en la mejilla. Luego se puso detrás del volante al lado de su mujer. Le hacía sonreír cada vez que pensaba en su familia. Su mujer y sus dos hijos.

No estaba mal para ser estéril.

Mientras iban hacia el restaurante escuchando el último CD de los Backstreet Boys, Emma le cogió la mano. Thomas se la llevó a los labios y le besó los nudillos, y se dio cuenta de que no podía recordar lo que había hecho antes de que se convirtiera en su compañera y amante, en su centro.

—Es extraño, ¿verdad? —dijo Emma.

—¿Qué?

—La vida —dijo con un suspiro—. Ya sabes.

Thomas le besó otra vez la mano ocultando su risa. Sí, sabía a qué se refería. Acababan de pasar seis horas en los Campeonatos Mundiales de Baile Canino, y eso era muy extraño. Pero no necesariamente en un mal sentido. Era simplemente raro. Diferente.

Y se lo habían pasado en grande.

—Yo creo que mientras estemos todos juntos la vida es perfecta, Emma.

—Me parece que voy a vomitar —dijo Leelee desde el asiento de atrás.

—¡Perito! —gritó T. J. tirando del mechón blanco de la cabeza del perro.

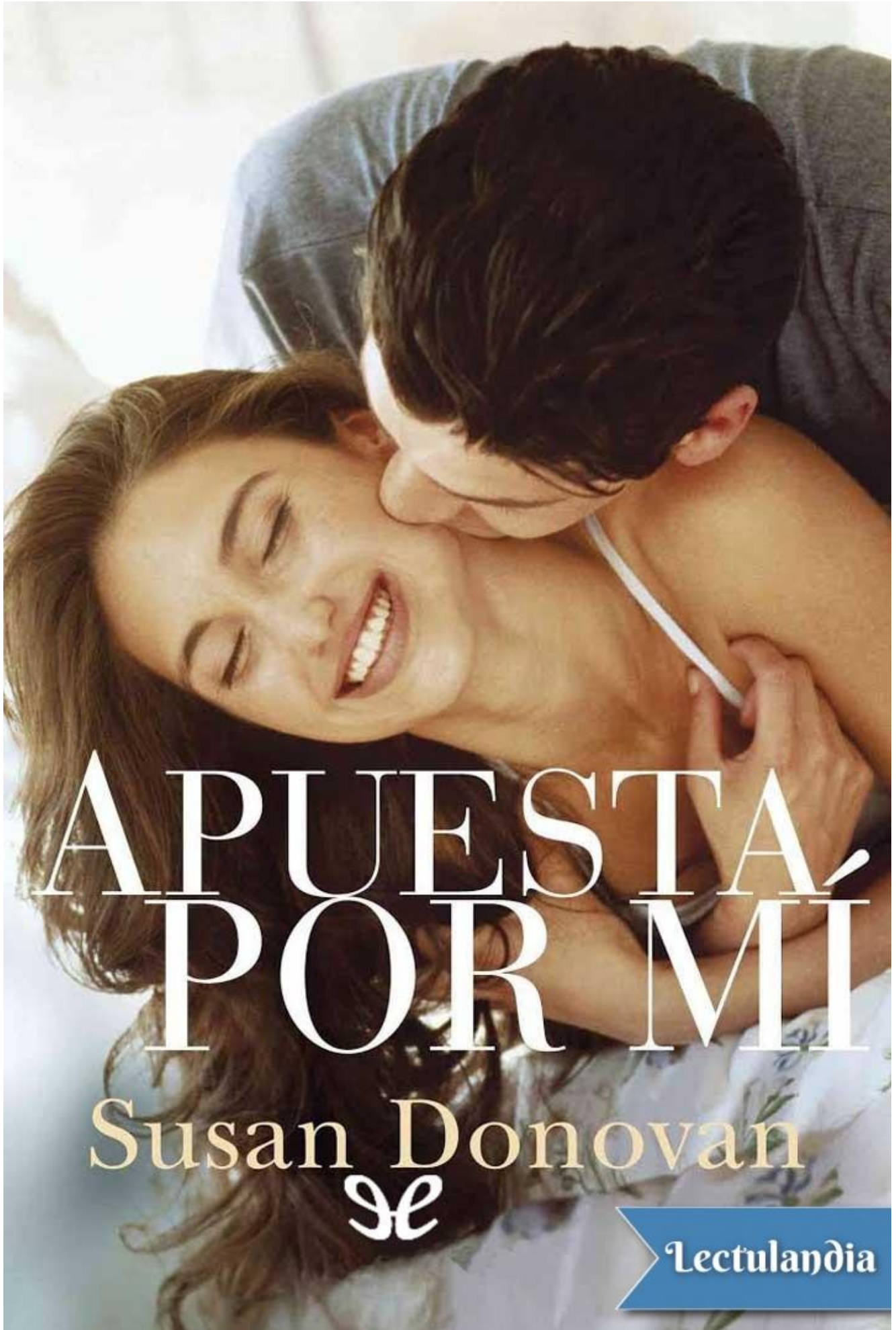
Hairy suspiró.

Luego arrugó la nariz.

Y se preguntó cuánto tardaría en convertirse en una persona civilizada.



SUSAN DONOVAN (Cincinnati, Ohio, Estados Unidos). Susan es una experiodista con títulos universitarios de la Escuela de Periodismo Medill de la Universidad Northwestern y ha trabajado como reportera en Chicago, Albuquerque e Indianápolis. Ha trabajado en otros empleos tan variados como de recaudadora de fondos de Bellas Artes, periodista independiente, artista de muebles pintados a mano, empleada de establos, propuesta escritora y asesora de un senador de los Estados Unidos. Susan vive en Maryland rural con su familia y perros.



APUESTA POR MÍ

Susan Donovan



Lectulandia

